

LAURA CHINEA

CÓMO
~~NO~~ ESCAPAR
DE UNA VIDA
PERFECTA



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

Epílogo

Agradecimientos

Banda sonora

Créditos

CÓMO ~~NO~~ ESCAPAR DE UNA VIDA PERFECTA

Laura Chinaea

 matchstories

1



Lena

30 DE JUNIO

El restaurante está encajado entre una farmacia y una tienda que no sabría cómo catalogar, donde hay cosas que nadie compra pero donde todo el mundo entra a mirar. El cielo, todavía encendido por el último resplandor naranja del atardecer, comienza a apagarse despacio. Desde la calle ya huele a albahaca fresca, ajo salteado y decisiones impulsivas, de esas que te hacen decir «solo una pizza pequeña» y salir rodando como una albóndiga con piernas.

Al entrar, lo primero que noto es el silencio. No ese silencio incómodo de funeral, sino el silencio costoso, el que se mantiene con paredes insonorizadas, cristalería fina y clientes que hablan en susurros, como si estuvieran negociando tratados internacionales. Eso sí, el comedor es un espectáculo: suelo de mármol, techos altos con lámparas que cuelgan como joyas flotantes y mesas vestidas

con manteles que probablemente han sido planchados por monjes tibetanos.

Esta noche la reserva es para tres. Mi representante y mi novio se dirigen hacia la mesa que tiene una flor en el centro dentro de un jarrón rosa pastel. Al sentarnos, pedimos un vino blanco, afrutado y frío, que nos recibe con una gota resbalando por el cuello de la botella, como si también él estuviera sudando por el calor de la noche. El sumiller nos habla de taninos, de la orientación de las vides y de una añada particularmente expresiva. Yo asiento como si entendiera algo más allá de «está bueno».

A mi alrededor, el murmullo de las conversaciones se mezcla con el tintinear de las copas y los platos, como una sinfonía que me envuelve sin estridencias. Oigo risas lejanas, un brindis a mi izquierda y el crujir del pan recién horneado al romperse con los dedos.

Enseguida, recibo un menú encuadernado, con nombres de platos tan largos que parecen poemas barrocos y en los que, como no podría ser de otra manera, la mayoría de las palabras terminan en «-ini». «*Tagliolini ai zucchini e fagioli cannellini con broccolini e scaglie di pecorino e salmone affumicatini*», dice uno. Traducción: «Pasta con cositas encima que suenan caras». Parece broma. Pido el plato con el nombre más corto del menú, porque siento que así tengo menos posibilidades de equivocarme y también porque es de los pocos vegetarianos.

Suena música suave, algo entre *jazz* y *bossa nova*, lo justo para acompañar las conversaciones sin estorbarlas. El chef, un hombre de voz grave y sonrisa fácil, aparece cada tanto desde la cocina, preguntando si todo está bien con un acento que no deja lugar a dudas: ese es su reino, su rincón de Italia traído aquí, a Barcelona.

La comida, por supuesto, es impecable. Cada plato llega como una obra de arte moderna: porciones pequeñas, decoración milimétrica y sabores que dan ganas de llorar un poco y escribir poesía. Está todo tan rico que incluso pienso en pedir perdón por cada vez que he llamado a una pizza congelada «una cena italiana».

—Lena, esta colaboración es perfecta para ti —dice Sofía, mi mánager, que está sentada frente a mí—. Nos proponen que viajes por la costa de España en una cámara. Imagínate grabando contenido y descubriendo lugares únicos. Es lo que te haría brillar aún más: conectar con tu audiencia de una forma fresca y diferente. Y el dinero, bueno... Si bien es cierto que el patrocinador de esta aventura tiene un presupuesto ajustado, las colaboraciones extra que he conseguido si lo aceptas son económicamente... digamos que generosas.

Mi mente vuela a través de sus palabras, me eclipsa con cada una de ellas; y, cuando alzo la mirada y la observo, su entusiasmo me produce un hormigueo en el estómago. ¿Cómo hablar de esta mujer? Podría dejarlo en que Sofía es mi representante, pero eso sería como decir que el sol simplemente da luz. Porque, sí, dirige, organiza, resuelve, exige y negocia con una precisión quirúrgica..., pero también es la persona que me manda un *reel* de un gatito a las once de la noche cuando intuye que estoy a punto de colapsar. Digamos que es mi mánager y, en ocasiones, mi amiga. Y mi brújula, casi siempre, aunque yo nunca lo admitiría en voz alta. Pero ella lo sabe igual.

Tiene cuatro años más que yo, y a veces lo noto; no tanto por la edad, sino por esa calma afilada con la que atraviesa los días. Es bajita, pero entra en una sala como si midiera dos metros. No necesita levantar la voz, le basta con una mirada, con esos ojos marrones oscuros, intensos y tranquilos a la vez, para dejar claro

que sabe más que tú, que ya pensó en eso y que probablemente tiene un plan B, un C y un D escondidos detrás de sus gafas finas, sobrias y elegantes.

Su pelo es corto, castaño y siempre impecable. No hay un solo mechón que parezca haber nacido fuera de lugar. Tiene una nariz pequeña y afilada, como si alguien la hubiera dibujado con paciencia, y los labios finos, casi siempre con un leve gesto irónico, como si estuviera a una frase de soltar un comentario ingenioso. Tiene esa clase de belleza que no grita, que no necesita presentación. La ves, y no puedes dejar de verla.

—¿Dormir con la cabeza apoyada en el retrete y los pies en la encimera de la cocina? No sé, no lo termino de ver. Soy *influencer*, Sofía, no una mochilera...

Mis ojos se dirigen hacia el móvil, donde tengo la propuesta escrita en un correo. Sé que todo lo que Sofía dice tiene sentido, pero... no estoy segura. Una cosa es publicar mis *tips* de cuidado diario, y otra muy diferente es ir de *hippie* por la vida. Soy *influencer* —y, sí, sé que suena a título de película de bajo presupuesto, pero aquí estamos—. Me dedico a subir contenido sobre maquillaje, productos de *skincare* y todo lo relacionado con el arte de intentar parecer que siempre estoy lista para una sesión de fotos, incluso si en realidad me paso todo el día en pijama.

Empecé casi sin querer, grabando vídeos con el móvil apoyado en una torre de libros (sí, un set de grabación muy profesional), aprovechando la luz natural que entraba por la ventana..., cuando no era de noche, claro. Lo que al principio era un pasatiempo ahora es mi trabajo. Ahora pruebo productos, hago tutoriales y comparo cremas como si fuera una científica de laboratorio con demasiados cosméticos de belleza, cuando muchas veces lo que soy es una mujer que recibe un guion y, sin saberlo, es capaz de venderle fuego

al mismísimo diablo. Pero, aunque eso te hace sentir poderoso e indestructible, la opinión de los demás también te puede volver muy vulnerable. Mi trabajo me encanta, de verdad. A veces me paso el día hablando sobre lo que me funciona, lo que no, lo que tiene más ingredientes raros que una poción mágica y lo que me hace pensar que mi piel va a sobrevivir a todo lo que le eche. Pero lo mejor es cuando alguien me escribe diciendo que gracias a mi recomendación ha encontrado la crema perfecta para su piel. Y en ese momento siento que mi vida tiene sentido, que todo lo que hago no es en vano y que, de alguna manera, mis millones de labiales tienen un propósito.

Claro, no todo es tan glamuroso. Hay días en los que me miro al espejo y me digo: «¿De verdad voy a grabar un tutorial hoy?». O días en los que el algoritmo decide que no existo. Pero, al final, siempre sigo. Porque, aunque en ocasiones me pueda sentir un poco ridícula, también disfruto muchísimo de lo que hago. A veces es más fácil existir a ojos de los demás que a los de una misma, a pesar de que sea una mierda si lo analizas fríamente.

—Lena, esta es una oportunidad que no puedes dejar escapar. Es una colaboración increíble.

—Sí, no te lo discuto, pero... —Miro mi plato, dubitativa—. ¿Realmente crees que me encaja? No sé, Sofía... Es que me cuesta imaginarme en una cámper, durante un mes, en un espacio tan pequeño. Sabes que me agobio fácilmente... Tal vez no sea el momento adecuado.

—Lena, este es el tipo de proyecto que te haría despegar aún más. ¿No te emociona? Es un viaje fantástico, sorprenderás a tus seguidores con vídeos distintos y las colaboraciones extra te aportarán buenos ingresos... Opino que no necesitas pensarlo tanto; es algo que puede ser muy positivo en tu trayectoria profesional.

Mi mente se ve atrapada entre dos imágenes: la de la cámara recorriendo la costa, con el viento en mi cara y el mar de fondo, y la otra, la de mi vida actual, con Enzo siempre a mi lado... de una forma cada vez más asfixiante.

Enzo es mi novio y, aunque me cueste admitirlo, últimamente no estamos pasando por nuestro mejor momento. Al principio todo era sencillo. Nos reíamos por cualquier tontería y nos entendíamos con una sola mirada. Pero ahora... ahora todo resulta más difícil. Discutimos día sí, día también, por cosas importantes y por otras que no lo son tanto. La conversación se ha vuelto tensa, cargada de reproches y malentendidos. Ya no nos miramos igual, ya no nos entendemos como antes. El sexo, que era algo tan natural y espontáneo, se ha vuelto raro, casi forzado. No es que nos falten ganas, es que algo parece no encajar, como si estuviéramos buscando algo que ya no sabemos cómo encontrar. Siento que el tiempo ha hecho que nuestra relación se vuelva más seria de lo que debería, y no en el buen sentido. Todo lo que compartíamos ha perdido esa magia, y me pregunto si realmente podemos recuperarla o si, simplemente, estamos aferrándonos a algo que ya no existe.

—No me parece una buena idea —interrumpe Enzo colocándose los gemelos de su traje sin mirar a nadie al hablar. Sí, el susodicho del que estaba hablando hace un segundo está sentado a mi lado y no ha abierto la boca hasta este momento.

De un tiempo a esta parte, Enzo quiere estar presente en todas mis reuniones con Sofía, y, aunque al principio no me importaba porque pensaba que solo era un modo de involucrarse más, ahora me siento un poco agobiada. Cada vez que estoy trabajando en algo, ahí está él, opinando sobre todo lo que hacemos o dejamos de hacer, controlando cada detalle, como si mi trabajo no fuera mío, sino un asunto que él también tiene que supervisar. Para sorpresa de

nadie, sí, efectivamente, no le gusta que sea *influencer*. Le parece absurdo y no se esfuerza en ocultarlo. Y, por si fuera poco, desde hace meses insiste mucho en que debería incorporarme a la empresa de moda de mis padres, junto a él. Es como si no tuviera otra opción, como si ese fuera el camino correcto para mí.

No puedo evitar sentir que está tratando de imponerme su visión de lo que es una vida «exitosa», como si no valorara lo importante que es para mí lo que hago, como si mi pasión no tuviera cabida en su mundo. Y, cada vez que eso pasa, siento que nos estamos distanciando más, como si estuviera intentando encajarme en un molde que no es el mío.

No quiero que nuestra relación se base en que él se esfuerce en cambiarme o en hacerme sentir que lo que hago no es suficiente. Pero, siempre que me lo dice, es con una certeza tan firme que me hace dudar de mí misma. Me está costando encontrar un equilibrio entre lo que él espera de mí y lo que yo realmente quiero. Y, la verdad, no sé cómo vamos a solucionar esto, porque me duele que no vea lo que yo veo en mi trabajo, y que procure imponer su idea de lo que debería ser mi vida.

—¿Por qué no te parece una buena idea? —le pregunto.

—Porque supone que te vayas lejos, todo un mes, probablemente rodeada de gente que no conoces —pone los brazos sobre la mesa, claramente molesto..., aunque no tanto como pueda estarlo yo; debería estar prohibido ser tan guapo y tan gilipollas a la vez—, y lo que menos necesitas ahora es estar en medio de todo eso —termina rotundo mientras se pasa la mano por su pelo castaño oscuro. Es un gesto que hace siempre y que no entiendo, porque lleva el pelo tan corto que, en realidad, poco tiene que peinarse.

—Enzo, comprendo tus preocupaciones, pero el trabajo de Lena implica estar conectada con su audiencia, y este tipo de experiencias

son justamente las que le permiten mantener esa conexión —replica Sofía con firmeza alisando su traje de dos piezas de lino—. Es una oportunidad única.

A Sofía nunca le ha acabado de gustar Enzo. Quizá sea de las pocas personas que no apoyan nuestra relación.

El problema es que Enzo, en su intento de «ayudarme» a gestionar mi vida, se ha convertido en una especie de director creativo no oficial. Lo que comenzó como un par de sugerencias inofensivas pronto se transformó en un desfile de intervenciones. Sabía que Enzo no comprendía mi trabajo, pero nunca imaginé que llegaría a cuestionarlo de una manera tan directa y amplia: desde el tipo de contenido que publico hasta las estrategias que Sofía planea para mi crecimiento como *influencer*. Y, aunque al principio traté de minimizarlo, empecé a notar que, cada vez que Enzo se inmiscuía en mis proyectos, Sofía perdía la paciencia.

—No sé; quizá podríamos... —intervengo, pero no puedo terminar.

—No —me corta Enzo posando sus ojos marrones en mí, esos ojos en los que me he perdido mil veces y que en este instante son tan fríos como oscuros—. Lo que tú necesitas es tiempo para descansar, no estar viajando y exponiéndote a todo esto. Ya estás suficientemente ocupada con lo que haces.

Las palabras de Enzo me calan hondo. Pero, al mismo tiempo, una parte de mí sabe que está actuando desde un lugar de control. Siempre lo hace. Cuando habla de las redes sociales, de mi carrera, de mi vida, su tono se vuelve... ¿paternalista? Dice que me protege, y quiero pensar que es por amor, pero me duele la actitud que adopta, como si yo no tuviese ni voz ni voto.

—Lena, la decisión es tuya, por supuesto, pero lo que te propone Enzo suena más a limitar tus opciones que a cuidar de ti —replica Sofía dirigiéndose a mí—. Repito que es una gran oportunidad, y te

va a permitir mostrar una faceta más auténtica de ti misma, más allá de las fotos posadas y los *reels*. Deberías meditarlo bien.

La mesa se queda en silencio por un momento y yo aprovecho para intentar ordenar mis pensamientos.

—No sé qué hacer, Sofía —murmuro con voz temblorosa—. Enzo tiene razón en algunas cosas..., pero, por otro lado, esto podría ser muy importante para mi carrera.

—¿Carrera? Hacer cuatro vídeos con el móvil no puede considerarse una carrera, por el amor de Dios... Lo que pasa es que a veces la gente ve el dinero por encima de lo que realmente importa, Lena —masculla Enzo mirando a Sofía con desdén.

—Grabar esos vídeos puede generar unos ingresos que mucha gente no ha visto en su vida, pero ni siquiera se trata solo de eso —contrataca Sofía, que está perdiendo la paciencia por segundos—. Lo que importa es que Lena tiene que decidir qué quiere para su vida y su futuro y yo estoy aquí para apoyarla, no para ordenarle qué hacer.

La presión es demasiada y el ambiente que se respira está tan cargado que me siento abrumada. Mi corazón late más rápido de lo normal, y siento que dos de las personas más importantes de mi vida están tirando de mí en direcciones opuestas.

—Lo voy a pensar. Necesito tiempo para decidirlo —concluyo tomando una respiración profunda.

Enzo levanta la vista de su plato y la dirige hacia mí con una mezcla de incomodidad y molestia.

—¿De verdad tienes que hacerlo? Lena, no sé qué me fastidia más, si la idea de que te vayas un mes o el hecho de que estés dispuesta a perder el control solo por unas fotos bonitas y un par de *likes*.

Me duele. Eso que escapa de su boca, el tono con el que me habla y la manera en la que minimiza mis proyectos. Sus palabras cortan como cuchillos, igual que el modo en que infravalora lo que hago, lo poco que me ve y lo pequeña que me hace sentir.

—No es solo por eso, Enzo —pronuncio tratando de mantener la calma—. Yo también necesito desconectar, salir de la rutina, de todo esto... No estoy segura de si quiero ir, pero no es solo por los *likes*.

—Claro, desconectar —resopla Enzo, hastiado—. Lo que realmente necesitas es dejar de estar tan expuesta a todos esos desconocidos. Y no es solo eso, Lena, es todo lo que implica. ¿Realmente crees que estarás tranquila ahí, sin poder huir de lo que eres, sin estar siempre pendiente de lo que opinan los demás?

—Enzo, sabes bien que lo que Lena necesita no es estar aislada en su zona de confort sin moverse de ella, es justamente lo contrario —interviene Sofía—. A veces, salir de esa zona nos permite ver las cosas con otros ojos, crecer. Y este viaje puede ser la oportunidad perfecta para hacerlo.

Las palabras de Sofía resuenan en mi cabeza. Salir de esa zona. Escapar. Eso es lo que quiero, ¿no? Necesito espacio para mí misma, para encontrarme de nuevo, para reconectar con lo que me hace sentir viva. Pero... no lo tengo claro.

Por un lado, Enzo me hace sentir segura en cierta forma, aunque eso signifique estar atrapada en una relación que, aunque profunda, me está consumiendo. Odio los conflictos, los evito como sea, y parece que la palabra *nosotros* es cada vez más un territorio hostil. Mi trabajo es un tema tabú porque, tan pronto como le cuento algo sobre él, pasa esto. Y, si miro en mi interior, siento que Sofía tiene razón y que esta puede ser una oportunidad increíble en mi carrera, aunque alejarme de él en este momento en el que siento que todo pende de un hilo es una decisión crucial, como tener que cortar el

cable azul o el rojo de una bomba sin saber si va a estallar en cualquier instante.

—Lo voy a pensar —repito—. Tal vez me apetezca hacerlo.

Enzo me mira, confundido y con una mezcla de enfado y tristeza. Sé que he dicho algo que no estoy preparada para enfrentar del todo; quizá no lo esté ahora ni lo esté nunca.

—Eso es absurdo, Lena. Estás confundida. No sabes lo que dices.

Pero sí que lo sé.

«El trabajo, Lena, piensa en el trabajo». Esa es la voz de Sofía en mi cabeza, resonando como un eco. Y, sin ninguna duda, a nivel profesional, la propuesta es perfecta. Conectar con mi audiencia de una manera auténtica, mostrando mi vida en su forma más natural... La idea es tentadora. Sé que puedo aprovechar esa oportunidad para crecer, para abrirme a nuevas experiencias, para dar a mis seguidores un pedazo real de mí misma. Pero ¿es lo que verdaderamente quiero?

Eso de viajar en cámper durante un mes no me entusiasma. Puede que sea un caos. Puede que me resulte insoportable. Puede que me cueste hasta respirar. Pero, al mismo tiempo, en el fondo de mi ser hay una parte de mí que susurra: «Tal vez es lo que necesito. Tal vez este sea el respiro que busco». Quizá, sin darme cuenta, la vida ha puesto algo en mi camino, pero ese miedo que siempre me paraliza está cegándome más que acompañando cada paso.

¿Qué pasa si tomo la decisión equivocada?

Si decido quedarme, rechazar la oferta y seguir con Enzo y con mi vida tal como está, nada va a cambiar. Pero aceptar significa salir y, de alguna manera, tomar el control de mi vida. Tal vez, después de todo, podamos recuperar lo nuestro. Si me voy, quizá nos echemos de menos y eso nos ayude a darnos cuenta de cuánto nos queremos y de todo lo que aún queda por salvar..., ¿no?

Me incorporo en mi silla dejando escapar un largo suspiro. ¿Por qué todo tiene que ser tan confuso?

—Lena —interrumpe mis reflexiones Sofía—, te lo digo porque lo creo: esta propuesta no solo es una gran oportunidad profesional, sino también personal.

Touché.



Cuando llega la cuenta, Sofía paga sin dudar, como siempre. Salimos del restaurante y el aire fresco de la calle llena mis pulmones; inspiro profundamente y siento que respiro de verdad por primera vez desde que ha comenzado la cena. Los susurros de la ciudad y las luces titilando a lo lejos me recuerdan que la vida sigue mientras yo continúo aquí, atrapada en mis pensamientos.

Me giro hacia mi mánager y, sin pensarlo demasiado, la rodeo con los brazos y apoyo la cabeza en su hombro. Ella tarda un segundo en responder, como si no se lo esperara, pero enseguida me abraza de vuelta. Es uno de esos abrazos que no se dan por compromiso, sino porque se necesitan.

—Gracias por todo, Sofi —le digo tratando de sonreír mientras me separo.

—No hay de qué —responde ella—. Piensa en lo que te he dicho. Ya sabes que, decidas lo que decidas, estaré aquí para apoyarte. Solo quiero lo mejor para ti.

Asiento, agradecida por su apoyo incondicional, pero, antes de que pueda decir algo más, Enzo ya está de camino al Audi. Ni siquiera se molesta en despedirse de Sofía, y eso, aunque no lo diga

en voz alta, me hace sentir incómoda. El tipo de incomodidad que surge cuando sabes que algo no está bien pero prefieres no mencionarlo para evitar más conflictos.

Ella me lanza una última mirada, como si quisiera decirme algo, pero no lo hace. Sin pronunciar una palabra más, doy media vuelta, me dirijo al coche y me meto dentro sin apenas mirar a Enzo.

La puerta se cierra detrás de mí con un «clic» que resuena más fuerte de lo que debería. Enzo está enfadado y se nota; me lanza un vistazo rápido. Yo me acomodo en el asiento del copiloto, buscando por la ventana algo fuera de este vehículo, algo fuera de mi vida, algo que me dé respuestas.

El coche arranca y serpentea por las calles de la ciudad. La respiración de Enzo me saca de mis pensamientos. Lo oigo suspirar, de esa manera tan suya que delata su desagrado. No lo miro; sé que, si lo hiciera, me afectaría más de lo que debería. Percibo entre nosotros una fricción invisible que se intensifica con cada instante, y ya no puedo seguir ignorando todo lo que me hace sentir, esa sensación que se aferra a mi pecho como una araña.

—Lena, no estaría mal que pensaras en mí —rompe el silencio.

«Eso hago, imbécil».

—Enzo, no quiero seguir hablando de este tema; lo tengo que pensar y la decisión va a ser solo mía —zanjo con hastío.

—Me estoy hartando de tu representante; más que una mánager, parece un animal carroñero, y tú eres tan ingenua que no te das cuenta de cómo se aprovecha de ti —me recrimina levantando el tono de voz.

—No me grites, por favor, y deja de hablar así. Sabes que Sofía es mi amiga y que le tengo mucho cariño.

—Es tu amiga porque le pagas, no seas pava.

—¡Basta! —chillo—. No te estoy pidiendo tu opinión ni tampoco permiso. No quiero seguir hablando más del tema; ¿qué no has entendido de esa frase?

—Perdona, cariño, sabes que todo lo hago porque te quiero y me preocupo...

Pero ya no lo escucho, ya me sé ese discurso y estoy cansada de ver cómo se justifica con lo mismo. Estoy harta de que todo gire en torno a sus expectativas y a lo que él piensa que es mejor para mí.

Ahora lo veo claro: ha llegado el momento de pensar en mí misma.

El Audi se detiene frente a mi edificio. Me desabrocho el cinturón, agarro mi bolso y pongo la mano en la manija de la puerta.

—¿No me vas a dar un beso?

Dudo. Una parte de mí considera el riesgo diplomático de negarse y bajarse del coche sin mirar atrás. Otra... otra sigue buscando algo de lo que fuimos.

Giro la cabeza y me inclino hacia él. Le doy un beso rápido, apenas un roce, sin cariño. Más por rutina que por deseo.

—Hablamos mañana —me despido sin poder mirarlo a los ojos.

Me bajo, cierro la puerta con el cuidado de quien no quiere provocar una Tercera Guerra Mundial y camino hacia mi portal. Siento su mirada, pero no me giro.

Entro en el vestíbulo vacío, pulso el botón del ascensor y espero... con el corazón un poco roto y la mente hecha un nudo.

2



Lena

Abro la puerta de mi apartamento como si escapara de un incendio. No hay llamas, claro, solo el eco mental de la cena más incómoda del siglo. Me recibe la penumbra del pasillo y un leve olor a lavanda. Enciendo las luces, dejo las llaves en su lugar y lanzo el bolso al sillón con la elegancia de una diva agotada.

Me quedo un momento ahí parada, en medio del salón, mirando todo sin ver nada..., como si mi cuerpo hubiera llegado antes que yo y todo mi ser estuviese todavía bajando del coche. Suspiro. No es un suspiro romántico de esos que se ven en las películas, sino uno largo, existencial, de los que hacen crujir el pecho. Los tacones se quedan donde caen. Uno termina de lado como si también hubiera tenido una noche difícil.

Mis ojos van directos a la puerta que tengo delante. Solo pienso en el baño. La idea de una ducha fría me parece el mejor remedio para todo. Me desnudo rápido, abro el grifo monomando, lo giro al

máximo y dejo que el agua fría me devuelva al presente. Ahogo un grito al sentirla contra mi piel; la dejo correr por mi espalda, cierro los ojos y me abrazo a mí misma mientras noto cómo arrastra el cansancio y, sobre todo, las dudas.

Y entonces, en medio de esta sacudida glacial, lo veo claro. Voy a decir que sí. A la propuesta de Sofía. A la carretera abierta. Al cielo despejado. A no tener que pedir permiso a nadie. A no tener que justificar mis decisiones. Voy a aceptar ese proyecto. Voy a decirle que sí a Sofía, voy a decirme que sí a mí..., aunque le esté declarando la guerra a mi zona de confort.

Cierro el grifo de la ducha, con la piel de gallina y los dientes castañeando, pero más lúcida de lo que he estado en semanas. Me envuelvo en una toalla grande y mullida, me acerco al espejo y me coloco frente a él. Trago saliva, sintiendo cómo un leve rubor sube por mis mejillas.

Mi cabello, rubio ceniza, cae en ondas rebeldes que llegan hasta mi cintura, chorreando gotas que bajan por las puntas. Mis ojos color miel, que me devuelven la mirada fijamente a través del espejo, parecen más grandes de lo habitual y más despiertos que nunca; parpadean, curiosos, como si no me reconocieran apenas. Mi piel es blanca, con esas pecas que se multiplican en verano y que nunca logran desaparecer del todo. Mis labios, aún tensos, con restos de la mueca que he sostenido toda la noche, esbozan una pequeña curva en la comisura izquierda, una sonrisa a medio formar, pidiendo permiso para florecer.

Salgo del baño con la toalla enrollada y sujeta con esa técnica de supervivencia que he perfeccionado a lo largo de los años —ni nudo, ni broche, solo fe y tensión muscular— y camino descalza hasta el salón, dejando un rastro de gotas a mi paso. Agarro el bolso, escarbo entre una cantidad exagerada de cosas que no recuerdo

haber metido ahí y, por fin, doy con el móvil. La pantalla se enciende y mi reflejo aparece un segundo en el cristal, todavía con la sonrisa en la boca. Busco el nombre: «Sofi (Mánager)». La mayúscula en «Mánager» es porque en algún momento decidí que tener una mánager sonaba tan profesional que merecía respeto ortográfico. Con el corazón acelerado, pulso el botón de llamada. No da ni un tono.

—¿Lena?! —responde Sofía como si hubiera estado con el teléfono en la mano y un radar emocional conectado a mi cerebro.

—Voy a hacerlo —anuncio, sin rodeos, casi como si quisiera no arrepentirme.

—Júralo.

—Me largo. Diles que sí.

—¡Dios, por fin! —grita tan emocionada que me tengo que apartar un poco el teléfono de la oreja—. ¡Esa es mi chica!

La risa de Sofía es contagiosa y se me escapa una carcajada. Me acomodo en el sofá con el móvil pegado a la cara y el corazón corriendo una maratón en mi pecho, con un suspiro que arrastra todo el peso del día.

—Ya está decidido.

—¿Lo sabe Enzo?

—No —respondo, más bajito, como si mi novio estuviera escondido en el armario y pudiera oírme—. Se lo contaré mañana.

Mi estómago hace una especie de voltereta olímpica sin previo aviso. No por miedo a su reacción. O sí. No sé. Es como si una parte de mí quisiera dejar el tema para el capítulo siguiente. Hoy no quiero pensar en eso. Hoy solo quiero estar... contenta.

—No le va a sentar bien —expongo en voz alta.

—Tendrá que aceptarlo, Lena. Es tu decisión; que no se te olvide eso.

—Sí, lo sé, pero...

—Pero nada. Es sencillo. ¿Quieres hacerlo?

—Sí, claro, te he llamado precisamente por eso.

—Pues ya está, no hay más que hablar. Si de verdad te quiere, lo entenderá.

—Eso espero.

—Entonces..., ¿confirmo?

—Confirma.

Y, por un momento, no hay nada más. Solo yo, descalza en mi salón, empapada, con una toalla que empieza a rendirse ante la gravedad y una amiga al otro lado de la línea que chilla de emoción como si acabara de ganar la lotería.

—Estupendo. Pues empieza a prepararte, que te vas el 9 de julio.

—¿Qué? —Me incorporo de golpe, como si me hubieran echado un cubo de agua encima (otra vez). Miro el calendario en el móvil. El miércoles 9 es... la semana que viene—. Sofía..., ieso es la próxima semana!

—Tienes nueve días para prepararte. Hay tiempo de sobra.

—Debes de estar de broma.

—Para nada —suelta despreocupada, mientras oigo cómo teclea—. Terminó de organizarlo todo y te lo mando por correo. Pero ya te adelanto que te recogeré, te dejaré en la Costa Brava, en Girona, y ahí empezarás el viaje con tu conductor.

—¿Con mi conductor? Pensaba que iba a estar sola.

—Alguien tiene que conducir, Lena. Tú no sabes ni cambiar una rueda.

—Hombre, cambiar una rueda, no, pero sé poner Spotify y gritar en rotondas.

—Exacto. Por eso vas a ir con alguien que sí sabe de todo lo demás. Pero, tranqui, que seguro que es una persona muy

agradable.

Me quedo un segundo en silencio. Había imaginado que iba a estar sola, que esto iba a ser mi viaje introspectivo, mi momento salvaje-espiritual tipo anuncio de perfume, no una *road movie* con reparto. En fin, que todo fluya y que nada influya. Me vendrá bien tener a alguien que sepa cómo actuar si ese cacharro deja de funcionar.

3



Lena

1 DE JULIO

Me despierta el sonido del timbre. Miro a mi alrededor como si hubiera aterrizado de golpe en mi propio dormitorio. La luz que entra por la ventana es suave, tan propia de esas mañanas en las que el sol aún no ha decidido si va a portarse bien o no. Miro el móvil. Las ocho y trece minutos. Demasiado pronto para ser el cartero, demasiado tarde para fingir que sigo dormida. ¿Quién demonios llama a esta hora?

Me levanto arrastrando los pies, envuelta en mi pijama de seda, un capricho que me compré en un ataque de «quiero ser una señora elegante que desayuna fruta cortada». Camino descalza hasta el videoportero; se puede ser señora sin necesidad de llevar las zapatillas de andar por casa a juego. Aprieto el botón que activa la pantalla. Parpadea, se enciende, y ahí está.

Enzo.

Luce impecable, como siempre. No de traje —menos mal, porque eso ya sería excesivo—, pero sí arreglado: camisa remangada, pantalones oscuros y ese aire de «he dormido poco, pero aun así soy guapo, maldita sea».

Tiene una expresión que combina nervios, ilusión y algo que no sé leer del todo. En las manos lleva... ¿flores? ¿Y una bolsa? Espera... ¿Eso son churros?

Suspiro. Miro la pantalla un segundo más. Pulso el botón, dejo la puerta entreabierta y espero mientras me peino con las manos, todavía medio dormida pero ya con ese nudo en el estómago que solo aparece cuando las emociones se mezclan con la cafeína que aún no he tomado. Pasan unos segundos —el tiempo que tarda el ascensor en llegar al piso— y, luego, ahí está. Enzo. Saliendo del cubículo como si se acercara a una escena importante en una película. Y quizá lo sea.

—Buenos días —me saluda con una sonrisa que intenta ser informal, pero que le tiembla un poco por una comisura.

Levanta el ramo de rosas blancas.

—Para ti. No sabía si preferirías flores o comida, así que... he traído las dos cosas.

Me río, a medias por la sorpresa, a medias porque no puedo evitarlo. Él sonríe de nuevo, más relajado al ver que no le cierro la puerta en la cara.

—Te has vestido demasiado bien para traerme el desayuno —le suelto, cruzándome de brazos.

—Y tú estás demasiado guapa para estar recién levantada —contesta, echándome una mirada de arriba abajo con una ceja levantada, como si mi pijama fuera una provocación.

Nos reímos los dos. Él se acerca y me da un beso en la mejilla. Suave. Cálido. Como si su boca recordara exactamente dónde

encajaba. Quizá, después de todo, podemos recuperar lo que perdimos, lo que se fue enredando en silencios y distancias mal gestionadas.

Quizá no todo esté roto.

Le hago un gesto para que pase y, mientras lo veo entrar, algo se acomoda dentro de mí. Tengo muchas cosas que contarle. Pero no ahora. Ahora solo quiero sentarme con él, morder un churro y olvidar, por un rato, que el mundo se está moviendo tan deprisa.

Enzo deja el desayuno en la mesa, y el sonido de una notificación interrumpe el momento. Cojo el móvil y sonrío a la pantalla. Es Clara, mi mejor amiga desde el instituto.

¿Estás despierta o sigues fingiendo
que eres una persona normal que
duerme hasta las doce?

Despierta, pero con el sueño de alguien que
nunca duerme lo suficiente.

Enzo me echa una mirada curiosa..., casi con desconfianza, como si estuviera esperando algún tipo de explicación. Pero, antes de que pueda procesar nada, Clara ya ha contestado.

¿Al final vas a poder quedar hoy?
Hace mil que no te veo...

La sonrisa desaparece de mis labios y una presión se instala en mi pecho. Me duele darme cuenta de lo lejos que ha quedado mi vida social, cómo he estado tan atrapada en mis pensamientos, en mi relación, que apenas he tenido tiempo para las personas que me importan.

Me muerdo el labio inferior, mirando el mensaje unos segundos, antes de decidir contestar. No sé cómo explicarle todo lo que me

está pasando. No sé cómo poner en palabras lo que siento, y tampoco sé si puedo darme el lujo de quedar con ella hoy.

No lo sé, Clara. Estoy en medio de algo importante..., ya te contaré.

En segundos, llega su respuesta.

Ya, eso pensaba. Últimamente es imposible quedar contigo, Lena. Todo el tiempo estás metida en tus cosas...

El nudo de mi estómago se aprieta al leer esas palabras. No quiero que Clara piense que la estoy dejando de lado. No quiero ser esa amiga que se aleja, la que se pierde en su propio universo, en su propia vida. Pero ¿qué se supone que debo hacer? La angustia se apodera de mí, porque sé que, aunque no lo diga en voz alta, ya no estoy siendo la persona que solía ser.

Lo siento, de verdad. He estado muy liada, pero te prometo que te escribiré pronto. Te lo compensaré... Te quiero.

Yo también a ti.

El peso de esas palabras se queda conmigo, como un eco que no quiere dejar de resonar. Estoy pasando por tantas cosas que no sé ni cómo explicarlas. Ni siquiera a Clara, que me conoce mejor que nadie.

Al darme cuenta de que Enzo aún me está mirando, me apresuro a dejar el móvil en la mesa.

—Es Clara —le digo.

Él asiente, pero no parece que se interese mucho por el asunto. Su atención está más centrada en el desayuno, o tal vez en los

detalles. Y es en ese momento cuando algo se me ocurre. Miro el jarrón vacío que está sobre la mesa, uno que dejé ahí hace días y todavía no había llenado, como una especie de recordatorio de mi incapacidad para organizar mi vida de manera adulta. Hoy es diferente. Hoy hay flores. Y esas flores no van a quedar olvidadas.

Me levanto sin decir nada, camino hasta el jarrón, lo lleno con agua fresca y coloco las flores de Enzo con cuidado. Es raro cómo algo tan sencillo puede sentirse tan... importante. Y ahí las dejo, en el centro de la mesa, como una señal de que las pequeñas cosas, a veces, son las que más cuentan.

Al final, me alejo un poco para ver cómo quedan, y noto que el comedor ahora tiene una vibra distinta. Más cálida. Enzo, que me ha estado mirando de reojo, sonrío al ver el ramo de flores colocado con tanto cuidado.

—¿Te gustan? —pregunta.

—Son preciosas —le respondo, sonriendo mientras vuelvo a sentarme.

Enzo y yo nos olvidamos un poco de todo lo demás y, por un rato, parece que todo está bien. Nos reímos de algo tonto, hablamos de cualquier cosa y todo parece menos complicado. Pero, a medida que vamos terminando, una pequeña inquietud empieza a formarse dentro de mí, un nudo en el estómago que no puedo ignorar.

Dejo el último trozo de churro en mi plato mientras Enzo se limpia las manos y da un sorbo al chocolate. Alzo la mirada y noto que la conversación que he estado evitando tiene que salir. Ya no puedo seguir posponiéndolo.

—Enzo, tengo que contarte algo importante —le digo, intentando que mi voz no tiemble.

Él levanta la vista y me mira con curiosidad, pero algo en su expresión también me hace saber que no está preparado para lo que

viene. La suavidad de la conversación se desvanece y se instala un silencio pesado.

—¿Qué pasa? —pregunta, ahora con una ligera tensión en el tono.

Siento cómo el nudo en mi estómago se aprieta de nuevo, pero ya he tomado la decisión. No hay vuelta atrás.

—Ayer cuando llegué estuve pensando en la propuesta de Sofía... —comienzo a hablar, manteniendo la mirada en su rostro, viendo cómo su expresión se transforma con cada palabra—. Me voy la próxima semana.

Enzo se queda callado por un momento, procesando lo que acaba de oír. Luego, su rostro se estira, y veo en sus ojos una mezcla de sorpresa, confusión y algo que no puedo identificar al principio.

—¿Qué? —dice con una risa forzada, casi incrédulo—. ¿Vas a aceptarlo?

—Bueno, ya lo he hecho, en realidad.

—¿Sin ni siquiera hablarlo conmigo?

Su tono cambia de inmediato. Ya no adopta la misma actitud relajada que tenía hace un rato. Mi estómago se retuerce aún más, y mi mente se apresura a buscar las palabras correctas.

—No tengo por qué consultarlo contigo, Enzo —le respondo tratando de mantener la calma, pero con voz firme—. Es mi decisión. Yo soy la que va a estar en esa cámper durante un mes, no tú. No deberías cuestionarlo.

Enzo suelta un resoplido y su rostro se endurece. Sus ojos, antes suaves, ahora están llenos de una ira contenida, como si algo dentro de él se hubiera roto.

—Me parece mal que hayas aceptado algo tan importante sin consultarlo conmigo —replica, usando un tono más alto, señalando un cambio drástico en su actitud—. Deberías haber pensado en cómo me iba a afectar, o al menos en lo que nos afecta.

Yo respiro hondo, sintiendo cómo la frustración me va inundando. No puedo evitarlo. Su actitud me está empezando a sacar de quicio. ¿Qué espera de mí? ¿Que deje de hacer lo que quiero para complacerlo a él?

—Entiendo que te moleste, pero era la única forma de tomar la decisión sin que tú hicieras ruido alrededor.

—¿Ruido? ¿Ahora soy un ruido para ti?

—¡Sí! Eso es exactamente lo que eres cada vez que abres la boca para hablar por mí. No tengo que consultarte nada, Enzo —le repito, cada vez más firme—. Yo soy la que va a hacer ese viaje, yo soy la que tiene que tomar esa decisión. Yo no soy tu responsabilidad, ni tú la mía. Lo que esperas es que ponga mi vida en pausa por nosotros mientras tú no haces nada, solo decirme constantemente lo que debo o no debo hacer y, joder, basta, esta es mi vida.

Él me mira, casi sin creer lo que acaba de oír. Por un segundo, parece que va a decir algo más, pero no puede encontrar las palabras.

—Estás siendo egoísta, Lena —habla por fin, con una contundencia que me golpea como un puño—. Estás tomando una decisión sin pensar en lo que esto significa para nosotros.

La incredulidad en su rostro se fusiona con un resentimiento palpable. Aprieto las manos en mi regazo, conteniendo la rabia que comienza a burbujear dentro de mí. No puedo creer lo que estoy oyendo.

—¿Egoísta? —Me echo a reír, pero no de forma divertida, sino amarga—. ¿La egoísta soy yo? ¿Por pensar en mí por una vez? Si hay alguien que ha estado siendo egoísta aquí, ese eres tú, Enzo.

Mi voz sube de tono y, aunque intento calmarme, siento cómo las palabras salen con fuerza.

—Yo también tengo mis sueños, ¿sabes? —añado, ahora más tranquila, pero con la misma determinación—. Y esto no es solo una oportunidad de trabajo, es algo que yo quiero hacer. No necesito tu aprobación para eso. Y mucho menos tu juicio de valor.

Enzo se levanta bruscamente de la mesa. La silla araña el suelo, con un sonido que me taladra los oídos y me hace estremecer. Alzo la vista y él ya me está observando, con una frialdad que no logro comprender.

—Si te marchas, olvídate de mí.

Esa frase cae sobre mí como una losa. Quiero decir algo, pero no puedo.

Enzo no espera respuesta. No busca una explicación, no parece necesitarla. Extiende un brazo hacia el jarrón con flores que he colocado con tanto mimo sobre la mesa hace un rato. Con un movimiento seco y repentino, lo tira al suelo. Con el impacto, el sonido del cristal al romperse resuena en el aire, más fuerte que cualquier palabra que pudiera haber dicho. El agua forma un charco y las flores quedan esparcidas de cualquier manera, deshechas. Me quedo completamente inmóvil, observando cómo se aleja hasta la puerta sin mirar atrás y cómo cierra con un portazo que retumba en toda la casa.

No reacciono al principio. No sé si quiero llorar, si quiero gritar, si quiero correr detrás de él o quedarme aquí, en este silencio que me aplasta. Me levanto y siento las piernas temblorosas, frágiles, a punto de ceder. Recojo los trozos del jarrón y me corto por accidente. Miro cómo empieza a salir la sangre de mi mano y es en ese preciso momento cuando me doy cuenta de que no se puede arreglar algo que ya estaba roto.

4



Lena

2 DE JULIO

Me despierto con la luz colándose a traición por las rendijas de la persiana, y por un segundo, solo uno, creo que él está al otro lado de la cama. Pero no. Está vacía. Como mi móvil, en la mesita. Sin notificaciones, sin mensajes. Sin Enzo.

No he salido de debajo de las sábanas. No tengo hambre. Ni sed. Solo una especie de opresión en el pecho, como si alguien estuviera tirando de un hilo invisible desde dentro. Al final me obligo a levantarme porque debo grabar contenido. Lo intento. Pongo el móvil frente al espejo, en el baño, como siempre. La luz está bien, el fondo también. Me ato el pelo en una coleta floja y saco mis productos para realizar mi *skincare*; puedo estar en la mierda, pero con la cara siempre a punto. Los tengo en fila, como soldaditos esperando su momento.

«Que empiece el *show* de Lena».

—Hola, mis amores —comienzo a hablar. Mi voz suena... hueca.

Intento sonreír. No me sale. Vuelvo a empezar. Una, dos, tres veces. Nada. El gesto se rompe a mitad de camino y lo único que consigo es mirarme a los ojos, al otro lado de la pantalla, y ver que estoy agotada.

Apago el móvil.

Me siento en el suelo y me quedo ahí. Un rato. Largo. Marco su número. Suena una vez, dos, tres... Buzón. Su voz grabada, esa voz que antes me hacía sentir a salvo, ahora me hace querer lanzar el teléfono contra la pared. No lo hago. Solo me quedo con él en la mano, mirando la pantalla, deseando que se encienda con una notificación suya.

Nada.

Son las dos de la tarde cuando me doy cuenta de que sigo en pijama; toda la mañana ha pasado volando y yo me he hundido en mi propia miseria.

Me llega un mensaje y el corazón se me sube hasta la garganta. Pero no es él. Es Sofía.

¿Cómo vas? ¿Ya has preparado la maleta?

Vuelvo a tirar el teléfono con absoluta decepción; no es Enzo. Soy consciente de que no voy a tener noticias tuyas porque no me las merezco. Me meto en la cama y no respondo a mi mánager. Solo hay una persona con la que quiero hablar.

3 DE JULIO

No hay notificaciones tuyas. Solo una de Sofía.

Lena, ¿estás bien? Avísame
cuando puedas hablar, ¿sí?

Y otra de Clara.

Amiga, estoy preocupada. Dime algo.

No las abro. Las leo desde la vista previa y luego bloqueo la pantalla. No tengo fuerzas para responder. No tengo ganas de justificar este agujero en el que estoy metida. No quiero hablar, ni explicar, ni fingir que estoy bien. Estoy cansada. Exageradamente cansada para no haber hecho nada en... ¿dos..., tres... días?

No grabo nada, ni mis rutinas de aseo personal en el baño ni cualquier otra cosa fuera. El aro de luz sigue montado junto a la ventana del salón, como un testigo mudo de mi abandono. Paso por delante y me da hasta vergüenza.

En vez de eso, vuelvo al sofá y continúo viendo *Ugly Betty*. Me sé los diálogos de memoria, y aun así lloro con las escenas que antes me hacían reír. La nostalgia tiene un sabor amargo cuando la realidad se descompone.

Termino el día de nuevo sin noticias de él.

4 DE JULIO

Otro día más en el Día de la Marmota.

Otro día más sin noticias de él.

5 DE JULIO

El timbre suena a las doce y tres minutos del mediodía.

Doy un respingo. Me sobresalto como si me hubieran gritado al oído. ¿Quién será...? No espero a nadie. Me quedo quieta unos segundos, con el corazón latiendo de forma irregular. ¿Y si es Enzo?

Corro hasta el telefonillo y casi tropiezo con una caja de ensalada que he abandonado en el suelo. Aprieto el botón con los dedos temblorosos y miro la pantalla. No es Enzo. Es Clara.

Lleva puestas unas gafas de sol enormes, luce una coleta alta — esa que lleva desde los doce años— y un bolso blanco cuelga de su hombro. Está de cara a la cámara, saludando con la mano, como si supiera que estoy aquí mirándola sin saber qué hacer.

Pulso el botón para abrir el portal y oigo el zumbido. Clara empuja la puerta y desaparece del encuadre.

Abro la puerta de casa y me quedo esperando, con el pijama de seda arrugado y el pelo recogido en un moño torcido que parece un nido de pájaros. Me miro en el espejo del pasillo y me digo a mí misma que tengo que sonreír... o parecer más viva. Pero no me da tiempo. El ascensor se abre.

—¡Hola! —dice Clara, entrando como un torbellino—. ¿Se puede saber por qué no contestas ni un miserable «estoy viva»?

Antes de que pueda responder nada, me envuelve en un abrazo.

—No tienes ni idea de lo preocupada que estaba —añade, apartándose un poco para mirarme de arriba abajo—. Dios, Lena..., hueles a encierro.

—He estado mal —murmuro.

—Ya, bueno, se nota. Tienes pinta de personaje secundario de serie posapocalíptica. Vamos a sentarnos. Cuéntame qué pasa.

Entramos en el salón y nos tiramos en el sofá. Clara se cruza de piernas y me mira con esa cara de «no me voy hasta que me lo cuentes todo». Y eso hago. Le hablo de la colaboración, de los churros con chocolate y de Enzo.

Cuando termino, mi amiga frunce los labios.

—¿Y qué piensas de todo esto ahora?

—No sé. Tal vez fui egoísta.

—Lena..., por favor. Egoísta es el que se va dando portazos cuando no consigue lo que quiere.

Me encojo de hombros.

—Creo que estás normalizando cosas que no lo son... —añade.

—No es eso, Clara. Estamos pasando una mala racha y yo he decidido algo así sin hablarlo primero con él, sin tener en cuenta su opinión...

—¿Y habría servido de algo? —me corta ella sin dejarme terminar—. No. Se habría mantenido en la idea de que te quedases en casa, exigiéndote que dejaras tu carrera a un lado para que él se sintiera mejor; no me jodas.

—No es tan así. Lo estás poniendo como el villano, cuando la que no ha contado con él he sido yo.

—No, Lena, sé realista. Él estaba en esa cena en la que Sofía te lo contó todo y acabó haciendo lo que hace siempre: empequeñecerte e impedirte tener voz. Deja de engañarte, deja de justificar lo injustificable.

—No sé..., ahora mismo estoy muy confundida.

—Venga —dice Clara poniéndose de pie—. Esto ha llegado a un punto crítico. Te vas a duchar. Ya. No es una sugerencia; no puedo seguir hablando contigo si hueles así, creo que roza lo insalubre.

—Qué exagerada eres.

—Tienes diez minutos. Ni uno más. Si no sales limpia y con olor a algo que no sea «crisis emocional en pijama de seda», entro yo con una manguera y exfoliante de sal del Himalaya a puñados.

—Estás fatal. —Se me escapa una carcajada porque mi amiga no puede ser más personaje.

—No, estoy preocupada. Y mi nariz está a punto de poner una queja formal.

—Está bien..., voy.

—Créeme: el ecosistema de esta casa también lo agradecerá. Y tu pijama..., bueno, va a necesitar terapia, pero sobrevivirá.

Cuando acabo de ducharme, salgo envuelta en una toalla y, contra todo pronóstico, me siento mejor.

Encuentro a Clara en mi habitación, revolviendo el armario.

—Has tardado doce minutos, pero te lo perdono —dice sin dejar de hurgar—. Toma, aquí tienes tu *outfit* de reinserción social. —Me tiende un conjunto que ni recordaba tener.

—Clara, no tengo ganas de salir.

—No digas tonterías. Vamos a una cafetería monísima que abrió hace poco. Tienen tarta de zanahoria. Amiga, no puedes decir que no a una tarta de zanahoria.

Al final cedo y me dejo arrastrar por ella.



Cuando llegamos a la cafetería, nos sentamos en una mesa junto a la ventana. Pedimos dos cafés y una porción de tarta de zanahoria que compartimos sin preguntar de quién es el último bocado.

Clara me mira como si quisiera decir algo, pero parece que no encuentra las palabras.

—¿Qué? —pregunto justo antes de beber un sorbo.

—Habla. Quiero saber lo que tienes en esa cabeza, porque el eco de tus pensamientos llega hasta aquí.

—Creo que Enzo tiene razón... No debería irme.

—Enzo es un imbécil —dispara, así, sin anestesia—. En mayúsculas.

Me atraganto con el café.

—¡Clara!

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no? Lena, te ha dado un ultimátum porque has decidido hacer un viaje. ¿Te parece una reacción madura y sana?

—No es tan sencillo. Él... me cuida a su manera.

—¿A su manera? ¿Qué manera es esa? ¿La de desaparecer si no haces lo que él quiere?

La miro. Está siendo dura, pero es porque me quiere. La conozco desde que teníamos granos y flequillos torcidos.

—Yo lo amo, Clara.

—Sé que crees que lo amas, pero en realidad solo quieres aferrarte a él a pesar de todo lo que te hace sufrir. Has pasado tanto tiempo soportando sus caprichos que ya ni siquiera sabes lo que realmente deseas. No digo que no os queráis, pero... Joder, Lena, él no quiere una novia, él quiere un puto satélite que gire a su alrededor. Y tú no naciste para eso.

La camarera pasa por nuestro lado. Nos sonrío.

—A lo mejor no debería hacer el viaje —insisto casi sin voz—. Tal vez me he precipitado.

—Debes de estar de coña. —Su voz sube tanto de tono que las chicas de la mesa de al lado nos miran un poco confundidas, pero a Clara no le importa.

—Es que no sé si puedo.

—No puedes tener miedo a soltar aquello que no te deja crecer. Lo que da miedo, a veces, es justo lo que te está liberando. Debes demostrarte que puedes. Aunque duela. Aunque te asuste.

No sé qué decir. No sé qué siento. Solo sé que me duele el pecho como si estuviera aprendiendo a respirar de nuevo. Pero sus palabras se me quedan clavadas. Duelen. Aunque hay algo, muy en el fondo, que también se libera.



El resto de los días hasta mi partida pasan entre dudas, pensamientos intrusivos y mucho dolor. Cuando por fin llega el momento, cojo mi maleta y, antes de cerrar la puerta de casa, saco el móvil del bolsillo trasero de los pantalones. Mis dedos se mueven solos, y yo los dejo hacer.

Enzo, espero que algún día puedas
perdonarme. Me encantaría verte cuando
regrese. Cuídate.

Lo leo una última vez, lo envío y vuelvo a guardar el teléfono.
Que comience la aventura.

5



Lena

9 DE JULIO

Estoy atrapada en el asiento del copiloto de un horno sobre ruedas. El coche de Sofía ha decidido que el aire acondicionado es un lujo capitalista que no piensa fomentar y mi cuerpo está descubriendo nuevas formas de transpirar. Nos dirigimos a la provincia de Girona, en pleno julio, a cuarenta grados al sol y una humedad capaz de fermentar una empanada. Mis muslos están tan adheridos al cuero que ya no sé dónde termina la tapicería y dónde empiezo yo. Me encantaría culpar en exclusiva al calor, pero lo cierto es que este es tan solo un telón de fondo. Lo que realmente me tiene así son los nervios.

¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Por qué dije que sí?

Me siento como si estuviera a punto de subirme a una montaña rusa sin cinturón, sin frenos y con un operador que acabaran de contratar.

—Tía, relájate —dice Sofía.

—Joder, no lo había pensado. Gracias, Sofi, tus consejos me han abierto el tercer ojo —respondo irónica.

Ella se ríe y yo pongo los ojos en blanco con tanto ímpetu que, si los tuviera sueltos, habrían salido disparados y acabado en el maletero.

—Lena, estás saliendo de tu zona de confort, y eso está bien. Además, te vas a encontrar contigo misma.

—¿Y si me encuentro y resulta que soy un poco idiota?

—Todos somos un poco idiotas.

—Tu discurso sigue sin convencerme.

—No me importa; soy yo la que conduce y te aseguro que no voy a dar la vuelta. Así que mentalízate ya. Vas a hacerlo; con miedo, pero vas a hacerlo.

—Sofía, estoy a una frase motivadora más de sacar medio cuerpo por la ventanilla y ponerme a gritar hasta que alguien llame a la guardia civil.

Sofía se ríe como si todo esto fuera una *sitcom* en la que ella es la guionista, directora y protagonista. No la culpo. La verdad es que me gustaría poder disfrutar tanto como ella; ver todo esto desde otro ángulo, uno distinto al mío; idealmente, uno donde no estuviera al borde de un colapso mental como ahora. Pero lo cierto es que tengo la cabeza en cualquier parte menos sobre los hombros. Y no ayuda en absoluto saber que me voy a embarcar en un viaje de un mes en un bicho de cuatro ruedas con un conductor que no conozco. Y que Enzo no haya contestado a mi último mensaje añade una avalancha de pensamientos intrusivos y preguntas cuyas respuestas solo puedo conseguir si vienen de él. Solo espero que podamos arreglar las cosas cuando regrese del viaje.

—Enzo no me ha dicho nada —suelto de golpe.

—No veo cuál es el problema.

—¿Le habrá pasado algo?

—No, te habrías enterado.

—Ya, eso es verdad.

Después de casi una hora y media de trayecto, Google Maps anuncia que hemos llegado a la cala Llevadó, pero yo lo único que veo es una pista de tierra que amenaza con tragarse los bajos del vehículo.

Con el coche gimoteando tras el suplicio, aparcamos y bajamos.

De pronto, un hombre —de unos cuarenta... o incluso cincuenta muy bien llevados..., quién sabe, pues nunca he sido buena calculando edades— aparece a lo lejos, avanzando hacia nosotras con los brazos abiertos y la sonrisa de quien se ha tomado tres cafés y un Red Bull.

—¡Sofía! —grita antes de estrecharla en un abrazo que dura más de lo legalmente permitido entre dos desconocidos.

—¡Pol! —responde ella con alegría—. ¡Por fin te pongo cara!

El hombre se gira hacia mí y clava sus ojos azules en los míos.

—¡Tú debes de ser Lena! —exclama rodeándome con los brazos—. Soy Pol, encantado.

—Millones de gracias por la oportunidad, Pol —digo intentando sonar menos agotada y nerviosa de lo que estoy.

—¿Preparada para la *vanlife*?

—Eso espero.

Él suelta una carcajada, de esas que te hacen sentir graciosa aunque no lo seas.

Sofía abre el maletero y Pol la intercepta.

—¡Eso lo llevo yo! ¡No te preocupes! —me informa cogiendo mi equipaje sin esfuerzo—. Venid, que os voy a presentar al amor de mi vida.

Sigo su mirada y encuentro un vehículo que a simple vista no tiene nada que ver con lo que me había imaginado. Esperaba la típica furgó adaptada, pero esto... esto es algo completamente diferente. Es mejor. Supongo. Más grande de lo que pensaba, eso seguro. Sin duda, hemos pasado por delante cuando hemos llegado, pero no he reparado en su presencia hasta ahora.

—Este minibús es mi mejor proyecto hasta la fecha. Un Nissan Civilian del 2001 —comenta Pol mientras le brillan los ojos—. Vamos, subid, tenéis que verlo por dentro.

Abre la puerta y nos invita a pasar. Sofía no puede contener la emoción y, con una sonrisa de oreja a oreja, asiente con vehemencia y sube. Yo la sigo y algo dentro de mí se agita. No sé si es ilusión, sorpresa o, simplemente, las ganas de no volverme a casa con el rabo entre las piernas. Pero subo. Porque ya estoy aquí. Porque no hay marcha atrás. Y porque, por un momento, se me ha olvidado todo lo que he dejado atrás... o eso quiero pensar. Y cuando veo el interior del vehículo, empiezo a entender por qué Pol se ha enamorado de este minibús camperizado.

—¡Qué bonito, Pol! —exclama Sofía.

Este, con su energía desbordante, comienza a guiarnos por el interior y nos enseña la cocina, el salón y el baño. Cada rincón persigue un diseño minimalista, donde la madera y el blanco se fusionan en una armonía impresionante.

—Este será tu dormitorio —me explica señalando el cubículo que hay detrás de una pared con un arco—. Y, si necesitas privacidad, puedes cerrar las cortinas; tan sencillo como eso.

—Pol, esto es... increíble —comento sin poder ocultar mi asombro.

—Me alegra que te guste —responde él, que ahora parece todavía más entusiasmado—. Puse todo mi corazón en este proyecto.

—No lo dudamos.

De repente, algo me llama la atención. Levanto la vista y veo una cama encima de la cabina de conducción.

—Ahí dormirás tú, ¿no? —le planteo.

Pol suelta una carcajada, como si mi pregunta fuera de lo más absurda.

—¡No, no! —grita, levantando las manos—. Yo no seré tu conductor. De eso se encargará Bruno, mi sobrino.

Me quedo mirando a Pol, un poco desconcertada, y algo en mi interior se enciende. ¿Bruno? Había dado por hecho que Pol sería el conductor.

Este parece ver mi desconcierto y sonrío aún más.

—Espera, que te lo voy a presentar.

Y, antes de que pueda asimilar lo que acaba de decir, Pol se asoma al exterior de la cámara.

—¡Bruno! ¡Ven! ¡Que te voy a presentar a Lena!

Sale y sigo sus pasos. Y entonces, a lo lejos, lo veo.

«JODER».



Lena

No voy a mentir: Bruno es indudablemente atractivo. Es alto y fuerte, y luce tatuajes que resaltan en su piel ligeramente bronceada. Tiene los ojos más azules que he visto en mi vida. Azules como el mar. Y su cabello es rubio, casi dorado, y cae en rizos sueltos y desordenados. Está muy bueno, para qué vamos a engañarnos. Que se sienta culpable la Lena del futuro por este pensamiento después de haber dejado a su novio para subirse en un trasto con un conductor salido de una película de surfers. El sueño adolescente de cualquiera, me atrevo a decir.

—Hola, Lena. Encantado de conocerte. Mi tío me ha hablado mucho de ti —dice antes de darme dos besos rápidos, uno en cada mejilla.

—Hola, Bruno. Igualmente —saludo casi como si estuviera intentando recordar cómo usar la voz.

Bruno se gira y saluda a Sofía. Yo aprovecho para intentar recomponerme. ¿Por qué estoy tan nerviosa?

«Solo es un chico guapo diciendo "hola". En serio, Lena, *focus*».

—Sofía, ¿puedes entrar un segundo a firmar unos documentos? —le pide Pol sacando unos papeles de una carpeta.

—¡Sí, sí, claro! —contesta ella.

Sofía va tras él y yo me quedo sola. Con Bruno. Sonriendo como una idiota.

«¿Y ahora qué hago? Debería decir algo».

—Nos lo vamos a pasar de puta madre, ya verás. La ruta que había preparado Pol no estaba mal, pero yo he metido algunos sitios más que son una pasada... Si te parece bien, por supuesto —comenta Bruno. Está claro que el problema de la incomodidad es mío—. Por cierto, ¿qué te parece el minibús?

—Es increíble —respondo con ese tono que usas cuando intentas sonar natural y en realidad estás controlando cada músculo de tu cara.

—Sí, ¿eh? Tiene su encanto, está guay —suelta sonriendo. Joder, no debería sonreír nunca más, nunca nunca jamás. Si vuelve a hacerlo, no podré seguir siendo una persona neurológicamente funcional durante este viaje—. Este cacharro es más grande que mi piso.

«Por favor, que alguien me desconecte».

—¿Te apetece ir a comer algo? —pregunta de repente.

—Ah... No, gracias. No tengo hambre —contesto con una sonrisa amable.

Lo cierto es que mi estómago lleva en huelga desde lo de Enzo.

—Vale, no hay problema.

—Me quedaré por aquí con Sofi hasta que... bueno, hasta que se vaya —añado, porque soy ese tipo de persona que da explicaciones

innecesarias para rellenar silencios.

—Si te entra hambre más tarde, uno de los chiringuitos de la playa tiene algunas opciones vegetarianas, el Beach Club.

—¿Vegetarianas? —repito, arqueando una ceja—. ¿Por qué vegetarianas?

—Te *stalkeé* un poco en redes, no tipo *You* buscando una nueva víctima ni nada de eso, más bien para saber un poco cuál era tu rollo y que estuvieses lo más cómoda posible —suelta encogiéndose de hombros, y esa sonrisa vuelve a aparecer—. Sé que eres vegetariana.

—Ah, claro... —balbuceo, nerviosa, devolviéndole la sonrisa—, mis redes, qué tonta.

Lo más probable es que este chico haya hecho esto para quedar bien, pero mentiría si dijese que no me ha encantado; me ha parecido un detalle que se haya preocupado por conocer mis preferencias y mis gustos. Aunque también me siento estúpida, estúpida por estar sorprendida. Estúpida porque ni mi familia ni mi novio —o exnovio, yo qué sé— se han preocupado jamás por nada de lo que tiene que ver conmigo. De hecho, creo que mis padres todavía esperan que se me pase, que un día despierte y diga «bueno, ha estado bien la broma de comer plantas, pero hoy me apetece un filete», como si mi forma de comer fuera un flequillo mal cortado. Una fase. Una rebeldía. Con Enzo, ya ni hablamos. La última vez que me invitó a cenar me ofreció una guarnición doble de patatas como alternativa al entrecot y la frase «bueno, ya comerás en casa».

Y ahora aparece este tío, que no me conoce de nada, y busca opciones vegetarianas en la playa. Y me parece un detalle enorme. Tan enorme que me da hasta rabia. Aunque sea solo para quedar bien, me da igual.

—Gracias —agradezco intentando no sonar demasiado emocionada—. Es un detalle muy bonito.

—Nada —responde mientras se apoya en la puerta de la cámara, y con ese gesto se le marcan todos los músculos de los brazos. Juro que no sabía que una sola persona podía tener tantos definidos a la vez—. Qué menos, Lena.

Más bien sería «qué más», pero no lo digo, solo me quedo mirándolo sin abrir la boca.

—¡Todo listo! —anuncia Sofía saliendo del minibús y reuniéndose de nuevo con nosotros. Pol aparece detrás, con su carpeta en la mano.

—Toma, Lena —me dice este entregándome un mando con un llavero con forma de tabla de surf—. Es la copia de las llaves del vehículo, por si alguna vez no encuentras a Bruno o lo que sea —explica.

—Genial, gracias.

—Bueno, te dejamos tranquila para que te instales y hagas tus cosas de *influencer* —dice haciendo comillas con los dedos de un modo muy gracioso—. Espero que conectes con el espacio, abras chakras y esas movidas.

Nos despedimos y los chicos se alejan, caminando en dirección a la playa, por donde ha aparecido Bruno hace un rato.

—¿Vamos entrando? —me pregunta Sofía.

Asiento y, una vez dentro, cierro la puerta con cuidado y, por fin, respiro. Sofía se deja caer en uno de los banquitos con cojines de color coral y suelta un suspiro de satisfacción. Yo me quedo en medio, de pie, mirándolo todo como si acabara de entrar por primera vez.

—Sofi.

—Dime.

—¿Tú no puedes venir conmigo?

—Sabes la respuesta... Y, aunque pudiese, no lo haría. Este viaje es tuyo.

—Mío y de ese conductor —respondo con voz dramática.

—¡Te quejarás del *papasote* que te ha tocado...! ¡Desde luego que va a ser el viaje de tu vida, nena!

—¡Oh, joder, cállate! —exclamo tirándole el primer cojín que tengo a mano—. ¿Y si esto es una locura?

—Lo es. Y eso hay que celebrarlo.



Bruno

Uno intenta evitar los prejuicios, pero, a veces, cae. Y, cuando me dijeron que tenía que pasar un mes viajando por la costa con una *influencer*, mi cabeza pintó una imagen bastante clara: típica niña un poco boba que no se separa de su móvil, que ni siquiera te mira si no tienes muchos miles de seguidores y que te habla con condescendencia porque considera que está a mil años luz de ti porque la adora un club de fans que compra cada mierda que enseña en sus *stories*. Vale, puede que me haya pasado un poco, pero... no sería la primera vez que conozco a alguien que es así, y tirarme un mes bajo el mismo techo, aunque sea un techo con ruedas, con alguien con ese perfil me parecía un infierno, y no uno demasiado bien pagado.

—Bueno, ¿qué? —dice Pol con esa voz que arrastra cuando quiere sonsacar algo—. No te podrás quejar, ¿eh?

—Hombre, quejas tengo unas cuantas: le podrías sumar algunos ceros a lo que me vas a pagar, tío, que soy tu sobrino «favo» — respondo fingiendo desinterés y mirándolo de reojo.

—De Lena, figura, y qué pagar ni pagar... Además, no te quejes, que te pago por irte con la joya de mi vida a coger olas, como decís vosotros. La *influencer*..., vaya fichaje. Un bombón que encima tiene modales. ¿Te has dado cuenta de que ha dicho «gracias» más de una vez? ¡Es *influencer* y da las gracias! ¡Gracias! Como si no viniera de fábrica. Me esperaba otra cosa, pero..., oye, sorpresa.

Parece que no soy el único con prejuicios bastante chungos, pero, ya se sabe, mal de muchos... Efectivamente, la chica es normal. Simpática. Parece un poco reservada, pero agradable. Y además..., joder, es mucho más guapa en persona, y eso ya es raro; normalmente es al revés, nunca sabes lo que te vas a encontrar con tanto filtro. Me gustaría decir que he sentido absoluta indiferencia, pero, maldita sea, estaría muerto si no me hubiera dado cuenta de que la chica está buena, muy buena.

—Sí, vale. Está bien —me limito a contestar mientras la playa empieza a asomar entre los arbustos.

—«Está bien», dice —resopla Pol—. ¡Bruno, por favor! Que la chica es un espectáculo y te conozco como si te hubiera parido.

—Pol..., deberías dejar de ver esas telenovelas colombianas tan cutres que se pone la tía —le digo descojonándome porque soy muy consciente de que las odia a muerte y, por supuesto, porque quiero alejar la atención de mí.

—Telenovelas... La madre que te trajo al mundo... —masculla intentando darme una colleja que esquivo sin problema; son muchos años juntos ya—. Está cantado.

—No está cantado nada.

—Es una bomba y tú estás a dos frases de tropezarte con tus propios pensamientos. Pero, ojo, aviso parroquial: no la lées. Esto es curro, ¿vale? Hemos soltado una pasta y, sobre todo, nuestra imagen estará en sus manos, así que no te me pongas tonto..., ¿entendido?

—Sí, sí, lo sé.

—Los dos sois jóvenes y guapos, porque, aunque seas un idiota, eres el sobrino más guapo que tengo.

—Joder, no sé si darte las gracias o pedirte disculpas... tampoco había mucho con lo que competir.

—Cállate y escúchame, que no estoy para bromas. Es una combinación peligrosa, pero esto es importante, Bruno. Muy importante. Esa cámper nos ha costado sudor, sangre y tres discusiones sobre si la madera tenía que ser más nórdica o más *rustic chic*. Tú y yo estamos aquí porque creemos en este proyecto, no puede salir mal.

—No va a salir mal; deja de montarte películas. Te lo digo en serio: esa chica no me gusta. Podrá ser muy guapa y todo lo que tú quieras, pero ¿tú me has visto? A su lado parezco un *hippie*. A mí me van menos formales, tío. Te aseguro que no va a pasar nada —le prometo, porque Pol ha invertido sus ahorros, sus horas, sus neuronas y sus riñones en esto, porque se ha dejado la piel camperizando el minibús y porque yo no puedo fallarle a la persona más importante de mi vida, así que, no, no va a salir mal.

Pol siempre ha estado ahí para mí. Incluso cuando mis padres estuvieron demasiado ocupados con su divorcio o sus vidas paralelas para acordarse de que tenían un hijo. Él me ha enseñado a cocinar sin quemar la cocina y ha estado en todos mis cumpleaños. Ha sido padre, madre, guía espiritual, técnico de soporte emocional y

proveedor oficial de abrazos cuando no sabía ni cómo pedirlos. Se lo debo todo.

—Más te vale, porque, como esto se tuerza por un polvo, te juro que te cambio por un patinete eléctrico.

—Tranquilo, tío. Sé que esto es trabajo, seré profesional. Venga, anda, vamos a tomarnos unas cervezas, que esto hay que celebrarlo antes de que me vaya —digo, pasándole un brazo por encima de los hombros, sin añadir que creo que no he sido profesional en mi puta vida, pero que tengo claro que voy a mantener la polla dentro de los pantalones.



Llegamos al chiringuito y nos acercamos a la barra.

—Marc, mi rey —dice Pol dejándose caer en el taburete—, cuando puedas, nos pones dos birras bien frías, que venimos con la lengua fuera.

—¡Marchando, señores! —responde sirviendo las cervezas con la precisión de un cirujano de espuma.

—Por favor, te lo pido con el corazón en una mano y la birra en la otra. No me la líes —vuelve mi tío con la misma copla de hace un momento, lo que denota que le preocupa de verdad.

—Lo he pillado a la primera, tío. No voy a mezclar las cosas; puedes estar tranquilo. Déjalo ya, que, como sigas así, de tanto repetirlo, voy a tener que... —le digo, pero me estoy riendo antes de acabar la frase, cuando la colleja esta vez sí que me da—. ¡Oye, que, si me agredes, al final pierdo el hilo de las instrucciones!

—Poco recibes para lo gilipollas que eres a veces, pero confío en ti, Bruno. Si no fuese así, no dejaría un proyecto como este en tus manos.

—Lo sé.

Pol parece relajarse. Me da una palmada en la espalda, con esa fuerza de quien te aprecia de verdad, y sonrío satisfecho. Marc nos planta delante un cuenco de cacahuets sin preguntar.



Lena

Cuando terminamos de grabar el contenido para redes, me tumbo en la cama mientras Sofía revisa los vídeos. El último ha acabado conmigo; ha insistido en repetirlo cinco veces porque, según ella, mi energía no estaba vibrando en la frecuencia adecuada. Pero al final lo hemos conseguido. Eso sí, he sonreído tanto que ahora tengo agujetas en los pómulos.

—Maravilloso —dicta sentencia sin levantar la vista del móvil—. Ya podemos ir a celebrarlo.

Me río por lo bajo, porque con Sofía no hay escapatoria. Si ella decide que hay que brindar, se brinda. Me tiende el móvil, me incorporo como puedo y lo cojo.

El pensamiento que lleva días azotándome la mente vuelve de nuevo: ¿y si le escribo a Enzo? Me encantaría contarle todo lo que estoy viviendo. Pero, siendo objetiva, no le haría mucha gracia, y menos si supiera cómo es Bruno. Puedo imaginar su cara, esa que

pone cuando está celoso. Mis dedos, traicioneros, desbloquean el móvil y abren WhatsApp como si tuvieran voluntad propia. Pero no le escribo; bloqueo el móvil de nuevo, bajo de la cama de un salto y suelto el aire como si me hubieran desinflado.

—Fingir que eres feliz cansa más de lo que parece; te lo aseguro —comento en voz baja, sin pensarlo demasiado.

—Tú calla, que ahora ahogamos las penas en alcohol.

Salimos y bajamos por un sendero de tierra hasta llegar a una playa escondida. Enseguida damos con el Beach Club, un bar encaramado en la roca, con sombrillas de paja, mesas de madera desgastada, sillas de mimbre, farolillos colgando y música de fondo que se mezcla con el sonido del mar.

—Vamos —me anima Sofía entusiasmada—. Necesito un cóctel con una sombrilla de adorno.

Nos sentamos en una mesa con vistas al mar. Pedimos lo mismo, dos mojitos de fresa, y, cuando nos los sirven, Sofía alza su copa.

—Por ti, amiga. Que este viaje te devuelva la sonrisa, la de verdad.

Y, sin dudarlo, brindo por eso, porque ojalá vuelva a sentirme completa, lo deseo con todas mis fuerzas.



Horas más tarde, no sé cuántas, sigo en la misma silla del Beach Club, pero ahora con las sandalias medio desabrochadas, el pelo catastróficamente recogido y un cóctel con un paraguas diminuto que no sé si se llama «*Pink Summer*», «Amor de Coco» o «Resaca

Garantizada». Sofía y yo llevamos tres —no, espera, cuatro de estos, creo.

Me siento mejor que en mucho tiempo, muevo las manos en el aire al ritmo de la música y sonrío a mi amiga, porque Sofía puede ser muchas cosas en mi vida, pero sobre todas ellas es mi amiga. Y entonces, sin pensarlo demasiado —porque, seamos honestas, la bebida ha silenciado el comité de decisiones racionales de mi cerebro—, me lanzo a abrazarla.

—Joder, tía..., ojalá te quedaras. En plan todo el viaje. Sería brutal.

—El alcohol está hablando por ti. No seas puta. —Hace una pausa, ladea la cabeza y suelta una sonrisita maliciosa—. Sé perfectamente que no querrías compartir a ese tío.

—¿Qué tío?

—No te hagas la inocente, Lena —responde ella, señalándome con el palito de su cóctel—. A mí no me engañas.

—Eres tonta. —Me río, escondiendo la cara con ambas manos.

—¡He visto cómo lo has mirado! ¡Como si fuera una tapa de bravas y tú llevaras desde enero en ayuno intermitente!

—¡Sofía, por favor!

Sofía me empuja con el hombro y le da otro sorbo a su copa. Entonces, de pronto, frunce el ceño y entorna los ojos, mirando hacia la entrada del chiringuito.

—Hablando del rey de Roma...

Me giro y veo a Pol y Bruno, ambos con la piel ligeramente más bronceada que esta mañana. Sofía, que ha perdido cualquier noción socialmente aceptable del volumen de la voz, levanta la mano como si estuviera en un bingo.

—¡¡¡Poooooooooool!!! ¡¡¡¡Estamos aquíííí!!!

Ahora ellos saben que estamos aquí... y medio chiringuito también, porque todos los presentes se giran para mirarnos. La Lena

de hace unas horas habría querido meterse debajo de la mesa, pero a esta, la que está aquí con una melopea de campeonato, le importa más bien poco.

Pol alza las cejas, nos localiza y levanta la mano en respuesta. Le da un codazo a Bruno, y yo aparto la mirada al instante, justo en el momento en que la cruzo con la de este. Porque, claro, soy una mujer fuerte y estable... hasta que me miran directamente a los ojos. Y este chico es demasiado todo, porque decir «demasiado guapo» se queda corto.

—Están viniendo —anuncia Sofía.

—Estoy pedo, Sofi, pero no ciega.

—Bueno, viene a ser lo mismo —dice riéndose, y no puedo evitar soltar una carcajada porque, francamente, estoy bastante más perjudicada de lo esperado.

Levanto la vista y me vuelvo a encontrar con sus ojos. Justo en ese instante, mi corazón se salta un latido. Solo uno. Nada grave. Y yo, con mi cóctel en la mano, el alma en llamas y el sol despidiéndose detrás del mar, finjo que no me afecta.

—Madre mía... Qué ambientazo hay por aquí, ¿eh? —comenta Pol cuando llega hasta nuestra mesa.

—Parece que os lo estáis pasando mal —añade Bruno apoyándose en el respaldo de la silla vacía que hay a mi lado.

—¡No veas! —grita Sofía, que ya no está en su cuerpo—. ¡Justo ahora nos estábamos acordando de vosotros! Bueno..., ¡Lena más que yo!

«Yo la mato».

—Cállate —murmuro, intentando parecer compuesta y sobria, pero mi cerebro no coopera—. Ni caso; no sabe lo que dice.

«Joder, ¿por qué no puedo dejar de mover las manos?».

—¿Todo bien por aquí? —pregunta una voz que no termino de reconocer. Cuando busco de dónde viene, descubro que es el camarero que nos ha estado atendiendo toda la tarde.

—Sí, por supuesto —me apresuro a decir—. Muchísimas gracias.

El chico me dedica una media sonrisa y, antes de marcharse, Pol lo detiene.

—Marc, te presento a Sofía y a Lena.

—¡Ah, las del minibús! Haber empezado por ahí, chaval — responde Marc, dándole una palmada amistosa en el hombro—. Pues si estas dos son amigas tuyas, también lo son mías. Así que pueden pedir lo que quieran, que invita la casa.

Sofía se pone de pie y empieza a brincar de la emoción.

—Marc... —dice Sofía, tocándole el antebrazo con la confianza de quien ha bebido demasiado y ya se siente parte de Recursos Humanos—, ¿tienes idea de lo que acabas de hacer?

El camarero se ríe pasándose una mano por el pelo; estoy segura de que está preguntándose si no se ha venido demasiado arriba invitándonos a todo cuando creo que somos las que más consumiciones llevamos de todo el chiringuito.

—Nos han abierto la barra libre, Lena —me informa Sofía como si yo no me hubiera enterado, agarrándome por los hombros con entusiasmo—. Escúchame: nos merecemos esto. Nos merecemos esto y más.

Yo solo puedo reírme y asentir mientras noto cómo me arden las mejillas por motivos que quizá ya no tienen tanto que ver con el alcohol, sino con el rubio que no me quita ojo.

—Marc, cariño —dice Sofía—, ¿nos puedes traer dos *mai tais* cuando puedas?

—¿Seguro que os queda espacio para otra ronda? —interviene Bruno arqueando una ceja con expresión divertida.

—¿No ves que aún no estamos en el suelo? —replica Sofía escandalizada—. ¿Queréis una ronda con nosotras o es demasiado riesgo?

—Lo de siempre, Marc —pide Bruno riéndose; desde luego, yo también lo haría, con el espectáculo que estamos dando.

—¡Marchando! —responde el susodicho guiñándonos un ojo antes de perderse entre las mesas.

—¡Gracias, Marc! —grito por encima de la música.

Este se ríe, hace una reverencia absurda y se marcha.

Los chicos toman asiento en las dos sillas que antes estaban vacías. Bruno, que se ha sentado a mi lado, se inclina hacia mí, y yo, sin pensarlo mucho, giro la cabeza hacia él, quedándome peligrosamente cerca de su boca.

—Y tú —me dice en voz baja, mirándome con esos ojos que deberían ser ilegales al atardecer—, ¿sigues intentando parecer sobria?

—¿Tanto se nota? —contesto, y una ligera sonrisa asoma en mis labios.

—El papel te está saliendo de lujo, pero no lo suficiente como para engañar a un profesional.

—Vaya, ¿un profesional del arte de emborracharse?

—No, un profesional en mostrar lo que quiero a los demás, aunque ser *pro* en borracheras también podría ir conmigo bastante.

—¡Qué vividor!

—Eso siempre, aquí no estamos de paso —dice llevándose mi copa a los labios sin dejar de mirarme fijamente.

Y yo me pierdo en sus ojos y en sus palabras, porque no quiero estar de paso; quiero vivir. Y así, entre risas, conversaciones y miradas, continúa una fiesta improvisada que no sé cómo va a acabar, si bien no me importa en absoluto.



Lena

El cielo, que hasta hace un momento ardía en tonos naranjas, se ha rendido ante la oscuridad de la noche, apenas iluminada por las luces cálidas que cuelgan del bar y por algunas farolas solitarias que titilan como luciérnagas cansadas. No tengo ni idea de qué hora es, pero tampoco me importa; lo único que quiero es no pensar. Entonces suenan los primeros acordes de «Limón y sal», de Julieta Venegas. Instintivamente busco a Sofía con la mirada y ella me busca a mí.

—Tía..., ¡nuestra canción! —exclama agarrándome del brazo—. ¡Vamos!

—Sofía, no —respondo con firmeza. No es que no quiera bailar, es que no tengo claro que vaya a mantenerme en pie si me levanto—. No, no y no.

—¡Venga, Lena! —insiste haciendo pucheros.

—No voy a bailar, Sofi.

—¡Tía, pero si es nuestra canción!

—No me vas a convencer. Prefiero mantener la poca dignidad que me queda sentada, con los pies bien pegados al suelo —concluyo aferrándome a la silla como si fuera el último pedazo de tierra en medio del océano.

Ella bufa y se cruza de brazos. Yo la observo de reojo, haciendo todo lo posible por contener la risa, pero es imposible. El esfuerzo me traiciona y, sin pedir permiso, una sonrisa se forma en las comisuras de mis labios.

De pronto, mi amiga se suelta y empieza a cantar.

No puedo evitar mirarla con una mezcla de incredulidad y diversión; es tan desinhibida que me da envidia.

Y cuando hace un meneo de caderas como quien tiene un *hula-hoop* que no va para nada con el ritmo de la canción, ya no puedo más y estallo en carcajadas.

—¿Sabes qué? —dice Sofía de repente.

—Sorpréndeme —respondo entre risas, sabiendo perfectamente que no hay nada que no pueda esperar de ella en este estado.

—Pol es más divertido que tú.

—¿Yo? —interviene el susodicho, que ha estado observando la escena con una cerveza en la mano, una media sonrisa y una ceja arqueada—. ¿Por qué?

—Sí, tú, porque tú sí que vas a salir a bailar conmigo —sentencia Sofía con una sonrisa maquiavélica que no augura nada bueno.

—¿Tengo elección?

—No. Vamos.

Y, sin darle opción a réplica, lo agarra de la mano y lo arrastra hacia donde la gente se mueve al ritmo de Julieta.

Y entonces me quedo sola. Bueno, no. Sola con Bruno. Que no es estar sola.

Me giro hacia él y nuestros ojos se encuentran, como si fuera inevitable. Y, aunque todo en mí grita que mire hacia otro lado, que haga cualquier cosa menos quedarme atrapada en esos ojos tan azules, por un segundo —solo un segundo—, me olvido de cómo se respira con normalidad. El aire entre nosotros se espesa y parece que las palabras se nos han quedado atascadas en la garganta. No sé si es el alcohol, la música o algo más lo que nos mantiene ahí, en ese espacio suspendido. No quiero que note que, por alguna razón que no logro entender, me siento un poco más... nerviosa de lo que debería. Claro, pero ¿quién no se sentiría nerviosa al estar tan cerca de un chico como él?

—¿Silencio incómodo o pausa dramática? —pregunto, medio en broma, medio en serio, porque el ambiente se está cargando demasiado y alguien tiene que pinchar el globo.

Bruno ladea la cabeza y me observa unos segundos antes de responder, como si estuviera tanteando algo. No sé si está pensando en lo que va a decir o si simplemente disfruta de este momento. Yo, por mi parte, no quiero que este silencio se alargue más de lo necesario.

—Más bien evaluando qué nivel de alcohol tienes ahora mismo para proponerte un juego de beber sin que te arrepientas mañana —contesta finalmente arqueando una ceja.

—¿Cuál es el juego? —pregunto forzando un tono despreocupado y apoyando la barbilla en la mano.

De perdidos al río.

—Muy simple: yo digo algo sobre ti. Si acierto, bebes tú. Si fallo, bebo yo. Luego invertimos los papeles. Y así hasta que uno de los dos confiese su PIN de la tarjeta o se caiga de la silla.

—Vale —claudico sin pensar, porque pensar ahora mismo es un lujo que no me puedo permitir—. Estoy preparada para perder la

dignidad en cómodas cuotas.

—Empiezo yo —dice riéndose.

—Adelante, Sherlock.

Bruno se inclina ligeramente hacia delante. Solo un poco. Lo justo para reducir la distancia entre nosotros, aumentar proporcionalmente la temperatura en mis mejillas y, de paso, desestabilizar por completo mi sistema nervioso central.

—Tú no querías hacer este viaje —afirma, por fin, con una media sonrisa traviesa, sin apartar sus ojos de los míos.

Sus palabras caen como una piedra en el agua, haciendo que todo en mí se sacuda un poco.

—¿Cómo sabes eso?

—Entonces, ¿es cierto?

Asiento despacio. Él señala mi copa con una pequeña inclinación de cabeza.

—A beber, Lena.

Lo miro intentando mantener la compostura, pero mi mano tiembla un poco cuando cojo el vaso. Pego un trago y, mientras lo hago, noto cómo se me escapa una sonrisa. Bajo la copa, y la sonrisa se desvanece casi al instante, reemplazada por una nube de dudas. ¿Se sentirá decepcionado?

Pero, cuando levanto la vista, no veo ni el más mínimo atisbo de disgusto, juicio, enfado o decepción. Lo único que veo es una sonrisa que me tranquiliza más de lo que debería. Bruno no parece sorprendido; no da la impresión de que mi negativa inicial a querer venir le importe mucho. De hecho, es como si ya lo supiera, como si mi respuesta no fuera una gran revelación para él.

—Te toca —interrumpe mis pensamientos.

Respiro hondo, intentando calmar los latidos acelerados de mi corazón.

—Tienes con tus amigos un grupo de WhatsApp con un nombre cutre. Muy cutre. Tipo «Birras y pelotas» o algo así.

Bruno sonríe y, en cuanto lo hace, algo dentro de mí se enreda. Me pierdo en su boca. Porque no puedo evitarlo. Porque hay cosas que te atrapan sin esfuerzo. Y la sonrisa de Bruno es una de ellas.

Tiene los labios tirando a finos, con esa definición que parece trazada con provocación. Se curvan con una facilidad que parece ensayada, aunque sé que no lo es. Y cuando lo hacen, como ahora, sus dientes se asoman con descuido, ligeramente torcidos, pero de una forma tan mínima que parece intencionada, lo justo para romper cualquier atisbo de perfección artificial y volverlo, sin saber cómo, aún más atractivo. Es una sonrisa bonita, de las que se contagian y te hacen sonreír sin darte cuenta. Ya lo sabía. Pero ahora, a esta distancia, puedo permitirme observarlo con más detenimiento, como si tuviera todo el tiempo del mundo, y ese pequeño lujo me resulta peligrosamente adictivo.

Me doy cuenta de que estoy completamente absorta, como si la sonrisa de Bruno fuera, en este momento, lo único que existe.

—He acertado, ¿verdad? —logro decir, con la voz más ligera de lo que esperaba, como si no quisiera romper nada.

—Yo no considero que sea cutre.

—¿Cuál es el nombre?

—No te lo voy a decir.

—Porque es cutre.

—Vale, sí —admite, y bebe—. Has ganado esta ronda.

Bajo la vista. Remuevo el contenido de mi copa, que ya no tiene el mismo sabor que al principio, con una lentitud innecesaria. El hielo, casi derretido, se mueve con desgana, y suena ese tintineo suave que hacen los vasos cuando necesitas tener algo en las manos para entretenerlas. Siento su mirada todavía sobre mí, y eso me hace ser

consciente de mi propia postura, de la manera en la que estoy sentada, de si estoy sonriendo o de si he fruncido el ceño sin darme cuenta, pero no levanto la vista. No todavía.

—Has traído tantas maletas que no voy a caber en el minibús —susurra prácticamente en mi oreja, y no sé en qué momento ni cómo ha acabado tan cerca como para que sienta su respiración.

—Has fallado. Bebe —sentencio, señalando su copa.

Bruno no se resiste. La coge y pega un trago sin apartar su mirada de la mía.

—¿Puedo confesarte algo?

—¿No va de eso el juego?

—Cuando Pol me contó que iba a pasar un mes con una *influencer*..., no sé..., me imaginé un mes largo. Muy largo. Pensé que iba a ser un infierno. Me acojoné un poco, la verdad.

—¡Hostia! Gracias por la parte que me toca.

—No, joder, no lo digo por ti. Te juzgué sin conocerte. Pensé que serías la típica que mira por encima del hombro.

Me río. Porque la imagen es tan absurda como injusta. Y porque, en el fondo, sé que no es la primera vez que alguien piensa eso de mí.

—Vaya visión tienes de las *influencers*.

—Estoy *fuerísima* de las redes —admite—. Las uso lo justo.

—¿*Fuerísima* tipo «me quedé en Tuenti» o *fuerísima* tipo «creo que Instagram es un virus del Gobierno»? —Alargo la mano—. A ver, ahora tengo curiosidad. Enséñame tu cuenta.

Bruno duda un segundo, pero finalmente saca su móvil, desbloquea la pantalla y me lo pasa tras abrir su perfil.

—Toma. Te aviso: es contenido de calidad dudosa. No te rías mucho.

—No prometo nada.

Empiezo a deslizar. Foto de una tabla de surf..., grupos de amigos..., atardeceres borrosos..., una cerveza..., otra tabla de surf..., un vídeo en cámara lenta de una ola rompiendo...

—¿Y este filtro *vintage* es intencionado o es que tienes la cámara del móvil hecha polvo?

—Pero ¿cómo eres así? —protesta entre risas, quitándome el teléfono con delicadeza—. Me alegro de haberme equivocado contigo.

Y no sé qué responder. Solo sé que me gusta cómo suena eso.

—Mi turno —digo.

Él se endereza.

—Estoy preparado.

—No te gustan las responsabilidades —suelto, sintiéndome más valiente de lo que debería.

—¿A alguien le gustan? —pregunta arqueando una ceja con un dramatismo fingido, ese que solo usan los que se sienten culpables, como si el mundo entero compartiera su rechazo institucional a las obligaciones.

Coge su copa y bebe.

—Vale, punto para mí —susurro, más dirigiéndome a mí misma que a él.

—No esperaba menos —responde, dejando la copa sobre la mesa—. Tienes un tatuaje que no se ve.

Niego con la cabeza, sonriendo.

—¿No? Joder, ya te iba a pedir que me lo enseñaras —bromea.

Sus ojos buscan los míos y noto que mis mejillas arden.

—Tienes un tatuaje del que te arrepientes.

Bruno no duda. Vuelve a beber.

—¿Cuál?

—El juego no es así. —Se encoge de hombros, con esa calma que me empieza a resultar fascinante.

—¿Cómo que no? Si yo lo hubiese tenido, me habrías pedido verlo. Qué tramposo.

—No puedes preguntar después de beber. Si aciertas, punto para ti y listo. Sin explicaciones.

Antes de que pueda protestar, suelta la siguiente afirmación:

—Tu vida es ideal. Trabajo perfecto. Casa perfecta. Novio perfecto. De nuevo, niego con la cabeza.

—Acabamos de dejarlo —confieso bajando la voz, como si fuera un secreto que todavía me cuesta pronunciar en voz alta.

Y entonces algo dentro de mí se agrieta.

Bajo la cabeza y aguanto las ganas de llorar porque no quiero hacerlo delante de él. Porque, si lloro, me rompo, y no estoy preparada para barrer los pedazos. Desvío la mirada hacia mi copa, como si el hielo medio derretido pudiera ofrecerme algún tipo de refugio.

Bruno no dice nada. Solo alarga una mano, me toma del mentón con suavidad, con esa clase de cuidado que se tiene con las cosas que no quieres romper, y me obliga a mirarlo. Yo no me aparto. Nuestros ojos se encuentran. Y los suyos no buscan respuestas. No presionan. No analizan. No juzgan. Solo... miran. Y eso, de algún modo, me desarma más que cualquier reproche.

—Lo sigues queriendo.

No intento negarlo. Asiento despacio. Y me duele. Porque seguir queriendo a alguien que ya no está no es un crimen, pero sí una condena silenciosa.

—Entonces, si he acertado, bebe —añade, sin apartar los ojos de mí.

Se me escapa una risa.

—Pero no era tu turno —replico con una sonrisa rota en los labios.
—¿Importa?

Niego con la cabeza. Porque, no, no importa.

Levanto la copa, la miro un momento y luego me la llevo a los labios. Cuando la bajo, me encuentro con los ojos de Bruno y, aunque me siento más vulnerable que nunca, hay algo en su mirada que me calma.

—Lo olvidarás... —dice él de repente, con una seguridad tan rotunda que por un segundo me descoloca.

—¿Cómo? —pregunto confundida.

—Lo olvidarás —repite, esta vez más despacio, con una confianza que me resulta tan desconcertante como molesta, como si cada palabra llevara el peso exacto de una predicción inevitable—. De aquí a que acabemos el viaje, lo habrás olvidado.

Me quedo callada unos segundos, lo justo para que una parte de mí, la que se aferra a Enzo, se revuelva.

—Eso no va a pasar.

—¿Qué te apuestas?

Me encojo de hombros. Porque no sé qué decir. Porque, en realidad, me da miedo pensar en esa posibilidad. En olvidarlo. En olvidarme de él.

—¿Una cena? —propongo sin mucha convicción.

—Una cena —repite tendiéndome la mano para sellar el trato, como si no fuera una promesa condenada a perderse. Y, aunque sé que es una estupidez, se la estrecho.

—No voy a olvidar a Enzo —añado enseguida, no porque quiera dejarlo claro, sino porque lo creo de verdad. Porque no pienso hacerlo. Porque, cuando vuelva, hablaré con él. Porque voy a arreglarlo.

—Eso tendrá que decirlo la Lena del futuro.

Le sonrío y no lo contradigo, aunque sé que esa cena nunca se va a dar. Porque, solo de pensar en que Enzo y yo no seamos un «nosotros» nunca más, hace que me falte el aire.

—¿Y cómo vas a conseguir que me olvide de él? —pregunto, jugando con la copa entre los dedos.

—Haciendo que te lo pases de puta madre.

Le sostengo la mirada y, a pesar de que quiero preguntarle por qué está tan convencido, no lo hago. En lugar de eso, alzo mi copa. Él hace lo mismo y brindamos. Sellamos un trato invisible.

—¿Y si no lo logras?

—Si no lo logro, que lo haré, la cena la pagaré yo. Pero, si finalmente lo olvidas y regresas de este viaje siendo otra persona, la cena va a correr por tu cuenta... Y te aviso desde ya que es mejor regalarme un traje que invitarme a cenar.

—No te imagino con traje —le digo riéndome, y me sorprende porque por primera vez ha sido un gustazo conocer a un chico que no esté pendiente de sus gemelos ni de si su camisa tiene demasiadas arrugas.

—Pues estoy guapísimo.

Se me escapa una carcajada y no se lo discuto, porque de eso estoy segura: este chico estaría guapo de cualquier manera, con o sin ropa..., y ahora mismo prefiero no imaginarme la segunda opción.



Bruno

10 DE JULIO

Me despierta un ruido seco e insistente que me taladra la cabeza. Me doy la vuelta en la cama, rogando unos segundos más de sueño, pero los golpes no cesan.

—¡Bruno! ¡Que llegamos tarde! —grita Pol desde el otro lado de la puerta.

No respondo. No porque no quiera, sino porque articular palabra requiere una coordinación entre cerebro y lengua que todavía no domino. Abro los ojos a duras penas. La luz entra a lo bestia por la ventana, sin piedad, y me atraviesa el alma. Me siento como un vampiro en una película de serie B, esperando prenderse en llamas en cualquier momento. Putos vampiros que se hacen famosos por brillar al sol...; yo ahora mismo podría formar parte del elenco de *True Blood*.

Pol vuelve a aporrear la puerta. Ahora con más insistencia, como si en vez de llamar quisiera atravesarla con los nudillos.

—¿Estás intentando perforar la madera con la mano? —gruño desde la cama, con la voz áspera como una lija húmeda.

—¡Bruno! —insiste, al borde del colapso.

—¡Ya voy! —contesto, intentando sonar más despierto de lo que estoy. Pero lo único que siento es un dolor punzante en las sienes y una especie de agujero negro en el estómago. Mi cuerpo, que por alguna razón no responde, parece estar demasiado ocupado maldiciendo el hecho de haber tomado «unas copas de más» anoche.

Porque, sí, anoche, entre copa y copa, Lena y yo perdimos completamente la noción del tiempo. Recuerdo que, mientras seguíamos hablando y bebiendo más de lo prudente, Sofía se acercó, con las sandalias en la mano, para decir que ella se iba a dormir ya. Así que Lena se levantó para marcharse con ella y dormir en el minibús.

Pol y yo nos quedamos un rato más y luego nos fuimos a dormir a un *bungalow* de un *camping* que está a pocos minutos. Viviendo a cuarenta y cinco minutos, podríamos habernos ahorrado esto, pero, después de tantos meses de trabajo, nos apetecía una noche... diferente. Joder, es que nos lo merecíamos.

El caso es que anoche bebí más de lo habitual y ahora me va a estallar la cabeza, pero no puedo fallar. Este es, oficialmente, mi primer día de trabajo. Y tengo una resaca del tamaño de una catedral. Y, encima, debo conducir el puñetero minibús. Me pongo en pie, apoyo una mano en la pared para no caerme y pienso, con la poca claridad mental que tengo, que, si este es mi primer día de trabajo, el universo tiene un sentido del humor de mierda.

—¡Bruuuuno!! ¡Tío, que nos vamos!

Pego un respingo y miro el reloj de la mesilla.

«Mierda».

—¡Ya voy! —grito mientras intento peinarme con los dedos y meter los pies en las zapatillas deportivas al mismo tiempo.

Salgo de la habitación y me encuentro con Pol.

—Macho, venga —me apremia echando un vistazo a su reloj.

—Un minuto —contesto colándome en el baño.

El espejo me devuelve la imagen de un tipo que no está preparado para enfrentarse al mundo. Pero no hay tiempo para lamentaciones. Me lavo la cara con agua fría. El impacto es inmediato. Pero no ocurre ningún milagro. El agua no cura la resaca.

Después de una ducha rápida y de lavarme los dientes, salgo del baño arrastrando los pies, y ahí está Pol, en la puerta del *bungalow*, con las llaves en la mano, como si fueran una amenaza silenciosa.

Cruzamos el umbral y el aire fresco me golpea en la cara. Avanzamos por el sendero de grava que serpentea entre las casitas del *camping*. Hay otras como la nuestra, todas de madera, algunas con toallas colgadas secándose y gente desayunando en los porches.

—¿A qué hora habíamos quedado? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Hace cinco minutos. —Pol me mira de reojo—. Así que, si puedes mover las piernas más rápido, mejor que lo hagas.

Pasamos junto a una fuente, recorremos un par de curvas entre arbustos bien podados y llegamos al minibús. Pol, esta vez con una delicadeza casi absurda, toca a la puerta con los nudillos.

—Conmigo casi tiras la cabaña abajo —gruño.

Mi tío se ríe y me suelta una palmada en la espalda que me hace tambalear. Estoy casi seguro de que mi hígado se ha desplazado dos centímetros a la izquierda.

—Tenías que levantarte, macho —se justifica.

Antes de que pueda protestar, la puerta de la cámara se abre y aparece Lena. Demasiado despierta para ser humana. Demasiado guapa para tener resaca. La miro con los ojos medio pegados y las neuronas aún peleándose por formar frases completas.

—Buenos días —nos saluda con una sonrisa.

De verdad, esta chica parece no haber bebido nada anoche..., y eso que bebió incluso más que yo.

—Buenos días, por decir algo —respondo con una voz que suena más grave de lo normal.

—¿Y lo que te preocupaba era mi equipaje? —pregunta entrecerrando los ojos mientras mira lo que llevo bajo el brazo.

—Ah, perdona, no te he presentado a mi novia. Esta es Caribella; no puedo hacer ningún viaje sin ella. Y no te equivoques: es la relación menos tóxica del mundo —contesto guiñándole un ojo y enseñándole mi tabla de surf. Para mí, hacer un viaje sin Caribella es impensable—. Si te portas bien, querida Lena, te enseñaré a coger alguna ola.

—Tranquilo, que no quiero interferir en vuestra relación; ya sabes eso de que tres son multitud —contraataca y yo solo puedo morderme el labio porque lo que me saldría decirle es mejor que lo mantenga en el submundo de mi propia mente.

Detrás de ella aparece Sofía. A diferencia de la *influencer*, su mánager sí parece haber pasado la noche en el mismo planeta que nosotros. Tiene ojeras de guerra y una energía que grita: «Una palabra más y muerdo». Sí, Sofía es de las mías.

—¿Listos para la aventura? —pregunta Pol exageradamente animado—. Hoy os esperan casi tres horas de carretera.

En cuanto lo dice, me doy cuenta. Ya está, ha llegado el momento de decir adiós. Las chicas, que también lo han captado, se funden en un abrazo con esa intensidad que se reserva para las despedidas

largas o los reencuentros de aeropuerto. Se dicen cosas en voz baja que yo no oigo.

—Te lo vas a pasar genial —le dice Sofía al separarse, acunando la cara de Lena entre sus manos.

—Ojalá tengas razón —le responde Lena, en un murmullo, casi para sí misma.

—Este es tu viaje, Lena, solo tuyo. Vívelo, exprímelo al máximo... y ve contándome. Quiero un promedio de mil fotos al día, ¿entendido?

Sofía se vuelve hacia nosotros y, sin dudarlo, nos da un abrazo a cada uno, primero a Pol y luego a mí.

—Por favor, cuídamela —me susurra al oído de tal manera que solo yo puedo oírla. Se aparta con una ligera sonrisa en los labios, como si no quisiera alargar demasiado el momento, y se dirige hacia su coche.

—¡Mucha mierda, chicos, seguimos en contacto! —chilla cuando ya está dentro del vehículo.

—¡Avisa cuando llegues a casa! —se despide Lena mientras sacude su mano.

Sofía arranca el motor y saca el brazo por la ventanilla para despedirse de nuevo. Lena se queda mirando hasta que el coche desaparece tras la primera curva.

—Bueno, pues al lío —interviene Pol dándonos un abrazo rápido y antes de echarle un último vistazo al minibús—. Tened cuidado, ¿vale? Y, cualquier cosa, me llamáis.

Y entonces nos quedamos solos.

Lena. Yo. Y treinta días por delante.

—¿Me da tiempo de bajar a por un café? —pregunta.

—Claro, yo te acompaño —respondo.

Bajamos al chiringuito de Marc, pero, en su lugar, está Enrique, un camarero mayor que él. Lo conozco de vista, pero no somos amigos como tales. Lena pide un café con leche; y yo, uno solo con hielo.

—Confiesa: ¿qué pacto has hecho con el demonio para haberte despertado así de bien? —le pregunto mientras esperamos.

—Qué exagerado eres —me contesta con una sonrisa que podría derretir el Ártico.

—Pero ¿tú te has visto? Pareces sacada de un anuncio de *campings*.

—Me encantaría decirte lo mismo, pero... la verdad es que estás hecho un asco —suelta partiéndose de risa.

—Tú sí que sabes halagar a un hombre...

—¿Crees que estás en condiciones de conducir? Si quieres, podemos salir más tarde; no hay prisa.

—¿Por quién me tomas, Lenita? Por supuesto que puedo conducir, podría hacerme España de ida y vuelta.

—Vaya fantasma —bromea riéndose de nuevo, y creo que ese sonido se ha convertido en mi sonido favorito—. Y, si me vas a cambiar el nombre, que no sea por Lenita.

—¿Traumas infantiles con eso?

—Los diminutivos me parecen una mierda; hacen pequeñas a las personas.

—Joder, pues nada, te llamaré Lenota.

—Eres idiota —replica dándome un golpe en el hombro.

Cuando ya tenemos nuestros cafés, volvemos al minibús. Me meto en la cabina del conductor mientras ella se acomoda en el asiento del copiloto. Ambos cerramos las puertas casi a la vez, en un gesto coordinado que, por un segundo, parece una coreografía. Dejo el café en el portavasos y arranco el motor.

—¿Quieres que ponga música? —pregunto.

—Sí, claro —responde asintiendo, sin apartar la vista de su café con leche.

—¿Algo en concreto?

—Lo que tú quieras.

No insisto.

—Aviso: voy a poner mi *playlist* en aleatorio. No me hago responsable.

—Me arriesgaré.

Suena «Here Comes the Sun», de The Beatles.

—Buen comienzo —murmuro, más para mí que para ella, y empiezo a tararear los primeros acordes—. Puede sonar a cliché, pero... es de mis grupos preferidos. Nunca me canso de escucharlos. Esta canción me hace sentir como si todo tuviera solución... aunque esté a punto de vomitar por la resaca, ¿sabes?

—Vaya, qué poético —comenta mientras suelta una pequeña carcajada, se gira hacia la ventanilla y sus ojos se pierden en el horizonte.

—¿Y tú qué escuchas normalmente? —indago.

—No sé... Últimamente no escucho nada en especial —responde encogiéndose de hombros—. Canciones que acaban en tendencia, ¿sabes? Esas que suenan en bucle hasta que te sangran los oídos.

—Pero ¿no te pones música por placer?

—Antes sí. Mucho. Pero ahora... no sé. En redes.

—Me encargaré personalmente de que eso cambie —prometo y, sin decirlo en voz alta, lo añado mentalmente a la lista de cosas que tengo que conseguir este mes—. Por cierto..., no sé si te acuerdas de la apuesta de anoche.

—Eh... sí, me suena todo. —Hace una pausa para tomar un sorbo—. O sea, iba borracha, pero no tanto. Aunque, vamos..., menuda tontería.

—No es ninguna tontería. Por mí, todo sigue en pie.

Ella arruga la nariz, como si la idea no le terminara de convencer. Me observa unos segundos, en silencio, y luego, con un gesto leve, vuelve a mirar por la ventanilla. Su sonrisa es fugaz, casi imperceptible, pero se queda ahí, en sus labios, sin que llegue a tocar sus ojos.

—Pues vas a perder —afirma finalmente.

—Eso habrá que verlo.

La siguiente canción me hace sonreír antes incluso de que suene la primera palabra. «Curiosa la cara de tu padre», de Melendi.

Oigo a Lena soltar una risa ahogada, tratando de contenerse.

—¿Ha dicho «cincuenta gramos de marihuana»? —pregunta tapándose la boca con la mano.

—¿No la conocías?

—No.

—Melendi en estado puro.

—Sé quién es Melendi. Tampoco estoy tan perdida —me dice casi ofendida pero sin perder la sonrisa—. Pero no había escuchado esta.

—Es de las más míticas.

—Me gusta —confiesa—. No es mi estilo, pero me gusta.

—Te voy a enseñar más canciones. Un mes da para mucho.

—Vale, sí —contesta—, pero no creas que soy una *dummy* en música, que yo también me defiendo. Aunque, por lo que veo, tú eres más de canciones *vintage*...

—¿*Vintage*? Mira, nena, esto es calidad musical, pero hagamos una cosa —propongo—: Nos podemos ir turnando. En cada parada, cambia el DJ y suena su *playlist* en aleatorio.

—Hecho.

Van pasando varias canciones al azar mientras avanzamos por la carretera que se extiende frente a nosotros.

—Escucha esta —le pido subiendo el volumen cuando empieza «Have a Nice Day», de Bon Jovi—. Este tema... desafía las normas y expectativas de la sociedad. Va de eso, ¿sabes? De que te resbale lo que piensen. Bon Jovi está emperrado con lo de ser uno mismo y no dejar que el mundo te diga cómo ser, y no es solo en esta canción. Muchas de las tuyas tienen eso, como una especie de declaración de principios. ¿Te habías parado alguna vez a escuchar esta letra? No a oírla, a escucharla de verdad. ¿O no la conocías?

Dejo la pregunta en el aire, flotando entre nosotros, esperando una respuesta que nunca llega. Durante unos segundos, solo se oye el murmullo del motor y la canción, que sigue sonando con esa energía desafiante que me encanta.

Me giro un poco, lo justo para echar un vistazo rápido. Lena está dormida.

Tiene la cabeza ladeada hacia la ventanilla, el pelo cayéndole sobre los hombros en ondas desordenadas y los labios entreabiertos.

—Vaya. Qué crítica más contundente —murmuro, bajando un poco el volumen para no despertarla.

No puedo evitarlo. Sonrío sincero.

Incluso dormida, con la cara completamente relajada y el gesto un poco deshecho por el sueño, sigue siendo jodidamente guapa.



Lena

«Mierda».

Me he quedado dormida.

La idea me sacude con una mezcla de pánico y vergüenza. Giro la cabeza y veo que el asiento del conductor está vacío. Me incorporo lentamente y el movimiento me provoca un leve mareo que me recuerda que anoche bebí más de la cuenta. Me asomo por la ventanilla: estamos parados en una estación de servicio, y ahí está Bruno, de espaldas, echando gasolina. Tan injustamente guapo para tener resaca.

Me dejo caer de nuevo contra el respaldo del asiento, cerrando los ojos un momento mientras dejo que mi mente, porque mi cuerpo todavía no está para eso, empiece a ordenar el caos de mis pensamientos.

Todavía tengo los ojos cerrados cuando oigo cómo se abre la puerta del conductor. Una ráfaga de aire caliente se cuela sin pedir

permiso y, de golpe, el olor a gasolina se vuelve más nítido.

Abro los ojos y me encuentro con los suyos.

—Ah, estás despierta —dice antes de acomodarse en su asiento—. Buenos días, Bella Durmiente. Vaya siesta te has marcado. Yo quería ponerte temazos, pero al final el concierto lo has dado tú. —Termina riéndose e imagino a qué se refiere. «Joder... ¿Habré roncado? Oh, Dios. Tierra, trágame, escúpeme en el mar y que una ola me arrastre hasta el país más lejano, por favor». Porque una cosa es dormirse y otra muy distinta es tocar un solo nasal que haga temblar los retrovisores. Y yo sé que, cuando ronco, lo hago con entrega, como un jabalí asmático con bronquitis.

—Dime que no he roncado —le pido, aún con la voz pastosa, con ese tipo de esperanza ciega que sabes que va a fallarte.

—No se me da bien mentir, pero puedo intentarlo. —Me mira y añade de forma seria y contundente—: Bella Durmiente, tu sueño ha sido tan placentero como pasear por el desierto.

—Eres gilipollas —contesto riéndome—. Pero ¿he roncado mucho?

—De forma audible, digamos —suelta él, mezclando el sonido de su risa con el de la mía—. He parado para echar gasolina y descansar un poco. Iniciar el viaje con resaca está siendo toda una experiencia..., ¿no crees? —me explica mientras mete la llave en el contacto y arranca el motor.

Le doy un pequeño empujón con el codo y Bruno responde con una sonrisa.

Maniobra con habilidad, y mis ojos se van directos a sus brazos, que se tensan al girar el volante. Saca el minibús de la zona de surtidores y lo lleva hasta un rincón más apartado, cerca de unas mesas de pícnic, un árbol torcido que ha visto mejores días y el rumor constante de los coches en la autopista.

—Cinco minutos —me avisa soltándose el cinturón y estirando los brazos con un bostezo contenido—. Solo cinco. Lo justo para no morir. No te preocupes, que no me vas a ver roncando. Soy más silencioso que tú.

Lo fulmino con la mirada mientras trato de esconder —sin mucho éxito— la sonrisa estúpida que tengo dibujada en el rostro.

Bruno se recuesta en su asiento, cruza los brazos sobre el pecho y suelta un suspiro que casi me da sueño otra vez.

—Voy a echarle un vistazo a la tienda —lo informo, más para avisar que para obtener respuesta.

Él asiente sin abrir los ojos, como si ya estuviera flotando en una nube distinta a la mía. Y, aunque tengo la tentación de quedarme ahí solo por no moverme, sé que necesito estirar las piernas.

Bajo del vehículo y el aire caliente me envuelve de inmediato. Camino hacia la tienda arrastrando los pies, cruzo la puerta y el aire acondicionado me recibe. Es la típica tienda de una estación de servicio: *snacks* imposibles de clasificar, bebidas energéticas con colores radiactivos y expositores con gafas de sol baratas. Poco más.

Doy vueltas por los pasillos sin mirar nada en concreto. Y entonces saco el móvil. Por costumbre, por necesidad, por ese impulso tonto de «a ver si...».

Reviso las notificaciones.

Ninguna de Enzo.

Miro la pantalla, como si pudiera sacar alguna conclusión, encontrar alguna señal, algún hueco por el que colarme. Pero no hay nada. Trago saliva. Esa sensación de esperar algo que no va a llegar empieza a doler menos, pero no porque lo esté superando, sino porque me estoy acostumbrando.

Lo que sí que tengo es un mensaje de Sofía.

Ya he llegado, jefa. Luego me llamas y me cuentas. Pero si no contesto es porque estoy durmiendo. Te quiero, guapa.

También hay uno de Clara.

Amiga, ¿qué tal la primera noche en cámper? Cuéntamelo TODO.

Y uno de mi madre, por supuesto.

¿Cuándo pensabas explicarme que te ibas de viaje? Te he llamado varias veces, pero no me lo coges. Llámame cuando puedas.

Contesto todos los mensajes con respuestas rápidas y automáticas. Lo justo para no preocupar a nadie. Bloqueo el móvil, levanto la mirada y vuelvo a estar en la tienda. Paseo entre patatas onduladas, botellas de Aquarius, *souvenirs* con forma de flamenco y mecheros con la bandera de España.

Media hora después —no cinco minutos— estoy sentada en una mesa medio coja de la cafetería. Estoy tan absorta mirando *reels* de recetas que jamás haré que pego un salto cuando alguien se sienta justo delante de mí.

—¿No me esperabas? —pregunta Bruno aguantando la risa.

—Madre mía, qué susto me has dado —me quejo casi al mismo tiempo.

—Voy a pedirme un café. ¿Quieres uno?

—Sí, gracias, un café con...

—Leche —me corta, sin darme tiempo a terminar—. Y caliente, aunque esté cayendo fuego del cielo.

—Exacto —respondo sonriendo.

Bruno vuelve al cabo de un par de minutos con dos vasos de cartón y me pasa el mío.

—¿Qué te parece si nos lo tomamos ahí fuera? En el área de pícnic. Aquí dentro huele a tortilla plastificada.

—Vamos.

Salimos de la cafetería y cruzamos el aparcamiento hasta llegar a la zona de pícnic, sorteando coches que entran y salen y camioneros bostezando junto a sus cabinas. Le doy el primer sorbo a mi café con leche y me quemo la lengua. Intento disimular la mueca de dolor, como si no hubiera pasado nada, mientras la bebida caliente amenaza con requisarme el sentido del gusto para siempre, recordándome que, por alguna razón incomprensible, sigo prefiriendo el café hirviendo, aunque estemos a treinta grados.

—Han sido los cinco minutos más largos de mi vida —bromeo mientras nos sentamos en una mesa de madera.

—¿He dormido más de cinco minutos? —plantea frunciendo el ceño.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Más o menos.

—Luego la Bella Durmiente soy yo.

—Qué ofensiva estás. La cafeína saca lo peor de ti.

—Y seguro que has roncado.

—Tienes una obsesión un tanto preocupante con los ronquidos. Ojo, que cada uno tenga el fetiche que quiera: si a ti te molan los ronquidos, yo ronco para ti...

Se me escapa una risa. Es fácil reírse con Bruno. Tiene esa capacidad de hacer que todo parezca más sencillo de lo que es. Como si el día, por muy torcido que sea, fuese más llevadero cuando lo compartes con alguien que no dramatiza por deporte.



—Nos queda una hora de camino —anuncia Bruno arrancando el motor—. Ya casi estamos.

El aire acondicionado hace lo que puede, pero, en este punto, parece que el calor nos ha ganado la batalla.

—Perfecto —digo abanicándome con la mano.

—Te toca poner música, DJ Lena. ¡Dale caña!

—Caña... Ni que fuésemos a hacer la ruta del bakalao.

—Escucha, esa referencia la podría hacer mi abuelo... Como me pongas un pasodoble, presento mi dimisión como chófer de este viaje.

—Anda, cállate y aprende lo que es música actual, que para *vintage* ya estás tú aquí.

Saco el móvil y pongo mi *playlist* en aleatorio. La primera canción que suena es «That's So True», de Gracie Abrams.

—¿Te gusta? —indago.

—No la conocía —admite.

—¿No? Pero si se hizo superviral en redes cuando salió.

—Pues me la perdí. Supongo que mi algoritmo va por otro lado.

—Pero ¿te gusta?, ¿o prefieres que la quite?

—Me gusta, pero, aunque no fuese así, hemos hecho un pacto. Además, si te gusta a ti y quieres escucharla, ¿por qué tendrías que amoldarte a mí? Yo no te he preguntado si te gustaba mi música, simplemente la he compartido contigo.

—Cierto.

—Oye, una cosa: no te sientas obligada a hablar todo el rato, ¿vale? Si te apetece hacerlo, genial. Pero, si no, también.

—Vale.

Entonces me doy cuenta de lo distinto que es todo.

De lo distinto que es él.

Y es ahí cuando entiendo que llevo tanto tiempo complaciendo a los demás que he dejado de lado lo más importante: a mí misma. Y, con esta revelación, siento que puedo respirar de nuevo como no lo he hecho en semanas.



Lena

Bruno gira el volante y el minibús se desliza por una calle estrecha, de esas que te obligan a ir despacio aunque no quieras, custodiada, a ambos lados, por palmeras que se alzan hasta el cielo. Las aceras, perfectamente alineadas, están enmarcadas por parterres llenos de flores. A un lado hay casitas blancas con puertas de colores y, al otro, pequeñas tiendas con toldos a rayas que intentan sobrevivir al calor del mediodía. El sol cae a plomo, sin ningún tipo de piedad, y dentro del vehículo el aire acondicionado ya no da más de sí.

—Has llegado a tu destino —anuncia la voz robótica de Google Maps.

Bajo la ventanilla del copiloto y dejo que el aire caliente entre. Me llega el canto lejano de los pájaros, escondidos en algún rincón entre los árboles, y, a lo lejos, el rumor constante del mar.

—Ahí lo tienes —dice Bruno señalando con la cabeza hacia delante.

Frente a nosotros se erige el hotel en el que nos alojaremos los próximos días. La entrada es amplia y está repleta de buganvillas en flor que trepan por las paredes con descaro, como si quisieran devorar el edificio completo.

—Sofía es la mejor —murmuro, casi en voz baja, sintiendo una ligera punzada de gratitud, porque, gracias a ella, que ha cerrado una colaboración con el equipo de *marketing* de este hotel, pasaremos unos días aquí, frente al mar, con desayuno incluido y una lista de publicaciones que tengo que grabar que de momento no me estresan.

Cuando ya hemos aparcado, pasamos a la parte trasera del minibús. Me apresuro a sacar el bolso más grande que tengo y empiezo a llenarlo con lo esencial... o, más bien, lo que yo considero esencial.

—¿Sueles hacer muchas colaboraciones así? —pregunta Bruno sacando su mochila sin demasiadas ceremonias.

—No tantas como me gustaría —respondo sin pensarlo mucho mientras doblo un vestido de playa y lo meto a presión en el bolso—. A veces tengo que rechazarlas porque no me cuadran por fechas o... por otras razones.

—¿Y eso? —pregunta alzando una ceja.

—Bueno... —resoplo—. A Enzo no le hacen mucha gracia este tipo de colaboraciones. Ninguna, en realidad. Le cuesta entenderlo. Lo lleva regular. Así que, muchas veces, prefiero ahorrarme la discusión.

Bruno no dice nada al principio. Solo asiente muy despacio, como si estuviera masticando lo que no dice.

—Un problema menos —susurra finalmente.

—¿Cómo dices?

—Pues eso. Un problema menos. Ya no estás con él.

—Ah, ya... Bueno, estoy segura de que esto es solo una mala racha y, de hecho, todavía quedan muchas cosas que hablar... En fin, da igual... —pronuncio algo incómoda, porque hablar de este tema en el punto en el que me encuentro me deja un poco fuera de juego—. ¿Listo? —pregunto una vez termino de cerrar el bolso.

—Sí, claro —responde colgándose su mochila al hombro.

—Vamos, entonces.

—Oye... no quiero meterme donde no me llaman, pero quizá este parón te ayude a ver las cosas desde otra perspectiva. A veces hay que alejarse de la mierda para darte cuenta, al volver, de lo mal que huele.

—Qué poético te pones cuando quieres.

—A mandar —dice haciendo una ligera reverencia con la cabeza, y yo no puedo evitar que las comisuras de mis labios se alcen un poco.

Mientras Bruno cierra el minibús, yo despliego el trípode y busco el ángulo perfecto, con una mezcla de entusiasmo y desesperación, porque la entrada del hotel es demasiado bonita como para no aprovecharla.

Pongo el trípode a unos metros de esta, intentando que se vea todo: la fachada blanca, las plantas que trepan por los muros y el mar azul que se asoma al fondo.

Coloco el móvil en el soporte, ajusto el encuadre y retrocedo un par de pasos. Todo es ideal. Salvo el plano, que no me acaba de convencer.

—¿Quieres que te ayude? —pregunta Bruno detrás de mí.

Me giro tan rápido que casi lo tiro todo al suelo.

—¿Cómo dices?

—Que si quieres que te ayude —repito caminando hacia mí—. No sé; solo hay que pulsar un botón, ¿no? Creo que puedo hacerlo bien.

—¿Me estás vacilando? —planteo entre risas.

—Te aseguro que no. Me ha parecido... que te estabas peleando con el trípode.

—Es que me estoy peleando con él. Y va ganando.

—Venga, pásame el móvil.

Lo miro unos segundos más, intentando descifrar si esto va en serio, esperando que en cualquier momento suelte una carcajada y me diga que era una broma. Pero no lo hace.

—Vale —cedo dándole el teléfono—. Gracias.

Bruno sujeta el móvil... y lo pone en horizontal.

—¿Qué? —pregunta al ver mi expresión.

—¿De verdad? —Cruzo los brazos, pero ya me estoy riendo—. ¿En horizontal?

—Claro, para que se vea más. —Sonríe orgulloso mientras gira el móvil para que lo vea—. Mira qué panorámica.

—Bruno..., estamos grabando una *story*. ¿Te suena Instagram? —me cachondeo—. Vertical. Siempre vertical.

—¡Yo qué sé! —Se ríe mientras pone el móvil en vertical—. ¡Listo! Cuando quieras, estrella.

Cuando terminamos de grabar, nos reímos juntos mientras entramos a la recepción del hotel. Y, aunque he grabado este tipo de vídeos mil veces, pocas me he reído tanto.

Enzo jamás habría hecho esto. Ni en sueños, pero no porque no sepa cómo, sino porque no quiere. Porque detesta todo este mundillo. Cada vez que menciono el tema, su expresión cambia. Como si no entendiera —o peor: como si no quisiera entender— que esto es mi trabajo; que lo que para él es «exponerme» para mí es vivir de lo que me gusta. Y, por más que intento fingir que no me duele, lo hace, porque me importa, claro que me importa.

—¿Te ha gustado el plano? —me pregunta Bruno.

—Lo has hecho mejor de lo que esperaba; lo admito... —reconozco alzando la vista del móvil.

—Oye, menos cachondeíto, princesita.

—¿Princesita? ¿En serio? ¿Se puede ser más casposo?

—Yo no tengo la culpa de ir de viaje con la Bella Durmiente de los ronquidos; si tú fueses la del cuento, cualquiera te despierta.

—Tira, *vintage*, que tenemos que seguir.



Me ducho nada más llegar a la habitación, aunque debo admitir que es un ejercicio de absoluta contradicción porque el plan es bajar a la piscina y seguir grabando. Pero necesito sacudirme el cansancio del viaje sumado a las pocas horas de sueño y la resaca matutina, dejar que el agua fría me devuelva algo de energía y, siendo honesta, dejar de oler a humanidad.

La habitación de Bruno está en el mismo pasillo, a solo un par de puertas de distancia. Lo sé porque ha entrado justo antes que yo. Ahora estoy tumbada sobre la cama, envuelta en una toalla enorme, con el pelo todavía húmedo. Cojo el móvil, estirando el brazo como si estuviera haciendo yoga en horizontal, y llamo a Sofía. Al segundo tono, contesta.

—¿Ya estás instalada?! —pregunta con esa vitalidad que solo ella tiene, sin ni siquiera saludar.

—Hola a ti también. —Sonrío, contenta de oír su voz—. Y, sí, estoy en mi habitación. El hotel es precioso, Sofi, de verdad.

—¿A que sí?! Sabía que te iba a encantar. Aprovecha la ocasión, que más adelante no te librarás de dormir en la cámara, querida. Por

cierto, ¿has visto mi último correo? Te lo he mandado hace un rato.

—No, iba a mirarlo ahora.

—Pues échale un ojo. He conseguido dos hoteles; el resto será todo *campings*, pero al menos tenéis dos habitaciones, una para cada uno, porque han aceptado el +1 en colaboración. Ahí tienes todo lo que hemos cerrado con el equipo de *marketing*.

—¿Hay que entregar algo ya?

—Nada es urgente. Con que lo tengas todo para el lunes, vamos bien.

—Genial.

Seguimos hablando un poco más. Luego le digo que tengo que hacer más llamadas y colgamos con un «te quiero».

Miro la lista de contactos y busco el de mi madre, dispuesta a llamarla..., aunque, pensándolo bien, *dispuesta* es una palabra demasiado ambiciosa. Porque, sí, debería llamarla, pero no me apetece nada.

Estoy segura de que me va a recriminar que me haya ido sin avisar, como ya me ha dejado claro en su afectuoso mensaje —nótese la ironía—. Probablemente, con razón, pero sé que, si lo hubiera hecho, tampoco le habría parecido bien que aceptara esta colaboración porque para ella, como para Enzo, todo esto es una pérdida de tiempo.

Ellos se parecen más de lo que me gustaría admitir. Habla como él, con esa autoridad revestida de preocupación, como si siempre supiera lo que es mejor para mí. A veces siento que se entienden mejor entre sí que conmigo, como si yo fuera la que se ha desviado del camino correcto; y ellos dos, los únicos que conservan el mapa.

Y ya tengo bastante con Enzo como para sumar a mi madre al equipo «Lena está loca». Por eso no la he avisado, porque ya intuía que cualquier cosa que hiciera le iba a parecer mal, y ahora mismo

no tengo energía para tener que justificar otra vez que me gusta lo que hago, que puedo vivir de ello, que no necesito una oficina sin ventanas ni un horario de ocho a cuatro para ser válida, que no soy menos seria por ser creadora de contenido.

Además, a estas alturas, seguro que también sabe que Enzo y yo lo hemos dejado, porque él se lo habrá contado... y, cómo no, yo seré la villana de la historia.

Mi madre idolatra a Enzo. Siempre lo ha hecho. Lo mira como si fuera la encarnación de todo lo que ella cree que debería ser un hombre. Y eso me parece genial, de verdad. Que le caiga bien, que lo quiera, que incluso le parezca el novio perfecto. Pero a veces tengo la impresión de que estamos remando en direcciones opuestas.

Con la cabeza llena de pensamientos, redacto un mensaje corto y le digo que lo siento y que estoy hasta arriba de trabajo. Acto seguido, pulso el botón de bloquear el móvil. Llamadme cobarde, pero creo que paso de echar más piedras en mi mochila; suficientes tengo.



Salgo de la piscina y camino descalza hacia la tumbona, dejando tras de mí un rastro de agua que brilla bajo el sol. Me envuelvo en la toalla de cualquier manera y recojo mis cosas sin ningún orden en particular, pero, por si acaso, por si me da por grabar algo más de camino a la habitación, dejo el trípode y el móvil fuera del bolso.

Una vez me he secado y vestido, cruzo el jardín del hotel y entro en la recepción. Allí encuentro a Bruno, recostado en el mostrador.

Está hablando con la recepcionista, la misma que nos ha recibido al llegar. Cuando me ve, sonrío y me hace un gesto para que me acerque.

—¡Justo a tiempo! —exclama la recepcionista cuando llego a su altura, con esa vitalidad contagiosa que solo tienen las personas que de verdad aman su trabajo—. Le estaba contando a tu compañero que el hotel os invita a hacer *snorkel* si os apetece.

—Oh, qué detalle, muchas gracias —respondo con una sonrisa, de esas que dicen «qué ilusión» mientras, por dentro, una versión en miniatura de mí misma grita con un megáfono y luces de emergencia: «¿*Snorkel*?! NI DE PUTA COÑA».

—¿A que suena genial? —pregunta Bruno.

—Sí, genial.

—Hay un turno a las seis; solo tenéis que confirmar —añade ella—. También tenemos hueco mañana. Ya lo que vosotros prefiráis.

—Perfecto. Lo valoraremos. Muchas gracias.

«Lo valoramos». Una forma educada de decir: «Esto jamás va a ocurrir, pero gracias por tu tiempo».

Nos despedimos de la chica y nos alejamos del mostrador. Apenas doblamos la esquina, me giro hacia Bruno y le suelto la verdad sin anestesia.

—No pienso hacer *snorkel*.

Bruno frena en seco.

—¿Cómo que no? ¿No te apetece?

—No es que no me apetezca —digo alzando una ceja—. Es que me da miedo. A mí el mar me gusta... desde la orilla.

—Venga ya. ¡Es *snorkel*! ¿Qué puede salir mal?

—¿Que qué puede salir mal? Todo. ¿Y si hay medusas?

—No hay medusas —dice, aguantándose la risa—. Me lo ha dicho Lucía. El mar está libre de cualquier cosa que pueda atacarnos,

princesita.

—Ah, bueno, si lo ha dicho tu nueva amiga Lucía, ya me quedo más tranquila —contesto con toda la ironía del mundo, intentando no darle demasiada importancia al hecho de que me ha... ¿molestado?... que sepa el nombre de la recepcionista. ¿Por qué? Pues vete tú a saber... Cuestiones de la Lena del futuro, que cada vez tiene su lista más larga.

—¡Va, Lena! No te pido que te tires desde un acantilado. Solo tienes que flotar. Como en una piscina.

—La piscina no tiene fauna marina, Bruno. Y, lo más importante, tiene bordes. El mar no tiene bordes.

Él suelta una carcajada que hace eco en el pasillo.

—Te prometo que no hay peligro. No tienes que meterte hasta el fondo. Si quieres, no te alejes de la orilla. Yo estaré contigo todo el rato.

Lo miro de reojo.

—Ni de coña.

—Lena, escúchame: no vamos a tener muchas oportunidades como esta. ¿De verdad vas a decir que no?

—Exacto.

—¿Quién puede decir que no?

—Yo —sentencio sin pestañear—. Yo puedo. Repetidamente. Mira: no. Lo he vuelto a hacer. No, no, no, no. —Niego con la cabeza de forma compulsiva.

—Vale, nena, me alegra ver que sabes que no es no, pero confía en mí, que estoy seguro de que te va a encantar.

—No me parece muy divertido el hecho de respirar por un tubo mientras intento no morir tragando agua y no pensar en todo lo que puede rozarme una pierna ahí abajo.

—Mira que eres exagerada.

—No soy una persona anfibia, Bruno.

—Vamos, di que sí. Si no te gusta, salimos.

Sus ojos brillan con ese entusiasmo que no se finge. Y, aunque lo mío con el mar es una relación basada en la desconfianza mutua, hay algo en su modo de insistir que me hace querer, al menos, intentarlo.

—No me vas a dejar en paz hasta que diga que sí, ¿verdad?

—Lo has entendido a la perfección —responde mirándome como si ya supiera que he perdido—. Además, te aseguro que, si alguien te toca esas piernas sin mi consentimiento, le corto la aleta.

—Vaya, eso me deja mucho más tranquila; seguro que el rey Tritón te teme muchísimo, y las medusas también.

—Ya te he dicho que no hay medusas.

—Que sí, que sí, que Luciita te lo ha dicho, pero...

—Venga, va, probamos y, si no te gusta, salimos —me dice mirándome a los ojos. Joder, ¿es posible que mejoren con las horas?—. Y deja en paz a la pobre Lucía, que nos ha invitado. —Se le escapa una carcajada al decir esto último y mi estómago se contrae. Mi cuerpo reacciona ante este chico de una manera de lo más peculiar.

Me quedo en silencio unos segundos, mirándolo con escepticismo, mientras proceso todas las posibles consecuencias de este horrible plan.

—Madre mía —murmuro soltando un largo suspiro, algo dramático por mi parte.

—¿Eso es que sí?

—Si se me enreda un alga en el tobillo y me da un infarto, te hago responsable.

—Acepto las condiciones, princesita —dice guiñándome un ojo.

Y así, casi sin quererlo, firmo mi sentencia para una tarde de *snorkel*.

Ambos nos echamos a reír mientras seguimos caminando por el pasillo cuando Bruno se pone a cantar «Bajo el mar», de la película *La sirenita*. Y, aunque tenga un miedo razonable a morir tragando agua salada y mi instinto me grite «huye», hay algo en su entusiasmo que, sin saber por qué, provoca que me apetezca arriesgarme... un poco.



Bruno

Estamos en la cala. Hace un sol de los que te queman la piel y, aunque mucha gente odie esta sensación, a mí me da la puta vida.

Somos cinco en el grupo sin contar al instructor: un alemán que sonríe como si entendiera algo cuando posiblemente no se esté enterando de una mierda, un hombre con una calva que refleja el sol, su hija de unos doce años, Lena —que todavía no ha salido corriendo— y yo.

Yo ya estoy dentro del agua, que me cubre hasta el pecho. La princesita está clavada en la orilla, tiesa como un palo, con el agua hasta las rodillas. No puedo dejar de mirarla, pero no por preocupación, no: es que el maldito neopreno le queda de escándalo; se le ciñe a la cintura y parece que se ha convertido en una segunda piel para ella porque no hay curva que no le marque y no hay persona que pueda resistirse a ese cuerpo.

—¿Qué pasa, Lena? ¿Vas a meterte o estás esperando a que el agua se evapore? —grito con una sonrisa contenida.

—Bruno, por favor, no me presiones. Estoy haciendo un escaneo de riesgos.

Ella me mira con esos ojos marrones tan grandes y ahora llenos de pavor, como si el mar fuera a engullirla en cualquier momento.

Y yo, por Dios bendito, tengo que dejar de fijarme en cómo se muerde el labio.

—¿Y si hay una piraña? —pregunta de repente.

Suelto una carcajada.

—¿Una piraña? ¡¡¿En Tarragona?!!

—¡Yo qué sé!

—Vamos, que te falta la banda sonora de *Tiburón*.

Me zambullo un segundo para que no vea que me estoy descojonando.

—¡Te estás riendo de mí!

—Claro que sí. Estás hablando de pirañas. ¿Cómo no voy a reírme?

Ella resopla y da un paso. El agua le llega a los muslos y yo tengo que apartar la mirada. El neopreno no deja margen a la imaginación, y mi imaginación ya está bastante jodida.

Lo siento, no soy de piedra.

—Es que esto es antinatural —dice con el ceño fruncido—. Las personas no deberían respirar por tubos.

—No, tú seguro que no. ¡Vamos, mujer! Es un *snorkel*, no un instrumento de tortura medieval. Solo tienes que meter la cabeza, respirar y mirar los peces. No es física cuántica.

—Bruno, escúchame: ¿y si me absorbe una corriente marina y aparezco en Cerdeña con amnesia?

—Lo veo poco probable.

Me estoy riendo tanto que me duele la cara.

—No puedo respirar con este tubo.

—Lena, métete ya, joder, que, si no, voy y te arrastro hasta aquí.

—¡Ni se te ocurra!

—Entonces, entra.

Lanza un grito ahogado y se muerde el labio inferior otra vez. Sus ojos son puro caos. Pero da otro paso. Ahora está a medio metro de mí y el agua ya le llega casi a las caderas.

Trago saliva.

—Joder, Bruno... —se queja entre dientes, con los brazos tiesos, mirándome con los ojos como platos, como si estuviera participando en una prueba de *El juego del calamar*.

—Si te da miedo, me agarras la mano; no pasa nada. Pero, si no te metes, te vas a arrepentir.

Lena da otro paso. Luego uno más.

Entonces respira hondo y... lo hace.

Y yo me cago un poco. Porque verla así, tan nerviosa y valiente a la vez, me pone. Y no porque esté buenísima con el neopreno —algo que he dicho ya un millón de veces en los últimos minutos—, que también, sino porque lo está haciendo a pesar del miedo.

—¡Lo estoy haciendo! ¡Estoy en el mar!

—Muy bien, sirena de secano. Ahora ponte el tubo y baja la cabeza.

Lena se hunde un poco y saca la cabeza enseguida.

—¡Una estrella de mar! —la oigo gritar a través del tubo—. ¡Joder! Me ha tocado algo. ¡Ven aquí, Bruno! ¡Como me coma un bicho, volveré a por ti y te mataré con mis propias manos!

Me acerco a ella sin dejar de reír, le doy la mano y nuestros dedos se entrelazan de la forma más natural.

La miro y, maldita sea, ojalá pudiera decirle que está preciosa así, hasta con miedo, pero me trago mis palabras y disfruto de la experiencia a su lado.



El sol comienza a caer detrás del horizonte y el mar se estira hasta donde alcanza la vista. La cala se ha quedado en silencio. No hay nadie. Solo nosotros dos, sentados en la arena, envueltos en el sonido suave de las olas.

Lena tiene las piernas pegadas al pecho y la barbilla apoyada sobre las rodillas.

Su cabello aún está mojado, con esas ondas medio deshechas por el agua salada. Le cae sobre los hombros y algunos mechones se le pegan al rostro, pero no parece importarle. Tiene más pecas que esta mañana. Me fijo sin querer —o queriendo, qué sé yo— en cómo el sol se las ha multiplicado por la nariz y las mejillas, creando pequeñas constelaciones en las que se pierden mis ojos. Me obligo a apartar la vista, porque tampoco quiero que me pille observándola de esta manera y hacerla sentir incómoda, pero es que es guapa a rabiar sin intentarlo.

—Gracias —dice de repente mirando hacia el mar como si por fin hubiera hecho las paces con él—. Por empujarme a hacerlo. Si no llego a meterme, me habría arrepentido toda la vida.

—No me tienes que dar las gracias; lo has hecho tú.

—Es que... —hace una pausa mientras entierra los pies en la arena— ha sido increíble.

—Te lo dije.

—Tú has hecho esto muchas veces, ¿no?

—¿*Snorkel*? Un huevo de veces.

—Ya, se nota.

Nos quedamos en silencio. El tipo de silencio que no pesa. De esos que no hace falta rellenar.

Yo pienso que quizá, solo quizá..., este sitio y esta chica tienen más peligro que todas las supuestas pirañas de Tarragona juntas.

—Enzo nunca habría hecho esto.

Dejo de prestarle atención al mar y me giro hacia ella.

—Desarrolla esa afirmación para que pueda dar una respuesta.

—No le gusta el mar —confiesa haciendo una montaña de arena con los dedos.

Pienso en la conversación de esta mañana.

—Perdona la pregunta, princesita, pero... ¿hay algo que le guste a ese tío?

—¿Por qué lo dices?

—Antes me has dicho que no le molaba que hicieras colaboraciones.

—Ah..., ya. —Suspira—. Es complicado.

—Quizá el complicado es él.

—No es eso. Bueno, él no lo entiende... Que me exponga en redes y esas cosas...

—¿Lo habéis llegado a hablar?

—Sí.

—¿Y?

—Piensa que es ridículo y que debería dejar de hacer el payaso.

Me muerdo la lengua, porque lo que está claro es que el payaso es su ex.

—¿Y tú qué le decías a eso?

—Que es lo que me hace feliz.

—¿Y, aun así, seguía?

—Ajá. Cree que tengo que trabajar en la empresa de mis padres con él.

—Seguro que en un despacho rodeada de peña con trajes; ¿me equivoco?

Ella me mira de reojo.

—No quiero que pienses mal de él.

—Tarde. Ese tío es un imbécil, joder.

—No es tan sencillo, Bruno. Las relaciones son complicadas.

—Pero respetar a tu pareja no debería serlo.

—No es que no me respete. Él me quiere, a su manera.

Se me revuelve el estómago.

—¿Cuánto tiempo has estado con él?

—Cumpliríamos cinco años en noviembre.

—¿Cinco?

¿Cómo ha podido estar cinco años con un tío tan gilipollas? Me parece una burrada.

—Sí.

—Mira, Lena, yo no sé mucho de relaciones, pero sí sé que el amor no debería doler y, si te hace sentir mal, no es ahí.

No me responde. En su lugar, baja la mirada y aprieta los labios.

Yo también me callo. No porque me arrepienta de lo que he dicho, sino porque a veces hay cosas que uno tiene que digerir a su ritmo.

Y, aunque no digo nada más, por dentro pienso que Lena se merece a alguien que se tire de cabeza al mar con ella, no que la deje en la orilla temblando.



Lena

Después de la conversación en la cala, con el mar de fondo y los sentimientos en carne viva, algo cambió. No sabría decir qué exactamente. Solo que, desde entonces, necesitaba espacio. Por lo que, los dos días siguientes, cada uno estuvo a lo suyo. Bruno madrugaba para ir a surfear y volvía con el pelo mojado y los hombros tostados por el sol. Yo me sumergía en el trabajo. Tenía que terminar de grabar el contenido de la colaboración del hotel. Y, sinceramente, agradecí tener algo que me mantuviera ocupada.

No hablábamos mucho. Solo lo justo. Coincidíamos en el *buffet* del desayuno y en las cenas. Después, cada uno volvía a su rutina. La distancia no pesaba. No sentía que tuviera que estar presente más de la cuenta. No hubo preguntas, ni expectativas, ni ese «debería» constante que tantas veces había sentido con otras personas. Y eso era nuevo.

Bruno no parecía esperar nada. Y eso me supuso un alivio, porque, sin saber muy bien cómo, me hizo sentir un poco más libre.



13 DE JULIO

Después de una hora de carretera, el minibús empieza a frenar y se detiene en nuestro destino. Frente a nosotros, aparece un hotel de fachada blanca, con palmeras alineadas en la entrada y un letrero dorado que brilla con descaro bajo el sol.

Dentro del vehículo suena «Burning Love», de Elvis Presley. Aunque ya la conocía, esta vez suena diferente; como si fuera la primera vez que la escucho; como si se me metiera bajo la piel sin pedir permiso. Y esa sensación, por algún motivo, me gusta.

Bruno deja que Elvis termine de cantar y, solo cuando el tema llega a su final, apaga el motor del minibús. Nos quitamos los cinturones de seguridad y pasamos a la parte trasera del vehículo. La música ya ha cesado, pero todavía puedo oír la voz de Elvis resonando en mi cabeza. Me sorprendo tarareándola en voz baja mientras busco mi bolso.

—Te ha molado —comenta Bruno, mirándome, mientras cierra la cremallera de su mochila—. Cuidado, que esta canción es demasiado *vintage* para ti, princesa.

—Puedes estar tranquilo. Tu puesto no corre peligro —respondo lanzándole una mirada de reojo—. Pero, sí, me ha molado, como tú dices. —Saco la ropa sucia de mi bolso y la dejo a un lado para

meter la limpia—. ¿Sabes? Me gusta la idea de descubrir algo nuevo, aunque sea una canción que ya he oído mil veces.

Bruno me mira un segundo. No dice nada, pero asiente, como si entendiera exactamente a lo que me refiero.

—Siento que ahora mismo mi vida está reducida a todo lo que cabe en un bolso —murmuro, más para mí misma que para él, mientras empiezo a organizar el bolso como puedo, haciendo un pequeño tetris para que quepa todo sin que el cierre explote.

—¿Y eso no te parece perfecto? —Se cuelga la mochila al hombro y me espera junto a la puerta.

—No especialmente. —Levanto la vista—. ¿Por qué debería parecérmelo?

—Porque, si tu vida cabe en un bolso, significa que puedes llevártela a cualquier parte, que no dependes de nada, que el mundo es tu casa.

—Qué profundo te has puesto.

—No soy yo el que ha empezado con las metáforas —responde riéndose—. A veces, vivir con poco es más fácil.

—Pues yo soy de armario grande. Y, además, ya me estoy quedando sin ropa limpia.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Sí, Bruno. Es lo que pasa cuando una no vive con tres camisetas y dos bañadores.

—Joder, pues normal..., si te cambias de ropa cinco veces al día.

—Eso no es verdad.

—Te aseguro que sí.

—No sabía que te gustara la moda.

—¿La moda? No precisamente, pero me fijo en lo que te pones, eso es todo. Pero, bueno, que sí, que antes de ir a la siguiente parada pasamos por una lavandería. No quiero que acaben dándote

un diploma de supervivencia por usar la misma camiseta durante una semana. Qué dirían tus *followers*...

—Definitivamente, poco me pagan por aguantarte —le digo en tono de broma.

—Oye, princesita, tendrás queja... —replica guiñándome un ojo, y noto cómo mi corazón se salta un latido.

Salimos del minibús y caminamos por el sendero empedrado que lleva a la recepción, flanqueado por jardineras con lavanda y farolillos de hierro forjado.

—¿No vas a grabar la entrada?

—Luego. Ahora lo que quiero es llegar a la habitación, dejar las cosas y existir en posición horizontal durante un rato.

Bruno suelta una leve risa, apenas un soplo entre los labios, pero lo suficiente para que me llegue.

—La verdad —dice de pronto, sin girarse hacia mí— es que pensaba que íbamos a pasar más tiempo en el minibús.

—¿No te gusta dormir en hoteles? —Le lanzo una mirada rápida, sin detenerme.

—Sí, claro, ¿a quién no le va a gustar que le hagan la habitación nada más salir? —responde enseguida, sin dudar—. Es solo que me había hecho a la idea de una cosa más salvaje, eso es todo... con menos recepción con olor a ambientador caro.

—Disfruta del lujo mientras dure, porque de momento no hay más colaboraciones cerradas con hoteles.

—Sobreviviré; lo que no tengo tan claro es que tú seas capaz de hacerlo —contesta soltando una carcajada.

—Te sorprenderías.

—Tú siempre me sorprendes, princesa.

Llegamos a la recepción y nos ponemos en la fila. Delante de nosotros hay una pareja y una familia con dos niños. Bruno y yo nos

detenemos a una distancia prudencial y esperamos nuestro turno en silencio.

Uno de los críos me mira y me saca la lengua. Yo hago lo mismo y él se ríe.

—¿Te gustan los niños? —me susurra Bruno al oído, demasiado cerca.

La pregunta me pilla desprevenida. Giro la cabeza y frunzo el ceño.

—No sé; estabas muy concentrada mirándolos —aclara—. Es curiosidad.

—¿Los niños en general? ¿O estos que están a punto de hacer un estropicio?

Los miro de reojo. Uno de ellos intenta arrancar del tiesto una planta decorativa mientras el otro trepa a un mueble.

—Los niños en general. Ya sabes, en plan futuro. ¿Quieres tener hijos?

No respondo enseguida.

Es una de esas cuestiones que siempre he contestado en automático. Con un «sí, claro» porque es lo que se espera, porque es lo que se dice. Pero, por alguna razón, esta vez no me sale fingir.

—La verdad..., no. O sea, no lo sé. Pero... creo que no. Nunca he sentido ese deseo, ¿sabes? Es... complicado.

—¿Por qué es complicado? ¿No puedes simplemente no querer?

—Yo qué sé —resoplo—. Es como si estuviera mal visto. Mi familia da por hecho que voy a tener hijos. Pero la verdad es que ahora, hoy por hoy, no quiero.

Bruno asiente.

Me encanta que no me diga ni «ya te vendrán las ganas», ni «eres joven, ya cambiarás de opinión», ni ninguna de esas frases condescendientes.

—Pues entonces la respuesta es que ahora no quieres —resume, como si fuera lo más sencillo del mundo—. Es una decisión tuya; y, en todo caso, de tu pareja. Nadie debería meterse ahí.

Sonrío aliviada.

He dicho en voz alta lo que realmente siento sobre algo importante. Y me he sentido escuchada. No juzgada. Solo... comprendida.

Los críos siguen con su *performance* circense. Uno de ellos se choca con la pierna de su padre y empieza a llorar a todo pulmón.

—Confirmado. No quiero —susurro.

—Anotado. No niños. Podemos adoptar un perro —contesta riéndose.

—Pero ¿qué...?

—Relaja, princesa, que es una broma.

La familia recoge sus llaves, se marcha y Bruno y yo avanzamos un paso en la cola. Solo queda la pareja de delante.

—¿Y a ti? —indago girándome un poco hacia él, devolviéndole la pelota—. ¿Te gustaría tener hijos?

—¿Tener hijos? —repite—. La verdad..., nunca me he parado a pensarlo demasiado. No es algo que descarte por completo, pero tampoco es algo en lo que piense ahora mismo. Ni de coña. Estoy en otro plan. Supongo que, si un día se da, pues se dará. Pero no me veo en este momento criando a alguien cuando todavía no tengo claro cómo subsistir por mí mismo.

—Tiene sentido. —Suelto una carcajada. Hay algo en su sinceridad que me desarma—. ¿Y tienes novia?

Tan pronto como salen las palabras de mi boca, me arrepiento. Me siento estúpidamente vulnerable, como si acabara de preguntar algo que no debería interesarme tanto, como si fuera una adolescente

escribiendo «te gusta alguien sí o no» en una nota para pasarla por debajo de la mesa.

—No, no tengo novia —responde con una sonrisa ladeada—. Al final va a ser verdad que te interesa adoptar al perrito...

—Idiota, aún no te lo había preguntado —explico encogiéndome de hombros, como si eso justificara mi curiosidad.

—Pues ya ves, otro misterio resuelto. —Me mira de reajo—. Puedes estar tranquila, princesita, que estoy disponible para ti.

Le doy un codazo, negando con la cabeza mientras intento no sonreír como una tonta.

Justo en ese momento, la pareja que está por delante de nosotros recoge su tarjeta. Me hago a un lado para dejarlos pasar y Bruno y yo nos acercamos al mostrador.

—Bienvenidos —nos recibe la recepcionista mientras apoya las yemas de los dedos en el teclado del ordenador—. ¿Tenéis reserva?

Me fijo en la chapa dorada con su nombre. «Macarena».

—Sí, a nombre de Lena Tomás —respondo—. Muchas gracias.

Macarena asiente con una sonrisa mecánica que huele a protocolo y, al cabo de unos segundos, saca una tarjeta del cajón bajo el mostrador y nos la tiende.

—Aquí tenéis. Habitación doble con cama de matrimonio. Que tengáis una buena estancia.

«¿Cómo?!».

—Perdón —interviene Bruno—, pero habíamos reservado dos habitaciones.

—Oh... —Macarena vuelve a mirar la pantalla—. Pues aquí solo figura una para dos personas. De todas formas, voy a ver... —Una pequeña arruga aparece entre sus cejas, con un gesto que no presagia nada bueno—. Vaya..., ahora mismo estamos completos.

—¿Completo?

—Sí.

Genial... Parece el maldito cliché de una historia romántica.

—¿No hay nada que se pueda hacer?

—No. Disculpad las molestias, pero, a no ser que haya una cancelación de última hora, no tenemos nada más que ofrecer.

—De acuerdo, Macarena, muchas gracias —responde Bruno, ya que yo permanezco congelada en mi sitio.

Nos quedamos los tres mirándonos, como si esperáramos que alguien dijera: «¡Es una broma! ¡Estáis en una cámara oculta!»; pero nadie lo hace.

—Voy a llamar a Sofía —digo una vez nos hemos alejado del mostrador—. Seguro que lo puede solucionar.

—No te molestes. Yo duermo en el minibús; no me importa.

—Espera. Seguro que Sofía puede hacer algo.

—En serio, no hace falta.

—Ya, pero se trata de un error. La colaboración incluye dos habitaciones. Es parte del acuerdo. —Desbloqueo la pantalla y busco el número de Sofía—. Y no me parece justo.

—De verdad, Lena —insiste, con media sonrisa—, Sofía no podrá hacer nada. A menos que invoque una habitación por arte de magia, que lo dudo, la recepcionista ha sido clara: las tienen todas reservadas. Como no construya una o desaloje a alguien, lo veo chungo.

—¿Compartimos habitación?

Bruno parpadea.

—No hace falta, en serio. Estoy acostumbrado a dormir en cualquier parte y no contaba con pisar un hotel ni de broma cuando me ofrecieron este trabajo.

—Lo sé, pero no es molestia. Seguro que la cama es grande y, al fin y al cabo, tarde o temprano tendremos que compartir espacio y

dormir juntos, aunque sea en camas separadas —añado haciendo una referencia a la cámara.

—Prefiero dormir en el minibús, de verdad.

—¿Por qué? ¿Crees que voy a tirarme a por ti en cuanto apagues la luz? Porque, si es por eso, puedes estar más que tranquilo.

Bruno suelta una carcajada.

—¿Y si hablo dormido?

—¿Y si yo también? Además, ¿qué más da? Tú ya me has oído roncar.

Me mira ladeando ligeramente la cabeza, evaluando si hablo en serio o si solo estoy siendo amable por compromiso.

—¿Estás segura?

—Vamos, anda —lo animo cogiéndole la mano y llevándolo al ascensor. Él me sigue sin resistirse.

—Nunca me habían arrastrado a una habitación con tanta euforia —suelta, con una sonrisa que le baila en los labios.

—Eres idiota.

Subimos en el ascensor y, mientras lo hacemos, me doy cuenta de que estoy nerviosa.

—¿Lista para nuestra luna de miel? —bromea Bruno cuando se abren las puertas y accedemos al pasillo.

—Qué más quisieras.



Llegamos a la habitación número 326, abrimos la puerta y entramos juntos. Nos quedamos unos segundos de pie, observando la cama.

—Bueno... —dice Bruno levantando las cejas—, tiene pinta de ser cómoda.

Me dejo caer sobre el borde.

—Este es mi lado.

—Qué mandona eres. —Tira su mochila al suelo—. Me gusta.

Él sonríe y, no sé por qué, me tiemblan un poco las rodillas, incluso estando sentada.

Mientras me quito las sandalias y dejo el bolso en una silla, solo puedo pensar en lo extraño y bonito que es sentirse tan cómoda con alguien a quien todavía estás empezando a conocer.



Bruno

Mi cabeza empieza a hacer malabares. Me concentro en cualquier cosa que no sea ella dejando su bolso sobre la silla. Porque Lena es un puto peligro. Un peligro con unas piernas increíbles y una sonrisa que podría derretir el Polo Norte. Pero no puedo cagarla, no después de la promesa que le hice a Pol, aunque no será por falta de ganas. Cada vez que se muerde el labio o me sonríe, tengo que hacer una llamada de emergencia a todo mi autocontrol para no lanzarme sobre ella como un salvaje. No quiero pensar demasiado en el tipo de animal en el que puede convertirme eso, pero es el efecto que esta chica tiene sobre mí. Definitivamente, me hace falta una ducha de agua fría. Tengo que reiniciar mi sistema nervioso.

—Voy a darme una ducha —le informo con la voz un poco más ronca de lo normal.

—Perfecto —responde ella sin levantar la vista del móvil.

Entro en el baño y cierro la puerta con más fuerza de la necesaria. Necesito un momento. Un maldito momento para no hacer una estupidez. Me desnudo, abro el grifo de la ducha y el agua fría coloca mis ideas de nuevo en su sitio. No soy un niño que no sepa cómo controlar su polla. Soy muy capaz de dejarla metida dentro de los pantalones, pero dormir con ella va a ser algo que complica el asunto más de la cuenta, porque viajamos juntos, pero no compartimos esa intimidad.

—Autocontrol, Bruno —murmuro en voz baja mientras el agua sigue cayendo por mis hombros—. Autocontrol, hostia.

Salgo del baño con la toalla en la cintura y mis ojos se encuentran con los de Lena. Noto cómo los suyos recorren mi cuerpo y mi ego se agranda más en mi pecho. Ella aparta la mirada de inmediato con las mejillas sonrosadas y se muerde el puto labio.

«Estoy jodido».



Ya hemos terminado de cenar. Bueno, yo he terminado. Estoy que reviento. Me he ventilado tres platos. Porque uno tiene sus principios, y el primero es que, si es *buffet*, se aprovecha. Aquí se come como si el mundo se acabara mañana.

Lena lleva cinco minutos empujando con el tenedor un trozo de calabacín. Va de un lado a otro del plato.

—¿Tú sabes que ese calabacín ya ha hecho más kilómetros que nosotros en el minibús? —le suelto, señalando su plato con la barbilla—. Por cierto, voy a tomarme algo con unos colegas que

siempre veranean por aquí. ¿Te animas? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Lena duda. Me hace gracia cómo frunce los labios cada vez que le da demasiadas vueltas a alguna situación; no sé si ella es consciente de lo expresiva que es. En momentos como este, me gustaría meterme en su cabeza y saber qué está pensando.

—Humm... Creo que paso. Estoy agotada. Prefiero quedarme y descansar.

Diría que me sorprende su respuesta, pero no. Aunque eso no quita que me joda mucho que decline el plan poniéndome una excusa de mierda. Pero, en el fondo, mejor. Cuanto más lejos esté de mí, menor será la tentación.

—¿Descansar? —pregunto sin poder evitarlo. «Sí, la teoría nos la sabemos de puta madre, Bruno, pero lo de alejarte de los problemas no se te da tan bien»—. ¿Me estás diciendo en serio que te vas a meter en la cama a las diez de la noche?

—No veo cuál es el problema —dice encogiéndose de hombros sin mirarme. Sé que me está ocultando algo.

—Bueno, si finalmente te animas, vamos a estar en el bar junto al hotel. Tiene muy buen ambiente y, quién sabe, a lo mejor, cuando vayas a meterte en la cama, te das cuenta de que es mejor vivir la vida que dormirla.

—Yo disfruto de la vida de otra manera, Bruno —responde seria.

«Joder, quizá me he pasado».

—Lo dicho, princesa: si cambias de idea, allí estaremos.

No insisto más. Porque, en el fondo, me viene hasta bien. No porque no disfrute de su compañía. Todo lo contrario. Me gusta demasiado estar con ella. Ese es el maldito problema.

Nos levantamos de la mesa y salimos del comedor. Cuando llegamos a la habitación, Lena abre con la tarjeta, empuja la puerta

y entra la primera.

—¿Te vas ya?

—Sí. ¿Por qué? ¿Has cambiado de opinión? —Le guiño un ojo mientras me dirijo al baño para lavarme los dientes.

—No.

—Lo suponía —contesto haciendo malabares para no ahogarme con la pasta de dientes. No me molaría nada salir en el programa ese de las mil formas de morir: muerto por culpa del dentífrico. Definitivamente, no.

Termino de prepararme y me planto en la puerta.

—Bueno, me piro, nena —le digo mientras agarro el pomo—. Si al final te animas, estaremos en un local que se llama «Costa no sé qué». Está saliendo del hotel a la izquierda.

—Gracias, Bruno, pásalo bien —contesta ella recostándose en la cama.

—Buenas noches, princesa —me despido, y ella sonríe; su sonrisa me atraviesa por dentro.

Cierro la puerta tras de mí y, aunque esa habitación me llame a gritos, no darle la vuelta y alejarme de ella esta noche es la mejor decisión, aunque se sienta como una soberana mierda.



Lena

Nada más cerrarse la puerta, empiezo a pensar que, siendo honesta, no estoy TAN cansada. Lo cierto es que no suelo salir por la noche. No es lo mío. Nunca lo ha sido, la verdad. Y, además, cuando salgo —que es muy de vez en cuando—, lo hago con Enzo. Y no a bares, precisamente.

Pero, entonces, vuelvo a oír la voz de Bruno resonando en mi cabeza. Me apoyo en un codo y giro la cabeza hacia la puerta.

«¿Y si bajo? No tengo que quedarme toda la noche. Puedo saludar y tomar algo. Y, si no me gusta, me marcho con, al menos, la duda resuelta».

Me incorporo y me siento en el borde de la cama, con ese hormigueo de anticipación recorriéndome el cuerpo de pies a cabeza.

—Pero qué cojones... —murmuro mientras vuelvo a ponerme los pendientes—. Voy a pasármelo bien.

El corazón me late más rápido de lo normal. Respiro hondo y, sin pensarlo mucho más, voy al baño, me lavo los dientes, me retoco y salgo.

No sé si mañana me arrepentiré. Pero hoy eso no me importa. Porque llevo tanto tiempo haciendo lo que se espera de mí, o lo que Enzo espera de mí, para ser exactos, que he olvidado lo que se siente al caminar por el borde y limitarse a vivir escuchando lo que verdaderamente yo quiero hacer. Y, para qué mentir, esta noche quiero sentirme un poco más viva.



Madre mía. Si el mal gusto tuviera una sede central, sin duda sería este sitio.

«Costa Azul Bar & Drinks», leo en el cartel, colgado como una declaración de intenciones sobre la puerta de la entrada; el neón, azul eléctrico, parpadea como si estuviese sufriendo un ataque epiléptico. Una de las letras, concretamente la «D», chisporrotea con un sonido que me hace pensar que podría explotar en cualquier momento. Pero sigo adelante, dejando mis prejuicios atrás, que esto no va de elegancia.

No sé qué esperaba cuando he salido del hotel. Algo más... discreto, quizá. Algo civilizado, al menos. Pero lo que no esperaba — lo que, definitivamente, nadie debería esperar de un bar ubicado en la planta baja de un hotel familiar situado en la costa— es esto. Y, sin embargo, aquí estoy, empujando la puerta.

Me abrazo el bolso contra el costado y avanzo con cautela. Paso entre grupos, esquivando coreografías improvisadas, empujones

accidentales y movimientos pélvicos que rozan lo criminal, mirando por encima de las cabezas mientras intento no morir aplastada por un tipo que mide dos metros y parece que está convencido de que bailar implica mover los hombros como si le estuvieran practicando una reanimación cardiopulmonar.

Respiro hondo. «¿Qué demonios estoy haciendo aquí?».

Y, justo cuando estoy a punto de dar media vuelta —porque, sinceramente, no sé si esto ha sido buena idea—, encuentro a Bruno, apoyado en la barra con una cerveza en la mano y riéndose con un grupo de gente que deduzco que son los amigos que ha mencionado durante la cena.

Entonces nuestras miradas se cruzan y, por un segundo —un solo segundo—, todo se detiene. Bruno arquea las cejas, sorprendido, como si no esperara verme aquí. Consigo vislumbrar un destello de... ¿complicidad? Tal vez. Y entonces me regala una de esas sonrisas que se dibujan sin pedir permiso y, de alguna forma incomprensible, me atraviesa el alma. Siento cómo las comisuras de mis labios se curvan hacia arriba y comienzo a pensar que igual no ha sido tan mala idea venir.

Bruno se separa un poco del grupo y yo camino hacia él, esquivando un par de codazos, una copa medio vacía —o medio llena, según se mire— y lo que probablemente era un intento de perreo con intención delictiva.

—¡Lena! —alza la voz por encima de la música—. ¡Te has animado!

Me inclino hacia él, intentando entender qué dice, y me doy cuenta de que, joder, huele muy bien.

—¡Eso parece! —grito de vuelta, aunque no estoy segura de que me oiga.

—¿Qué quieres tomar?

—No sé... Una piña colada.

—No está mal para una persona que se iba a dormir a las diez.

Bruno se gira para pedir mi copa. Estoy a punto de decirle algo más cuando, de pronto, alguien me corta el pensamiento como un hachazo.

—No me lo puedo creer. Eres Lena, ¿verdad? ¡Qué fuerte! —chilla una voz que tiene tal tono que se oye por encima del ruido del local.

Me doy la vuelta, un poco sobresaltada, y me encuentro con una chica que, en menos de un segundo, parece llenar todo el espacio entre nosotras.

—¡Bruno, tío! —Le da un golpe en el brazo—. ¡¿Por qué no nos has dicho que la chica del minibús era Lena?!

—¿Tenía que hacerlo? —responde él, encogiéndose de hombros.

—Eh... Hola —logro decir, alzando una mano en un saludo torpe.

—¡Me mola que flipas tu cuenta, tía! —exclama la chica, dando un paso hacia mí con los ojos brillando—. No puedo creer que seas tú. ¡Qué pasada! —Da un pequeño salto, casi sin querer, como si le hubiera subido una corriente eléctrica por las piernas—. Ay, perdona: soy Carlota. Qué fuerte, qué fuerte, eres Lena.

—Encantada, Carlota —respondo algo abrumada, sintiéndome repentinamente más visible de lo que esperaba.

En ese momento, Bruno me entrega mi copa. La sujeto con una mano, me la acerco a la boca y tomo un sorbo.

—Corta el rollo, Carlota, tronca, que la chavala es tan de carne y hueso como tú y como yo. Este rollo frikifan es *creepy* que te cagas —la reprende Bruno, y su amiga se ruboriza sin perder la sonrisa.

—Perdona, me he venido un poco arriba, pero es que es la primera vez que me encuentro ante alguien famoso —explica la aludida dirigiéndose a mí.

—Bueno, famosa no soy..., pero te agradezco el entusiasmo. Me encanta conocer a las personas que formáis mi comunidad; gracias a vosotros, lo que hago tiene sentido. Así que muchas gracias. No es nada *creepy*; no le hagas ni caso —respondo, porque sinceramente lo pienso así. Esta es la parte bonita de las redes sociales: las personas que hacen piña contigo sin prácticamente conocerte.

—¡Vamos, anda, Lady Gaga! —me vacila Bruno partiéndose de risa—. ¡Tienes que conocer a Lucas y a Mateo!

No me da tiempo a responder. Carlota me rodea con un brazo, como si fuéramos amigas de toda la vida, y Bruno y ella me presentan a los demás con entusiasmo.

Me dejo llevar por las luces, por la música que ya no me parece tan invasiva y por la sensación de estar en movimiento.



Unas copas más tarde, estoy riéndome con una libertad que no recordaba y bailando como si nadie estuviera mirando. Carlota está a mi lado, sacudiendo sus rizos y cantando a gritos un tema de reguetón que yo no había escuchado hasta ahora.

—¡Chicos! —chilla de pronto, entre canción y canción, medio jadeando—. Voy al baño. Ahora vuelvo.

—¡Te acompaño! —suelto sin pensarlo—. Si quieres, claro.

—¡Eres un ángel!

Me toma del brazo y salimos de la pista. Mientras avanzamos hacia el baño, aún con la música vibrando, me doy cuenta de que no estoy fingiendo. No estoy tratando de encajar ni calculando lo que

digo. Estoy... siendo yo. Como si esta noche me hubiera devuelto una parte de mí que ni siquiera sabía que se había apagado.

Esperamos a que quede libre alguno de los cubículos mientras la música del bar se cuela por la puerta entreabierta.

—¿Desde cuándo os conocéis? —le pregunto a Carlota, que se gira hacia mí y apoya el hombro contra la pared, cruzando los brazos.

—Pues... coincidimos hace unos veranos, surfeando. Desde entonces nos hemos hecho inseparables. Aunque no nos vemos tanto, ¿eh? A veces pasan meses..., años incluso. Pero cuando nos juntamos es como si no hubiera pasado ni un día. Al que más veo es a Lucas, eso sí...

Hay algo profundamente conmovedor en cómo lo cuenta, en cómo se le iluminan los ojos, en cómo se le suaviza la voz al hablar de ellos.

—Qué suerte —murmuro—. Tener un grupo así. Saber que están, incluso cuando no están.

Carlota asiente con una sonrisa que no necesita palabras. Y, justo en ese instante, se abre una de las puertas del fondo y sale una chica con el pintalabios corrido, seguida por un chico que se sube la cremallera de los pantalones con una expresión triunfal.

—¡Todo vuestro! —nos dice ella, señalando la puerta libre.

—Qué puto asco, colega —masculla Carlota—. ¡Tenéis un hotel al lado, iluminados!

Pero ellos ya se han marchado.

Mientras Carlota desaparece tras la puerta, yo me acerco al espejo. Tengo el pelo alborotado, las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. Sonríó y el reflejo me devuelve el gesto. Me siento bien.

Carlota regresa al cabo de un minuto.

—¿Sabes qué? —pregunta, mirándome desde el espejo mientras se retoca los labios—. Me alegro un montón de que hayas venido.

—Yo también —respondo, con una sinceridad que me sorprende—. Hacía tiempo que no me sentía así de... cómoda. Tan yo.

Salimos del baño y volvemos al corazón del bar, a ese rincón que ya empieza a sentirse como nuestro. Carlota va delante, abriéndose paso entre la gente, contoneándose al ritmo de la música, con el *eyeliner* intacto y las sandalias de plataforma marcando territorio con cada pisada.

Cuando llegamos, lanza un «¡hemos vuelto, zorras!» que recibe vítores. Pero él no está. Están todos... menos Bruno. Y yo, sin quererlo, contengo la respiración.

Lo busco con la mirada y lo encuentro enseguida. Está en una esquina del local, junto a la cabina del DJ, inclinado hacia él. Ambos intentan hacerse entender por encima de la música. Bruno se ríe de algo, le da un par de palmadas en la espalda y empieza a caminar hacia nosotros.

Los primeros acordes de «Burning Love» estallan en el aire y mi corazón pega un vuelco. La ha pedido para mí porque le he dicho esta mañana que me gustaba. Él no lo sabe, pero, desde que la ha puesto, no me la he podido sacar de la cabeza. Y de pronto... suena aquí. Justo ahora.

Bruno se detiene frente a mí, con esa sonrisa que me desarma, y me tiende la mano.

—¿Bailas?

Y yo, que no bailaba desde hacía siglos sin calcular cada movimiento como si alguien me estuviera juzgando..., digo que sí.

Nos deslizamos al centro de la pista y nos movemos con la canción, como si ya la hubiéramos bailado antes, en otro lugar, en otro tiempo.

Me la canta cerca del oído y yo escucho su voz, que se ha vuelto algo ronca.

Yo me río, le sigo el juego y canto la siguiente estrofa, completamente desafinada, sin un ápice de vergüenza.

Él me gira sobre mí misma, como Carlota ha hecho poco antes, pero ahora la risa que brota de mis labios tiene otro color.

Bailamos como si no existiera nadie más; como si la pista se hubiera vaciado para nosotros. Sin miedo al ridículo. Y cantamos tan alto que dejamos de oír la voz de Elvis.

En algún momento convierto mi copa vacía en un micrófono improvisado. Bruno me apunta con el dedo como si estuviéramos en medio de un concierto ante miles de personas y canta mirándome, exagerando cada gesto, cada palabra. Y yo me río tanto que temo quedarme sin aire.

Siento las mejillas calientes, los pies un poco más sueltos y el alma... libre, como si hubiera salido a correr bajo la lluvia sin importarle mojarse. No sé si es por el alcohol o por el hecho de que este momento es estúpidamente perfecto, pero me doy cuenta de que esto es todo lo que importa.

Este momento. Este instante exacto. Esta canción.

La certeza absoluta de que he hecho lo correcto al no quedarme tumbada en la cama del hotel preguntándome si valía la pena bajar.

Porque, sí, valía la pena cada maldito paso.

Porque ahora estoy aquí, en un bar cutre con más alma que cualquier *rooftop* de diseño, rodeada de desconocidos que ya no lo son tanto, con la música a punto de romperme los tímpanos, sintiendo que, por primera vez en mucho tiempo, no me importa lo que venga después, porque lo único que quiero es estar aquí.

Bruno me mira como si no hubiera nadie más. Y yo, que siempre me escondo, me dejo mirar. Y mientras Elvis, poseído por el ritmo y las ganas de vivir, canta que su corazón está en llamas, yo no puedo

evitar pensar que, quizá, el mío también lo está, y no se me ocurre un sitio mejor para arder.



Bruno

—Hermano... —me dice Lucas, acercándose por mi izquierda, como si me fuera a contar un secreto de Estado—. La pava del contenido está más buena que el pan recién hecho.

—Lena, qué pava del contenido ni qué cojones, tío —lo corrijo, sin mirarlo, porque Lena tiene un nombre demasiado bonito como para no usarlo.

—Sí, sí, eso..., que Lena está tremenda. —Se pasa una mano por la nuca—. Colega..., ¿tú has visto cómo te mira? ¿O cómo se ríe contigo? Y mira que tienes la gracia en el culo.

—Joder... Vaya hostia te estás ganando —murmuro, llevándome el vaso a la boca para tener unos segundos de margen y encontrar argumentos que me impidan reaccionar como un neandertal o soltarle que sí, que claro que me he dado cuenta, que esa risa me está haciendo trizas por dentro desde hace días, y que, cada vez que me mira, tengo que concentrarme en no imaginármela encima de mí

—. No empieces —le advierto. Pero lo conozco: va a seguir haciéndolo, porque Lucas nunca ha entendido el concepto «sutileza».

—¿Por qué motivo no te la has tirado aún, si se puede saber? —pregunta señalando con la barbilla hacia donde Lena está bailando con Carlota y Mateo—. O sea, respeto la profesionalidad y todo eso, de verdad, pero..., chaval..., se te está escapando la Champions.

—No seas imbécil, Lucas —espeto al tiempo que pongo los ojos en blanco—. Además, ¿desde cuándo te gusta el fútbol?

—No me gusta, pero soy una persona con referencias, qué quieres que te diga. —Chasquea los dedos—. Y esa tía es nivel mundial.

—Como te he dicho, no puedo mezclar lo profesional con lo personal.

—¿Y tú en qué momento has empezado a tener sentido común? Siempre has sido más de improvisar y pedir perdón después.

—Yo qué sé, Lucas. —Resoplo—. No todo es pensar con la polla.

—¿Desde cuándo? —pregunta sin rodeos, ahora con la mano apoyada en mi hombro.

—Pues desde que le prometí a mi tío que mantendría a esta —digo señalándome la entrepierna— dentro de los pantalones.

—En ese caso, estás jodido.

—No lo sabes tú bien.

Y pauso ahí la conversación. No quiero seguir hablando porque no quiero verbalizar lo que verdaderamente pienso y deseo. No le digo que llevo toda la noche mirándola como un idiota. Porque, sí, lo reconozco, quiero besarla y perderme entre sus piernas. Pero también quiero cumplir con mi palabra, y eso es lo más jodido de todo.

—En fin... —Resoplo de nuevo, negando con la cabeza—. ¿Y tú qué? ¿Ya has hecho el ridículo con alguna extranjera o todavía no ha

empezado tu ronda de humillación internacional?

—Tú riéte, pero la rusa no para de ponerme ojitos.

—Lo que tú digas. —Bebo el último trago y le doy un golpe en el hombro—. Voy a por otra cerveza.

—Dale, campeón, a ver si te enfrías un poco.

Me abro paso entre el gentío y llego a la barra, esquivando codazos, culos ajenos y un par de copas al borde del suicidio.

—¿Qué te pongo, guapo? —me pregunta la camarera inclinándose más de lo necesario sobre la barra.

—Una cerveza. Lo que tengas de tirador.

—¿Solo una? —Alza una ceja mientras coge el vaso. No me quita los ojos de encima ni cuando empieza a servirla—. ¿No quieres que lo hagamos más interesante?

—Una ya está bien —respondo, sin apartar la mirada del caño de la cerveza, porque tengo cero ganas de tontear con esta mujer.

Me deja el vaso delante con una sonrisa que no devuelvo del todo. Yo, en respuesta, meto la mano en el bolsillo, saco un puñado de monedas y las dejo sobre la barra.

—Oye, y si te invito yo a la siguiente, ¿también me vas a rechazar?

—Pues... agradezco tu entusiasmo, pero...

—¿Molesto? —interrumpe Lena, apareciendo a mi lado, con una sonrisa que huele a inocencia impostada.

Tardo unos segundos en recomponerme. Porque no sé si ha venido por casualidad o porque ha visto que la camarera me estaba tirando la caña. ¿Se habrá puesto celosa? Me gustaría pensar que sí, pero no tengo ni puta idea.

—Nunca —respondo al fin, girándome hacia ella mientras me acomodo en la barra, dejándole sitio a mi lado—. ¿Te lo estás pasando bien?

Lena asiente y me sostiene la mirada. Y yo, que me he pasado media noche intentando esquivar sus ojos, no soy capaz de apartar los míos de los suyos.

—¿Querías algo? —atiende la camarera a Lena, más fría que antes, mientras su sonrisa comienza a escurrirse.

—No, gracias, ya lo tengo todo —contesta cortante antes de dirigirse a mí, y, aunque no debería, esa respuesta me la ha puesto como una piedra—. ¿Me das? —me pregunta señalando la cerveza.

—No —sentencio, y, cuando me mira con el ceño fruncido, le tiendo el vaso—. Es coña; tómatela tú.

Observo cómo la camarera asiente y se marcha, pero no me entretengo demasiado en eso. Lena está a mi lado. Y ahora mismo todo lo demás me da bastante igual.

Ella se arrima un poco más, coge el vaso y le da un trago pequeño. En cuanto el líquido le roza la lengua, arruga la nariz y cierra los ojos con fuerza.

—¿Qué te pasa? —le pregunto, conteniendo la risa que ya me sube por el pecho.

—Es que... nunca había probado la cerveza —admite devolviéndome el vaso—. Qué asco.

—Bueno...—digo entre risas, cogiendo el vaso de su mano para darle un buen trago—. Hay que probar las cosas para saber si te gustan o no.

Estamos tan cerca que casi puedo contarle las pecas. Me cuesta no mirarle la boca, no preguntarme si tendrá el sabor que imagino.

—Estabas ligando con la camarera —comenta de repente.

—Te equivocas. Más bien era al revés. Pero ¿por qué lo...?

Me interrumpe antes de que acabe.

—Entonces bebo yo. —Me quita la cerveza y pega otro trago—. No entiendo cómo a la gente le gusta esto, de verdad. —Clava sus ojos

en los míos—. Tu turno.

Parpadeo, sin entender muy bien de qué va.

«¿Mi... qué?».

Tardo más de lo habitual en arrancar. Y no porque esté tocado, sino porque me cuesta seguirle el ritmo a esta tía.

«¿Mi turno?».

Entonces caigo. El puto juego que propuse yo la otra vez: si aciertas, el otro bebe; si fallas, te lo tragas tú.

Pues, si Lena quiere jugar..., entonces juguemos.

Me inclino un poco hacia ella, apoyándome en el borde de la barra con el codo, bajando la voz.

—Te has puesto celosa —le suelto, ladeando la cabeza y dejando que una sonrisa me resbale por el rostro.

—En absoluto —miento, cruzando los brazos y alzando un poco la barbilla.

Pero yo no la creo. Después de la fresca que le ha soltado a la camarera, no me queda ninguna duda, y ver cómo rehúye mi mirada me lo confirma.

—¿Tengo que recordarte las normas del juego? Porque una de ellas es no mentir.

Su respiración se acelera ligeramente y noto cómo su pecho sube y baja con cada inhalación.

—No voy a beber —me reta sosteniéndome la mirada.

Pero yo lo he visto. El movimiento casi imperceptible de sus dedos, jugueteando con sus anillos; la forma en la que su lengua pasa por sus labios antes de hablar; ese parpadeo más lento.

Está mintiendo. Lo sé. No con certeza, pero sí con esa fe idiota que te da el deseo cuando te nubla el juicio.

Pero no insisto. No quiero presionarla. Así que asiento despacio y sonrío. Pero, si ella hace trampas, yo también las haré si lo creo

oportuno.

—Entonces es tu turno, princesa —digo después de beber.

Baja la mirada un segundo y se pasa una mano por el pelo, barriendo algunos mechones detrás de la oreja. La música retumba en las paredes y una estela de luz morada nos cruza la cara por un instante. Pero todo eso se desvanece cuando Lena vuelve a posar su mirada en la mía.

—Te has enamorado alguna vez.

Me pilla por sorpresa. Pero la respuesta... la respuesta es fácil.

No.

Nunca.

Nunca de verdad. Nunca de esa forma que muestran en las películas. No soy demasiado intenso en el tema del amor; a mí, de momento, no me ha tocado.

—Has fallado. —Le paso el vaso—. Bebes tú.

Sus ojos se abren un poco más y sus labios se separan ligeramente, como si no se esperase mi respuesta.

Pero bebe. Y yo no dejo de observarla mientras lo hace.

—No lo habría dicho. —Gira un poco más el cuerpo hacia mí—. Te toca.

Lena aún sostiene el vaso entre los dedos cuando me inclino un poco hacia ella, como si necesitara aproximarme para pensar mejor, aunque la verdad es que solo quiero mirarla más de cerca. Porque, ahora que hemos empezado este juego, no quiero parar. Quiero saberlo todo, absolutamente todo de ella.

—Has fingido un orgasmo.

La afirmación sale de mi boca antes de que pueda arrepentirme y, apenas termina de flotar en el aire, sé que la he pillado con la guardia baja, porque adopta una expresión entre la incredulidad y algo más difícil de descifrar.

Sus cejas se arquean levemente, y su boca se entreabre, pero no dice nada al principio.

—Ey —me adelanto enseguida—, no tienes que responder si no quieres, de verdad, no te sientas presionada. Es solo un juego, ¿vale?

Intento que mi sonrisa sea todo lo que necesita: un refugio, no un desafío.

—No es eso —contesta al fin—. Es solo que no me lo esperaba. —Sonríe, aunque hay algo agridulce en su expresión—. Y, sí, he tenido que fingir. Más de una vez, de hecho.

Lena bebe.

Y eso me jode.

Me jode pensar que alguien no supo hacerla disfrutar como se merece; que haya tenido que fingir y salir de la cama con la sensación de haber interpretado un papel.

Me jode más de lo que debería y, aun así, no digo nada.

Seguimos jugando unas cuantas rondas más hasta que la música nos envuelve y acabamos bailando.

Cuando por fin decidimos marcharnos, el bar sigue rugiendo a nuestro alrededor. Fuera, el aire fresco de la noche nos despeina un poco, pero a ninguno parece importarle.

Me gusta verla así. Tan viva. Como si el pasado no pesara y como si el futuro no importara. Y yo... yo no tengo ni puta idea de lo que estamos haciendo. Pero si todo esto sirve para verla así, aunque sea por una noche, entonces ya vale la pena.



Lena

Salgo del baño en pijama, arrastrando un leve cansancio que me sube por las piernas, como si cada paso fuera más lento que el anterior.

La habitación está a media luz, envuelta en esa penumbra que antecede al sueño e iluminada por la lámpara de la mesilla, que derrama un halo cálido y dorado sobre las paredes.

Me encuentro a Bruno de pie al lado de la cama y dejo escapar un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. ¿Por qué no se ha tumbado?

—¿Qué haces? —pregunto bajando la voz, casi en un susurro.

—¿En qué lado has dicho...? —Se rasca la nuca sin moverse demasiado del sitio.

Me doy cuenta de que, por primera vez desde que lo conozco, parece genuinamente... incómodo. Eso me tranquiliza un poco.

Pensaba que era la única que tenía un ejército de mariposas atrincherado en el estómago.

—Me da igual; puedes ponerte donde quieras. Lo de antes solo era una broma.

—Pues aquí mismo —murmura mientras se mete en la cama.

Cruzo la habitación hasta llegar al lado contrario en el que se ha sentado él. Cuando me deslizo bajo las sábanas, contengo el aire como si no quisiera perturbar la quietud del momento. Dejo caer la cabeza sobre la almohada y suspiro, casi sin querer. Bruno se tumba al mismo tiempo que yo y, durante unos segundos, solo se oye el crujido suave del colchón acomodándose a nuestros cuerpos y el sonido amortiguado del televisor de otra habitación, como un eco lejano.

Y, aun así, lo único que oigo con nitidez es cómo mi corazón late un poco más rápido de lo necesario. Me siento... torpemente consciente de cada centímetro de espacio entre nosotros.

—Buenas noches —susurra mientras extiende el brazo para apagar la lámpara de la mesilla, dejando la habitación sumida en la penumbra. Luego se gira, dándome la espalda sin ceremonias, como si no quisiera perturbar lo que acaba de asentarse entre nosotros.

—Buenas noches —respondo en voz baja y replico su gesto.

Cuando el silencio se instala entre ambos, cierro los ojos, dejando que la oscuridad me envuelva por completo.

Pienso en el bar. En Carlota, Lucas y Mateo. En Bruno. En su mirada. En su boca. En lo viva que me he sentido.

Me descubro sonriendo. Porque, aunque estoy cansada y algo aturdida por todo lo que hemos vivido hoy, me siento bien.

—Gracias —murmuro.

Bruno se gira y noto cómo el colchón se hunde levemente con su movimiento.

—¿Qué? —oigo detrás de mí.

No contesto de inmediato. Dudo un segundo, como si mis propias palabras me hubieran tomado por sorpresa. Pero luego me doy la vuelta y nos quedamos frente a frente, separados por apenas unos centímetros, iluminados por la débil luz que se cuela por una rendija de la cortina.

—Gracias por todo —repito, esta vez con más claridad, mirándolo a los ojos.

Bruno me observa en silencio, como si no supiera del todo qué hacer con esas palabras.

—Esta noche me he sentido... bien. Me alegro de no haberme quedado en la cama.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de idea?

Bajo la mirada un segundo, sopesando la respuesta, y luego me encojo de hombros, con una sonrisa somnolienta que apenas me cabe en la cara.

—No lo sé. Supongo que... tú. Hacía mucho que no me sentía así.

—Pero ¿por qué?

—Miedo —confieso sin apenas pensarlo, como si esa palabra hubiera estado agazapada en mi garganta desde hacía tiempo, esperando para salir—. A equivocarme. Pero hoy... hoy he dejado de tener miedo.

La sonrisa que aparece en su rostro no es inmediata, pero, cuando llega, lo hace con fuerza. Le inunda los ojos, le suaviza las cejas, le estira los labios hasta descubrirle todos los dientes.

—¿Y tú? —pregunto dejándome llevar por la calidez del momento—. ¿Tienes miedo a algo?

—A morir sin haber vivido. —Hace una pausa, como si esas palabras le pesaran más de lo que deja ver—. Por eso intento hacer todo lo que me apetece, aunque me pueda equivocar.

Asiento despacio, con un gesto apenas perceptible, y espero a que continúe.

—Hace unos años, un amigo tuvo un accidente de coche... y murió. —Bruno suspira y el aire que suelta parece arrastrar una parte de él consigo—. Durante mucho tiempo, mi mayor miedo fue ese. Morir. Tenía esa sensación constante de que podía pasarme en cualquier momento. Y lo cierto es que... es así. Pero con el tiempo entendí que eso iba a pasar tarde o temprano, porque todos vamos a morir.

—Joder. —Me encojo un poco bajo las sábanas—. Nunca lo había visto así. No de esa forma.

—Ya... —musita buscando mis ojos—. Porque, cuando eres joven, piensas que eres eterno, que el tiempo te pertenece. Pero no es así. —Traga saliva y coge aire—. Óscar... —El nombre de su amigo le tiembla un poco en la boca—. Tenía sueños. Muchos. Uno de ellos era surfear en Australia. Y, sin embargo, nunca llegó a hacerlo. Porque siempre había tiempo. Hasta que ya no lo hubo. Por eso... —sigue, con un tono más suave ahora—, dejé de tener miedo a morir. Y empecé a tener miedo a morir sin haber vivido.

Un estremecimiento recorre mi cuerpo y de pronto me doy cuenta de que llevo toda mi vida esquivando esa conversación conmigo misma, viviendo en la promesa vaga de un «más adelante», como si el futuro estuviera garantizado y la vida esperase a que yo estuviera lista.

—Yo... —un suspiro escapa de mis labios— antes de morir quiero hacer muchas cosas.

—¿Como qué?

Cierro los ojos un instante, como si eso pudiera darme el coraje necesario para expresarlo en voz alta.

—Crear mi propia marca de cosméticos. —Las palabras salen con más facilidad de la que imaginaba, pero me sigo sintiendo vulnerable—. A lo mejor te parece una tontería, pero...

—Me parece una idea increíble —me interrumpe antes de que pueda cuestionarme de nuevo.

—¿De verdad?

—De verdad. Yo no entiendo mucho de cosméticos, pero seguro que eres capaz de hacerlo.

La certeza en su voz me atraviesa, como si no hubiera ni un ápice de duda en él, y eso hace que algo se encienda dentro de mí, como si sus palabras pudieran desafiar todas mis inseguridades.

—Ojalá te dieras cuenta de lo genial que eres.

Mi corazón da un vuelco, acelerándose sin previo aviso, y, antes de que el sueño me arrastre, con el último vestigio de energía que me queda, me acerco y le doy un beso en la mejilla.

—Gracias, Bruno —susurro, cerrando los ojos, sintiendo cómo mi cuerpo está tan cerca del suyo que casi podría confundir su respiración con la mía—. Gracias por todo.

El sueño me gana y, aunque no llego a oír su respuesta, siento que su sonrisa se queda conmigo. Y me prometo, en silencio, que voy a empezar a vivir como si de verdad tuviera algo que perder.



Bruno

Abro los ojos despacio y tardo un instante en ubicarme, pero, cuando lo hago, la escena frente a mí me obliga a contener el aliento. Lena está a mi lado. Malditamente cerca. Una de sus piernas cruza por encima de mi cuerpo, y mi brazo reposa sobre su cadera, como si ese fuese su cometido en la vida: tocarla.

No sé cómo hemos terminado así, pero tampoco quiero alejarme, por lo que decido no moverme ni un poco para que nada perturbe este momento.

Bajo la cabeza para mirarla, es jodidamente guapa. Y, sin pedir permiso, mi amigo iza bandera como si estuviese de acuerdo con esta afirmación.

No es que sea algo raro que un hombre se empalme de buena mañana, pero, claro, puede que genere una situación cuando menos incómoda si estás con el cuerpo de la chica a la que no deberías estar tocando ni de puta coña enrollado con el tuyo y tu mano

poderosamente cerca de su culo. «Joder, Bruno, tío, con lo fácil que habría sido dormir en el condenado minibús. No, vamos a jugar a hacernos los valientes y a meternos en la cama con la tía más impresionante que hemos conocido en nuestra vida, claro que sí». Todo genial, no sé cómo no me he hecho bombero con las ideas que tengo.

Justo en ese instante, noto que ella empieza a moverse, peleando con los últimos retazos de sueño. Entro en estado de emergencia. Porque, no, no puedo dejar que abra los ojos y me vea así. Ni de puta coña.

Salto de la cama. El colchón cruje bajo mi peso y yo maldigo cada sonido. Las sábanas se enredan en mis piernas y casi tropiezo con mi propio pie al incorporarme.

—Joder... —mascullo entre dientes.

Cruzo la habitación a toda prisa, con la dignidad hecha trizas, y me meto en el baño. Ni siquiera respiro hasta que cierro la puerta a mi espalda.

Me dejo caer contra el lavabo y respiro hondo. Oigo un sonido tras la puerta: Lena se ha despertado.

Salvado por la campana.



Cuando salgo del baño, ella sigue tumbada en la cama. Las sábanas le envuelven las piernas en una maraña caótica, dejando al descubierto una rodilla. Su camiseta se ha subido un poco y una franja de piel asoma justo por encima de la cadera. Tiene los ojos

entrecerrados, como si aún negociara con el mundo si vale la pena abrirlos del todo.

Me quedo observándola apoyado en el marco de la puerta. Y entonces recuerdo la conversación de anoche. Su voz, apenas un susurro, diciendo que quiere vivir más. Así que decido una cosa.

—Venga, arriba, Bella Durmiente —digo separándome del marco y cruzando la habitación con decisión mientras alzo la voz lo justo como para atravesar el velo de su modorra—, que tenemos planes.

—¿Qué planes?

—Hoy voy a enseñarte a coger olas.

—¿Qué? —musita, mirándome como si no estuviera segura de haber entendido bien.

—Lo que has oído: nos vamos a surfear —repito, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Ni de coña, Bruno. Mi contacto con el mar haciendo *snorkel* ya fue suficiente. —Se incorpora lentamente, apoyándose en los codos. Su voz aún está empapada de sueño.

Me río por lo bajo, disfrutando la escena más de lo que debería.

—¿No decías que querías sentirte viva? —le lanzo con una ceja levantada y media sonrisa en los labios.

—Sí, pero una cosa es querer estar viva, y otra, querer partirme la cabeza con una roca...

—Pero ¿qué dices? —la interrumpo descojonándome—. Primera norma: no se dice no.

—Creo que te has confundido de eslogan, en realidad es «no es no».

—Venga, va, pues vienes y miras cómo lo hago yo.

—Buah, menudo planazo, voy a ver al surfero cachas sobre su tabla.

—¿Te parezco cachas?

—E idiota también, y no por eso lo recalcamos.

—Espabila. Te doy unos minutos y nos vamos.

Me observa en silencio, se muerde el labio inferior y suelta un suspiro largo.

—Estás fatal —murmura finalmente.

Sin decir nada más, me acerco a la ventana y abro las cortinas del todo. El sol de la mañana irrumpe sin pedir permiso, colándose entre los pliegues de las sábanas y bañándolo todo de una luz dorada.

Y entonces la oigo detrás de mí. El roce de las sábanas al deslizarse sobre su piel, el crujido del colchón cuando se levanta.

Me giro y sonrío como un imbécil.

Porque sé que lo va a hacer.

—Vamos, princesa —la incito, ofreciéndole la mano con una sonrisa—. Hoy te vas a comer una ola.

—Te contestaría una burrada, pero es demasiado temprano.

Suelto una carcajada y ella pone los ojos en blanco mientras se mete en el baño para prepararse.



El agua está más fría de lo que recordaba. Nos llega a la cintura, cortándonos la respiración cada vez que una ola traicionera nos sacude por debajo. Lena se estremece, pero no dice nada. Solo me lanza una mirada que mezcla resignación, adrenalina y algo parecido al odio. En un inicio le he ofrecido mirar, pero al final ella solita ha decidido meterse en el mar. Estoy seguro de que en este momento me arrancaría la cabeza si tuviera los brazos menos entumecidos.

—Vale, ¿y ahora qué hago? —pregunta, dubitativa, mientras yo le acerco la tabla.

—Súbete tumbada. Vamos a practicar el equilibrio.

—¿Y si me caigo?

—Vas a estar tumbada, Lena; si te caes, harás la croqueta marina y te volverás a subir. —Me encojo de hombros, como si fuera lo más obvio del mundo.

—Croqueta marina, tu abuela.

—Vaya humos, princesita.

Veo cómo una comisura de su boca inicia una media sonrisa. Se impulsa con los brazos, con más torpeza que fuerza, y se tumba sobre la tabla.

—¿Así? —pregunta, jadeando un poco por el esfuerzo.

—Más o menos. Ahora vas a remar con los brazos. Como si fueras a impulsarte. Pero sin levantarte todavía. Solo siente el movimiento. Familiarízate con la tabla.

Ella asiente y obedece, con una concentración casi cómica, y empieza a mover los brazos de manera descompasada, chapoteando más de la cuenta, con los labios fruncidos y los ojos entrecerrados.

No puedo evitarlo: se me escapa una carcajada.

—No te rías, joder.

—No me estoy riendo —miento levantando las manos en señal de paz, aunque la sonrisa me explota en la cara—. Me estoy ahogando... de emoción.

Ella suspira, resignada, y deja caer la frente sobre la tabla. Pero, cuando levanta la cabeza, tiene un brillo en los ojos y una sonrisa en los labios.

Una ola la empuja desde atrás y la lanza de bruces al agua.

—¡Esto es una mierda! —exclama cuando emerge, apartándose el pelo de la cara a manotazos, como si el mar entero la hubiera

tomado con ella—. Venga, otra vez.

—Esa es la actitud —digo, riéndome, porque, a pesar de sus protestas, se está dejando llevar. Y eso me encanta.

Le acerco la tabla de nuevo, y esta vez la veo subirse con más seguridad. Todavía está lejos de dominarla, pero ha dejado de pelearse con el agua. Y eso ya es una victoria.

Volvemos a intentarlo.

Una y otra vez.

—¡Eres un pésimo instructor! —grita desde el agua—. ¡Me has dicho que me sentiría viva! ¡No ahogada!

—¡Oye, yo no tengo la culpa de que no seas la puta Vaiana y el mar no esté de tu lado! —respondo conteniendo la risa.

Ella suelta una carcajada que con la llegada de una ola le hace tragar agua.

—¡Joder, el mar me odia! —exclama escupiendo agua y tosiendo.

No sé cuántas veces se cae. Diez, veinte, treinta. Quizá más. Pero cada una de esas veces vuelve a levantarse. Maldice y protesta, pero sigue intentándolo. Y, cada vez que lo intenta, se ríe. Lo hace con esa risa que le sale del estómago, arrugando la nariz y cerrando los ojos. Y, cada vez que se ríe, algo en mí se desarma.

En una ocasión, tras una caída, Lena no se levanta enseguida. La tabla se queda a la deriva, balanceándose unos metros más allá, y ella se queda flotando boca arriba, con los brazos extendidos. Su pecho sube y baja con lentitud, como si por fin se hubiera reconciliado con el mar... o consigo misma.

Me acerco nadando despacio.

—¿Sabes qué? —salta de pronto, con los ojos cerrados, todavía flotando—. Esto es más difícil de lo que pensaba.

—¿Quieres parar?

—Ni de coña —suelta sin pensarlo.

Y ahí está. Ese instante. Ese brillo en sus ojos cuando los abre.

Pienso en la Lena de hace unos días. La que dudaba. Y ahora la veo aquí, en mitad del mar, despeinada y sin miedo.

Y, aunque no haya conseguido mantenerse en pie ni una sola vez..., ya ha ganado.

—Vamos —le digo, con una mano extendida—. Una más.

Ella la acepta, se impulsa y vuelve a subirse a la tabla. Está agotada, pero no se rinde. Lo intenta otra vez. Y otra. Y otra más.

Lena se resbala justo cuando intenta subirse de nuevo a la tabla. Mis manos la atrapan por instinto, como si el mar fuera a arrebatármela, y sus brazos terminan anudados alrededor de mi cuello. Siento el calor de su piel a través del agua, las yemas de sus dedos presionando con suavidad la base de mi cuello.

Cuando por fin vuelvo en mí, carraspeo, la suelto con torpeza y retrocedo un paso.

—Eh... —La miro con picardía, ladeando un poco la cabeza—. Me parece que voy a ganar esa cena. Hace tiempo que no mencionas a... ¿cómo se llamaba? —«Enzo. Se llamaba Enzo»—. ¿Emilio, era?

—Enzo —repite, todavía recuperando el aliento—. Si la ganas, ya veremos si no te llevo al sitio más chungo de Barcelona.

—Mientras sea contigo, me da igual —respondo, bajando un poco la voz.

Las gotas de agua resbalan por su clavícula y desaparecen bajo el escote del bikini. Noto su respiración en mi cuello, su mirada bajando apenas un instante hacia mi boca.

Y yo... yo ya no quiero pensar. Quiero mandarlo todo a la mierda... y besarla, con el salitre en los labios.

Mi cuerpo decide por mí.

Me inclino hacia ella, atravesando la jodida frontera invisible que llevo días sin atreverme a cruzar, y la distancia entre nosotros

desaparece.

Mis dedos se deslizan hacia su rostro con cuidado y devoción. Le aparto un mechón de pelo mojado, pegado a su mejilla, y lo coloco detrás de su oreja.

Ella traga saliva y sus labios se entreabren.

Y justo cuando estoy a punto de besarla...

—¡Bruno! ¡Lena!

Las voces nos atraviesan como un disparo desde la orilla. Sobresaltados, los dos nos giramos al mismo tiempo.

Carlota, Lucas y Mateo.

Acercándose con sus tablas bajo el brazo.

Lena se lleva una mano a la cara, disimulando una risa nerviosa, mientras yo me paso la mano por el pelo, tragándome un «mierda» que no llega a salir.

Y, sin embargo..., cuando nuestras miradas se cruzan de nuevo, justo antes de recibir la embestida amistosa del resto del grupo, sé que ella también lo ha sentido.



Lena

16 DE JULIO

Dos días después, el sol asciende lentamente, derramando su luz con esa parsimonia propia de los días que se despiden sin prisa. Aún es temprano, pues no son ni las nueve, pero ya calienta con ganas.

A pesar de la calma del ambiente, mi cabeza no para, está en otro sitio. Regresa, una y otra vez, a aquel instante en el mar, a aquel beso que casi fue. Y lo que más me jode... es que no me habría importado que pasara. Pero no puedo hacerle eso a Enzo, aunque ya no sepa ni qué somos.

—Bueno, chicos —comienza a hablar Lucas, con la voz algo áspera—. A ver si nos organizamos y nos vemos pronto, ¿no? En unos días podríamos hacer una escapada. Aunque sea solo un finde.

—Eso sería genial, me ha encantado conocerlos a todos —respondo entusiasmada, porque es cierto que hacía mucho tiempo que no me sentía tan cómoda con un grupo de gente.

—No te preocupes, mona —interviene Carlota dándome con el hombro de forma cómplice—. De mí no te libras tan pronto; pienso seguir tu viaje a tope... Molaría vernos todos en alguna de tus paradas.

—Por supuesto —acepto contenta—. Bruno, ¿les puedes pasar el plan de viaje para que se lo miren y estudien dónde podemos vernos?

—Contad con ello —contesta Bruno y luego se dirige a mí—. Vamos, *copilota*. Nos esperan dos horas de carretera.

Nos despedimos y subimos al minibús. Las puertas se cierran, el motor arranca y todo empieza a quedarse atrás. Miro a través de la ventanilla y veo a los chicos diciéndonos adiós con las manos. Respondo con la mía, dejando escapar una carcajada que se funde con el ruido del motor.

—Me toca poner la música —informo, sacándole la lengua mientras pongo mi *playlist* en modo aleatorio. En cuanto suena la voz de Counting Crows, sonrío.

—¿«Accidentally in Love»? —Bruno tamborilea los dedos sobre el volante al ritmo de la batería—. Tremendo temazo, ¿eh? —Me mira de reojo con una ceja levantada—. No me estarás intentando decir algo con esta canción, ¿no?

—¿Yo? Qué va. —Subo un poco el volumen—. Es cosa del destino... Ya sabes que la lista está en aleatorio.

Fuera, la carretera empieza a desplegarse ante nosotros y el sol entra a raudales por el parabrisas. Me acomodo en el asiento y dejo caer la cabeza hacia atrás, dejándome llevar por la música y la voz rasgada de Bruno cuando canta el estribillo.



La cámper reduce la velocidad con un traqueteo suave. El suelo se convierte en arena y bajo las ruedas se levanta una nube de polvo que se disipa en cuanto avanzamos. A los lados, los árboles se abren como un pasillo improvisado, para dejar entrever las primeras parcelas del *camping*. Entre tiendas medio abiertas y furgonetas desperdigadas, asoma un cartel pintado a mano que da la bienvenida con letras torcidas y flores desvaídas por el sol.

—¿Y si lo de la lavandería lo dejamos para mañana? —propone Bruno después de aparcar y apagar el motor, como si fuera la idea más razonable del mundo.

—¿Estás de coña? —replico sin dudar, deslizándome hacia la parte trasera del minibús por el pequeño paso entre los asientos—. Yo necesito ir ahora.

—Cuando dices «ahora», ¿quieres decir «ya»? —Resopla y me sigue, arrastrando los pies.

—Efectivamente, Sherlock —contesto sin mirarlo, hurgando entre mis cosas. En cuanto doy con la bolsa de la ropa sucia, la cojo con dos dedos, como si transportara material biológico peligroso, y la alzo—. Hay prendas aquí dentro que podrían acabar con la civilización.

—Mira que eres exagerada —dice entre risas y, sin pensarlo, me arrebatla la bolsa de las manos—. Pues nada, vamos a la lavandería; todo sea por la supervivencia mundial.

—No es gracioso —suelto, pero me río, porque, en realidad, sí lo es—. Tu mochila no debe de estar mucho mejor, por cierto.

—Pues mira —la coge y se la cuelga del otro hombro—, te presento a la criatura. Lleva tres días hablando en latín.

—Madre mía, estás fatal. —Me echo a reír y estiro una mano hacia la bolsa—. Déjame la mía.

—No te preocupes, que no me cuesta nada. Así evitamos que se abra y acabes creando una situación digna de *Resident Evil*.

—Qué caballeroso... Si me convierto en zombi, prometo comerte rápido. —En cuanto esas palabras salen de mi boca, soy consciente de que han sonado fatal. El rubor sube por mis mejillas y no sé dónde meterme.

«Tierra, trágame y escúpeme donde te dé la gana».

—Eso ha sonado bien, pero que muy muy bien... —Me guiña un ojo y yo no puedo evitar sonreír. Con este chico todo es demasiado fácil siempre—. Venga, vamos antes de que esta cosa cobre conciencia de sí misma... Aunque, bueno, mejor ábrela y a ver qué pasa. Lena zombi, soy todo tuyo.

—Lo que eres es idiota.

—Sí, pero un idiota muy mono que te quieres comer.

Nos reímos a carcajadas mientras salimos del vehículo y echamos a andar hacia la lavandería del *camping*, adentrándonos por el camino de grava.

—Mira a ese tipo de ahí. —Señalo con discreción a un hombre que está desplomado en una silla plegable, con la camisa abierta y la barriga al aire, sosteniendo una cerveza con la familiaridad de quien ha hecho de ella una prolongación de su mano—. Apuesto a que se llama Manolo.

—El del bombo, no te jode. Qué va. —Entrecierra los ojos, analizándolo—. Tiene cara de Francisco, Paco para los amigos, es indiscutible. Y te digo más: es campeón regional de petanca.

—Vale, te lo compro. —Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja—. Pero esa de ahí, la del toldo azul, es... Mari Carmen.

—Clarísimamente. Y se sabe los cotilleos de todo el *camping*. Es la reina del cotarro.

—Sí, ¿verdad? Le pega.

Nos cruzamos con un chico con unos cascos enormes que se balancea ligeramente, abstraído por completo. Nos saluda con un leve gesto, sin quitarse los cascos.

—¿Y ese? —pregunta Bruno, esbozando una sonrisa.

—No sé; ¿tú qué dices?

—Guillermo... o Fabio. No hay término medio —afirma con una seriedad fingida, como si estuviera tomando una decisión trascendental—. ¿Qué opinas?

—Me quedo con Fabio.

—¿Y qué pinta Fabio en un *camping*?

—Pues... yo apuesto a que tiene una banda secreta de rock y ensaya aquí a escondidas.

—¿Tú crees? No sé; no me convences, princesita.

Nos reímos mientras seguimos caminando, intercambiando nombres y pequeñas historias inventadas sobre nuestros vecinos temporales.

Cuando llegamos, empujamos la puerta de la lavandería, y el olor a suavizante barato nos envuelve. Dentro, encontramos algunas lavadoras industriales, un par de sillas de plástico y una estantería que alberga libros de segunda —o tercera— mano.

—No me digas que eres la típica que separa la ropa por colores —dice Bruno, inclinándose sobre mi hombro, mientras comienzo a clasificar la ropa.

—Por supuesto. Es lo lógico —respondo sin alzar la vista, concentrada en formar mis pequeños montones—. ¿Tú lo lavas todo

junto?

—Pues sí. —Se encoge de hombros—. Yo lo echo todo junto y lo dejo en manos del universo. Si algo se tiñe es porque tenía que ser así.

—Eres un salvaje.

—No lo sabes tú bien...

Nos miramos un segundo más de la cuenta. Luego me río, sin saber del todo por qué, y él hace lo mismo. La tensión entre nosotros es palpable, pero no resulta pesada; más bien es cómoda. Bruno es todo lo que está bien y, cuanto más lo conozco, más me gusta ese carácter desenfadado, esa forma de ver la vida tan despreocupada y ese fondo amable que nunca juzga y siempre escucha. Nunca me había rodeado de personas así —más allá de Clara y Sofía— porque lo cierto es que mi entorno siempre ha sido más... complejo.

—Bueno... —dice Bruno cuando ya tenemos ropa lavándose, mientras estira los brazos por encima de la cabeza—. ¿Pasamos a la siguiente misión?

—¿Cuál? —Dejo caer la bolsa vacía y me apoyo en la pared, cruzando los brazos mientras lo observo con una ceja arqueada.

—Supermercado —responde como si hablara de una expedición al Himalaya, dándome un toquecito con el pie en la suela de la deportiva—. Necesitamos provisiones.

—A la orden, jefe.



Bruno camina por los pasillos del súper como si fuera el salón de su casa, empujando el carrito con una mano y silbando una melodía que no reconozco.

—A ver qué hay por aquí... —Se detiene frente a una de las neveras, escudriña el contenido con el ceño fruncido y coge una bandeja de hamburguesas vegetales del estante—. Tienen buena pinta, ¿no?

—Las he probado. No son mis favoritas, pero están bastante buenas —respondo al tiempo que él lanza la bandeja al carrito—. Pero ¿tú eres vegetariano?

—No, pero me adapto a ti. —Se encoge de hombros, como si fuera obvio.

—No hace falta —añado bajando la voz, como si eso pudiera suavizar la importancia de lo que está haciendo—. Coge lo que te apetezca; no me molesta.

—Lo sé. —Coge otra bandeja, esta vez de albóndigas, también vegetales—. Esto es lo que me apetece.

Siento cómo se me forma un nudo en el pecho. Porque, sin querer, pienso en Enzo, y recuerdo, con más claridad de la que querría, todas esas veces en las que hacer la compra con él fue un infierno para mí. Todo le parecía mal. Me tachaba de egoísta porque, según decía, todo salía más caro al tener que comprar por dos solo por seguir las modas de cuatro *hippies*.

Y ahora me encuentro con esta situación y me emociono solo de ver las diferencias. Si Bruno y Enzo formaran parte de un cuaderno de pasatiempos, desde luego que no podrían estar en el juego de buscar las siete diferencias, porque directamente las imágenes serían incomparables.



Bruno

El minibús huele a albahaca y... a algo más que no sé si procede del pesto o del ambientador de «brisa marina» que Lena pilló en una gasolinera. El caso es que huele de puta madre.

La olla borbotea y, de vez en cuando, el agua salta y deja huellas en los fogones.

Yo me apoyo en la encimera, cucharón de madera en mano, removiendo los espaguetis con la dedicación de un tipo que sabe que, si se pasan, esta cena se va a la mierda, y, mientras tanto, pienso que sí, que esto es mucho mejor que cualquier hotel de cinco estrellas.

—¿Crees que están ya? —pregunto, pescando un espagueti con los dedos.

—Bruno, por favor —dice Lena entre risas, mirándome de reojo mientras coloca el trípode en la encimera—. Estoy intentando grabar algo decente.

—Perdón, perdón... Qué mal te sienta la fama, princesa —bromeo mientras soplo el espagueti y luego lo muerdo—. Un minuto más y estarán listos.

Ella asiente, ahora encuadrando el plano, que apunta directamente a los fogones que tenemos encendidos.

Se recoge el pelo húmedo en un moño desordenado y retrocede un par de pasos para comprobar el ángulo. Lleva puesta una camiseta enorme que le llega hasta la mitad de los muslos y yo no puedo evitar que se me vaya la mirada un segundo. Solo un segundo. Luego finjo que estoy concentradísimo en el punto de cocción de la pasta.

—Spielberg, ¿te grabo un plano en el que estés cocinando? —le propongo al tiempo que me incorporo—. Aunque la pasta no la hayas hecho tú, todo sea dicho.

—¿No te importa? —Se muerde el labio inferior, como si esperara que yo le dijera que sí, que mejor no.

—Qué va. —Le arrebató el móvil, aunque tengo las manos pringadas—. Vale, ya está grabando.

Empieza a hablarle al móvil y yo, desde atrás, la imito en silencio. Lena me ve con el rabillo del ojo, aprieta los labios y contiene una carcajada. Intenta recomponerse, pero no hay manera. Su voz tiembla. Se cubre la cara con una mano, doblándose ligeramente hacia delante, riendo de verdad.

—¡Bruno! —consigue decir entre risas—. ¡Para ya!

—¿Qué? ¡Yo solo estoy ayudando! —Me encojo de hombros, sin poder dejar de sonreír.

Cuando terminamos, sirvo la pasta en dos platos hondos y nos sentamos en el comedor. Nuestras piernas se rozan por debajo, y ese contacto mínimo hace que se me olvide por un segundo hasta cómo se sostiene un tenedor.

Enredo los espaguetis y me meto el primer bocado.

—Tenías hambre, ¿eh? —Suelta una carcajada y me lanza una servilleta—. Te has manchado la nariz.

—Joder, sí —respondo con la boca medio llena, limpiándome la nariz—. Gracias, guapa.

La noche se nos ha echado encima, fuera está oscuro y en las ventanas solo queda el reflejo de las luces tenues del interior. Y, entre bocado y bocado, nos reímos.

—Bueno —dice ella al acabar, dejando el tenedor sobre el plato para beber un trago de agua mientras me mira por encima del borde del vaso—. Háblame de ti.

—¿Qué quieres saber? —Me echo hacia atrás y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Lo que sea. —Se encoge de hombros y esboza una sonrisa—. No sé prácticamente nada.

—Eso no es verdad.

—Ah, ¿no?

—Sabes que me gusta surfear.

—Ajá. —Asiente, como si fuera una obviedad universal—. Y escuchar música y beber cerveza; hasta aquí la ficha policial.

—¿Ves como sabes cosas de mí? —Sonrío, señalándola con el tenedor.

—Sí. —Apoya los codos en la mesa, inclinándose un poco hacia mí—. Pero quiero saber más.

—¿Y no prefieres quizá ir descubriéndolas poco a poco por ti misma?

—Puedo dejarme sorprender, sí, pero me gustaría partir de las mismas condiciones que tú. Antes de llegar, ya sabías que me dedicaba a las redes sociales, de dónde venía, mi nombre y a saber qué más.

—Eh, eh, tramposilla, yo no tengo la culpa de que tú compartas cositas a través de ese cacharro. —Señalo con el tenedor el móvil.

—*Touché*.

Me quedo un momento en silencio, dándole vueltas al tenedor sobre el plato, intentando decidir por dónde empezar porque, en el fondo, que quiera saber de mí me halaga y me gusta.

—A ver... —digo al fin, rascándome la barbilla con los nudillos—. Soy bueno guardando secretos.

—Desarrolla la información.

—Soy un crac guardando secretos, pero porque se me olvidan. Me la suda bastante todo lo que tiene que ver con los demás si son chismes, la verdad.

Lena suelta una carcajada tan sincera que casi se atraganta de la risa.

—Comparto piso con dos tíos —continúo, más animado ahora—. Bueno, y con el gato de la vecina, que se cuela por la ventana de mi habitación todos los días.

—¿Y cómo se llama?

—¿El gato o la vecina?

—El gato, claro.

—Ah, ni puta idea; yo lo llamo Trueno.

—Vale, continúa, por favor. Estoy fascinada.

—Soy más de películas. Las series siempre las dejo a medias. Si una historia necesita más de cuatro horas para contarme algo..., me aburro.

—Qué impaciente... —Se le escapa la risa por la nariz.

—No te lo discuto. —Ladeo la cabeza y me rasco la nuca—. Me encantan las plantas, pero, cuando tengo una, se me olvida regarla.

—Alzo las manos como si me declarara culpable en un juicio—. Creo que no estoy hecho para la jardinería doméstica.

Lena se ríe, con la barbilla apoyada en la mano.

—¿Y tú qué? —pregunto, levantando una ceja mientras aparto un poco el plato—. ¿No me vas a hablar de ti?

Parpadea, como si la pregunta la hubiera pillado por sorpresa, y se recuesta contra el respaldo del asiento, con las piernas aún rozando las mías por debajo de la mesa.

—Odio el desorden —empieza a hablar, cruzando los brazos sobre el pecho—, pero soy un completo desastre. Es una contradicción con la que convivo a diario. —Levanta las cejas, resignada—. Pero lo estoy intentando cambiar. Me he comprado hasta cajas organizadoras, ¿eh?

—¿Y funcionan?

—Sirven para esconder el caos. —Se encoge de hombros—. Ya es algo.

Me echo a reír.

—¿Y qué más me cuentas, princesita?

—Antes pintaba. —Se humedece los labios con la lengua—. Pero hace años que no cojo un pincel.

—¿Por qué lo dejaste?

—No lo sé. Supongo que... tenía otras cosas en la cabeza.

Me la imagino pintando. Con la cara manchada de pintura acrílica y una taza de café con leche al lado. Y, joder, me encantaría verla así.

—¿Tú pintas? —me pregunta de pronto.

—Yo ni siquiera sé dibujar un sol con rayitas. —Le guiño un ojo—. Pero puedo sostenerte el pincel si te cansas.

Ella se ríe.

—Me encantan las velas —añade de pronto mientras lleva los platos al fregadero—, pero son tan bonitas que me da cosa encenderlas.

—Entonces..., ¿qué función tienen? —La sigo con la mirada, sin dejar de sonreír, mientras ella me lanza otra por encima del hombro.

—Supongo que decorar. —Abre el grifo y comienza a fregar los platos—. Ah, y también me gusta hacer yoga.

—¿Yoga? Nunca lo he probado.

Me levanto y empiezo a recoger lo que queda sobre la mesa.

—¿Y te gustaría?

—No lo había pensado hasta ahora, pero... sí, ¿por qué no?



Cuando terminamos de secar y guardar los cacharros, decidimos irnos a dormir. Lena camina descalza hasta el fondo del minibús y se mete bajo la sábana de la cama trasera. Yo subo a mi cama, justo encima de la cabina. Es más estrecha, pero a mí me basta. Me echo boca arriba, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, y el colchón cede bajo mi peso.

—Buenas noches, Bruno.

—Buenas noches, princesita.

Apago la luz y dejo que la oscuridad me envuelva. Durante unos segundos, el silencio parece absoluto... hasta que oigo un golpe seco. Frunzo el ceño, pero no me muevo. Quizá lo he imaginado.

Pero vuelvo a oírlo.

Abro los ojos.

—¿Bruno...? —La voz de Lena me llega desde abajo.

—¿Tú también lo has oído? —Me incorporo despacio, con los codos apoyados en el colchón.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta sin intentar disimular el miedo.

—Ni idea. —Me asomo por el borde de la litera, buscándola con la mirada. Está sentada en su cama, con la sábana subida hasta la barbilla y los ojos como platos.

Otro golpe. Más suave.

—Vale, eso no es el viento —murmuro, intentando sonar tranquilo a pesar de tener la piel erizada.

Aterrizo con un golpe sordo sobre el suelo. Lena no me quita los ojos de encima.

—¿Qué haces? —pregunta, alarmada, cuando me agacho junto a la cocina y agarro lo primero que encuentro: una espumadera.

«Perfecto. Muy intimidante, Bruno».

—Voy a salir a ver —susurro, acercándome a la puerta del minibús.

—¿Qué?! ¡No! ¿Estás loco? Pero ¿tú no has visto películas de terror? ¿Quieres morir o qué? ¡¡¡No se siguen los ruidos!!!

—Tranquila, seguro que es alguna rama suelta o un mapache... ¿Hay mapaches aquí? —Me detengo un segundo a pensarlo. No, no hay mapaches. ¿O sí?

—Bruno, no salgas. Puede ser... no sé, alguien.

—Si es alguien, mejor saberlo. —Le guiño un ojo, aunque por dentro tengo el estómago encogido. No lo suficiente como para quedarme quieto, pero sí lo bastante como para notar que mis manos no están del todo firmes—. Vuelvo enseguida.

Empujo la puerta con cuidado, dejando que el aire fresco de la noche se cuele dentro, y salgo con la espumadera alzada.

Me detengo en seco.

No sé si reírme o cerrar la puerta corriendo.

Una señora mayor, con un vestido que le llega hasta los tobillos, está plantada justo al lado del minibús, dándole golpes con la palma abierta.

Vale.

Estoy demasiado sobrio para esta situación; parece la niña de la curva en su *golden age*.

—Eh... Perdona, ¿está bien? —pregunto, sin acercarme, bajando la espumadera—. ¿Necesita ayuda?

Nada. Como si no me hubiera oído. O peor: como si sí me hubiera oído y hubiera decidido ignorarme, que es más inquietante todavía.

—¿Hola? —insisto, esta vez alzando la voz.

Pega un grito, y un escalofrío me recorre la espalda.

¿Y yo qué cojones debería hacer ahora?

La rodeo, sin acercarme demasiado. Mi intención es buena: hablarle, ver si necesita algo e invitarla —amablemente— a que deje de comportarse como una puta psicópata. Pero nada. La señora no se inmuta. Estupendo.

—¿Bruno? ¿Qué pasa? —Lena se asoma, todavía envuelta en la sábana, con los ojos entrecerrados.

—Pregúntaselo a ella —hago un gesto con la espumadera hacia la señora, que sigue a lo suyo—, aunque no creo que te conteste.

Lena se queda congelada.

—Esto es rarísimo —murmura, completamente alucinada y sin moverse del escalón de la puerta.

—Rarísimo es poco —respondo sin dejar de mirar a la señora, sintiendo cómo Lena se acerca y se pone a mi lado—. ¿Has visto la película *La visita*?

—Calla. —Me da un codazo—. ¿Qué hacemos?

—Ni puta idea.

Entonces aparece un señor por el camino de grava. Viene corriendo, en chanclas y con una de esas linternas que alumbran menos que un mechero.

—¡Ay, madre mía! ¡Lo siento, lo siento mucho! —exclama jadeando de la risa—. Perdonad el susto, de verdad.

Lena y yo nos quedamos paralizados, sin entender muy bien lo que está pasando, o de qué cojones se está riendo el colega de la yaya, mientras ella sigue en trance golpeando el minibús.

—Mi mujer es sonámbula. —El recién llegado se para a su lado y le pasa un brazo por la cintura—. Venga, Charo, vamos a la cama, que estos chavales quieren dormir.

—¿Sonámbula? —Parpadeo.

—Desde hace años. A veces se pone a abrir armarios, otras veces se va a pasear. La *jodía* tiene talento para el escapismo, ¿eh? Porque me ha avisado una zagala muy simpática, que, si no, ni me entero.

Se ríe con ganas, de esa forma contagiosa que hace que te rías tú también aunque no entiendas muy bien por qué.

—No veas. Pues menos mal que no se ha ido más lejos, macho.

—¡Calla, calla! —Suelta otra carcajada—. Pues nada..., que os pido perdón otra vez, ¿vale?

—No, no, tranquilo —dice Lena, en medio de una risa nerviosa—. No te preocupes. Son cosas que pasan.

—Buenas noches, pareja. —El hombre empieza a guiar a su mujer y levanta la mano a modo de despedida—. Que descanséis.

—Buenas noches —nos despedimos a la vez.

Cuando desaparecen entre los árboles, entramos, y Lena cierra la puerta y echa el pestillo.

Y entonces nos empezamos a tronchar.

—Te juro —dice, riéndose tanto que apenas puede hablar— que no había pasado tanto miedo en mi vida.

—Yo tengo que admitir que me he cagado. —Me seco una lágrima de la risa con el dorso de la mano—. Lo bueno es que tenemos una anécdota más.

—Sí, sí.

—Bueno... ¿Qué? ¿Nos vamos a sobar?

—Sí, venga. Es tardísimo.

Me acerco a mi litera y, cuando estoy a punto de subir, Lena me detiene.

—Bruno —susurra ella—, ¿puedes dormir conmigo?

—¿Contigo? —pregunto, solo para asegurarme, porque a veces uno escucha lo que quiere.

Ella asiente. Y yo qué voy a hacer. ¿Decir que no? Ni de puta coña, claro que voy. Porque Lena es..., yo qué sé, Lena.

Me cuelo en su cama y me quedo tumbado bocarriba.

Entonces ella apoya la cabeza en mi pecho y su brazo se desliza por encima de mi barriga.

Respiro hondo y le paso un brazo por la espalda. Noto cómo su pecho sube y baja despacio, en sincronía con el mío.

Y yo... yo me quedo despierto un buen rato, pensando que, si me quedo dormido así, mañana no voy a saber volver a dormir de otra forma.



Lena

Me despierta un tintineo metálico, seguido de un golpe seco y un juramento ahogado. Algo así como «me cago en la puta espátula».

Me estiro despacio, alargando los brazos como un gato perezoso, sin abrir del todo los ojos. Y entonces me llega un olor... ¿dulce? Sí, creo que sí.

Abro los ojos con esfuerzo, como si cada párpado pesara una tonelada, y encuentro a Bruno en la cocina, con el torso descubierto y el pelo alborotado. Está tarareando «Burning Love» mientras prepara lo que creo que son tortitas. Las va apilando en un plato con un entusiasmo enternecedor. No hay dos iguales. Cada una parece hecha por una persona distinta, en países diferentes y con intenciones radicalmente opuestas. La torre se tambalea, pero él la observa como si fuera una escultura digna del MoMA.

—Buenos días, Bella Durmiente —me saluda al ver que estoy despierta, sin girarse del todo, pero con esa sonrisa en la voz que ya

reconozco.

—¿Qué estás haciendo? —Me froto los ojos mientras me incorporo despacio, dejando caer la sábana hasta la cintura.

—Tortitas con fruta y miel. —Me acerca un plato con tres tortitas irregulares encima, una más quemada que las otras—. Para ti.

—Gracias. —Me estiro otra vez, saboreando el momento, y cojo el plato. Pincho un trozo con el tenedor, lo pruebo y dejo escapar un gemido.

—Están... —hago una pausa para masticar y tragar, porque esto merece ser saboreado con calma— buenísimas —añado con los ojos entornados de puro placer.

—Me alegro de que te gusten. —Saca un *brick* de zumo de la nevera y sirve en dos vasos—. Ah, por cierto, princesita, después tenemos un planazo en la piscina.

—¿Qué tipo de planazo? ¿Vamos a buscar sirenas? ¿Vamos a probar cuántos minutos de apnea aguantamos? Porque contigo y el agua en la misma ecuación nunca se sabe... —pregunto con la cautela de quien ya ha vivido suficientes ideas de Bruno como para saber que la palabra *planazo* puede significar cualquier cosa.

—Uno que es sorpresa. —Deja los dos vasos sobre la mesa del comedor—. Quita esa cara de susto y confía, pero me apunto todo lo que has dicho, aunque eso de buscar sirenas en una piscina me parece bastante absurdo hasta para mí.

Y eso hago.

Confío en él. Más de lo que pensaba que sería capaz.

Llevo días —¿cuántos exactamente? Ya he perdido la cuenta— completamente fuera de mi zona de confort. Pero lo cierto es que... todavía me da un poco de vértigo decir «sí» sin saber a qué.

Pero con Bruno todo es diferente, así que me atrevo y me tiro a la piscina —en este caso, seguramente, de manera literal— sin mirar

siquiera si hay agua.

Respiro hondo y decido no pensar más. Al menos no por ahora.

¿Y qué tipo de planazo puede haber en una piscina?



—¿*Aquagym*? —pregunto, como si la palabra acabara de estallarme en la cara, con los ojos clavados en el espectáculo que tengo delante. Tiene que ser una broma. Una muy elaborada.

—Planazo, te lo he advertido.

No sé qué esperaba exactamente cuando Bruno ha dicho: «Tenemos un planazo en la piscina»; pero, definitivamente, no era esto: un ejército de señoras de todas las edades —bueno, todas a partir de los setenta, de esas que, probablemente, desayunan pan con aceite, ven novelas turcas y dominan el arte de las croquetas— con gorros de baño de flores y churros de espuma de colores.

—Un planazo en mayúsculas. —Me llevo una mano a la boca, reprimiendo una carcajada—. Dios mío, Bruno... Pero ¿cómo...?

—¡iiiMierda!!! —me interrumpe, señalando hacia la piscina—. ¡Corre, que se acaban los churros! —Y sin darme tiempo a nada, ni a procesar, ni a negarme, ni a negociar mi dignidad, me agarra de la muñeca y tira de mí con ese entusiasmo suyo que no admite réplica.

—¡Bruno, espera! —chillo entre risas mientras intento no tropezar con mis propias chanclas de camino al borde de la piscina.

El agua me recibe con una sacudida fría que al principio me deja sin aliento, pero pronto se convierte en una sensación agradable. A nuestro alrededor, las señoras están en pie de guerra, esperando que la música estalle desde los altavoces.

—¡Aquí! —grita Bruno, pasándome un churro azul—. Toma, princesita.

—Esto es surrealista —logro decir todavía riendo—. Después de esto, puedo esperarme cualquier cosa de ti.

—Tú ríete, pero esto quema más que subir a pie a la Alhambra.

Nos estamos riendo tanto que no nos damos cuenta de que la música empieza a sonar..., hasta que, de pronto, un silbato nos perfora el tímpano.

—iiiiVamooooos, churris!!!! —berrea desde la tarima un monitor con calentadores, que irradia más energía que el sol a las doce del mediodía—. ¡Hoy vamos a mover el esqueleto hasta que tiemble el agua!

—Ay, madre —murmuro mientras las señoras nos rodean como si fueran un pelotón profesional.

—Creo que estamos en su terreno —me avisa Bruno, inclinándose hacia mí con una expresión de seriedad fingida—. Y, si se organizan, no salimos vivos de aquí.

—Hoy, en *1000 maneras de morir*: «Muerte por la yaya del churro» —imito la voz del locutor de ese programa de la MTV que contaba las muertes de todo quisqui de las maneras más absurdas.

Bruno suelta una carcajada y lo salpico con el agua mientras intento moverme al ritmo de la música siguiendo al nuevo Jane Fonda, con más entusiasmo que coordinación, y digo «intento» con toda la generosidad del mundo.

No puedo evitar sonreír. Es imposible no hacerlo. No tenía ni idea de que una piscina llena de señoras y churros podía convertirse en uno de mis recuerdos favoritos del verano. Pero lo hace. Y, sí, mucho tiene que ver con él.

—¡Rodillas al pecho! —ordena el chaval que nos dirige, moviéndose con una precisión imposible—. ¡¡Vamos, jovenzuelas, a

mover esos *cucus*!! ¡Eso es, más alto!!

—¿Rodillas... al qué? —gimo, intentando no ahogarme con mi propio churro—. Dios, pero ¿este tío qué desayuna?

—¿Es que esto no es como el yoga ese tuyo? —Bruno se gira hacia mí, con una ceja levantada, mientras chapotea a mi lado.

—Por favor... —Resoplo, con el pelo mojado pegado a la cara—. El yoga no incluye riesgo de muerte por colisión con churros de espuma.

Estallamos en una carcajada.

—¡Vamos, pareja! —nos anima el instructor, marcando los pasos con los brazos—. ¡Que ligar y moverse no está reñido! —grita moviendo las caderas de forma lasciva.

La madre que lo parió...

—¡Di que sí! —interviene una señora con gafas con forma de corazón mientras hace una especie de *twerking* acuático que provoca una ovación general—. ¡Que se lo digan a mi Ramón!

—¡¡Pon un Ramoncín en tu vida, nenaaaa!! —chilla el monitor, y todas las señoras vitorean.

Miro a Bruno y él a mí y nos descojonamos.



La clase de *aquagym* termina con un estiramiento suave, una música que suena a balada inspiracional y un último grito de guerra del técnico que ha dirigido la actividad.

—¡Nos vemos mañana, corazones! —se despide desde su tarima mientras hace una reverencia de cierre con los brazos en alto y un aplauso espontáneo rompe en la piscina.

—Lo has hecho divinamente, hija —me elogia una señora con el gorro lleno de margaritas de plástico, salpicándome sin querer con su churro rosa.

—¿Divinamente? —respondo entre risas—. Si parecía que me estaba peleando con el churro.

—¡Ay, da igual! Lo importante es menear el esqueleto, ¡y tú lo has hecho de diez!

—Normal que se distraiga..., ¡junto a ese muchacho tan apañado! —interviene otra, señalando con el churro a Bruno—. ¡Si yo tuviera veinte años menos...!

—¡O yo diez años más, señora! Si fuera así, no la dejaba escapar —responde Bruno guiñándoles un ojo y todas se ríen escandalosamente.

—Ay, qué cosas tienes, guapo. Qué buen mozo, hija, qué buen mozo...

—¡No le digan esas cosas, que se lo cree! —bromeo, dándole un codazo a Bruno.

—Yo me dejo querer, ¿eh? —contesta él, esbozando una sonrisa traviesa—. Pero no te me pongas celosa, princesita.

—Tienes un morro que te lo pisas. —Me atraganto con mi propia risa.

Empiezan a salir de la piscina poco a poco, soltando besos al aire y comentarios picantes que aún resuenan en el agua.

—Las tengo loquitas —murmura Bruno sin ápice de modestia, sacudiéndose el pelo con la mano.

—¿Loquitas? —resoplo, ahogando una carcajada—. Las tienes entregadas.

—Me he ganado el cariño del público veterano, ¡iqué le voy a hacer!

—Impresionante... —digo con tono solemne—. Sin duda, tienes un efecto devastador en la tercera edad.

—No solo me pasa con ellas, ¿eh?

—Ah, ¿no?

—Tú dirás. —Me lanza una mirada rápida, de esas que te recorren de arriba abajo sin ser groseras pero que se sienten peligrosamente cerca de la piel—. ¿Te he impresionado?

—Bueno... —Hago una pausa, saboreando el momento—. Me has hecho reír, que no es poco. —Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia—. Pero para impresionarme..., no sé yo..., tendrías que currártelo más.

—Anda... —Cruza los brazos sobre el pecho, lo que provoca que se le marquen aún más los músculos. Mis ojos hacen un esfuerzo titánico por mantenerse a la altura de los suyos—. ¿Y qué tendría que hacer para impresionarte, princesita?

—No lo sé. —Me mojo los labios sin darme cuenta—. Sorpréndeme.

Bruno me rodea la cintura y me atrae hacia él. Bajo la superficie, nuestros cuerpos se encuentran, y el leve vaivén del agua apenas logra disimular la electricidad que crepita entre los dos, como si todo lo que hemos tratado de evitar estuviera a punto de desbordarse en silencio.

Sus manos me aferran con un poco más de fuerza, como si, ahora que me tiene cerca, no estuviera dispuesto a soltarme. Yo contengo el aliento, sintiendo cómo el corazón me retumba en el pecho.

Entonces se inclina despacio, ofreciéndome un último instante para frenar. Pero no lo hago. Porque es inútil. Ya no hay nada que pueda ocultar lo que hay entre los dos.

Y cuando su boca casi roza la mía, apenas a un par de centímetros, cierro los ojos y dejo que mis dedos se deslicen hasta

enredarse en su nuca.

Noto cómo mi cuerpo se pega más a él y abro las piernas para entrelazarlas luego a su espalda, rodeando su cintura y notando su dureza. Creo que ni el agua fría de la piscina puede bajar la temperatura de este momento.

Nuestras lenguas se enroscan, se acarician, se incitan. Las manos de Bruno empiezan a acariciarme la espalda y acaban posándose en mi trasero. Y, si no fuera porque estamos en un sitio público, debo decir que no me importaría nada dejarme llevar, porque jamás he sentido tanto deseo por nadie como en este instante.

Se separa de mí, me mira fijamente a los ojos y una sonrisa se dibuja en mis labios. Observo cómo su vista se posa en mi boca y me muerdo el labio.

—Joder, princesa, como sigamos así, nos echan del *camping* por escándalo público —me susurra a la oreja, dejando después un reguero de besos por mi cuello que me hace soltar un gemido.

—No me importa en absoluto —respondo y él abandona mi cuello para volver a conquistar mi boca.

Y no sé cuánto rato pasamos así porque el tiempo se detiene, creando un universo en el que solo habitamos Bruno y yo.



Bruno

La he cagado. Lo he sabido en cuanto la he besado. O más bien... en cuanto no he querido dejar de besarla. Porque ahí es cuando he entendido que, por mucho que intente pensar en las consecuencias que nos traerá, ya estoy metido hasta el fondo en esto. Juro que habría sido capaz de follármela en la piscina sin importarme una mierda nada ni nadie. Estoy obsesionado con esta mujer, y desde que la he besado solo puedo pensar en volver a hacerlo.

No sé a dónde nos llevará esto, pero, la verdad, tampoco me importa demasiado. A veces, las cosas no necesitan un nombre. Basta con vivirlas.

Así que eso hago: me dejo llevar y, cuando tenga que enfrentar la situación, lo haré. Una cosa es no pensar y otra muy diferente es ser un cobarde, y más cobarde sería si no me dejase llevar por lo que siento en este momento por Lena.

Después del beso —ese maldito beso que todavía me arde en la boca— se me ha pasado una idea por la cabeza. Y, por esa idea, ahora estamos aquí, avanzando por la carretera que bordea el monte. Yo al volante, ella a mi lado.



El motor se apaga y, durante unos segundos, todo queda en silencio. Pero este no dura mucho, porque enseguida se cuele el sonido de la naturaleza.

—¿Y bien? —pregunta Lena bajando del minibús—. ¿Qué hacemos aquí?

—Como ya sabes, no forma parte de nuestra ruta. —Cierro la puerta y me echo la mochila al hombro—. Pero, como estábamos cerca, he pensado: ¿por qué no?

—Me gusta —afirma mientras empezamos a andar por el sendero de tierra que serpentea entre los árboles. El sol ya no pega tan fuerte, pero el calor sigue ahí—. ¿Habías venido antes?

—Nunca. —Le doy una patada a una piedra del camino—. Pero la peña lo pinta bien. ¿Y tú?

—Tampoco, pero me suena de redes..., de esas cuentas tipo «Lugares mágicos que parecen mentira».

—Pues a ver si no es mentira —contesto, dándole un pequeño empujón con el hombro.

El sendero se estrecha a medida que lo recorremos. A un lado, el río baja entre piedras pulidas por años de corriente. Al otro, un muro natural de helechos y raíces trepa por la tierra húmeda.

Lena camina delante de mí y, de vez en cuando, se agacha a mirar alguna flor. No tiene prisa por llegar. Y, la verdad, yo tampoco.

El sonido del agua crece; estamos cada vez más cerca. Ya no es el murmullo del río, es una presencia, un rumor constante que se impone a los demás sonidos. Y entonces, justo cuando doblo la última curva detrás de ella, Lena se detiene en seco.

—¿Qué pasa? —pregunto, llegando a su lado y mirando en la misma dirección—. Hostia...

La Cascada del Brazal aparece ante nosotros como salida de un puto sueño húmedo de algún dios pagano: una cortina de agua cayendo con fuerza sobre un pequeño remanso, rodeada de vegetación exuberante, rocas cubiertas de musgo y un aire tan fresco que parece mentira que estemos en pleno julio.

—¡Cojonudo, ¿eh?! —exclamo finalmente, porque tampoco soy poeta.

—Es impresionante.

Se acerca al borde del agua, como si la cascada la llamara, y se agacha para mojarse las manos. El agua le salpica los antebrazos y el sol que se filtra entre los árboles le dibuja reflejos en la piel. Está despeinada, con los vaqueros arremangados y las deportivas llenas de tierra. Y, aun así —o justo por eso—, no recuerdo haberla visto tan guapa antes.

Me dejo caer en una roca cercana, limitándome a contemplarla en silencio. Porque, sí, la cascada está bien, pero, si tengo que elegir, me quedo con Lena.

—¿Te ayudo? —me ofrezco cuando veo que desbloquea el móvil, poniéndome de pie casi de un salto.

—De hecho... —Levanta la mirada, dudando un segundo—. Estaba pensando en hacernos una foto juntos.

—¿En serio? —pregunto, porque no me lo esperaba.

—Déjalo; si no quieres, no pasa nada.

—No es eso —respondo enseguida, rascándome la nuca—. Es solo que... no me lo esperaba. Eso es todo. —Extiendo una mano—. Dame el móvil, que la saco yo.

—Vale... Pero no, quédate y pongo el temporizador.

Nos colocamos frente a la cascada y ella pone el móvil sobre una piedra. Luego corre hacia mí y, antes de que el móvil dispare, le paso un brazo por la cintura.

«Clic».

La foto queda ahí, atrapada en ese instante.

—Gracias —murmura Lena, sin separarse de mí—. Por traerme a este sitio.

Antes de que pueda responder, unas voces llegan desde el sendero, rompiendo el ambiente que hasta hace un segundo parecía hecho solo para nosotros. Nos separamos un poco antes de que aparezca un grupo entre los árboles, guiado por un tipo con gorra y voz de megáfono.

—... aunque, como ya sabéis, este lugar se conoce popularmente como el Salto de la Novia —va contando el guía, mientras señala hacia la cascada—. Pero... ¿alguna vez os habéis preguntado de dónde viene ese nombre?

Lena y yo intercambiamos una mirada cómplice y nos acercamos a ellos sin que parezca que prestamos demasiada atención.

—Resulta que la historia tiene un origen bastante trágico —continúa hablando, como si quisiera que todos sintieran el peso de la leyenda—. Aquí, en Navajas, el amor verdadero se demostraba de una manera bastante peculiar.

Lena frunce el ceño, mirando hacia mí con interés.

—En tiempos antiguos —prosigue—, cuando el río Palancia era más estrecho, la novia debía saltar de una orilla a la otra delante de

todos los vecinos. Era una prueba. Si conseguía llegar a la otra orilla, se decía que la pareja tendría una vida feliz. Si no..., bueno, los augurios eran bastante sombríos.

Turbio.

—Cuenta la leyenda que, en una ocasión, las aguas estaban tan turbulentas que se formó un remolino peligroso. Pero la novia, lejos de rendirse, saltó con todas sus fuerzas para demostrar ese amor inquebrantable. No logró llegar a la otra orilla. Cayó al agua y fue arrastrada. —La voz del guía baja, como para subrayar el dramatismo del momento—. El novio no dudó ni un segundo. Saltó detrás de ella, dispuesto a salvarla. Ambos desaparecieron en las aguas y, según dicen, sus cuerpos fueron encontrados juntos más tarde.

Lena se aferra a mi brazo sin apartar la vista del guía. Ya ni se molesta en disimular; está completamente metida en la historia. Yo, por mi parte, hago lo mío: tenso el bíceps como quien no quiere la cosa. Qué le vamos a hacer..., uno aprovecha las oportunidades que se le presentan.

—¿Estás marcando musculitos o son cosas mías? —me pregunta Lena de repente, pillándome por sorpresa.

—¿Qué? No..., qué va. —Hago una pausa y me aclaro la garganta—. Y no son musculitos.

Lena suelta una risa ahogada y, sin decir nada más, apoya la cabeza en mi hombro.

—Esa tragedia hizo que la tradición se acabara —concluye el guía con tono solemne—. Y, si os fijáis bien en la cascada, parece que el velo de la novia aún siga flotando en el aire.

—Bueno..., eso último se lo ha sacado de la manga —murmuro, inclinándome hacia Lena con el gesto torcido—. No me digas que no, princesita.

—Calla —me corta ella, disimulando la sonrisa—, que te va a oír.

El grupo empieza a dispersarse poco a poco y vuelve al sendero. Nosotros esperamos un poco para después hacer lo mismo.

—¿Y si lo intentamos? —pregunta Lena, deteniéndose junto a un tramo estrecho del río, donde las piedras apenas sobresalen del agua. Algunas parecen firmes; otras... no tanto.

—Estás de coña, ¿no?

—Tranquilo..., que aquí no hay remolinos.

No espera respuesta. Lena toma impulso y salta de una piedra a otra con una soltura que me sorprende. No es una gran distancia, pero la gracia está en la intención.

—¡Tu turno! —grita desde la otra orilla, retándome con la mirada.

—Esto sí que es comprometerse con la tradición —suelto, más para mí que para ella, acercándome al borde. Y, sin pensarlo dos veces, lo hago. En un par de zancadas, ya estoy junto a ella—. Entonces..., final feliz, ¿no?

—Eso dice la leyenda.

Y sin esperármelo, ni tampoco pedir permiso, me besa. Y a mí la leyenda me la suda, pero ojalá sea cierta si soy yo el que acaba con esta chica.



La noche ya se nos ha echado encima y el minibús está en completo silencio, de esos que solo llegan cuando el día ha terminado del todo.

Camino descalzo por el pasillo estrecho mientras me termino de secar el pelo con la toalla, acercándome a mi cama. Justo cuando

estoy a punto de subir, su voz me alcanza por detrás.

—¿Quieres...? —comienza a preguntar abriendo un lado de su cama.

No hace falta que termine la pregunta ni tampoco que yo responda, porque ya estoy caminando hacia ella, dejando que el espacio entre nosotros se desvanezca poco a poco.

Me acomodo a su lado, provocando que el colchón se hunda bajo mi peso y el calor de su piel se mezcle con el mío.

No sé quién se acerca primero.

Lo único que sé es que, de repente, sus labios están sobre los míos.

—Buenas noches —murmura Lena, apoyando la frente en la mía, con los ojos cerrados.

—Buenas noches —respondo, dejando que una mano se cuele por debajo de su camiseta para acariciarle la espalda; la piel se le eriza bajo mis dedos.

Y, mientras el sueño empieza a arrastrarme con ella entre mis brazos, pienso —sin remordimientos— que sí, que rompería todas las promesas del mundo por terminar cada día así.



Lena

20 DE JULIO

Los tres últimos días se han desvanecido con la ligereza de un suspiro, y no porque haya pasado algo especialmente extraordinario —aunque, siendo justos, compartir cada momento con Bruno ha tenido un efecto secundario difícil de ignorar—, sino porque, contra todo pronóstico, me lo estoy pasando tan bien que hasta me da miedo decirlo en voz alta. Jamás habría imaginado que una colaboración pudiera convertirse en un viaje que no quiero que termine.

Me despierto en la playa del Cabañal envuelta en los brazos de Bruno. Salgo de la cama, intentando no despertarlo, y abro despacio la puerta corredera del minibús.

La playa, todavía desierta, se extiende frente a mí como una promesa. Respiro profundo, dejando que el salitre se cuele en mis pulmones, y me apoyo contra el marco de la puerta, permitiendo

que el aire me acaricie la piel. Y, por un momento, el mundo se reduce al vaivén pausado de las olas, que parecen respirar al mismo ritmo que yo.

Justo entonces, una idea se instala en mi mente.

Vuelvo la mirada hacia el interior de la cámara y me quedo un par de minutos contemplando a Bruno, acostado boca arriba, con el pecho subiendo y bajando lentamente. Y yo, sin pensarlo demasiado, me deslizo con cuidado dentro.

Camino hasta la cama, me subo encima y me siento sobre su regazo a horcajadas. Por un instante, me quedo ahí, disfrutando de este momento suspendido en el tiempo. Acerco mi rostro a su cuello y dejo un reguero de besos cortos. Bruno suelta un suspiro entre sueños que me parece de lo más sexy. Asciendo hasta sus labios y lo beso. Tarda unos segundos en reaccionar, como si quisiera mantenerse en ese mundo onírico, pero soy plenamente consciente de en qué instante despierta porque el beso que ha comenzado siendo un leve roce de mis labios sobre los suyos se convierte en otra cosa. Su lengua se introduce en mi boca mientras me rodea con los brazos y me atrae hacia él. Yo me dejo llevar, sabiendo que ahora mismo no existe nada más que nosotros dos.

—Espabila —le susurro, alzando la vista hacia él—. Se me ha ocurrido una idea y no puedes decirme que no.

—A ver, princesita. —Deja escapar una risa suave, de esas que vibran más que suenan, y me da un beso en la comisura de los labios—. Estás sentada sobre mí; creo que cualquier cosa que me propongas en esta posición me va a parecer de puta madre.

—Eres idiota —musito riéndome y él me dedica una sonrisa pícaro llena de intención.

—Venga, dime qué se te ha ocurrido ahora —contraataca incorporándose un poco y hablando a escasos milímetros de mi

boca. Noto cómo su mano me aparta el pelo del cuello y me besa en ese hueco que, aunque él no lo sabe, me vuelve loca.

—Hacer yoga —le informo apartándome un poco de él.

—¿Yoga? —replica con tono divertido, con la voz aún ronca por el sueño—. Lena..., eres consciente de que no he hecho yoga en mi vida, ¿no?

—Sí, me lo comentaste el otro día. Y, si la memoria no me falla, también me dijiste que te gustaría probarlo.

—Puede ser —admite, agarrándome por la cintura y acercándose aún más a su cuerpo—. Y, si lo dije, entonces me reafirmo.

—¿Eso es un sí?

—Claro, princesita. Solo te estaba avisando de que no tengo ni la más remota idea de yoga y de que probablemente vaya a ser un desastre bastante lamentable.

—Eso da igual —lo tranquilizo mientras me bajo de la cama.

—¿Y no podemos empezar a hacer alguna postura aquí para practicar? —pregunta con tono seductor agarrándome de la mano para que no me aleje de él.

—No hay tiempo, sinvergüenza. Además, tenemos un problemilla.

—¿Qué problema? Yo solo veo un problema aquí y es que ya no estás encima de mí.

—Que no tenemos esterillas.

—¿Importa? —Se sienta en el borde de la cama, frotándose los ojos con las palmas de las manos—. Seguro que en la arena es mejor.

—Pues también es verdad.

—¿Alguna vez has hecho yoga en la playa?

—Jamás —respondo, girándome un poco para mirarlo de frente—. Pero tampoco es que lo haya hecho en otros sitios. Bueno..., hace

unos años iba a clases. Luego dejé de ir y empecé a hacerlo en casa. Pero en la playa... no, nunca.

—Entonces los dos vamos a hacer algo juntos por primera vez.

Y, no sé por qué, esa frase me sacude un poco por dentro. Porque, de alguna forma, esto se siente diferente. Como una primera vez. Y no solo por el yoga.

Bajo los escalones del minibús, dejando que mis pies descalzos se hundan en la arena, y alzo la vista hacia el cielo. El amanecer empieza a desplegarse en silencio sobre el horizonte, tiñendo la playa con tonos cálidos que apenas rozan la superficie del mar. Oigo los pasos de Bruno detrás de mí, y sonrío antes de girarme.

Se pasea con el torso descubierto, porque Bruno no entiende de convenciones básicas como la ropa a primera hora de la mañana. Intento no mirarlo, pero mis ojos son traicioneros y, a estas alturas, mi autocontrol, una entelequia. Debería considerarse un delito ser tan atractivo.

—Pero ¿qué hora es? —masculla cuando llega a mi lado, observando la playa aún vacía.

—No lo sé, todavía no he cogido el móvil..., pero diría que son las seis y media. Como mucho, las siete.

—Lena, por favor... —Se vuelve hacia mí con cara de incredulidad—. Jamás me había despertado voluntariamente antes de las ocho... Ni siquiera por error.

—Tienes que estar bromeando.

—Me temo que no, princesita. —Me pasa un brazo por los hombros—. Bueno, tú dirás. Estoy listo para dejarme humillar.

—Vale... ¿Dónde quieres plantar el *dojo*?

—Te agradecería que hablásemos en el mismo idioma.

—Que dónde nos ponemos.

—Ah... Así sí. Tú eres la que manda. —Se encoge de hombros—. Dale, maestra, soy todo tuyo.

Lo miro de reojo, con una ceja levantada, y niego con la cabeza, porque este hombre tiene una habilidad indecente para hacerme sonreír como una idiota. Y lo peor no es que lo consiga..., es que cada vez me importa un poco menos disimularlo.

—Aquí mismo, entonces —digo separando los pies a la anchura de las caderas—. Tú... imítame.

—Intentaré hacerlo lo mejor posible, pero no prometo nada. —Se coloca junto a mí, con los pies mal alineados—. Cualquier parecido con el yoga será pura coincidencia.

Suelto una carcajada.

—Lo importante es respirar —le explico cuando recupero el aire—. Inhala por la nariz y exhala por la boca.

—Eso creo que puedo hacerlo —contesta con un deje de picardía—. Aunque teniéndote tan cerca...

—Concéntrate —lo corto mirando al frente mientras contengo una sonrisa—. Estira la columna... como si alguien tirara de un hilo invisible desde la coronilla.

—Ponerte mandona te hace más *sexy*, ¿lo sabías?

—Bruno, como sigas así, no vamos a hacer yoga en la vida. Hay que concentrarse.

—Vale, vale, jefa.

Él intenta replicar mi postura, aunque sus pies siguen peleándose como dos primos borrachos en una boda. Mis ojos se deslizan por su torso desnudo, con la excusa tan poco creíble de estar «evaluando la ejecución técnica». Porque, francamente, yo qué sé si lo está haciendo bien o mal. A estas alturas, la única certeza que tengo es que, si sigo mirándolo con tanta atención —y tan poco disimulo—, voy a necesitar asistencia médica urgente.

—¿Así?

Asiento, como si no me acabara de atragantar con mis propias hormonas, mientras intento reunir los fragmentos dispersos de mi compostura, que ha decidido abandonarme por completo y huir en dirección contraria al sentido común.

Bruno me sostiene la mirada y, por un segundo, me dan ganas de lanzarme de cabeza a lo que sea que está ocurriendo entre sus ojos y los míos. Pero inspiro hondo, porque se supone que esto iba de eso, ¿no? De respirar..., no de perder el juicio.

En mitad de una postura algo ambiciosa, Bruno pierde por completo la batalla contra la gravedad y cae de bruces contra la arena. De paso, me arrastra consigo como víctima colateral.

—¡Bruno, no...! —grito, justo antes de aterrizar a su lado.

—Es culpa tuya —farfulla entre jadeos—. Esos *leggings* me han desconcentrado.

—¡Seguro que te has caído por eso y no porque eres más rígido que un poste!

Me tapo la cara con las manos, sin poder parar de reír.

—Eso también, pero los *leggings* han sido el detonante.

Nos quedamos un momento en silencio, respirando entre carcajadas, con el cielo encendido sobre nuestras cabezas.

Bruno se incorpora sobre un codo y se inclina ligeramente hacia mí.

—No me importaría que todas las mañanas empezaran así.

Me giro hacia él, todavía sonriendo, con la respiración entrecortada y las mejillas encendidas, y descubro que me mira como si no hubiera nada más en el mundo.

—¿Tanto te ha gustado hacer yoga? —pregunto, alzando una ceja con fingida inocencia.

Entonces, Bruno se acerca y me roba un beso. Y juro que, en ese instante, el sol decide brillar un poco más fuerte.

—Sabes que no lo decía por el yoga —murmura contra mi boca, con la voz ronca—. Pero, vale..., eso también.

Antes de que pueda responder, mi estómago decide intervenir con un rugido que podría catalogarse como sismo de grado medio.

—Vaya, vaya... Yo sé de una que tiene ganas de desayunar.

—Culpable.

—Pues venga, vamos a preparar algo.

Nos sacudimos la arena como podemos y caminamos de vuelta hacia el minibús.

—Oye —suelto mientras empiezo a buscar el trípode—, hoy me toca subir un *reel*. He pensado que podría aprovechar mientras preparamos el desayuno; ¿te parece bien?

—Claro, sin problema... Voy a hacer café; ¿tú quieres?

—La duda ofende.

Mientras él saca la cafetera y empieza a llenar el depósito con agua, despliego el trípode y coloco el móvil. En cuanto empiezo a grabar, Bruno se aparta hacia un lado.

—No hace falta que te escondas; puedes salir si quieres.

—¿Estás segura?

—Claro que sí.

Preparamos unas tostadas con aguacate y, aunque la presentación no es la mejor, su sabor es increíble. Cuando el café está listo, Bruno lo sirve en dos tazas, y a la suya le añade dos cubitos de hielo.

—Ponle al mío también.

—¿Y eso?

—Me da curiosidad. —Me encojo de hombros—. Quiero saber qué le ves. A lo mejor me estoy perdiendo algo y no lo sé.

—Eso te lo aseguro. —Deja caer el hielo en mi taza y me la tiende—. Cuidado, ¿eh? Esto engancha. Luego no digas que no te lo advertí.

Doy el primer sorbo.

—No está mal.

—Lo sabía.

Detengo la grabación justo cuando él vuelve a decir algo que me hace reír tan fuerte que el móvil tiembla sobre el trípode que ahora sostengo en la mano.

Cuando terminamos de desayunar, recojo los platos y las tazas y los llevo al fregadero.

—Déjalo; ya friego yo —se ofrece Bruno, adelantándose antes de que pueda abrir el grifo.

—Bueno, si insistes... —Me dejo caer en el banco del comedor—. No seré yo quien te diga que no.

—Me ha costado convencerte, ¿eh?

Mientras él se encarga de eso, me dedico a editar el vídeo del desayuno. Etiqueto el taller de Pol, añado un par de *hashtags* absurdos y lo subo.

Aprovecho para meterme en el chat de Sofía para avisarla de que ya está publicado, pero, justo cuando empiezo a escribir, la pantalla vibra con una llamada entrante.

Mi madre.

«Genial».

Dudo un segundo, pero acabo cogiéndolo porque llevo demasiados días posponiéndolo.

—¡Hola, mamá! —saludo con una voz impostada, con el mejor entusiasmo fingido que puedo reunir, poniéndome automáticamente recta, como si ella pudiera verme—. ¿Cómo estás?

Ojalá pudiera colgar antes de que abriese la boca.

Miro de reojo a Bruno, que, antes de seguir fregando, me lanza una sonrisa de esas que te bajan las defensas.

—Hija, ¿se puede saber por qué estás recorriendo la costa mediterránea como si fueras una... una... una *hippie*? —pronuncia la última palabra como si la escupiera—. ¿Y por qué no has respondido mis llamadas?

«Ya empezamos».

—Mamá, te iba a llamar...

—¡Eso no es una respuesta, Lena! Me entero por terceros de que has decidido emprender un viaje de un mes, completamente sola y sin previo aviso, y para colmo no das señales de vida. ¿De verdad esperabas que pudiera quedarme tranquila ante semejante falta de consideración?

—Tienes razón; debería habértelo contado antes —respondo, esforzándome por mantener la voz firme pese al nudo que me aprieta la garganta—. De todas formas, no estoy sola.

—¿Y con quién estás? —pregunta, con esa entonación afilada que siempre anticipa que me va a juzgar—. ¿Con Sofía?

—No... Con Bruno, que es...

—¿Bruno? ¿Quién es Bruno?

—Es el que conduce el minibús y...

—¿Me estás diciendo que estás recorriendo media España con un completo desconocido?

—Bruno no es un desconocido, mamá.

—¿Lo conocías antes de este viaje?

—No, pero eso no significa...

—Entonces lo es —sentencia—. De verdad que no te reconozco. Porque es que no tiene ningún sentido lo que estás haciendo. ¿A qué estás jugando, hija?

Cierro los ojos, apretando los labios para no responder lo primero que se me pasa por la cabeza.

—Estoy intentando explicártelo, pero no me dejas hablar —le digo tratando de sonar razonable, aunque la sangre me hierva un poco—. No estoy jugando a nada, mamá. Estoy trabajando.

—¿Trabajando? —Su voz destila escepticismo—. ¿A esto lo llamas «trabajar»?

—Mamá... —respiro hondo—, ¿tú sabes lo que estoy cobrando por este viaje?

—Lo que estés cobrando es irrelevante si estás quemando tu reputación en el proceso. No tienes ni estabilidad, ni... ni decoro, francamente. Y, después de lo de Enzo, esto ya es el colmo. ¿Cómo piensas arreglarlo?

Me quedo helada.

—¿Arreglar... el qué? Fue él quien me dijo que, si aceptaba esta colaboración, me olvidara de nuestra relación.

—¿Y, aun así, decidiste marcharte?

—Sí, porque era lo que necesitaba hacer. —La frustración se ha colado en mi voz—. ¿Tan difícil es de entender?

—¿De verdad te parece razonable tirar por la borda una relación seria por una de tus... aventuras laborales?

—No es una aventura laboral. Repito: es mi trabajo. Si no puedes comprenderlo, al menos intenta respetarlo.

—Un hombre como Enzo no aparece todos los días, hija.

«Desde luego que no».

—¿Un hombre como Enzo? —planteo con una carcajada rota—. Mamá, Enzo es un egoísta. Y, aunque he tardado un tiempo en darme cuenta, ya no pienso seguir martirizándome por querer tomar mis propias decisiones.

—A veces una mujer tiene que conformarse y dejar de fantasear con cosas que no son reales.

—Pues yo no pienso conformarme.

—Hija, estás cometiendo un error.

—No tengo ni idea, pero ¿sabes qué? Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz. Y para mí es suficiente. Y ojalá para ti también.

—Hago una pausa y respiro hondo. La voz me tiembla un poco, pero intento contenerla—. No me has llamado para saber cómo estoy, sino para enumerar todo lo que crees que hago mal, como si, por no seguir tu manual de instrucciones, ya no mereciera tu respeto. — Estoy de pie, en medio del comedor del minibús, con el móvil apretado contra la oreja y el corazón bombeando fuerte, como si él también tuviera algo que decir—. Y perdona por hablarte así, mamá, pero no puedo seguir viviendo según las expectativas de los demás. Necesito vivir la vida que me gusta vivir a mí.

Trago saliva.

—Lo siento, hija..., pero no puedo entenderte.

—Ya... —murmuro, bajando la mirada al suelo de madera del vehículo, como si ahí pudiera encontrar una respuesta menos dolorosa—. Bueno..., tengo que dejarte. Adiós, mamá.

Cuelgo antes de que diga nada más, y una lágrima se desliza por mi mejilla.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, he dicho todo lo que necesitaba decir.



Bruno

Cuando Lena ha cogido el teléfono, lo último que me esperaba era presenciar una discusión. He seguido fregando, o más bien fingiendo que fregaba, porque toda mi atención estaba puesta en ella, en cómo se le quebraba la voz al final de cada frase.

Me jode verla así. Porque Lena ya no es una desconocida para mí.

No sé lo que decía su madre, pero no me ha hecho falta. Con lo que he oído, me ha bastado para entender todo el maldito panorama.

No soy ningún experto en redes sociales, ni falta que hace. Pero sé que esto que hace Lena es trabajo. Y además le gusta. ¿No es eso lo que todo el mundo anda buscando? Currar en algo que te haga levantarte con ganas. Pues ella lo ha conseguido.

Tampoco me esperaba lo de Enzo..., quien ni siquiera ha salido en nuestras conversaciones desde que..., bueno, desde que nos besamos. Supongo que es por eso. Pero, con lo que Lena me había

contado, yo ya sabía qué clase de tío era. Un gilipollas, de esos que se creen con derecho a ponerle condiciones al amor; de los que van de seguros, pero por dentro están llenos de miedo.

Y a lo mejor no soy el más indicado para decirlo, pero Lena vale mucho más que eso. Mucho más de lo que ella misma imagina a veces. Y me alegro de haber estado aquí para oírla decirlo en voz alta, aunque no haya sabido qué coño hacer con las manos más allá de dejar el estropajo y querer abrazarla.

Por eso, en cuanto cuelga, doy un paso hacia ella. No dice nada. Se queda ahí plantada, con el móvil colgando de la mano, como si el resto del cuerpo no supiera qué hacer ahora.

Y entonces una lágrima le resbala por la mejilla, como si fuera rabia, tristeza y decepción, todo mezclado en una sola gota. No lo pienso. Le tomo la cara entre las manos y, sin decir nada, beso el rastro que ha dejado esa lágrima. Justo ahí. Y Lena se rompe. Se lanza hacia mí sin decir palabra, como si necesitara aferrarse a algo que no se tambalee, y yo le devuelvo el abrazo sin dudar.

No sé cuánto rato pasamos así. Uno o dos minutos..., puede que más. Da igual. Me tiraría así el tiempo que hiciera falta. Pero tampoco pienso quedarme de brazos cruzados viéndola desmoronarse.

—Prepárate —la aviso cuando noto que su respiración empieza a calmarse—. Te voy a llevar a un sitio.

Y, entonces, Lena sonríe.

No mucho, pero, por ahora, me basta.



Al final hemos pillado el transporte público, ya que, aunque estamos a quince minutos conduciendo, me ha parecido mejor no jugármela con el tema del aparcamiento. No quería que acabáramos dando vueltas como idiotas, así que he preferido no liarla. Media hora después, con el culo medio dormido por el asiento del bus, nos bajamos.

—¿Dónde estamos? —pregunta Lena, mirando a todos lados lo que la rodea.

—Alboraya —respondo, con las manos en los bolsillos—. Dicen que es la Venecia de España, aunque tampoco hay que fliparse. He venido alguna vez... y he pensado que igual te molaría.

Lena asiente mientras echamos a andar por una callejuela que da a un pequeño canal.

Noto cómo se esfuerza por estar bien..., pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—Gracias por traerme —dice al cabo de un rato.

—No me las des —respondo, mirándola de reojo—. Solo quería que respiraras un poco.

Y, mientras avanzamos entre canales y casitas con fachadas de colores, pienso que ojalá esto la ayude a soltar un poco el peso que le ha dejado esa llamada.

Me rasco la nuca, buscando las palabras. Yo no soy de soltar discursos, pero esto... esto lo tengo que decir.

—Has hecho bien —pronuncio de golpe, sin dejar de caminar—. En decirle todo eso a tu madre.

—Creo que solo he empeorado las cosas. —Baja la mirada, jugueteando con la pulsera que lleva en la muñeca, y respira hondo.

—¿Y? —Me paro un momento—. A veces hay que liarla un poco para que mejoren. Decir lo que piensas no es un error, princesita, aunque a los demás les reviente.

—Ya... Ha sido..., no sé, raro. Liberador, sí. Soltarlo todo, quiero decir. Es como si todo este tiempo hubiera estado conteniéndome, pero, ahora que lo he soltado, ella... ella no ha entendido nada. Ni siquiera lo ha intentado. Me ha dolido más eso que todo lo demás.

—Los padres la cagan también, ¿sabes? Como cualquiera. Que sean tus viejos no significa que siempre tengan razón, ni que tú tengas que tragar con todo por no decepcionarlos.

—Sí, pero es mi madre, Bruno. —Se encoge de hombros con una mueca torcida—. Me ha dicho que estaba equivocada, que me iba a arrepentir, que Enzo...

—Enzo es un gilipollas —la corto sin pensar, mirando al canal que corre al lado. Me da igual sonar bruto. Se lo he dicho antes y lo repito—. Lo es desde el momento en que te dijo que dejaras lo que te apasiona, y tu madre está equivocada si cree que eso es amor.

—Lo sé —afirma, y esta vez su voz suena un poco más firme—. Antes no lo veía; ¿te lo puedes creer? Pensaba que estaba siendo dura con él, que era yo la que pedía demasiado..., pero ahora... ahora lo tengo claro.

—Dale tiempo a tu madre. Igual necesita asimilarlo. Y, si no cambia de idea, pues... es su problema. No el tuyo.

Lena asiente despacio, como si se estuviera convenciendo de que todo va a ir bien.

—Gracias por escucharme.

Sonríó, ladeando un poco la cabeza.

—Tienes una voz muy bonita. —Le doy un leve codazo en el brazo—. ¿Cómo no voy a hacerlo?

Lena aparta la mirada y gira un poco la cara, pero no lo bastante como para impedirme ver cómo se le encienden las mejillas. También se muerde el labio inferior, como si intentara no sonreír más de la cuenta. Pero ya es tarde y la he pillado, porque yo la estoy

mirando. Y no lo disimulo, qué coño. Es que no puedo. Porque Lena... Lena tiene algo. No sé explicarlo bien, pero cada día me parece más jodidamente guapa.

—Nunca me has hablado de tus padres —comenta ella de pronto.

Me coge desprevenido. No porque me duela hablar de eso —pues hace tiempo que dejó de escocer—, sino porque simplemente... no suelo hacerlo.

—Ya... No es un tema con el que me sienta muy cómodo.

Ella no insiste. Solo espera. Y eso me hace querer hablar. Porque Lena se ha abierto conmigo y lo mínimo es que yo haga lo mismo, aunque me cueste.

—Mis padres..., bueno, no sé si alguna vez se quisieron de verdad. Si lo hicieron, yo no lo vi —empiezo a contar, con la vista fija en el canal—. En casa se discutía mucho. Por todo. Por nada.

La voz me sale más baja de lo normal, con ese tono que uno usa cuando desempolva cosas que no esperaba volver a tocar. Lena camina despacio, atenta a cada palabra.

—Yo era un crío y no entendía una mierda. Solo sabía que no quería estar en casa. Todo el rato con la tensión en el pecho. Sin saber cuándo iba a explotar otra vez. Intentaba pasar fuera el mayor tiempo posible, así que me iba con algún colega o con mi tío Pol.

Lena no dice nada, pero noto cómo se acerca un poco. Y, joder, lo agradezco más de lo que estoy dispuesto a admitir.

—Una vez mi madre pilló a mi viejo con otra mujer. Yo tenía, no sé, doce años. Pensé que por fin iban a separarse, que ya tocaba. Ya sé que suena raro, que lo normal sería que un niño quisiera que sus padres siguieran juntos..., pero yo no. Para mí, la idea representaba un alivio. Era como... «vale, se acabó el infierno en el que estaba».

—¿Y se separaron?

Niego con la cabeza, soltando una risa sin humor.

—Qué va. Siguieron juntos y aguantaron un par de años más, hasta que ya no quedó nada que romper. Supongo que lo hicieron por mí, por eso de no cargarse la familia y todo ese rollo, cuando en realidad yo pensaba que, cuanto antes, mejor. Qué ironía, ¿no? Era una mierda —añado, bajando un poco la voz—. Estaban tan ocupados odiándose que ni se daban cuenta de que yo no estaba bien. —Hago una pausa y esbozo una sonrisa—. Menos mal que estaba Pol —continúo, con un tono más cálido—. Me enseñó a reírme de todo, hasta de lo jodido. Fue mi padre. Fue mi madre. Todo a la vez. No sé dónde estaría ahora si no fuera por él.

—Gracias por compartir esto conmigo, es una forma de conocer al verdadero Bruno, por así decirlo... —susurra ella.

No respondo enseguida. Solo camino en silencio, dejando que el eco de su voz me acompañe. Y entonces, sin esperarlo, Lena entrelaza sus dedos con los míos. No dice nada. Solo lo hace. Y yo... yo no la suelto. La mantengo encajada en mi mano, como si llevara haciéndolo toda la vida.

—Hostia. —Me paro en seco, frente a un local que casi pasamos de largo.

—¿Qué?

—¿Te gusta la horchata? —pregunto girándome hacia ella.

—Nunca he...

—¿Te estás quedando conmigo?

—En absoluto. Es que...

—Cuidado con lo que dices; ya sabes lo que se dice aquí...

—¿Qué se dice?

—No te fíes de nadie que no moje el fartón.

Ella suelta una risa suave, de esas que te provocan ganas de volver a contarle cualquier chorrada solo para oírsela otra vez.

—Eso te lo has inventado.

—¿Yo? Jamás. —Le abro la puerta con una mano, haciendo una pequeña reverencia absurda, mientras la otra sigue enlazada con la suya—. Está de puta madre; ya lo verás.

—¿Y si no me gusta?

—Bueno..., algún defecto tendrás que tener, ¿no?



Lena

Anochece cuando cogemos el último autobús. El conductor ni siquiera nos dedica una mirada, como si a estas alturas del día nosotros fuéramos un par de sombras que se cuelan al fondo de su jornada.

El autobús está casi vacío. Apenas hay tres pasajeros más. Nos sentamos en la parte de atrás, como adolescentes. Porque, al parecer, eso es lo que somos ahora... o al menos así me siento. Y, sinceramente, me encanta.

Entonces Bruno saca unos auriculares de cable.

De.

Cable.

—No te creo, Bruno —digo soltando una carcajada que intento ahogar tapándome la boca con la mano—. ¿Es que intentas revivir los grandes éxitos del Paleolítico?

—No te pases —replica con una sonrisa torcida, sujetándolos como si fueran reliquias sagradas—. Te parecerán cutres, pero suenan mejor que los AirPods esos.

Me río. De esa manera en la que se me escapa el aire por la nariz y tengo que morderme el labio para no acabar con lágrimas en los ojos.

Bruno desenreda el cable con delicadeza, paciencia y una leve maldición mascullada. Hay algo absolutamente entrañable en su gesto, como si esos auriculares fueran una extensión de su personalidad: auténtica, caótica y totalmente desincronizada con el mundo moderno.

—¿Preparada? —pregunta al fin, tendiéndome uno de los auriculares. Y yo, con la sonrisa aún bailándome en los labios, asiento y lo cojo.

—Para viajar en el tiempo, siempre.

—Muy graciosa.

Nos los colocamos. Uno para él. Uno para mí.

Bruno conecta los auriculares con un «clic» que suena más nostálgico de lo que debería. Luego le da al *play* —en aleatorio, cómo no— y suena «Tu jardín con enanitos», de Melendi. Y, antes de que pueda meditarlo o racionalizarlo, le robo un beso. Después me acomodo en el asiento, apoyo la frente contra la ventana y me sorprendo tarareándola en voz baja.

Y coincido con Melendi cuando le pide a la luna que alargue esta noche. Porque, sin que nadie me vea —ni siquiera él—, yo también se lo pido.

A la luna, al universo, a quien quiera que esté de guardia esta noche.



Cuando el autobús llega a nuestra parada, nos quitamos los auriculares. Antes de bajar —por pura cortesía, que una tiene sus modales incluso en el transporte público nocturno—, alzo la mano en dirección al conductor. Pero él ni se inmuta.

—Simpático, el señor —murmuro mientras bajo el último escalón, con la dignidad justa de quien ha sido olímpicamente ignorada por un hombre de cuarenta años con chaleco reflectante.

Bruno suelta una carcajada, de esas que se le escapan sin querer, por encima del rugido del motor arrancando de nuevo.

Caminamos en dirección al minibús. Él va por delante, con sus zapatillas deportivas rojas gastadas y ese andar despreocupado de quien parece no tener prisa por llegar a ningún sitio. Y entonces, justo cuando va a abrir la puerta, me quedo clavada en la entrada, como si una fuerza invisible me sujetara por los tobillos, mirando la luna que se refleja sobre el mar como si hubiera bajado solo para nosotros.

—Nunca me he bañado en la playa de noche —confieso sin pensarlo, solo porque la frase me sube por la garganta.

Bruno parpadea, visiblemente sorprendido.

—¿En serio? —Frunce el ceño con una expresión tan desconcertada que casi parece un dibujo animado que se ha equivocado de viñeta—. Bueno, en realidad, tiene sentido.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te da miedo el mar, ¿no?

—Sí —respondo encogiéndome de hombros—. Pero, no sé..., ya no tanto.

—¿Y eso?

Hago una pausa. Porque la respuesta me arde un poco en la lengua.

—Supongo que... —trago saliva, como si me costara darle forma al pensamiento— me he enamorado del mar. Un poco.

Él sonríe. De esa manera suya, canalla y dulce a la vez. Y, sin decir nada más, se quita la camiseta por la cabeza de un tirón.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, con una mezcla de escándalo y fascinación.

—¿Tú qué crees? —responde mientras empieza a desabrocharse los pantalones.

—¿Te vas a meter...?

—¿Tú no?

—Estás loco.

—Puede ser. —Me lanza una mirada fugaz, como si ya supiera que no voy a poder resistirme—. Venga, quítate algo, princesita.

Nos miramos un segundo. Dos. Y luego me empiezo a quitar la ropa.

—Esto es una mala idea —murmuro mientras dejo caer las prendas con cuidado, como si fuera lo único que me conecta con el sentido común.

Me quedo en ropa interior y echo a correr. Porque Bruno ya va por delante, zambulléndose en el agua como si llevara toda la vida esperándome ahí.

La arena se hunde bajo mis pies con ese tipo de determinación que solo tienen las decisiones imprudentes. Y lo es, una imprudencia en toda regla. Pero mis pies siguen avanzando con la obstinación de quien ya no quiere volver atrás.

Estoy tiritando incluso antes de que el agua me roce, y aun así sigo avanzando como si una parte de mí —esa que no se rige por la lógica, ni por el miedo, ni por la temperatura ambiente— supiera que esto es exactamente lo que tenía que estar haciendo esta noche.

—¡Joder, Bruno! —grito cuando el mar me recibe con un abrazo gélido que me corta la respiración—. ¡Está congelada!

Y entonces, sin previo aviso, me rodea por la cintura y me alza en el aire.

—¡Suéltame! —protesto entre carcajadas que se me escapan a trompicones—. ¡Bruno, ni se te ocurra! ¡No, no, no...!

Pero ya es tarde. El mar nos engulle de golpe. Y durante un instante —apenas un segundo— todo se disuelve en el silencio de las profundidades.

Estoy sumergida, con los ojos cerrados y el corazón bombeando adrenalina en vena y galopando dentro del pecho como si quisiera escapar por la garganta. Y, sin embargo, no hay miedo. No ahora. El frío empieza a ceder, como si el mar, ese mar que durante años me impuso distancia y respeto, estuviera dispuesto a perdonarme la osadía de haberlo desafiado. Como si, por una vez, me acogiera sin condiciones.

Y yo... yo me abandono por completo a la sensación. Porque a veces —solo a veces— hay que dejar de pensar, cerrar los ojos y sumergirse.

Salimos a la superficie y, en cuanto el aire llena mis pulmones, una risa me estalla en el pecho.

Y entonces, justo ahí, con el agua cubriéndonos hasta la cintura, la luna reflejada en su espalda y el corazón latiéndome en las orejas, me doy cuenta de que no tengo miedo.

Ni del mar.

Ni de nada.

Ni de nadie.
Ni siquiera de mí.



Al salir del agua, el aire nocturno me acaricia con una rudeza inesperada. Echo a correr por la arena, riéndome entre dientes, con la piel erizada y el pulso todavía acelerado. Llego hasta donde hemos dejado la ropa y me agacho deprisa, enredando los dedos en el top y los vaqueros, deseando envolverme en algo seco.

Mi móvil se desliza y cae sobre la arena. Me apresuro a recogerlo. Sacudo los granos y la pantalla se ilumina al tacto.

Y entonces lo veo.

Un *like*.

De Enzo.

De pronto, siento cómo algo se me enreda en el pecho, una mezcla tan confusa de emociones que ni sé por dónde empezar. No sabría decir si es rabia o esa nostalgia incómoda que se instala cuando alguien juega a reaparecer justo cuando tú empezabas a dejar de mirar la puerta. Después de haber ignorado todos mis mensajes..., ¿le da *like* a un *reel* en el que aparece Bruno?

—¿Todo bien? —pregunta este a mi espalda, justo mientras se agacha a recoger su ropa del suelo.

Pulso el botón lateral del móvil, dejando que la pantalla se apague.

—Sí, todo perfecto. —Me aclaro la voz—. ¿Hacemos la cena?

Y, aunque un nudo me aprieta la garganta por no contarle lo que acaba de pasar, prefiero quedarme en nuestro pequeño universo,

ese en el que estaba hace unos segundos y en el que solo teníamos cabida él y yo.



Lena

23 DE JULIO

Estamos en un chiringuito de la playa del Saler, con sombrillas de paja, sillas de plástico y una banda sonora que se mueve sin pudor entre el reguetón más reciente y algún *hit* olvidado de los 2000.

Bruno está sentado a mi lado, con los pies descalzos enterrados en la arena como si pretendiera echar raíces aquí mismo. Enfrente, Lucas devora unas patatas bravas como si no hubiera comido en semanas, Mateo gesticula con un entusiasmo desmedido cada vez que se siente incomprendido —es decir, constantemente— y Carlota ha adoptado la costumbre de reírse en estéreo: con la boca, con los ojos y con las manos golpeando la mesa.

Me sorprende —de una manera casi íntima— lo cómoda que me siento con ellos, como si, en lugar de haberlos conocido hace apenas unos días, lleváramos años compartiendo veranos y sobremesas.

—Vale, pregunta seria —dice Carlota, con las gafas de sol enredadas en el pelo—: si solo pudierais ver una película de vuestra infancia el resto de vuestra vida..., ¿cuál sería?

La conversación, que ya iba serpenteando entre anécdotas absurdas de cuando éramos críos, hace una pausa para dar paso a la pregunta que acaba de hacer Carlota.

—¡No puedes hacer esa pregunta sin tener ya la tuya pensada! —protesta Lucas con la boca abierta, dándole una patada suave bajo la mesa.

—Obvio que la tengo, pero primero quiero oír las vuestras. —Ella sonríe—. A ver, Lucas, ilumínanos. Y, si no es mucho pedir..., no hables con la boca llena, por favor.

El susodicho, en lugar de obedecer, la mira directamente y comienza a masticar de forma grotescamente exagerada, con la boca abierta y sonidos propios de alguien que ha olvidado toda norma básica de convivencia.

—Joder... ¡Qué asco, tío! —se espanta Carlota, riéndose mientras se echa hacia atrás—. Eres un puto guarro.

—No me seas tan tiquismiquis, anda —contesta Lucas, aún masticando con teatralidad—. Pero, venga, si tengo que elegir..., *Jumanji*. De cabeza. ¿Puede haber algo más traumático que un juego de mesa que te traga vivo?

—Sí, *Bambi* —responde Mateo desde su esquina. La risa brota de manera espontánea, como un pequeño estallido colectivo de complicidad. Hay algo hilarante en imaginar a Mateo, con sus camisetas de *Star Wars* y su manía de explicarlo todo, llorando desconsoladamente frente a un ciervo animado—. Yo voy a quedar fatal, pero... *Monster House*. Esa película me destrozó la infancia..., aunque en el mejor de los sentidos.

—Eso explica muchas cosas —musita Bruno, esbozando una sonrisa.

—¿Y tú? —pregunta Carlota girándose hacia él—. Vamos, sorpréndenos.

Justo entonces, con la naturalidad de quien ya ha estado ahí —porque ha estado, aunque nadie lo sepa—, Bruno deja caer la mano sobre mi rodilla. Y yo, que disimulo fatal, finjo una concentración excesiva en una croqueta. Todo con tal de no reaccionar como una adolescente con mariposas en el estómago a punto de levitar por una caricia.

Porque, cuando esta mañana hemos acordado vernos con sus amigos, una parte de mí no ha podido evitar preguntarse cómo actuaría Bruno con ellos delante.

Si se distanciaría.

Si mediría sus gestos.

Si ese «nosotros» que se ha ido insinuando entre líneas se diluiría en cuanto cambiara el contexto.

Pero no.

Bruno sigue siendo Bruno. Y eso —que podría parecer lo mínimo exigible— me gusta más de lo que me atrevo a reconocer en voz alta.

—*Big Fish*.

—¡Venga ya! —se queja Lucas, poniendo los ojos en blanco—. Qué peñazo de película.

Bruno se echa a reír y niega con la cabeza, como si ya hubiera tenido esta conversación mil veces.

—No, perdona —interviene Carlota, llevándose las manos al pecho—: *Big Fish* es una maravilla. Yo tuve en Tuenti la frase esa del pez... dos años, fácilmente. ¿Cómo era?

—«Un pez que crece en una pecera nunca alcanzará su verdadero tamaño» —recita Bruno, sin perder la sonrisa.

—¡Eso! —Carlota da una palmada contra la mesa.

—Pero, vamos a ver..., ¿quién, con diez años, considera que su película favorita es *Big Fish*? —insiste Lucas.

La carcajada irrumpe de forma unánime.

Mateo, todavía riéndose por lo bajo, pide otra ronda de patatas antes de que cierren la cocina.

—¿Y tú, Lena? —pregunta Carlota girándose hacia mí—. No te salvas... Te toca mojarte.

—Pues... no es una película —adviento, alzando ligeramente las manos—: yo era más de la serie *Patito feo*.

—¡Dios mío, *Patito feo*! —Carlota se incorpora de golpe—. Tía, me acabas de desbloquear un recuerdo que tenía enterradísimo.

—Es que era la mejor época —afirmo entre risas, dejándome arrastrar por la nostalgia—. La cúspide emocional de nuestra generación.

—Literal... Yo llegaba del colegio y lo primero que hacía era lanzar la mochila y poner Disney Channel.

—Tal cual, yo ni me molestaba en quitarme el uniforme.

—Bueno, yo no llevaba uniforme, pero, vaya..., que sí, que una tenía sus prioridades. Y ver cómo una chica con gafas conquistaba el mundo era una de ellas.

Nos estamos riendo tanto que tenemos que hacer una pausa para recuperar el aliento.

Y, por un instante, volvemos a tener diez años. Y entonces recuerdo a aquella Lena con una mochila de Roxy, los calcetines hasta las rodillas y una carpeta de Hannah Montana.

—No tengo ni idea de a qué os referís —Lucas nos observa con expresión de absoluto desconcierto—, pero tampoco quiero saberlo.

—«Nadie pasa de esta esquina...» —empieza Carlota, canturreando con voz burlona.

—«Aquí mandan las divinas...» —continúo, antes de que estalle una carcajada general.

La conversación continúa, ramificándose entre recuerdos vagos, canciones olvidadas y teorías absurdas sobre tramas que nunca entendimos del todo.

Y yo, mientras los escucho, me doy cuenta de que estoy bien. No solo eso: estoy feliz. De esa felicidad silenciosa, de la que no necesita alzar la voz ni hacer aspavientos, pero que se instala en la piel como un tatuaje invisible.

Y entonces pienso que ojalá pudiera guardar esta tarde en un frasco, para abrirlo cuando la vida vuelva a apretar.



Salgo del agua con Carlota pisándome los talones y el sol de las seis de la tarde acariciando la piel como si quisiera disculparse por haber pegado tan fuerte todo el día.

Revoloteo entre las toallas hasta dar con la mía y me dejo caer sobre ella.

Alzo la mirada.

A unos metros de la orilla, Bruno, Mateo y Lucas juegan con una pelota de plástico que, por el sonido hueco que hace al golpear el agua, ha vivido mejores veranos. Cada vez que alguien falla —lo que ocurre con una frecuencia preocupante— se desata una tormenta de salpicones, chapuzones, insultos cariñosos y carcajadas broncas.

Pero yo solo lo veo a él.

Con esa sonrisa suya que le nace sin esfuerzo y le llega hasta los ojos, haciéndole pequeñas arrugas en las comisuras, de esas que solo tienen quienes se ríen mucho... o muy bien.

El agua le resbala por el pecho con una lentitud provocadora, dejando un reguero de gotas que se aferran a su piel con descaro, perdiéndose más abajo con una calma casi ofensiva.

Entonces nuestros ojos se encuentran y, por un momento que parece suspendido en el tiempo, todo lo demás —las risas, las voces, el rumor del mar— se desvanece, como si por un instante solo existiéramos él y yo.

Él, con el agua hasta la cintura y el sol encendiéndole la piel como si fuera parte del paisaje.

Yo, con el pelo goteando sobre los hombros y esa absurda —pero inequívoca— sensación de que acabamos de decirnos algo sin abrir la boca.

Me sostiene la mirada con la seguridad de quien ya sabe el efecto que provoca... y no siente la menor urgencia por fingir lo contrario.

—Tía —dice Carlota, devolviéndome de golpe a la tierra—, estás muchísimo más morena que la última vez que te vi.

—Ah, ¿sí? —rebusco en la bolsa sin mucha precisión hasta dar con el bote de crema solar—. La verdad es que nunca había pasado tanto tiempo en la playa.

A mi lado, Carlota abre la cremallera de su riñonera de colores chillones y extrae un cigarrillo que se lleva a los labios como si se hubiese pasado todo el día esperándolo.

—¿Te molesta el humo? —pregunta tras encenderlo, girando apenas el rostro hacia mí.

—No, tranquila —respondo con una sonrisa mientras extendiendo la crema por los hombros todavía húmedos del mar—. No me molesta.

Durante unos segundos, solo nos acompaña el sonido del mar rompiendo suavemente contra la orilla.

—Y, bueno..., ¿qué tal con Bruno?

La pregunta me toma tan por sorpresa que me quedo paralizada, con las manos aún a medio camino entre el pecho y el cuello. Tardo un segundo en procesarla y otro en decidir qué responder. No porque no quiera —o no confíe en ella—, sino porque, hasta ahora, no le he contado nada a nadie. Pero Carlota no me da tregua.

—Ay, venga —añade mientras apoya un codo en la toalla con el pitillo entre los dedos—. Es evidente que hay algo.

Me echo a reír, bajando la mirada al bote de crema, que ahora gotea ligeramente por un lateral. Lo cierro despacio, aunque en realidad estoy buscando una excusa para no enfrentarme a lo obvio.

—Nos besamos —confieso al fin, alzando la mirada hacia Carlota, con los labios apretados y una sonrisa que no consigo disimular del todo.

Ella se incorpora de golpe, con los ojos abiertos como platos y una carcajada contenida que le explota en el pecho.

—¡Lo sabía! ¡Tía, lo sabía! —Agita una mano en el aire como si necesitara disipar el exceso de emoción—. Cuéntamelo todo. De principio a fin.

Su entusiasmo me arranca una carcajada, esta vez más tímida, más incrédula. Apoyo la barbilla sobre las rodillas, abrazándome las piernas, intentando contener ese cosquilleo que me trepa por la espalda cada vez que pienso en Bruno.

Me humedezco los labios y juego con una hebra suelta de mi toalla, intentando ordenar en mi cabeza los fragmentos de una historia que todavía no sé muy bien cómo contar.

—No sé... —Trago saliva, sintiendo que la verdad se me queda atascada justo antes de salir—. No sé ni por dónde empezar.

—Ey... —Carlota suelta el humo de una calada—. No se lo voy a contar a nadie, ¿vale? Esto se queda entre nosotras.

Yo asiento poco a poco, con un leve movimiento de cabeza, y noto cómo los hombros se me aflojan.

—Lo último que esperaba de este viaje era... empezar a sentir algo por alguien —digo con la voz más baja de lo que pretendía—. Pero ocurrió. Como un salto al vacío que ni siquiera supe que había dado hasta que ya estaba cayendo. Y, para entonces..., ya daba igual.

Carlota arquea las cejas.

—Entonces, ¿Bruno te mola... en plan de verdad?

Me doy cuenta, justo en este instante, de lo que acabo de admitir en voz alta.

—Es que... —intento explicarme, buscando sentido entre este caos de emociones, aunque todo lo que siento se me agolpa en la boca sin orden—. No lo sé... No me había parado a pensarlo. Solo sé que me gusta. Mucho. Y que, cuando estoy con él..., todo se vuelve más intenso, como si de repente las cosas tuvieran más color. Y cuando me mira... —hago una pausa, porque la emoción me aprieta la garganta— es como si me olvidara hasta de respirar.

Me quedo en silencio, mirando un punto indefinido en mis manos, donde aún quedan restos de crema.

—Qué fuerte, tía. —Carlota se lleva las manos a la cara como si estuviera presenciando el clímax de una comedia romántica. Da una pequeña patada al aire y emite un chillido ahogado, como si el entusiasmo no le cupiera en el pecho—. Estoy *living* con esta historia.

Me echo a reír, sintiendo cómo el rubor me sube por el estómago y se instala en mis mejillas, como si el simple hecho de verbalizar mis sentimientos lo volviera todo aún más real.

—No sé cómo va a acabar esto. —Dejo caer la cabeza hacia atrás para mirar el cielo—. Y..., la verdad..., tampoco sé si quiero pensar en ello ahora.

—Pues no lo pienses, tía —suelta Carlota, como si fuera la cosa más obvia de la historia—. Yo estoy en un punto de mi vida en el que, si me apetece hacer algo, lo hago. Así de fácil. Y, si sale mal..., pues tendré una anécdota nueva. Eso que me llevo. Pero paso de rayarme por tonterías, te lo digo.

—Ya... Yo es que siempre he sido de organizarlo todo, ¿sabes? De tener claro cada paso antes de darlo. Pero con Bruno... es diferente. Es como si, por primera vez, no necesitara saber cómo va a acabar algo; como si pudiera quedarme aquí, en el ahora. Vivirlo mientras esté pasando. No pensar en lo que viene después. Eso me lo ha enseñado él. Y, contra todo pronóstico, me gusta esa sensación.

Carlota me observa en silencio unos segundos. Luego asiente, dándole otra calada a su cigarrillo, y suelta el humo despacio.

—Dejarse llevar siempre es más divertido. Y tú... Joder, Lena —se inclina un poco hacia mí—, te brillan los ojos cuando hablas de él. Eso no se controla. Eso se vive. Y sin el freno puesto.

Sonrío. Porque tiene razón.

Miro hacia el mar justo en el momento en el que Bruno emerge entre risas, con el cuerpo cortando la superficie del agua como si le perteneciera más a ella que a tierra firme. Se sacude el pelo con un gesto distraído y luego se lo aparta de la cara con la mano.

Entonces sus ojos se topan con los míos.

Y yo vuelvo a olvidarme de respirar.



Bruno

No he podido dejar de mirarla en toda la noche.

Lena tiene las mejillas encendidas de tanto reír y los ojos le brillan por el entusiasmo. Es como si no existiera nada más importante que lo que está viviendo en ese instante. No está pensando en nada. Y eso, joder..., eso es lo que la hace estar más guapa todavía. Guapa hasta decir basta. Porque, cuando se olvida de quién se supone que tiene que ser, el mundo parece tener más luz.

Y mira que las lámparas que han traído los chicos apenas alumbran una mierda —lo justo para que el juego de cartas del UNO sea mínimamente visible—, pero con eso ya nos vale.

Estamos sentados en círculo, sobre las toallas, con las piernas cruzadas y las cartas desparramadas en el centro.

Lena, para mi sorpresa, juega genial y gana todas las partidas. Es rápida, está atenta y, encima, se lo toma todo con mucho sentido

del humor, a pesar de tener una vena competitiva que me pone cachondo. Me encanta esta chica.

Carlota se ha encendido un cigarrillo, Lucas no para de inventarse reglas nuevas sobre el orden de las cartas —porque dice que en su casa se juega así y todo lo demás es fascismo lúdico— y Mateo... Mateo está al borde de la indignación más absoluta.

—¡No puedes tirar un cuatro verde encima de un +2 amarillo, por el amor de Dios! —chilla el susodicho, casi echando espuma por la boca.

—Hombre, claro que puedo. —Lucas se encoge de hombros—. Es una táctica avanzada. No todos tenemos tu mentalidad simplona de primero de parvulitos, Mateo.

—¡Lo que tienes es un morro que te lo pisas!

—A ver, calmaos —interviene Carlota, soltando el humo de una calada como si fuera la mediadora de Naciones Unidas—. Es un juego.

—¡Pero es que siempre se inventa las reglas según le viene en gana! —replica él.

—¿Tú lo has visto escrito en algún lado? —pregunta Lucas, con una ceja alzada—. Porque yo me he leído la letra pequeña de las instrucciones.

—¡Que no puedes hacer eso, Lucas! —grita Mateo, rojo de indignación.

—Mateo, por favor..., no te pongas así. —Carlota levanta las manos—. Lucas no tiene la culpa de ser tan... creativo.

—Sois unos pesados —sentencia Lena, riéndose tanto que se le cae una carta—. ¡El UNO no debería romper amistades!

—Pues nada, perfecto... Dejemos que Lucas juegue como le dé la puta gana.

—Gracias por tu comprensión —dice este con una reverencia ridícula, tirando una carta con dramatismo.

Yo los observo desde un lateral, sujetando mis cartas —cuatro, por cierto— y tratando de no atragantarme con la carcajada que me provoca ver cómo Mateo se toma esto como si le fuera la vida en ello.

—Va, no podemos dejar que Lena gane otra vez —bromeo, dándole un pequeño codazo.

—No empieces tú también —responde ella, con una sonrisa tan dulce que me derrite por dentro.

Está justo a mi lado, con las piernas cruzadas y una coleta alta que se le ha ido aflojando conforme ha avanzado la noche.

Me asomo un poco, ladeando la cabeza como si tuviera una contractura, y echo un vistazo rápido a sus cartas.

—¡Bruno! —Lena se pega las cartas al pecho—. ¡No seas tramposo!

—No estaba mirando tus cartas... si es lo que estás insinuando —contesto con una sonrisa inocente mientras me acerco un poco más.

—¡Eres un sinvergüenza!

—Pues puede ser.

Ella niega con la cabeza, intentando ponerse seria, pero la sonrisa la traiciona. Y yo... yo no me aguanto más.

Deslizo la mano por la nuca, sintiendo cómo se le eriza la piel bajo mis dedos, y la atraigo hacia mí con suavidad.

Busco sus labios y, cuando apenas los rozo con los míos, noto cómo se rinde en el gesto.

Entonces dejo de pensar.

Mi lengua se cuela en su boca y ella me responde con la misma urgencia.

Lena gime bajito contra mi boca. Es apenas audible, pero en mi cuerpo genera una reacción, ya que mi polla ha dado un salto dentro de mis pantalones. Me aprieta del cuello, como si necesitara más, como si tampoco le bastara.

Nuestras lenguas se persiguen, se enredan y se empujan con una necesidad tan en carne viva que me hace olvidar dónde estamos. Solo sé que su lengua está tocando la mía, explorándome, saboreándome. Profundizo el beso, y me pierdo. Mi lengua baila con la suya, sin descanso. Me muerde ligeramente el labio inferior antes de volver a fundir sus labios con los míos.

Cada movimiento suyo me enciende un poco más. El pulso se me desboca. Lo siento en las sienes, en el pecho, en las yemas de los dedos que ahora le recorren la espalda, apretándola contra mí.

Porque el mundo puede estar derrumbándose que, si ella me besa así, me da igual.

—¡Eh, por favor! —grita Lucas desde el otro lado del círculo—. ¡No comáis delante de los pobres!

Nos separamos riéndonos, todavía con la respiración entrecortada.

—¡Lucas, cállate un mes! —le suelta Carlota, dándole una colleja en la nuca sin ningún tipo de piedad—. Tú lo que tienes es envidia.

—¿Y qué si la tengo? —contrataca él, gesticulando con las manos—. Pues claro que la tengo. ¡Yo también quiero que alguien me meta la lengua hasta la campanilla en mitad de una puta partida del UNO! ¿Es mucho pedir?

—Es muchísimo pedir —interviene Mateo mientras roba tres cartas—. Con lo guarro que juegas, nadie va a quererte nunca.

—No te hagas el difícil, Mateo... —dice Lucas arrastrándose hasta él a gatas—. Dame un morreo, anda..., que sé que lo estás deseando, que a ti te va la marcha. No luches contra esto. Déjate amar, papito...

—¡Ni se te ocurra! —Mateo intenta esquivarlo, sujetando sus cartas como si fueran un escudo, hasta que explota en una carcajada.

Volvemos a centrarnos en el juego —o al menos lo intentamos— y, cuando Lena gana, otra vez, Mateo se lleva las manos a la cabeza.

—¿Por qué me tienes que estar jodiendo? —proclama, revolcándose en la arena —. ¡Solo me quedaba una maldita carta! ¡UNA!

—Bueno, una no es ninguna... Además, no habías avisado diciendo «¡UNO!» al quedarte con esa única carta, así que... chúpate tres —le responde Lucas, palmeándole el hombro.

—Pero ¿qué coño voy a chuparme tres? ¡Te estás inventando todo el juego! A la mierda, paso, ya no juego más —exclama Mateo levantándose del círculo.

Lena se echa a reír de nuevo y yo no puedo evitar volver a mirarla. Porque hay cosas que uno nunca se cansa de mirar. Y ella es una de esas.

Entonces, Carlota se levanta de golpe y, sin decir ni una sola palabra, empieza a despelotarse.

—¿Qué... qué estás haciendo? —murmura Lena, girándose hacia mí con los ojos abiertos como platos.

—¿No es evidente? —salta ella completamente desnuda, con la ropa tirada a los pies.

—Típico de Carlota —respondo, encogiéndome de hombros—. Lo del pudor no lo trabaja.

—¿Desde cuándo los regalos se abren solos? —pregunta Lucas, que parece despertarse de un letargo, acercándose a Carlota con expresión devota.

Carlota echa a correr hacia el mar a carcajada limpia.

Yo no puedo dejar de mirar a Lena, que sigue con los ojos como platos y la mandíbula a punto de besar la arena.

—¡Vamos, hijos de puta! —chilla Carlota justo antes de meterse de cabeza en el mar con un chapuzón que salpica hasta la primera línea de toallas.

—Dios... —musita Lena, al borde de la risa.

Lucas, por supuesto, no puede quedarse atrás. En cuestión de segundos, está en bolas.

—Lucas, por favor... —pide Lena cubriéndose los ojos, sin poder parar de reír.

—No mires si te da apuro, cariño —responde él, corriendo hacia Carlota—. ¡Pero no digas que no te he dado espectáculo!

Desde donde estamos, apenas se distinguen sus siluetas entre las olas, pero se los oye de sobra.

Yo niego con la cabeza, con una sonrisa que no me cabe en la cara, justo cuando noto movimiento a mi lado. Cuando dirijo hacia allí la mirada, Mateo, que ya estaba de pie, enciende la pantalla del móvil.

—Voy a hacer videollamada con Gabri —contesta alejándose con el teléfono—. Le prometí que la llamaría cuando acabáramos.

—Dale, salúdala de nuestra parte —le digo, alzando la voz.

Lena frunce el ceño, ladeando la cabeza con esa expresión suya de curiosidad.

—¿Gabri?

—Su novia. —Le aparto un mechón de pelo que le cae sobre la mejilla y se lo coloco detrás de la oreja—. Llevan meses a distancia. Se ven poco, pero..., joder, se quieren.

—Ah. —Asiente despacio, girando la cabeza hacia Mateo. Lo observa un segundo más, como si acabara de descubrir una parte nueva de él. Y entonces sonríe—. Qué monos.

Nos dejamos caer hacia atrás sobre la arena. Lena se acomoda contra mi costado, y, no sé por qué, siento que ahí es donde debería estar siempre.

El cielo se despliega sobre nosotros, salpicado de estrellas que no sé si estaban ahí antes o si han decidido aparecer ahora, solo porque ella ha levantado la vista.

—Hay muchas estrellas —susurra, y mientras lo dice sus dedos empiezan a dibujar círculos lentamente sobre mi abdomen.

—Sí —respondo, girando la cabeza hacia ella—. Sí que las hay.

Pero no me refiero al cielo. Porque si hay algo que tengo claro es que la estrella más brillante esta noche no está allá arriba.

Está tumbada justo a mi lado.

Lena alza la cabeza y nuestros ojos se encuentran.

—Eres un payaso —me espeta, con esa sonrisa que empieza en su boca pero que le llega a los ojos, como si no supiera contenerla del todo.

—Pero tengo razón.



Lena

No tengo ni idea de cuánto tiempo llevamos tumbados en la arena, pero sí sé que llevo un buen rato luchando contra el impulso de cerrar los párpados. No porque me esté aburriendo —en absoluto, eso sería imposible con Bruno al lado—, sino porque estoy tan cómoda que mi cuerpo ha decidido que ha llegado el momento de fundirse con el entorno. Pero no quiero dormirme. No todavía. No si eso significa dejar de estar aquí con él, tan cerca que puedo notar el calor que emana de su piel, tan cerca que puedo contar los latidos de su corazón.

No hemos parado de hablar, de todo y de nada. Con esa soltura que solo se tiene cuando no hay expectativas que cumplir.

—¿Qué harías si te tocara la lotería? —pregunta Bruno, enredando mi cabello entre sus dedos.

Ni lo pienso.

—Montaría un santuario de animales. Uno enorme. Con praderas infinitas, hasta donde alcanzase la vista.

Él me escucha en silencio, así que sigo.

—Me encantaría rescatar a todos esos animales que el mundo ha decidido ignorar. Darles un sitio de verdad. Un hogar donde poder ser amados, cuidados, respetados..., formando parte de algo. Porque lo harían. —Giro un poco la cabeza. Bruno no dice nada, pero lo pillo sonriendo—. ¿Y tú?

—Pues yo me compraría una casa en la playa —responde, como si ya lo hubiera pensado muchas veces—. Pero no una de esas de revista, ¿eh? No. Yo sueño con una casa cutre. —Se ríe, divertido con su propia ocurrencia—. Con los escalones torcidos, la pintura desconchada... De esas que crujen al caminar. Y una nevera que sonara como un motor de barco.

—Muy tú —murmuro, riéndome también.

—Y una hamaca. Orientada al mar. Para tumbarme ahí y no hacer nada. Nada de nada.

Asiento sin saber muy bien por qué, como si pudiera verlo allí ya, con los pies cubiertos de arena, el pelo alborotado por la brisa y esa misma expresión de paz que tiene ahora, tumbado a mi lado.

Y seguimos así. Saltando de un tema a otro, como si las palabras se nos escaparan solas, enredándose entre las risas, flotando sobre la arena como si el viento también quisiera escucharlas.

—A ver —dice Bruno, con los brazos cruzados detrás de la cabeza y la mirada perdida en el cielo estrellado—, no estoy diciendo que lo hiciera bien, ¿eh? Pero es que, si alguien te lanza un dardo al ojo..., lo mínimo que puedes hacer es responder.

—¿Con otro dardo? —pregunto, arqueando una ceja mientras dejo escapar un bostezo.

—En mi defensa diré que era primero de la ESO y yo pensaba que me había quedado tuerto. ¿Tú sabes el susto?

Río con una carcajada profunda, de esas que brotan desde el pecho y terminan por relajar cada músculo. Estoy en ese momento en el que el cuerpo empieza a ceder al cansancio, pero la mente se aferra a la vigilia con una tenacidad casi desesperada, como si quedarme despierta fuera una forma de quedarme también con él.

—¿Tú eras el típico pieza de la última fila? —pregunto, entrecerrando los ojos con fingida suspicacia.

—Depende —contesta, encogiéndose de hombros sin mover los brazos—. ¿Qué entiendes tú por «el típico pieza»?

—No sé... De los que pasaban de absolutamente todo en clase y se dedicaban a ligar con las chicas mandando notitas y pintando dibujos indecorosos por cualquier parte.

—Me puedo identificar con la primera parte, pero... ¿dibujos indecorosos?

—Penes.

—Joder, Lena —suelta entre risas—. Hombre, dicho así..., sí. Pero tampoco era un caso perdido, ¿eh?

—Ajá.

—Lo que pasa es que... —continúa, girando un poco la cabeza hacia mí— tenía otras prioridades. Como..., yo qué sé, pasármelo de puta madre, ya que debía pasar muchas horas ahí metido.

De repente, una punzada aguda me atraviesa el pecho. Me incorporo ligeramente, apoyándome en un codo.

—Oye... —Frunzo el ceño, peinando la oscuridad del mar con la mirada—. ¿Y Carlota y Lucas?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿No llevan mucho rato en el agua? —pregunto inquieta, enderezándome por completo mientras una alerta se enciende en el

fondo de mi estómago—. Es que... no los oigo. ¿Y tú?

—Lena...

—¿Y si les ha pasado algo? —insisto, sin apartar la mirada del horizonte.

—Ven aquí. —Sin incorporarse del todo, Bruno me agarra del brazo y tira de mí con delicadeza, arrastrándome de vuelta hacia su lado—. Relájate. Están bien.

—Bruno... —Intento resistirme un segundo, pero al final cedo. Me dejo caer sobre él, aunque la inquietud no desaparece del todo—. En serio, deberíamos...

No me deja terminar.

—Estarán haciendo de las suyas.

Frunzo ligeramente el ceño, sin moverme de donde estoy pero ladeando apenas la cabeza para mirarlo desde donde tengo la mejilla apoyada.

—¿De las suyas? —repito, arrastrando las palabras con una confusión legítima—. ¿Qué significa eso exactamente?

—¿De verdad necesitas una aclaración sobre lo que pueden estar haciendo un chico y una chica en el agua sin ropa durante todo este tiempo? —cuestiona y me mira con una sonrisa gamberra en el rostro.

—¿Como qué...? —comienzo a hablar y me callo de pronto—. Oh, vale...

Él levanta una ceja y suelta una carcajada que vibra por todo mi cuerpo al estar apoyada sobre su torso.

—¿No lo sabías?

—¿Cómo iba a saberlo? —respondo, todavía incrédula—. Pensaba que eran..., no sé, amigos. O sea, *solo* amigos.

—Llevan años en ese plan. —Bruno se encoge de hombros.

Yo me quedo congelada unos segundos, intentando procesarlo todo. Y no porque me parezca mal. Nada de eso. Es solo que... jamás lo habría imaginado.

Cierro los ojos un instante. Intento visualizar a Carlota y Lucas..., no sé..., en plan romántico, o lo que sea que tengan.

—Qué fuerte... —comento después de unos segundos de reflexión—. No lo parece. O sea..., ¿cómo lo esconden tan bien?

—No lo esconden. Pero tampoco lo gritan a los cuatro vientos, ¿sabes?

Una parte de mí se abandona, sin resistencia, al calor que desprende su cuerpo; a ese ritmo pausado con el que su pecho sube y baja, envolviéndome en una calma casi hipnótica. Pero hay otra parte —más terca, más despierta— que se agita en silencio. Repasa mentalmente escenas sueltas, momentos aparentemente insignificantes que ahora, bajo esta nueva luz, adquieren un sentido distinto. Más obvio. Y me doy cuenta, no sin cierta perplejidad, de que a veces no tienes ni idea de todo lo que está ocurriendo justo delante de tus narices. ¿Cómo no lo he visto antes?

—Sigo... alucinando —murmuro, y de inmediato un bostezo se me escapa sin pedir permiso.

—Venga, Bella Durmiente —dice, plantándome un beso en la frente—, vámonos al minibús.

Protesto con algo que ni siquiera llega a articularse como una frase, pero asiento. Al final, el cuerpo siempre gana.

Nos incorporamos despacio, desperezándonos como si el aire nocturno se hubiera vuelto más espeso. Me agacho para recoger mis sandalias y sacudo la toalla con una torpeza somnolienta, sin mucho esmero. A mi lado, Bruno se pone la camiseta y se queda un instante contemplando el mar por última vez.

—¡Nos vamos! —anuncia él, como si alguien fuera a contestar desde la oscuridad.

No hay respuesta. Solo el silencio cómplice de la noche.



Nada más entrar en la cámara, me dejo caer sobre la cama. Me doy la vuelta con esfuerzo, rodando sobre un costado, y apoyo la mejilla en la almohada. Y, justo antes de que el sueño me atrape por completo, siento que el colchón se hunde junto a mí.

—Buenas noches, princesita —murmura Bruno antes de darme un beso.

Sus labios rozan los míos con suavidad. Y, cuando vamos a separarnos, nuestros labios se buscan de nuevo, esta vez con una cadencia más firme.

Su mano desciende con lentitud por mi costado, dibujando el contorno de mi cuerpo como si estuviese pidiendo permiso para conquistarlo por primera vez.

Y, de pronto, despierto. Todo el sueño que me ha arrastrado hasta aquí se esfuma con sus caricias, como si mi cuerpo —que hasta hace un segundo solo pedía rendición— hubiese recordado, de repente, que también puede arder.

Mis caderas se empiezan a mover y enseguida noto el bulto que esconde debajo de su bañador.

En lo que parece un intento desesperado por estar aún más pegados mientras nos besamos, oigo un gemido ronco que se escapa de su garganta, y mi sexo se contrae por el deseo. Adelanto las caderas todo lo que puedo para seguir frotándome contra él.

Joder. No recuerdo haber estado tan cachonda en mi vida.

—¿Quieres que pare? —susurra contra mi boca y con cada palabra sus labios se rozan con los míos.

Gimo al perder el contacto de su lengua y niego con la cabeza.

—Entonces, pídemelo.

Contengo la respiración un momento para terminar dejando escapar el aire en un jadeo. Luego, tiro de él hacia mí.

—Quiero más.

Bruno desliza la mano por debajo de la parte de arriba del bikini en busca de mis pechos. Me pellizca ligeramente los pezones y enseguida se da cuenta de que, a medida que aumenta la presión, mi respiración se agita de tal manera que por momentos parece que me falta el aire.

Gimo en su boca y alargo la mano, palpando por encima del bañador su erección.

Madre mía, qué grande es. Mucho más de lo que esperaba.

No aguanto más y libero su miembro. De inmediato, mis dedos se cierran a su alrededor y comienzo a mover la mano arriba y abajo, despacio.

—Joder, Lena —musita con los dientes apretados y siento cómo la humedad en la braguita de mi bikini aumenta—. No sabes cuánto tiempo llevaba deseando esto.

Bajo la intensidad del movimiento y, sin embargo, noto cómo su erección crece un poco más. Sin dejar de masturbarlo, le paso el pulgar por la punta para limpiar la gota que se acumula allí.

—Tócame —le pido.

Bruno se cierne sobre mí y me devora, me muerde los labios, me besa con tal pasión que siento que somos la misma persona. Noto cómo aparta la braguita y comienza a mover dos dedos en círculos sobre mi clítoris, primero lento y después subiendo la intensidad. Un

jadeo se escapa de mis labios y levanto las caderas pidiendo más; necesito más, quiero sentirlo dentro. Frena el ritmo y deja de besarme, con una sonrisa ladeada.

—No pares, por favor, Bruno... —suplico entre jadeos.

—Joder, estás empapada, Lena...

Sin darme tiempo a responder, desliza un dedo dentro de mí y comienza a moverlo con cuidado.

Con la mano que tengo libre, le agarro la muñeca y sigo su movimiento hundiéndolo más en mí. Él entiende lo que necesito e introduce otro dedo y lo mueve más rápido, tocando ese punto que hace que el placer se adueñe de mi cuerpo por completo.

—Bruno..., voy a... —comienzo a decir y me saca los dedos al instante.

Me besa cuando gimoteo en protesta. Se echa un poco hacia atrás y me quita la parte de abajo del bikini de un solo movimiento.

—Abre las piernas.

Obedezco.

Sus dedos recorren mis muslos. Luego hunde la cabeza entre ellos y me lame de arriba abajo. En cuanto su lengua encuentra mi sexo, me aferro a las sábanas. Echo la cabeza hacia atrás y lo agarro del pelo, arqueándome. Su lengua traza pequeños círculos alrededor de mi clítoris y, cuando le pido que lo haga más fuerte, presiona la lengua contra mi centro, haciéndome gemir de placer.

Las piernas se me entumecen y murmuro su nombre una y otra vez a medida que pierdo el control.

Bruno acelera el ritmo. Su lengua se mueve arriba y abajo mientras él tiene los brazos enroscados en mis muslos para que mantenga las piernas abiertas. Retiro la mano de su cabeza y me tapo la boca con ella, sintiendo cómo empiezan a temblarme las piernas.

—Para... —le pido jadeando—. Para, por favor, te necesito a ti.

Termina de quitarse la ropa y no puedo evitar que mis ojos lo recorran entero. Es el hombre con el físico más impresionante que he visto en toda mi vida.

Observo cómo alarga el brazo hasta alcanzar el cajón donde guarda sus cosas. Saca un preservativo de una caja, rasga el envoltorio con los dientes y lo deja caer al borde de la cama, sin molestarse en ver dónde ha ido a parar. Con un movimiento ágil, se enfunda el condón. Y, cuando vuelve a inclinarse hacia mí, me roza la mejilla con la yema de los dedos. Me besa otra vez, en esta ocasión con más calma, y luego se hunde en el hueco de mi cuello.

—¿Estás segura de esto? —susurra contra mi piel, con la voz un poco ronca.

—Más que de nada en mucho tiempo —le digo mirándolo a los ojos.

Lentamente se va introduciendo en mí y todo mi cuerpo se estira ante la intrusión. Es tan grande que se me ha cortado un poco la respiración.

—¿Estás bien? —me pregunta contra mis labios, quedándose quieto.

Mi cuerpo va abrazando su miembro y necesito que se mueva, por lo que elevo un poco mis caderas, profundizando su penetración.

—Joder, Lena, me vuelves loco.

Comienza a moverse dentro de mí, y va subiendo el ritmo de sus acometidas de tal manera que estoy segura de que se está moviendo hasta el minibús.

—Dios, Bruno..., no pares.

Y no para, continúa penetrándome al mismo ritmo, y, cuando ya estoy cerca de tocar el cielo, introduce entre nuestros cuerpos una mano y sus dedos empiezan a hacer círculos sobre mi clítoris

mientras me penetra con más fuerza. Mi cuerpo se tensa y se deja ir con él, alcanzando el clímax más intenso de toda mi vida.

30



Lena

24 DE JULIO

Me despierta una luz suave que se cuela entre las rendijas de las cortinas del minibús. Parpadeo con pereza, aún a medio camino entre el sueño y la vigilia, y me dejo arrullar por el calor que me envuelve.

El calor de él.

Bruno me abraza desde atrás, como si su cuerpo fuera una extensión del mío. Su pecho está pegado a mi espalda, sólido y cálido, y su respiración me acaricia la nuca con esa cadencia rítmica que tienen los sueños cuando aún no se han disuelto del todo. Su brazo rodea mi cintura con naturalidad, como si me hubiera sostenido así toda la vida, y su mano descansa en mi vientre mientras sus piernas se enredan con las mías, como si incluso dormido se negara a soltarme.

Cierro los ojos un instante más y respiro hondo. Dejo que su cuerpo me arrope. Y, entre respiración y respiración, mi mente empieza a hilar los recuerdos de anoche.

Hasta hace poco, estaba convencida de que el mejor sexo de mi vida lo había tenido con Enzo. Era una certeza que ni siquiera me cuestionaba. Pero ahora lo sé: estaba profundamente equivocada.

En una sola noche, Bruno ha conseguido hacerme sentir más — muchísimo más— que Enzo en todos los años que hemos compartido. Y no es una cuestión de comparaciones banales. Ni de quién grita más ni de quién aguanta más. No se trata siquiera — aunque podríamos debatirlo— del tamaño, porque joder con Bruno.

Es algo mucho más profundo. Anoche sentí que mi placer importaba; que, en cierto modo, era prioritario. No como una consecuencia accidental, sino como un objetivo deliberado.

Con Enzo, todo acababa cuando él terminaba. Siempre. Y esa parte de mí, la que deseaba ser mirada, comprendida, tocada con intención..., esa parte quedaba relegada a un segundo plano. Pero Bruno... Bruno es diferente.

Desde el primer beso supe que no estaba corriendo hacia su propio placer, sino hacia el mío también; que cada caricia suya era una pregunta; cada gemido mío, una respuesta; que se detenía cuando me tensaba y aceleraba cuando me perdía; que disfrutaba viéndome disfrutar.

Como si mi placer fuera también suyo, como si lo buscara con la misma urgencia con la que deseaba el propio.

Y eso... eso lo cambia todo.

Siento una oleada de calor al recordarlo y sonrío sin abrir del todo los ojos. Giro apenas el rostro, sin deshacer nuestra postura de cucharita, y acerco mis labios a los suyos. Lo beso con delicadeza y

me acomodo de nuevo, pegando la espalda contra su pecho. Bruno, en respuesta, entierra la nariz en mi cuello y respira hondo.

—Hueles a mí —murmura, con voz ronca.

—Y tú, a mí —respondo, acariciándole la mano que aún descansa sobre mi vientre, dibujando círculos lentos con las yemas de los dedos.

Él deja escapar una risa leve, de esas que se deslizan sin esfuerzo y vibran en el pecho más que en la garganta. No decimos nada durante un rato. Solo el ritmo acompasado de nuestras respiraciones llena el aire, fundidas como si ya no supieran funcionar por separado.

—No me quiero mover nunca más —dice, en un suspiro cargado de verdad, como si ese deseo pudiera frenar el tiempo.

«Y yo... yo tampoco».

Me quedo aquí, envuelta en él, con el alma descansando al mismo ritmo que mi cuerpo. Y pienso que, quizá, amar no es tan complicado como nos han hecho creer.

Me pego un poco más a su cuerpo. Lo justo para que encajemos todavía mejor, como si no hubiera suficiente contacto entre nosotros, como si mis huesos buscaran algo más de refugio en los suyos.

Y entonces lo noto. Por supuesto que lo noto. Ahí, justo donde empieza mi deseo.

Su entrepierna se apoya contra mi trasero. Y, aunque Bruno no se mueve, su cuerpo empieza a hablarme en otro idioma, uno más... instintivo.

Me quedo así unos segundos, escuchando el golpeteo acompasado de su pecho contra mi espalda, fingiendo que no lo he notado, fingiendo que no me enciendo con solo sentirlo tan cerca.

Pero luego empiezo a moverme muy despacio. Lo suficiente para que no parezca intencionado; como si solo intentara acomodarme

mejor; como si mis caderas no tuvieran voluntad propia; como si no supiera perfectamente qué parte de mí está buscando contacto.

Es un vaivén sutil, apenas perceptible, que se disfraza de inocencia. Pero no hay nada casual en esto. Sé muy bien lo que estoy haciendo. Y él..., probablemente, también.

Bruno se aprieta contra mis nalgas. Él lo hace con descaro, a diferencia de mí.

Su mano, que hasta hace un momento reposaba sobre mi vientre, comienza a deslizarse hacia abajo.

Yo contengo el aliento, o eso intento.

Porque cuando sus dedos se cuelan por debajo del tanga que me puse anoche —después de intentar ducharnos juntos en esa ridícula y diminuta ducha del minibús— no puedo contenerlo más.

—Bruno... —gimo su nombre, con una mezcla de deseo y rendición.

Y ya no hay vuelta atrás.

Me giro hasta quedar frente a él, frente a esa mirada hambrienta que me devora incluso antes de tocarme.

Y lo beso.

Lo beso hasta quedarme sin aliento.

Hasta que me arde la boca.

Hasta que me duelen los labios de tanto buscar los suyos.

Hasta que la necesidad me crispa los dedos y tengo que sujetarme a él como si fuera la única forma de no caer.

Su lengua acaricia la mía con una determinación que me hace temblar por dentro, con los recuerdos de anoche todavía palpitando entre mis piernas y la urgencia de volver a sentirlo todo.

Sus dedos se enredan en mi cabello, tirando suavemente, atrayéndome aún más. Como si necesitáramos ser uno solo para respirar.

Mi mano busca su nuca, pero se desliza hacia abajo, por el contorno firme de su espalda. Lo pego tanto a mí que ya no sé dónde termina él y dónde empiezo yo.

—Si sigues besándome así, no voy a poder parar —murmura contra mi boca, con los labios entreabiertos.

—¿Y qué te hace pensar que quiero que pares? —ronroneo mientras me siento a horcajadas sobre él.

Llevo las manos al dobladillo de mi top, con los dedos temblorosos por el deseo contenido, y lo deslizo por encima de mi cabeza.

Sus manos suben por mis caderas, con una delicadeza que me estremece. Y, cuando por fin alcanzan mis pechos, los envuelven con una devoción que me deja sin aire.

Y justo cuando su boca se acerca a la mía de nuevo...

TOC. TOC. TOC.

—¡Buenos días, tortolitos! —La voz de Carlota atraviesa la puerta del minibús.

—¿Se puede abrir o estáis... ocupados? —pregunta Lucas con guasa—. Bruno, se te va a caer la polla de tanto follar.

—No seas marrano, Lucas —lo reprende Carlota, aunque sin demasiada convicción.

—Mucho le pides... —interviene Mateo con una carcajada—. Chicos..., ¡traemos el desayuno!

—Yo creo que ellos ya han desayunado... —añade Lucas arrastrando las palabras.

—¡Lucas! —lo riñen los dos a la vez.

—¿Qué?! Si huele a sexo desde aquí, joder.

—Mierda, mierda, mierda —mascullo entre dientes, con el ceño fruncido y el corazón desbocado, mientras busco mi top y mis manos tropiezan con todo menos con lo que necesito—. ¡Ya vaaaa! —grito con una voz estrangulada que pretende sonar tranquila.

Me visto a trompicones, enredándome un poco en el intento, y Bruno suelta una carcajada.

—No tiene gracia —finjo indignación, aunque mi boca se curva en una sonrisa, delatándose por sí misma.

Observo cómo Bruno se despereza, con los músculos estirándose bajo la piel tatuada y morena, y se dirige hacia la puerta. Antes de abrir, me lanza una mirada por encima del hombro, para asegurarse de que estoy lista.

—Toma. —Le lanzo su camiseta negra, una que me encanta porque huele a él incluso cuando está recién lavada.

Bruno la atrapa al vuelo. Se la pone con una sola mano mientras gira el pestillo de la puerta con la otra.

—¡Pero qué recibimiento! —exclama Lucas desde el otro lado, probablemente haciendo referencia al evidente bulto en los calzoncillos de Bruno—. Se nota que lo estabais pasando bien, ¿eh?

—Buenos días a ti también, Lucas —responde Bruno, sin molestarse en disimular la sonrisa canalla que se le dibuja en la cara—. A ver..., ¿qué nos habéis traído?

Me acerco a la puerta. Mi cabello debe de ser un desastre, pero ya qué más da. Cuando llego hasta Bruno, me asomo por encima de su hombro.

—Churros con chocolate —contesta Mateo alzando una bolsa de papel grasienta.

El aroma empuja mis recuerdos de golpe.

Pienso en Enzo.

En la mañana en la que trajo churros con chocolate.

En la mañana en la que me dijo que, si aceptaba la colaboración, me olvidara de él.

De nosotros.

Una punzada me atraviesa el pecho. Siento una combinación de muchas cosas: nostalgia, tristeza y esa mezcla amarga de lo que pudo ser y nunca fue. Pero, en esta ocasión, no me ahogo en ella.

Me doy cuenta de todo lo que no vi. De todo lo que permití porque confundí intensidad con amor, dependencia con pasión, obsesión con deseo.

Porque lo nuestro era un amor disfrazado de control. Una celda pintada de flores.

Pero ahora... ahora sé que querer no duele, que amar no debe significar renunciar a ti misma.

«Y qué suerte», pienso; qué suerte haberme ido para poder verlo desde lejos.

Para dejar de pensar en Enzo y empezar, al fin, a pensar en mí.



Bruno

25 DE JULIO

Hay canciones que no se pueden escuchar sin dejar de ser un ser humano civilizado. Canciones que te agarran de los huevos y te obligan a cantarlas sin rechistar, aunque no tengas ni puta idea de entonar. «Por la raja de tu falda», de Estopa, es una de esas. Una puta obra de arte si me preguntan.

Berreo sin piedad, aporreando el volante con los nudillos. Lena me mira de reojo desde el asiento del copiloto, con las piernas cruzadas y el móvil entre las manos. Lleva todo el trayecto editando el contenido que hemos grabado antes de salir. Me gusta ayudarla, aunque sea cargando trastos y dándole al *play*. Me gusta sentir que, aunque ese no sea mi mundo, puedo estar a su lado.

De fondo, cambia la canción. Ahora suena «El ritmo del garaje», de Loquillo. Y ya está. Ya me ha jodido el día. Porque sé que la voy a

tener metida en la cabeza hasta que me acueste. Me pasa siempre que la escucho. Es como una maldición.

Me dejo la garganta en el estribillo. Desafino a propósito. O sea, más todavía. Para ver si consigo que Lena se ría más fuerte. Y lo consigo. Y, si ella está feliz, ¿cómo no voy a estarlo yo?

Me gusta verla así. Tanto que me dan ganas de parar en el arcén y besarla hasta que se me borren los labios.

Pero no lo hago. Porque entonces no llegaríamos nunca.

Qué le voy a hacer.

—¿No era por ahí? —pregunta Lena mientras señala un cartel enorme.

Estiro el cuello para mirar a través del retrovisor. Efectivamente, me he saltado la salida.

—Puede ser.

Deslizo las manos por el volante y salgo por la primera salida. Las líneas que antes marcaban la carretera están desvaídas, como si alguien se hubiera olvidado de repasarlas desde los noventa. Los bordes se desdibujan y el paisaje se estrecha. Empiezo a tener la ligera sospecha de haberme desviado más de la cuenta. Lena me mira de reojo, con una ceja arqueada. Sé que está esperando a ver cuánto tardo en reconocer que me he equivocado de nuevo. De repente, no sé muy bien cómo, nos adentramos en un pueblo.

—Pero ¿dónde coño me he metido?

—Te lo he dicho —dice Lena, sin perder la compostura—. Tendrías que haber puesto Google Maps.

Reduzco la velocidad y, antes de que pueda contraatacar con alguna excusa barata, veo cómo a Lena se le iluminan los ojos.

—Bruno..., ¡mira! —exclama asomando la cabeza por la ventanilla—. ¡Es un mercadillo!

Sigo su mirada y ahí está: al fondo de la plaza principal hay una hilera de puestos con toldos de colores, mesas plegables y señoras con delantales vendiendo todo tipo de trastos.

—¿Te molan esas cosas? —pregunto genuinamente sorprendido.

—Pues claro que sí. ¡Me chiflan!

La miro de reajo, sonriendo. Otra cosa de ella que no sabía y que —cómo no— me encanta.

—¿Quieres que bajemos?

Dejo caer la mano sobre su regazo, sin apartar los ojos de la carretera, y noto cómo su cuerpo responde.

—¿De verdad?

—¿Eso significa que sí?

—Significa que aparques. YA.

Dicho y hecho.

Encuentro sitio en un descampado que está al lado del mercadillo, entre un tractor oxidado y un Ibiza rojo que lleva más abolladuras que días tiene el mes. Muy inteligente por mi parte, sí.

En cuanto pasamos por delante del primer toldo raído, nos golpea ese olor a mercadillo de verano que no se puede explicar si no lo has vivido: una mezcla de incienso barato, piel bronceada, plástico al sol y humanidad sudada flotando entre los tenderetes.

A un lado, una mujer con moño alto vocifera desde detrás de un montón de ropa interior colgada como banderines.

—¡Bragas baratas! ¡Tres por dos euros! —anuncia a pleno pulmón, agitando una de encaje amarillo chillón en dirección a una señora que ya se está tapando los ojos.

—¡No te lo pienses, guapa! ¡Que me las quitan de las manos!

Lena se parte de risa. Y yo también.

Hay puestos de todo: bolsos falsificados —tipo Dolce & Gabbano, Calvin Klein o Abidas—, vinilos viejos apilados sin orden aparente —

desde Rocío Jurado hasta Nirvana—, camisetas con lemas horteras como «A este cuerpo le falta una cerveza» o «Yo sobreviví a la paella de mi suegra» y jabones artesanales con nombres absurdos como Brisa de luna o Caricia de lavanda.

Lena se detiene en cada mesa. Todo le llama la atención. Todo lo mira, lo toca, lo huele, lo comenta.

En uno de los puestos, se prueba un sombrero de paja. Se lo coloca con ambas manos, se gira despacio, como si estuviera en un desfile de alta costura, y me lanza una mirada que no admite indiferencia.

—¿Me queda bien?

¿La verdad? Es horroroso, pero es que a esta chica le queda todo de lujo. ¿Cómo cojones lo hace?

—Por supuesto.

—Perfecto. Me lo llevo.

Seguimos paseando entre los tenderetes como dos turistas perdidos. No puedo apartar los ojos de Lena. Está jodidamente contenta con su sombrero nuevo. Maldita sea, está preciosa.

—Mira esto —dice ella de pronto, cogiéndome la mano y arrastrándome hacia un puesto que le ha llamado la atención.

Hay collares, pulseras, piedras; cosas que giran, que suenan, que pinchan un poco si las tocas sin mirar y un montón de tonterías más que vete tú a saber qué son.

Lena se inclina sobre una bandeja repleta de piedras de colores. Mete la mano con cuidado y saca una de color azul con vetas blancas.

—Qué bonita —murmura, haciéndola girar entre sus dedos—. Me recuerda al mar. A cuando hay olas suaves y el cielo está despejado.

—Es verdad.

Cierra la mano en torno a la piedra.

—Me la voy a llevar.

Sin decir nada, alargo la mano y cojo otra igual.

—Yo también.

Entonces, aparece un hombre frente a nosotros. Tiene el pelo largo, lleno de rastas gruesas recogidas en lo alto de un moño imposible. La barba le cuelga hasta el pecho y, por si fuera poco, está trenzada con una precisión casi poética. Viste con una camiseta desteñida muy ancha y pantalones bombachos. Pero lo mejor es la cantidad de collares, pulseras, anillos y amuletos que lleva encima.

—Buena elección... —Nos mira con una sonrisa beatífica y asiente con solemnidad al ver nuestras piedras—. Una de mis favoritas.

—¿Qué son? —le pregunta Lena, aún con la suya en la mano.

—Aguamarinas —responde él como si hablara desde un universo paralelo—. Representan la calma interior, el flujo de las emociones, la verdad profunda del alma...

Lena asiente completamente cautivada.

—Pero hay más. Está considerada un símbolo de amor y de uniones perdurables en el tiempo... Por eso, suele regalarsé a la persona amada —explica, mirándonos a los dos con intención—. Las piedras azules están vinculadas al quinto *chakra*, el de la garganta. Mejora la comunicación, sí. Pero esta... esta es especial. Permite mantener la calma en momentos difíciles. También promueve la armonía entre las personas, incluso su reconciliación —continúa hablando, como en trance—. Si la llevas cerca, te ayuda a decir lo que sientes... y limpia las palabras que no se dicen...

Lena sonríe, bajando la mirada hacia su piedra.

—Me encanta.

Pagamos sin preguntar el precio antes —gran error, por supuesto — y salimos de allí con nuestras aguamarinas en la mano.

Y, aunque yo no creo mucho en estas cosas..., me guardo la mía en el bolsillo.

No por la piedra, sino por la cara que ha puesto Lena al elegirla. Y por si de verdad limpia las cosas que no se dicen. Porque tengo unas cuantas ahí atascadas.

—¡Perdona...! —grita una voz detrás de nosotros, rompiendo el murmullo del mercadillo—. ¡Lena!

Nos giramos los dos al mismo tiempo. Es una chica joven, pues no tendrá más de quince años. Lleva el pelo recogido en una coleta alta, una mochila de flores colgando de un hombro y una expresión de puro asombro en la cara.

—Ay, por favor..., ¡es que no me lo puedo creer! Te sigo desde siempre. Me encantan tus vídeos. ¿Te puedo pedir una foto? Solo una. ¡Lo juro!

—¡Claro que sí, bonita! —responde Lena mientras le pasa un brazo por los hombros como si fueran amigas de toda la vida—. ¿Cómo te llamas?

—Nerea —contesta la chica, sin aire—. ¡Dios mío, es que te adoro! Qué fuerte... Estoy temblando.

—Eres un amor... Bruno, ¿nos haces alguna foto?

—¡Faltaría más!

—Muchísimas gracias —me dice la joven tendiéndome el móvil con las manos un poco temblorosas.

Se colocan la una junto a la otra. Las dos sonríen y yo les hago la foto. Bueno, tres, en realidad, por si acaso. Cuando la chica se despide, todavía con los ojos vidriosos, le da las gracias como diez veces seguidas.

—Te juro que no me acostumbro.

—¿A que te pidan fotos?

—A que alguien se emocione así por verme, por sacarse una foto conmigo. Es una locura.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—¿Qué sentiste la primera vez?

—Uff... Vértigo. Me pilló tan desprevenida que solo supe sonreír como una loca.

—¿Y no se te escapó un «¿seguro que me lo están pidiendo a mí?» o algo así?

—¡Literal! Pensé: «Fijo que me están confundiendo con otra persona». No sé, me puse roja como un tomate.

—Me encanta cuando te pones roja como un tomate.

—Qué idiota. —Suelta una carcajada—. Es una tontería, pero... no sé. Me dio miedo no estar a la altura de lo que esa persona esperaba.

La miro en silencio. Sigue andando, jugando con la piedra aguamarina entre los dedos.

—¿Y ahora?

—Ahora lo disfruto más. No lo termino de asimilar, pero me siento muy agradecida, aunque a veces me gustaría llevar un cartel que dijera: «Hoy no soy tan simpática».

Me río.

—Imagino.

La tomo por la cintura y la atraigo hacia mí despacio. Lena apoya las manos en mi pecho y, cuando nuestras bocas se encuentran, mi lengua se enreda con la suya. Me aferro a ella con una mano en su espalda y la otra en su cintura, sintiendo cómo sus dedos se sujetan al cuello de mi camiseta como si fuera el último clavo al que agarrarse. Esta mujer me vuelve loco.

Regresamos al minibús. Cada uno se acomoda en su asiento y, cuando piso el acelerador para salir del descampado, oigo el sonido de una notificación.

Lena se tensa.

Yo la miro de reojo, sin decir nada. Tiene el ceño fruncido y los labios apretados. Y, por cómo se le hunden los hombros y cómo cierra la mandíbula con fuerza, sé que el mensaje que ha recibido no le ha hecho ni puta gracia.



Lena

La notificación suena y, al instante, se me revuelven las entrañas. Sé que es Enzo antes de mirar la pantalla. Lo sé porque es el único contacto al que le puse un tono diferente. Ese que lleva semanas sin sonar.

«¿Por qué me escribes ahora?».

El móvil está boca abajo, sobre mi regazo, dormido hasta hace un segundo. De golpe me arde la cara y me sudan las palmas de las manos. Me doy cuenta de que estoy conteniendo el aire. Y de que ya no estoy aquí, aunque el minibús siga avanzando.

Dudo un momento. Pero, al final, no puedo evitarlo: giro el móvil y la pantalla se ilumina. El pulso me tiembla cuando deslizo el dedo para desbloquearla.

Eres patética. De verdad. Me das la razón en todo lo que pensaba. Felicidades.

Espero que al menos te estés divirtiendo. Porque esto... esto no tiene ni perdón ni justificación.

Pero seguro que ni eso
te importa ya.

Al principio no entiendo nada. Leo el mensaje de nuevo, como si las palabras pudieran transformarse en algo más digerible si les doy una segunda oportunidad. Pero no. Siguen ahí, hirientes y venenosas, escupiéndome rabia desde una pantalla que apenas puedo sostener.

Y, justo cuando aún intento procesarlas, el sonido de una nueva notificación rompe el silencio. El segundo mensaje es aún más cruel que el primero.

No sé cómo pude perder tanto
tiempo contigo. Me das asco.

El tercero, más.

¿Tanto te costaba mantener
las piernas cerradas?

Y luego llega lo que termina de helarme la sangre. Una captura de pantalla.

De pronto, todo cobra sentido. La fotografía es de mala calidad. Borrosa. Robada. Como todas las que se toman con esa urgencia morbosa de quien quiere registrar algo sin ser visto. Está hecha desde lejos, con un *zoom* indiscreto y descuidado. Pero da igual. No importa la definición ni el ángulo. Porque no hay espacio para malentendidos.

En la imagen se nos ve a Bruno y a mí besándonos. Sin duda, nos han robado la foto en el momento en el que nos hemos perdido el uno en el otro en el mercadillo.

Me quedo mirándola unos segundos de más. Y empiezo a entender el mensaje de Enzo. Su tono. Su furia. Porque incluso en

una imagen tan mediocre... se ve lo que somos. Se nota la intimidad que hay entre nosotros.

Un atisbo de culpa se cuela en mi pecho.

Quizá debería haber pensado que, estando en un lugar público, esto podía pasarme, filtrarse y alcanzarlo. Tampoco he considerado cómo podría sentirse; debería haber sido más discreta. Al final, siempre termino haciendo las cosas mal.

En cuanto este pensamiento intrusivo entra en mi mente apisonando qué y quién soy, lo aparto. ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué culpa tengo yo de sentir? Enzo y yo ya no estamos juntos; es una decisión que tomó él; no soy culpable de pasar página ni responsable de cómo se siente. Ya basta.

Así que no le debo nada.

Enzo tiene todo el derecho del mundo a enfadarse si quiere. Pero yo también tengo derecho a besar a quien me dé la gana. Y no solo eso. Tengo derecho a ser feliz. Incluso si no le gusta. Y Bruno me hace feliz.

Me apoyo en el respaldo y respiro hondo.

Empiezo a escribir con los dedos temblorosos. Al principio no sé muy bien qué decirle. Tengo mil palabras atascadas en la garganta, todas arañando para salir. Tristeza, decepción, cansancio.

Pero no me apetece cargar con su rabia.

Borro lo que había escrito. Y comienzo de nuevo, esta vez sin titubeos.

Vete a la mierda, Enzo.

No me escribas más.

Bloqueo la pantalla y vuelvo a dejar el móvil boca abajo en mi regazo. Me recoloco en el asiento, cruzo las piernas, acomodo los

brazos y me enredo en mi propia incomodidad sin saber muy bien cómo salir de ella. Y entonces siento la mirada de Bruno sobre mí.

—¿Estás bien? —me pregunta, ladeando ligeramente la cabeza.

Asiento enseguida, demasiado deprisa quizá.

—Sí. —Me obligo a levantar la mirada y a forzar una sonrisa—. Estoy genial.

Pero el nudo sigue ahí. Atascado entre el esternón y la boca del estómago.

Entonces el móvil vibra, pero esta vez no es un mensaje.

Miro la pantalla.

Llamada entrante de Enzo.

Como si no bastara con palabras escritas, ahora quiere irrumpir con su voz.

Me encantaría saber qué parte de «Vete a la mierda, Enzo» no ha entendido.



Lena

El suelo cruje bajo las ruedas cuando Bruno aparca en un claro de tierra batida, al final de un camino estrecho flanqueado por pinos retorcidos y jaras silvestres.

Hemos llegado.

Desde la cabina, pasamos a la parte trasera de la cámara, donde la temperatura parece haber subido cinco grados más por puro capricho del universo. Bruno abre uno de los compartimentos superiores y comienza a rebuscar entre nuestras cosas. Prepara una mochila mientras suelta un par de comentarios sobre el calor que nos espera ahí fuera.

Yo apenas escucho la mitad.

El móvil sigue vibrando con una insistencia agotadora. Una llamada tras otra. Un mensaje tras otro. Una presencia que se niega a extinguirse.

No puedo más.

Respiro hondo y busco su contacto. Bloquearlo me lleva apenas un par de segundos. Y entonces, por primera vez desde que ha sonado esa notificación en el minibús, siento que recupero el control. Y, aunque solo sea eso —una grieta minúscula por la que entra un poco de luz—, me basta. Porque si algo tengo claro es que no pienso dejar que Enzo me arruine lo que queda de viaje.

—¿Tienes la crema solar en tu bolsa? —me pregunta Bruno desde el otro lado, ajustándose la correa de la mochila—. No la encuentro por ninguna parte.

—Sí —respondo, devolviendo el móvil al bolsillo sin mirar la pantalla de nuevo—. Por cierto, deberíamos comprar otro bote. Este está en las últimas.

—Mañana mismo.

—Estupendo.

Él me dedica una sonrisa y abre la puerta trasera.

—Última oportunidad para echarte atrás, princesita.

—Ni loca. Aunque, si me despeño bajando esa senda, dile a mi madre que morí feliz.

—Le diré que ibas guapísima, además.

Le doy un manotazo suave en el brazo. Las mejillas me arden, y no por el sol, precisamente.

—Qué idiota —murmuro, sin poder evitar que la sonrisa se me desborde un poco.

Salimos al exterior.

«Dios, qué calor».

El sol de Murcia cae sin compasión, sin intención alguna de negociar clemencia.

—¿Has hecho esta ruta antes? —le pregunto mientras me recojo el pelo en una coleta alta.

—Sí, hace unos años. Con un colega.

—¿Te gustó?

—Mucho. Ya verás; el sitio es increíble.

La mochila rebota en su espalda cuando empieza a andar. Yo lo sigo, dejando atrás el eco de un nombre que ya no me duele... o eso quiero creer.

—Oye, ¿sabes qué? —le digo mientras avanzamos por el sendero—. Cuando Sofía me propuso esta colaboración, estaba convencida de que viajar en cámper sería una tortura. —Me río, negando con la cabeza—. Y ahora... ahora no me importaría viajar así más a menudo.

Bruno curva las comisuras de los labios en una sonrisa más amplia de lo que ya la tenía.

—Entonces, esta no será la última vez que lo hagas, ¿no?

—Espero que no. —Le devuelvo la sonrisa.

—Me alegro un montón, princesita —afirma sin dejar de caminar, alargando ese apelativo cariñoso con tono juguetón—. No es para todo el mundo, ¿eh? Hay gente que lo prueba y sale corriendo. Y otros que se enganchan. Es como el picante. O lo odias, o lo amas.

—No soporto el picante.

—Yo tampoco.

—¿Has conocido a mucha gente que viaje así?

—Muchísima. En el taller de Pol cada semana cae alguien con historias que flipas. Una vez conocí a una señora que vino con su autocaravana. ¿Sabes cuántos años tenía?

—¿Ella o la autocaravana? —pregunto, y me muerdo el labio para que no se me escape la risa.

—Ella.

—¿Cuántos?

—Ochenta y tres.

—¡¿Ochenta y tres?! ¡Venga ya! —exclamo sorprendida.

—Te lo juro.

—Qué fuerte.

—A los setenta y nueve vendió su casa, se compró la autocaravana y se largó a ver mundo. Me contó que su plan inicial era recorrer Europa, país por país. Pero luego dijo que se cansó de los planes, que lo que realmente le gustaba era dejarse sorprender por el camino. Vivir.

—¿Y no le daba miedo? Quiero decir..., ¿no es un poco arriesgado dejarlo todo?

—Eso le pregunté yo —contesta, encogiéndose de hombros mientras aparta una rama del sendero—. ¿Sabes qué me respondió?

—Si no me lo cuentas, no.

—Que no volvería atrás ni un solo día; que lo único que lamentaba era no haberlo hecho antes.

—Joder... —murmuro, más para mí que para él.

—Te juro que, desde entonces, cada vez que dudo de algo, me acuerdo de ella. Y me lanzo.

Me muerdo el labio de nuevo mientras hago que mis pies avancen más despacio. «Qué ovarios», pienso. Ojalá yo también supiera hacer eso. Tomar una decisión sin diseccionarla en mil partes, sin preguntarme si es prudente, si encaja con lo que se espera de mí, si es pronto, si es tarde. Ojalá supiera decirme: «Esto lo quiero, así que lo hago». Sin miedo... o con miedo, qué más da.

Acelero el paso para alcanzarlo, esquivando raíces que sobresalen del suelo bajo mis deportivas como si el bosque intentara retenerme un segundo más.

Justo entonces, al girar una curva estrecha del sendero, los Baños de Somogil se revelan ante mí.

Contengo el aliento e inmediatamente saco mi móvil para grabar y hacer fotos de este mágico lugar.

Del suelo nace un manantial que se abre paso entre rocas cubiertas de musgo, alimentando una poza pequeña, pero profunda, de aguas tan cristalinas que uno podría creer que no hay fondo. La luz del sol, filtrada por el follaje denso, cae sobre la superficie en haces dorados que oscilan suavemente. A un lado, una pasarela de madera atraviesa uno de los arroyuelos que serpentean por la orilla. Y más allá, parcialmente oculto entre arbustos de hoja menuda y salvaje, un banco de madera gastada parece ofrecerse como refugio para quien quiera detener el tiempo.

Bruno, que ha seguido caminando unos pasos más, se detiene. Gira sobre sus talones y me lanza una sonrisa. Una sonrisa tranquila, genuina, cómplice.

—¿Te mola?

—¡¿Que si me mola?! —exclamo, todavía fascinada—. Esto es flipante, Bruno.

—¿Verdad?

—Me recuerda a esos cuentos en los que los bosques tienen voluntad propia. Es como si me hubieras traído a una versión murciana de *El bosque animado*, solo que sin criaturas fantásticas..., espero, vaya. ¿Has visto esa película?

—No caigo ahora.

—Seguro que la has visto, pero en este momento no te acuerdas.

Él suelta una carcajada, de esas que brotan desde el pecho y se abren paso sin pedir permiso. Echa la cabeza ligeramente hacia atrás, como si el cuerpo también necesitara espacio para dejarla salir entera. Me encanta cuando se ríe así. Me resulta profundamente contagioso, pero no solo eso. Me conmueve. Me desarma.

Me quedo quieta, atrapada en este instante, observándolo sin hacer el menor esfuerzo por disimularlo. Me sorprende lo natural que

resulta hacerlo. Como si ya lo hubiera hecho antes. Como si, de alguna manera, lo hubiera estado haciendo desde el primer día.

Tiene el cabello despeinado por la caminata, algunas gotas de sudor que le brillan en la nuca y una luz en la mirada que parece contener el verano entero. Pero no es solo su aspecto lo que me atrapa, sino algo más difícil de nombrar: esa forma suya de habitar el mundo y disfrutar las cosas sin esfuerzo.

No entiendo cómo no lo vi venir. Todo esto que me pasa, lo que despierta en mí.

—¿Qué? —pregunta él, con un atisbo de curiosidad encendiéndole los ojos.

—Nada —respondo, bajando un poco la mirada. El corazón me va un poco más deprisa de lo normal, pero no me importa. Me gusta. Alzo los ojos de nuevo, lo miro con media sonrisa y, con un leve gesto de la barbilla, señalo la poza que reluce a pocos metros—. ¿Nos bañamos?

Dejamos caer la ropa al suelo con esa urgencia silenciosa que solo provoca el verano cuando aprieta el calor. Zapatillas, camisetas, pantalones cortos: todo queda en un pequeño montón desordenado sobre una roca.

Bruno se acerca al borde de la poza y se tira de cabeza al agua. Cuando emerge, se sacude el pelo y me lanza una mirada provocadora.

—¿Te vas a quedar ahí plantada, princesita? —pregunta con esa sonrisa que roza lo desafiante.

—¿Tú qué crees? —suelto elevando una ceja.

De pronto, su expresión cambia.

—¡Mierda! —grita Bruno a pleno pulmón.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada acercándome hacia él.

—Algo me ha tocado el pie.

—No me vaciles, que nos conocemos —digo dudosa, porque no es la primera bromita que me cuela de este tipo.

—¡Dios, me ha mordido!

—Bruno, ¡¿qué dices?! ¿¡Qué bicho te ha mordido!?

—¡El monstruo del pantano!

Bruno hace aspavientos y se sumerge de nuevo, dejando solo una mano fuera del agua, como si estuviera siendo arrastrado hacia las profundidades por una criatura mitológica.

—¡No seas imbécil! —grito entre risas—. Estás fatal, te lo juro —añado cuando sale a la superficie.

—¡Y tú estás tardando en meterte! —exclama flotando de espaldas, con los ojos cerrados—. Está buenísima. Y el agua también. Espera, ¿lo he dicho en voz alta?

—Idiota —murmuro negando con la cabeza, pero ya me estoy lanzando al agua.

Caigo justo a su lado, salpicándolo sin piedad.

—¡Casi me matas del susto!

—Te lo mereces por teatrero —replico y trato de hacerle una ahogadilla, pero se zafa de mi intento de agarre sin despeinarse ni un pelo.

—Conque esas tenemos, ¿eh?

Antes de que pueda anticiparlo, se abalanza sobre mí y me rodea la cintura con ambos brazos, atrapándome con una facilidad que me hace soltar una carcajada espontánea. Su contacto, firme y cálido incluso bajo el agua, me estremece. Me retuerzo entre risas fingiendo querer escapar, pero la verdad es que no tengo el menor interés en hacerlo. Instintivamente, me aferro a sus hombros. Aprovecho para impulsarme y hundirlo. Él se deja hacer, soltando un gruñido exagerado que se pierde entre burbujas mientras desaparece bajo la superficie. Un instante después, resurge con una

sacudida enérgica, el pelo pegado a la frente, los ojos entrecerrados y una sonrisa que me atraviesa entera.

Nos salpicamos y nos zambullimos como si fuéramos dos niños. Una y otra vez. Reímos hasta que nos falta el aliento. El agua nos abraza y el momento se dilata, convertido en algo que no sé muy bien cómo nombrar, pero que siento vibrar en todo mi cuerpo.

Jadeando por el esfuerzo y la risa, acabamos el uno frente al otro. Su expresión es serena..., pero sus ojos arden con una intensidad que me corta la respiración. Sus manos siguen en mi cintura. Las mías descansan aún sobre sus hombros, como si no encontraran un lugar mejor en el mundo donde quedarse. Mis ojos viajan de los suyos a su boca. Siento cómo su aliento se mezcla con el mío, cómo la risa va cediendo el paso a algo más profundo. Más callado. Y entonces me acerco. No lo pienso. No lo mido. Solo voy hacia él y lo beso, con el agua envolviéndonos hasta el pecho y los árboles haciendo de testigos mudos. Él responde con la misma urgencia, como si no hubiera un mañana, ni un después, ni un viaje de vuelta.

Cuando nos separamos, seguimos muy cerca. Yo me abrazo a su cuello. Él apoya la frente en la mía, aún con los ojos entrecerrados, aún con la sonrisa impresa en los labios.

—Me quedaría toda la tarde así —murmura él, todavía con los labios rozando los míos—. Pero, si quieres conocer la Poza de las Tortugas, tenemos que movernos ya.

—Vamos —le respondo, aún sin despegarme de él—. Yo también me quedaría toda la tarde así contigo —confieso mirándolo a los ojos, y una sonrisa canalla le ilumina el rostro.

—Te aseguro, Lena, que habrá muchas tardes —comienza a decir y noto cómo sus manos se posan en la parte baja de mi espalda— en las que no habrá absolutamente nada que me invite a separarme de ti. Te estás convirtiendo en mi lugar favorito.

—Viniedo de ti, es todo un honor —susurro contra sus labios.

—El honor es mío.

Y entonces volvemos a besarnos. Sin contención. Como si estuviéramos escribiendo con los labios lo que aún no nos atrevemos a decir con palabras.



Tras algo más de dos horas avanzando por senderos de piedra y ascendiendo alguna que otra cuesta que me hace replantearme mi concepto de resistencia física, llegamos al último rincón escondido del día: la Poza de las Tortugas.

Nos lanzamos al agua y nadamos hasta que la piel se nos arruga. Luego nos sentamos sobre una gran roca plana que está orientada hacia la cascada de la poza. Sacamos los bocadillos que hemos preparado esta mañana —nada glamuroso, pero saben a gloria— y nos los comemos con las piernas colgando y los pies rozando el agua.

—Esto es vida —comenta Bruno con la boca llena, ofreciéndome un trago de agua mientras mastica.

—No sé cómo vamos a superar esto.

—Todavía nos queda un destino.

—Cierto. Pero esto... esto ha puesto el listón muy alto.

Saco el móvil para grabar antes de que la luz se vaya del todo.

—¡Hola, amores! —saludo con una sonrisa—. Mirad qué sitio más chulo. Es una pasada. ¿Lo conocéis? Esta es la Poza de las Tortugas. Nombre engañoso, porque, de tortugas, nada. Ni rastro. Pero el sitio... es de película. —Enfoco la cascada. Luego giro la cámara y

apunto a Bruno, justo cuando está metiéndose un bocado desproporcionado en la boca—. Este es nuestro penúltimo destino —continúo, volviendo a mirar a cámara—. Y mañana... Mojácar. Nunca he estado, pero mi compañero de viaje dice que es precioso. Y lo creo. Porque, bueno... —lo miro de reojo—, de momento no me ha decepcionado.

Cierro el vídeo con un besito a cámara. Subo la historia, bloqueo el móvil y lo dejo a un lado.

—¿Te imaginas que no nos hubiéramos llevado bien? —pregunto mirándolo a los ojos.

—Era una posibilidad —responde despreocupado encogiéndose de hombros.

—¿Qué hubiera pasado?

—En realidad, nada. Nadie nos obligaba a llevarnos bien. De hecho, la idea no era pasar tanto tiempo juntos. Yo solo tenía que llevarte a los sitios. Pero la verdad es que me gusta estar contigo. Mucho.

—A mí también. —Noto cómo el rubor sube por mis mejillas y, aunque en otro momento esto me habría incomodado por hacerme sentir expuesta, me encanta que, a pesar de todo lo que hemos compartido, siga generando estas reacciones en mí.

—Pol me va a matar —murmura pasándose la mano por el pelo.

—¿Por qué?

—Porque no he sido muy profesional.

—No sé por qué lo dices —añado mordiéndome el labio inferior, porque ha sonado tan irónico que hasta él ha empezado a sonreír.

—No, ¿verdad?

—Oye, ¿te ha dicho algo de la colaboración?

Este viaje ha sido tan intenso que no he caído en preguntar en ningún momento si estaba dando buenos resultados en la empresa.

—No hemos hablado mucho, pero sé que, gracias a tu contenido, están llegando más clientes.

—¡Eso es genial! —exclamo contenta. Es muy gratificante ver que tu trabajo obtiene resultados.

—Pol está muy feliz.

—Me alegro mucho.

—Tendré que compensártelo. —Su tono cambia directamente. Noto cómo su mano acaricia mi espalda y me atrae un poco hacia él. Yo no lucho y me acerco.

—¿Cómo? —pregunto contra sus labios, rozándolos levemente.

—Se me ocurren algunas ideas.

—Estoy deseando conocerlas todas.



Bruno

29 DE JULIO

Llevamos todo el trayecto hablando sin parar. De fondo suena la *playlist* de Lena. En aleatorio, por supuesto. Nunca pensé que acabaría cantando a grito pelado una canción de... ¿Cómo se llamaba? Taylor no sé qué.

—¿Cómo has dicho que se llamaba esta cantante?

—Taylor Swift.

Eso. Taylor Swift.

—¿Y por qué me sé la letra si no tengo ni idea de quién es?

—Porque tu inconsciente tiene buen gusto.

—Y el consciente también —replico poniéndole la mano en el muslo mientras miro a la carretera—. Mira a quién llevo de copiloto.

—¿Te recuerdo que he acabado aquí por una colaboración y no porque me conquistases para hacer este viaje?

—Si te hubiera conocido antes de la colaboración, habrías terminado aquí de todos modos, princesita.

—Tú flipas —responde y suelta una carcajada que suena por todo el minibús.

Me vuelve loco, joder.

—¿Luego me enseñas más canciones de la tal Taylor? —pregunto entrelazando mis dedos con los de ella.

—¡Hecho!

El paisaje comienza a cambiar. A lo lejos, aparecen las primeras casas asomando por la ladera de la montaña.

—¿Eso es Mojácar? —pregunta Lena señalando hacia el horizonte con la botella de agua medio vacía en la mano.

—Efectivamente.

Se incorpora en el asiento y se pone la mano sobre la frente para hacerse sombra. Y yo..., pues eso. La miro de reojo como un idiota. Hostias, qué guapa está cuando se emociona.

Pienso en ella. Y en lo mucho que me apetece que esto —lo que sea que esté pasando entre nosotros— no se acabe en cuanto termine el viaje.

A medida que nos acercamos, la población empieza a definirse con más nitidez. Las callejuelas estrechas, las cuestas empedradas, las buganvillas trepando por las paredes. Es imposible no querer quedarse aquí a vivir.

Giramos la última curva y entramos en el pueblo. Aparco en una explanada medio vacía, con esa esperanza estúpida de encontrar desesperadamente algo parecido a una sombra.

Cuando corto el contacto y abro la puerta, un calor que podría venir del puto desierto impacta contra mi cara.

Lena se aleja unos pasos y se pone a grabar. Va girando sobre sí misma con el móvil en alto, enfocando fachadas, callejones y

tejados. Me quedo un momento contemplándola, aguantándome las ganas de ir tras ella y comérmela a besos. Porque me pierde. Joder si me pierde. Pero, cuando está trabajando, no me gusta distraerla.

Me obligo a moverme, entro en la cámara y abro la nevera con la esperanza ingenua de encontrar algo frío y mínimamente apetecible. Pero lo que me saluda desde dentro es una verdadera tristeza. Solo hay medio limón seco y una loncha de queso. Estamos jodidos.

Con esto, un restaurante pijo te monta un «mosaico minimalista de lácteo envejecido sobre esencia cítrica» y te lo clava a cincuenta pavos. Y encima sin pan. Porque, claro, el pan ya sería demasiado ordinario.

Pero nosotros no tenemos estrella Michelin. Así que nada. Tocaré improvisar.

Me asomo por la puerta, secándome el sudor de la frente con el antebrazo.

—Princesita —la llamo en cuanto veo que deja de grabar y baja el móvil—, ¿qué te parece si pillamos algo para picar ahora?

Lena sonríe y echa a andar hacia mí moviendo las caderas como si el calor no fuera con ella.

—He visto que hay una tienda aquí al lado —dice, señalando hacia la izquierda con el móvil todavía en la mano—. Podemos comprar cualquier cosa y comer en la playa.

—Te sigo.

Cierro la puerta del minibús con un golpe seco y, antes de que pueda dar un paso más, la rodeo por la cintura y la atraigo hacia mí hasta que su cuerpo choca con el mío. Le planto un beso rápido en los labios creyendo que con eso tendré suficiente, pero no es así. Vuelvo a por otro, más lento. Ella sonríe contra mi boca y me muerde el labio inferior.

Cuando conseguimos despegarnos, echamos a andar hacia la tienda con los dedos entrelazados. El calor sube por dentro y las ganas... las ganas se apoderan de nosotros.

Ya en el interior de la tienda, nos perdemos por los pasillos. Lena se detiene frente a la sección de ensaladas y agarra una que tiene pollo vegano y otros ingredientes más. Me da curiosidad y, sin pensarlo mucho, acabo cogiendo lo mismo.

Me adelanto un poco y me topo con una sección que parece el desván de una abuela moderna: guantes de jardinería, chancas fosforito, juegos de sartenes apilados... Y entonces lo veo: un maletín de pinturas. Contiene pinceles, pintura acrílica, acuarelas y hasta unos cuadernillos.

Lo cojo sin dudar.

Busco a Lena entre los pasillos y la encuentro eligiendo un paquete de fresas. Me acerco por detrás y le planto la caja de pinturas delante de la cara. Ella se gira, me mira... y me regala una sonrisa que me derrite al instante.

—Ya tenemos plan —afirmo con una sonrisa.

—¿Vamos a pintar? —pregunta elevando las cejas.

—Bueno..., tú vas a pintar. Yo voy a intentarlo.

—¿Y en qué te basas para creer que yo sé pintar?

—En que te escucho cuando hablas. Pero, si lo que dijiste en su día de que se te daba bien fue solo una apreciación porque tu autocrítica ante tu arte brillaba por su ausencia, diré que es precioso igualmente.

—Eres idiota.

Se ríe y me abraza con una mano mientras sigue sosteniendo el paquete de fresas con la otra. Y en ese momento me doy cuenta de que hay pocas cosas más adictivas que verla feliz por una tontería que se me ha ocurrido en un supermercado.

Pagamos y salimos de la tienda cargados. Cuando llegamos a la playa, extendemos una toalla sobre la arena y nos sentamos frente al mar a comer. En cuanto terminamos, sacamos el maletín de pinturas y abrimos el paquete de patatas.

—Tengo una propuesta —digo antes de llevarme una patata a la boca—. A ver qué te parece.

Lena arquea una ceja, interesada. Se incorpora un poco, apoyando las manos en la toalla para acercarse más.

—Sorpréndeme.

—Nos dibujamos el uno al otro. Tú, en tu hoja; yo, en la mía. Sin mirar lo que hace el otro. Y luego... revelamos nuestras obras maestras.

Durante un segundo no dice nada. Solo parpadea. Pero puedo ver cómo empieza a encenderse algo en ella. Se le ilumina la mirada. Después sonrío. Primero con los ojos, luego con toda la cara.

—¡Me encanta tu idea! —Se lanza sobre el maletín de pinturas y lo abre con una emoción desbordada—. Me flipa.

Me quedo mirándola, completamente embobado... ¿Por qué narices no se me ha ocurrido esto antes?

—Sabía que te iba a molar.

Y no es por tirarme el moco. Es que la conozco, o estoy empezando a hacerlo. Y, cuanto más descubro, más me gusta. Más me atrapa.

Repartimos el material y empezamos a pintar. Lena se concentra al instante. Tiene el labio inferior atrapado entre los dientes y el ceño ligeramente fruncido. Yo... estoy haciendo lo que puedo. Empiezo por su cara. Mal. Continúo por sus ojos. Peor. Me esfuerzo, pero el resultado huele a tragedia desde el primer trazo.

—Esto me está quedando fatal —comento con el pincel entre los labios.

—Seguro que no —me tranquiliza ella con una sonrisa y sin apartar los ojos de su dibujo.

—Te lo aseguro.

Lena levanta la vista por un segundo. Me mira con una mezcla de curiosidad y diversión.

—Bruno...

—Dime.

—Me da igual cómo te quede. Me lo estoy pasando superbién.

—Yo también. Aunque esté destrozando el arte como concepto.

Ella niega con la cabeza y vuelve a lo suyo. Yo respiro hondo y sigo pintando. Mal. Muy mal. Pero con ganas. Porque, al final, esto no va del resultado. Va de este momento. De ella ahí, frunciendo el ceño. De mí, sintiéndome un completo desastre... y feliz. Feliz de estar aquí. Con ella. Pintando lo peor que he pintado en mi vida. Y deseando que nunca se acabe. Parece disfrutar de cada gesto, de cada trazo. Como si estuviera recordando algo que la hacía feliz. Hay pintura en sus brazos, en sus piernas. Y está preciosa.

—¿Qué vas a hacer cuando se acabe el viaje? —pregunto mientras intento no arruinarle la forma de la nariz.

Lena tarda en contestar. No porque no tenga nada que decir, sino porque busca las palabras. Lo noto en cómo baja la vista, cómo la mano le queda suspendida sobre el papel un instante.

—No tengo ni idea —admite, bajando un poco la voz y mojando el pincel con delicadeza—. Este viaje ha puesto mi mundo del revés. Sé que no quiero volver a lo de antes. Quiero..., no sé. Quiero estar bien. Ser feliz, de verdad. Pero aún no sé cómo.

—Lo de querer ser feliz ya es un punto de partida —comento agarrándole la mano que tiene libre.

—¿Tú crees? —pregunta, y en sus ojos se reflejan muchas cosas: miedo, esperanza y algo más, algo que solo percibo en su mirada

cuando posa sus ojos en mí.

—Por supuesto. Querer cambiar las cosas no es ninguna tontería. La mayoría de la gente ni se lo plantea.

Ella asiente, despacio.

—Ya, pero no quiero que se quede en eso, ¿sabes? Quiero conseguirlo. Hacerlo real.

—Lo vas a lograr.

Lo digo sin titubear. Porque así lo pienso.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque, incluso cuando crees que estás perdida, no te rindes. Y eso te hace imparable, Lena.

—Ojalá tengas razón —suelta devolviendo la atención a su pintura.

—Ya verás que sí.

—¿Y tú? —pregunta ella, sin mirarme directamente—. ¿Tienes algún plan?

—Yo... —Me rasco la nuca—. Volveré al taller con Pol. Tengo un par de camperizaciones que terminar. Ahorraré. Con calma. Para mi casa cutre en la playa. Ya sabes.

Ella sonríe.

—¿Me invitarás? —pregunta, y por un momento no tengo claro si lo dice en serio o no, pero volver a verla suena tan bien que me agarro a ello.

—¿Te gustaría?

—Por supuesto.

—Entonces sí, siempre serás bien recibida donde esté yo, Lena.

Ella me mira como si no se esperase esa respuesta, y lo que no digo, lo que guardo en mi interior con llave, es que ojalá el plan de futuro fuese continuar un poco más en este viaje, porque no me siento preparado para decirle adiós.

Ella vuelve a prestar toda su atención a su dibujo. Se nota que disfruta, que se deja llevar. Me gustaría que pudiera verse desde fuera, justo como la veo yo ahora: con el pelo suelto, el pincel entre los dedos, los pies hundidos en la arena.

Pasado un rato, ambos acabamos nuestras obras de arte dignas de museo —nótese la ironía— y, como ninguno de los dos nos vemos capaces de enseñarlas libremente, decidimos hacerlo a la vez.

—Una... —dice ella, mordiéndose el labio para no reír antes de tiempo.

—Dos... —sigo, y trago saliva, porque, en serio: mi dibujo es un insulto al realismo, al impresionismo y al buen gusto en general.

—Tres —soltamos los dos al unísono.

Giramos los cuadernos.

—¡Dios mío! —Lena se tapa la boca con la mano, ahogando una carcajada—. ¡¿Por qué tengo un ojo más grande que el otro?!

Yo intento mantener la compostura..., pero fracaso estrepitosamente.

—Tiene su encanto... si lo miras de lejos, con los ojos cerrados —me defiendo, ya llorando de risa. Ella no puede hablar. Solo asiente entre carcajadas, con lágrimas en los ojos—. Además, mira qué pelo te he hecho. Por favor, ¡vaya melena!

Lena se deja caer sobre la toalla, riéndose tan fuerte que apenas puede respirar.

—Se me ha ido la mano, lo reconozco —confieso, contemplando mi dibujo—. Pero también te digo una cosa... Eres tan guapa que ni aunque me reencarnara en Gustave Courbet conseguiría hacerte justicia.

Levanto la vista y me encuentro con sus ojos clavados en los míos.

Entonces Lena alarga el brazo y me tiende su dibujo. Lo sostiene por los bordes, con las yemas de los dedos. Tomo el papel con ambas manos. Con cuidado.

Joder.

Es increíble.

El papel está lleno de vida y color. Soy yo. Pero no como suelo verme. Es una versión... diferente. Más bonita. Con una luz que no había visto antes reflejada en ningún espejo. ¿Así me ve ella?

Tardo un par de segundos en reaccionar.

—Joder, Lena. Es alucinante.

Ella baja la mirada, un poco avergonzada por el elogio.

—¿Puedo quedármelo? —pregunto sin apartar los ojos del papel.

—Solo si yo puedo quedarme el tuyo.

—¿De verdad quieres esto? —le digo, señalando mi dibujo—. Pero si parece que lo ha hecho un niño de tres años.

Ella asiente con convicción.

—Lo voy a colgar en casa, justo encima de la cafetera. Para sonreír cada mañana.

Me lanzo hacia ella. Me tumbo con cuidado sobre su cuerpo, apoyándome con los brazos para no aplastarla, y empiezo a llenarle la cara de besos: en la frente, en la nariz, en la comisura de los labios. Ella me pasa los brazos por la espalda y tira de mí para abrazarme.

—Eh, eh, vas a mancharme de pintura —me quejo contra su boca.

—Demasiado tarde.

Lena se ríe, hunde los dedos en mi pelo y me sujeta la cara con ambas manos.

—No sé qué estás haciendo conmigo... pero podría acostumbrarme a esto —susurro, acariciando su mejilla con la punta del pulgar—. A ti.

—Bruno...

—No tienes que decir nada. Solo quería que lo supieras.

Y entonces nos besamos. Y, mientras lo hacemos, pienso que este recuerdo lo voy a guardar como un tesoro. Porque si algo he aprendido en estos veinte días es que los momentos así no se planean, no se fabrican. Solo se viven. Y, si tienes suerte..., se repiten.



Al caer la noche, decidimos acercarnos al pueblo que se asoma en lo alto de la montaña. A diferencia de esta mañana, ahora las calles de Mojácar están llenas de vida.

—¿Sabes qué se celebra hoy? —le pregunto a Lena, esquivando a un grupo de niños que corren con bengalas encendidas.

—No tengo ni idea —responde, apretando mi mano con suavidad—. Pero me gusta estar aquí contigo.

Nos dejamos arrastrar por el bullicio. Cuanto más subimos, más densa se vuelve la multitud. Avanzar cuesta muchísimo, pero Lena no me suelta la mano ni por un segundo. Me mira por encima del hombro de vez en cuando y, cada vez que la veo sonreír, me da un vuelco el corazón en el pecho.

La música vibra cada vez más cerca. Seguimos el sonido y las luces de colores hasta que desembocamos en una plaza donde han montado un pequeño escenario. Hay un grupo tocando. Ni puta idea de quiénes son, pero... ¿a quién le importa? La gente canta, salta, grita. El ambiente es brutal.

—Ven. —Lena tira de mí, acercándose más al centro—. Vamos a bailar.

No puedo decirle que no. Rodeo su cintura con las dos manos, ella apoya las suyas en mis hombros y empezamos a movernos al ritmo de la música.

Bailamos una canción. Y luego otra. Nos besamos entre verso y verso, luces que parpadean y guitarras que no descansan.

Bailamos tan pegados que casi puedo sentir el latido de su corazón contra mi pecho. Sus caderas se mueven con descaro, frotándose contra mi entrepierna, encendiendo un fuego que crece sin piedad. El calor se acumula entre nosotros y mi respiración se vuelve más fatigosa.

Joder. Me está volviendo loco.

—¿Lena...? —murmuro, rozándole la oreja con los labios.

—¿Sí?

—Esto no es justo.

—¿El qué?

—Que me provoques así.

Ella se ríe contra mi cuello, tentadora como el puto pecado.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Sus dedos comienzan a jugar con la tela de mis pantalones.

—Nada. —Sujeto su cara con las dos manos. Sus mejillas están calientes; su boca, entreabierta. Paso el pulgar por su labio inferior y la mirada que me devuelve es de todo menos inocente—. Todavía.

Lena atrapa mi dedo con la boca y empieza a chuparlo despacio. Sin dejar de mirarme a los ojos, juega con la lengua alrededor de mi dedo, rozándolo con una lentitud que me quema. Luego lo desliza hasta el fondo de su boca, y yo trago saliva, atrapado por el calor y la audacia de ese gesto.

—Lena —le digo con la respiración entrecortada—, si sigues así, voy a acabar haciéndote el amor aquí mismo.

—¿Y si quiero que lo hagas? —responde, arañándose con suavidad la nuca.

La beso con una urgencia que me quema por dentro, como si ella fuera la única manera de apagar este fuego que arde en mi interior. Sus labios responden desesperados. Con hambre. Lena se aferra a mi camiseta, apretándose contra mí con una intensidad que me deja sin aire.

El sonido del concierto se vuelve un murmullo lejano. No oigo nada más que su respiración contra mi boca.

Cuando nos separamos, seguimos pegados, a apenas unos centímetros de distancia, pero su aliento todavía roza mi piel, y el calor de su cuerpo se queda vibrando contra el mío, como si se negara a irse. Siento sus dedos aferrados a mi camiseta, su pecho agitado frente al mío, y por un momento solo existe ella, con las mejillas encendidas y los labios aún húmedos del beso.

Estoy a punto de volver a besarla cuando algo en ella cambia.

Sus ojos se desvían por encima de mi hombro y, en un segundo, todo su rostro se descompone. La sonrisa se le borra, la tensión le crispa la mandíbula. Mi pecho se tensa antes siquiera de saber por qué.

—¿Qué pasa? —pregunto, pero ya estoy siguiendo la dirección de sus ojos.

Entre la multitud, deslizándose entre cuerpos y luces de colores, un hombre con traje oscuro avanza directo hacia nosotros. Camina como si el mundo no existiera, como si la música no sonara, como si nada más importara.

Excepto Lena.



Lena

Mi corazón empieza a latir tan fuerte que por un momento me da miedo que se me salga por la boca. Lo hace con una violencia que roza lo insoportable, con esa taquicardia seca y áspera que solo el pánico sabe provocar.

Porque ahí está él.

Enzo.

Lleva una camisa blanca y un traje oscuro. Todo perfectamente planchado. Incluso sus pasos parecen medidos, como si cada uno hubiese sido ensayado frente al espejo. Y tal vez lo han sido. Conociéndolo, no me extrañaría.

Es el mismo de siempre. Demasiado perfecto por fuera, demasiado podrido por dentro. Nada en él ha cambiado, excepto quizá la forma en la que mi cuerpo lo reconoce. Y viene directo hacia mí.

Lo sé porque sus ojos están clavados en los míos con una intensidad que perfora. No parpadea, no sonríe. Su manera de mirarme es la misma de siempre: como si le debiera algo.

«¿Qué hace aquí?».

Esa pregunta se abre paso en mi mente con la misma torpeza con la que una gota intenta romper una piedra.

«¿Por qué ahora? ¿Por qué cuando he empezado, por fin, a respirar sin él?».

Mi estómago cae en picado, como si se hubiera soltado de una cuerda floja.

Enzo avanza con decisión, con firmeza, y la multitud se aparta sin darse cuenta, como si su presencia tuviera un campo magnético, una energía oscura, que lo apartara todo a su paso; como si su mera presencia alterara el ritmo natural de las cosas.

Y yo me quedo aquí, paralizada; como si su sombra pudiera alcanzarme incluso bajo esta luz de verbena; como si todas las capas que había construido en las últimas semanas se agrietaran de golpe bajo su mirada.

Una parte de mí quiere huir, desaparecer entre la multitud, fundirse con el gentío y no mirar atrás. Otra parte se niega a moverse. Porque la Lena que soy ahora —la que se permite desear, bailar, equivocarse, vivir— se aferra al presente con las uñas.

«Y eso, Enzo, no te lo esperas».

—¿Esto es lo que has estado haciendo estos días?

Su voz retumba más fuerte que los altavoces del concierto. Tiene esa maldita habilidad de proyectar sin gritar. Ni siquiera me da tiempo a decir nada. Él ya está delante de mí, con los ojos clavados en los míos con una mezcla de decepción y desprecio.

—¿Dejar que el primero que se cruce contigo te meta mano? —me espeta, alzando un brazo en dirección a Bruno sin mirarlo siquiera—.

Tenemos conceptos muy diferentes de lo que supone trabajar, está claro.

Puedo sentir que la gente comienza a mirarnos y a detenerse a nuestro alrededor.

—Enzo, basta —le pido en voz baja, procurando mantener la compostura—. No es el momento ni el lugar.

Él deja escapar una risa corta, seca. No hay humor en ella, solo soberbia.

—Ah, ¿no? —pregunta inclinando un poco la cabeza—. ¿Y cuándo es el momento adecuado, Lena?

Bruno avanza unos pasos. La sonrisa que tanto me reconfortaba ha desaparecido por completo; la sustituye un ceño fruncido que denota irritación.

—No vuelvas a hablarle así.

Enzo gira la cabeza hacia él. Una sonrisa breve —sin rastro de calidez— se dibuja en sus labios.

—Estoy hablando con mi pareja —escupe con tono de desdén—. Lo que pase entre ella y yo no es asunto tuyo.

En ese instante, una punzada de desconcierto me atraviesa.

«¿Pareja?».

—En eso te equivocas. Si no la respetas en mi presencia, ya se convierte en mi problema.

—No confundas respeto con tolerar que alguien se degrade a sí misma.

La contundencia de sus palabras despierta bajo mi piel una incomodidad visceral que se expande sin permiso. Sé que no es verdad. Pero, aun así, me duele que diga eso de mí.

Bruno aprieta los puños con una fuerza que blanquea sus nudillos y en sus ojos se enciende un destello oscuro, un brillo de ira apenas contenida que endurece sus facciones. Sus hombros se tensan y su

pecho se expande en una inspiración profunda. Nunca lo había visto así.

—¿Cómo has dicho? —pregunta con un tono tan frío que me hiela la sangre.

Yo parpadeo, intentando entender cómo he acabado atrapada entre los dos.

—No montéis una escena... —logro murmurar, consciente de lo inútil que resulta mi súplica. Mi voz apenas se abre paso entre ellos y, sin embargo, basta para que ambos se vuelvan hacia mí.

—¿Una escena? —repite Enzo con sorna, arqueando las cejas, como si la sola sugerencia lo ofendiera—. De eso ya te has encargado tú aquí con *este*. —Escupe con desprecio la última palabra dirigida a Bruno—. Bailando como una cualquiera, con una falda que apenas tapa lo justo y que no deja nada a la imaginación. ¿Y pretendes que no diga nada?

Me quedo rígida. La sangre me hierve y me sube en oleadas hasta la garganta, espesa y caliente. Bruno avanza un paso, lo suficiente para interponerse entre Enzo y yo. Su mirada arde con una intensidad que parece desgarrar el espacio entre ambos.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —exclama Bruno. Su voz, más afilada ahora, corta el aire.

Enzo, sin siquiera dignarse mirarlo, avanza. Lo embiste con el hombro con una frialdad deliberada, desplazando a Bruno para colocarse frente a mí. Este último gira con el movimiento, siguiendo la dirección del contacto, quedando justo detrás de Enzo. Su mandíbula se tensa, la rabia contenida palpita en el latido visible de su sien; lo detesta, y no lo disimula. Enzo se inclina hacia mí. Es la primera vez, desde que me fui, que lo tengo tan cerca. Algo se revuelve en mi estómago, una maraña incómoda de recuerdos y sensaciones que parecen pertenecer a otra vida.

—¿En qué te has convertido, Lena? —me pregunta, ignorando por completo a Bruno y acortando aún más la distancia, hasta que mi espacio personal deja de pertenecerme—. Esta... —me señala de arriba abajo con una mueca de asco— no eres tú. Tú eres discreta, elegante e inteligente. No esta versión barata que se deja tocar por cualquiera.

Aprieto la mandíbula con una fuerza casi dolorosa, intentando contener las lágrimas que amenazan con salir.

—Tú no eres así, Lena —prosigue, y sus hombros se inclinan levemente hacia delante—. No bailas en medio de la calle, no vas por ahí besando a desconocidos. Y ahora... Mírate; no te reconozco.

Me recorre lentamente con los ojos, con un escrutinio que me desnuda capa a capa.

—Mírate, joder —repite, ahora en un murmullo. Se inclina hasta que su aliento roza el lóbulo de mi oreja—. ¿De verdad crees que ese tío te quiere? No seas ingenua, Lena.

Aprieto los labios con fuerza, luchando contra el temblor que amenaza con delatarme. Porque, aunque no quiera darle la razón, una parte de mí vacila. No por él, sino por todo lo que no sé. Por ese abismo incierto que se abre cuando pienso en lo que ocurrirá con Bruno una vez que este viaje llegue a su fin.

Nunca hemos hablado de ello. Nunca hemos puesto etiquetas a lo que somos ni a lo que seremos cuando el mapa deje de marcarnos el destino que seguir. Y, sin embargo, yo sé lo que deseo. Quiero seguir teniéndolo cerca. Quiero que esto, lo que hemos construido entre paisajes y *playlists* compartidas, no finalice cuando acabe el viaje.

Pero también sé que, cuando terminen nuestras paradas, cuando no compartamos el mismo techo bajo el cielo, puede ser el final de

lo que hemos creado en esta burbuja. Y esa duda duele. Duele más de lo que me permito mostrar.

—No es asunto tuyo —consigo pronunciar, esforzándome por mantener la voz firme. Intento cerrarme por completo, blindar cada grieta para que Enzo no encuentre el más mínimo resquicio por el que infiltrarse.

—Sí, lo es. —Su voz cambia entonces, como si una cuerda demasiado tensa cediera de pronto. La aspereza se disuelve, reemplazada por una ternura cargada de melancolía—. Porque nunca he dejado de amarte. Ni siquiera ahora —añade, con un suspiro entrecortado—. Sigo amándote, Lena. Y lo haré siempre. Aunque me arranques de tu vida. Aunque me obligues a convertirme en un extraño. —Su voz se quiebra—. Porque no sé amar de otra manera que no sea contigo.

Sus palabras me atraviesan sin que pueda detenerlas. Me inunda la tristeza por lo que fuimos, por lo que prometimos y no llegamos a cumplir. Y, aunque debería poner en duda cada una de esas palabras, me descubro creyéndolas. Creyéndolo a él.

—Entiéndeme, cariño. —Sus manos se cierran alrededor de las mías—. Me preocupa verte tan... irreconocible. —Enzo aprieta con suavidad mis manos entre las suyas—. ¿Qué te ha pasado?

Mis ojos, que buscan respuestas en los suyos, se llenan de confusión y angustia.

—No... no lo sé —respondo con la voz entrecortada, apartando delicadamente mis manos de las suyas.

Siento las miradas a nuestro alrededor: inquisitivas, entre el asombro y el morbo. Rostros ladeados, cejas alzadas, susurros afilados que cortan el aire con ese tono cruel de quien se alimenta del espectáculo ajeno.

—Teníamos una vida juntos, Lena —continúa Enzo, y su voz se desliza con el ritmo de una sentencia que no admite réplica—. Una vida que tú has empezado a romper sin darte cuenta. —Niega despacio con la cabeza, y ese movimiento pausado arrastra consigo un leve fruncimiento en su ceño, el pliegue inconfundible en su frente que tantas veces aprendí a reconocer como signo de desaprobación—. ¿No lo ves? Lo has echado todo a perder.

La idea se cuela en mi mente con una fuerza demoledora que rápidamente se expande hasta ocupar rincones que hasta hacía apenas un instante creía a salvo. Como una sombra insidiosa, comienza a recorrer cada pensamiento, a invadir mis recuerdos, y me sorprendo repasando, una y otra vez, cada instante, cada decisión, con la esperanza —o quizá el temor— de encontrar ese preciso momento en el que todo comenzó a torcerse.

«¿Y si tiene razón? ¿Y si todo es culpa mía?».

Un estremecimiento recorre mi cuerpo. Por un instante fugaz, rehúso admitirlo, concederle siquiera un ápice de credibilidad. No, no puede ser. No, maldita sea, no.

—Pero fuiste tú quien dijo que si hacía la colaborac...

—He intentado ser paciente, comprensivo —me corta sin permitirme terminar—. Pero tú... tú has decidido que no valía la pena luchar por nosotros. Y ahora, cuando por fin te enfrentas a mí..., ¿pretendes culparme?

No sé si es el reproche contenido en su voz o la opresiva cercanía que nos separa, pero siento cómo el aire se escapa de mis pulmones y me deja sin aliento.

—Enzo, yo no te estoy culpando —digo con la voz trémula, agitada por la tensión que crece entre nosotros.

—Porque no puedes, cariño. Eres tú la que decidió irse, la que decidió meter a otra persona entre sus piernas. —Sus ojos se

oscurecen bajo el reflejo titilante de las luces del escenario—. Yo solo he reaccionado a tus silencios, a tus ausencias, a esa distancia que tú misma has creado.

Siento que el suelo se desmorona bajo mis pies, que las certezas que creía inquebrantables comienzan a tambalearse, fragmentándose en mil pedazos que no sé cómo recomponer.

—Si supieras cuánto he sufrido por ti —añade, con la voz teñida de una emoción contenida, donde se entrelazan la tristeza y el reproche, tan sutiles que resulta imposible discernirlos con claridad.

Mis ojos se humedecen y el peso de sus palabras cala hondo, dejando en mí una mezcla amarga de culpa y confusión.

—Pero no es demasiado tarde para enmendarlo —susurra, acercándose un poco más—. Solo tienes que querer que volvamos a ser nosotros, cariño.

Mientras sus palabras reverberan en mi pecho, percibo cómo el peso de la responsabilidad por lo que fuimos —y ya no somos— se incrusta en mis huesos con una densidad abrumadora que amenaza con aplastarme.

Estoy a merced de un deseo contradictorio: el anhelo ferviente de reconstruir lo que se quebró y el temor paralizante de perderlo todo para siempre.

—Basta, tío. —Bruno da un paso al frente, interrumpiendo el silencio que había dejado entre nosotros. Durante un rato, ha permanecido al margen. Pero su paciencia parece haberse agotado—. Lena ya se ha olvidado de ti.

Observo cómo su cuerpo se tensa: aprieta la mandíbula con fuerza, como si quisiera sofocar una rabia que amenaza con estallar. Sus ojos se clavan en los de Enzo con una intensidad fría y desafiante, llenos de una mezcla de ira comedida y dolor apenas disimulado.

—Entonces, ¿he malinterpretado sus mensajes? —replica Enzo, con una voz que parece deliberadamente afilada.

Bruno frunce el ceño, desconcertado. No tiene la menor idea de esos mensajes. Porque yo nunca le he hablado de ellos.

—¿Qué mensajes? —pregunta con un tono seco, buscando esclarecer lo que desconoce.

Enzo esboza una sonrisa, casi imperceptible, cargada de una satisfacción soterrada, oscura y cruel que me atraviesa como un puñal. Sé, sin lugar a dudas, que esa sonrisa está destinada a herir a Bruno, a mostrarle que él desconoce cosas que nosotros compartimos.

—Te lo repito —dice Enzo, girando apenas la cabeza, como si no mereciera su atención—: Esto no va contigo.

Pero Bruno no retrocede.

—Claro que va conmigo —replica con el cuerpo tenso y rígido—. Va conmigo porque la estás manipulando delante de mis narices, y no voy a quedarme mirando cómo la destrozas.

Mis manos tiemblan. No sé si por la crudeza de las palabras de Bruno o por la forma en la que Enzo me mira, con una combinación de dolor y vulnerabilidad injusta que despierta en mí una necesidad inesperada de protegerlo, de consolarlo, pese a todo.

—Bruno... —Mi voz se quiebra en un suspiro—. Por favor...

Él me mira con una expresión de profundo desconcierto. Sus ojos no se apartan de mí, atentos y preocupados.

—No pasa nada —añado, esforzándome por tranquilizarlo.

—¿No pasa nada? —Su voz se endurece, teñida de impotencia, frustración y desasosiego—. Te está manipulando, Lena. Y tú... tú lo estás permitiendo.

Un escalofrío me recorre la espalda y una opresión áspera se instala en mi garganta, atrapándola en un nudo que se resiste a

disolverse.

—Enzo tiene razón —confieso al borde del susurro, con la culpa arraigada en cada sílaba. No puedo negar que, sin mis decisiones, no estaríamos sumidos en este abismo.

—Lena, eso no es verdad... —La voz de Bruno se quiebra, temblorosa y ahogada por la incomprensión.

—Déjalo. Por favor.

Bruno me mira con detenimiento, y en sus ojos descubro una decepción que hasta este momento me había sido ajena. Da un paso atrás, negando con la cabeza como si la mujer que tiene frente a sí le resultara irreconocible. Entonces, con voz queda y rota, me pregunta:

—¿Estás segura?

Asiento en silencio. Él lo capta al instante y, sin decir nada más, se da la vuelta. Lo observo mientras se aleja, y siento cómo se lleva consigo un pedazo de mí, abriéndose paso entre la gente, hasta que su figura se pierde entre las luces y el murmullo de la plaza. Entonces, como un chasquido que corta la tensión, oigo la risa seca de Enzo a mi lado.

—¿De verdad me has puesto los cuernos con este? —me lanza sin pudor, estirando los hombros bajo el traje—. Qué bajo has caído, cariño.

Me vuelvo hacia él despacio. Mis ojos, sin embargo, siguen anclados en el punto donde Bruno se ha perdido entre la gente, aunque ya no esté allí.

—No sigas; te lo pido por favor —le ruego, con la voz rota por el cansancio y la angustia que me ahoga.

Enzo me observa en silencio durante un instante. Parece debatirse entre el impulso de continuar y el cansancio que también lo alcanza.

Finalmente asiente, con un gesto breve que denota resignación y frustración contenida.

—De acuerdo —claudica, evitando mi rostro por un segundo—. Ya hablaremos mañana de todo esto.

—Te lo agradezco.

Un silencio denso se cuela entre nosotros, cargado de todo lo que ya no somos.

—He reservado una habitación a unos minutos de aquí. ¿Te parece bien si vamos caminando?

Respiro hondo, sintiendo cómo la fatiga me oprime el pecho.

La propuesta me ahoga. Sé que lo más fácil sería asentir y acompañarlo. Dejar que la noche se cerrase sin más discusiones. Pero no puedo. No después de lo que acaba de pasar. No después de ver cómo se ha marchado Bruno. Le debo una explicación, aunque puede que no quiera escucharla. Y, más allá de cualquier compromiso profesional, no quiero que piense que lo he dejado en la estacada.

—No, yo... ya tengo un lugar donde quedarme.

Su expresión cambia de inmediato.

—¿Vas a irte con él? —La pregunta se escapa de sus labios como un golpe seco, y sus ojos, oscuros y fijos en los míos, me escrutan con una intensidad que duele.

—Enzo, necesito hablar con él. Eso es todo.

Veo que sus hombros se tensan hasta quedar rígidos.

—¿Por qué?

—Porque es lo mínimo que puedo hacer después de todo lo que acaba de suceder.

—No estoy de acuerdo.

Su mirada se nubla, y el tono que emplea se tiñe de un matiz extraño: un ruego contenido, sofocado por la ira que no termina de

soltar.

—Lo sé —admito, sin apartar la vista—. Pero esta decisión es mía.

Trago saliva con dificultad, sintiendo cómo la amargura se enreda en mi garganta.

—¿Y yo qué? —Enzo da un paso hacia mí, no lo bastante para invadir mi espacio, pero sí para que pueda percibir el calor que desprende su cuerpo y el perfume de su loción mezclado con la amargura de la noche—. ¿No tengo derecho a opinar sobre esto?

Le sostengo la mirada, dejando que el silencio pese entre nosotros.

—No, Enzo.

—Llevamos semanas sin vernos... —su voz se quiebra ligeramente — y, cuando vengo a buscarte, prefieres pasar la noche con él en lugar de conmigo.

—Enzo... —mi voz se suaviza, pero no cedo—, tengo que hablar con él.

—Entiendo que no te importo una mierda.

—Me voy.

Me giro, decidida a marcharme. Pero Enzo reacciona de inmediato.

—Te acompaño. —Su mano se cierra con fuerza alrededor de mi brazo—. Quiero saber dónde vas a pasar la noche.



Bruno

Al cerrar la puerta tras de mí, el sonido retumba como si hubiera sellado un vacío y, de repente, el silencio me cae encima. Camino por el pasillo estrecho, con las manos metidas en los bolsillos, sacándolas y volviéndolas a meter sin saber qué hacer con ellas. Mis pasos son cortos, apresurados. Me detengo un momento, miro a un lado, luego al otro, y sigo andando, incapaz de quedarme quieto.

No sé si he hecho bien en irme. En ese momento... me ha parecido que era lo que Lena quería. Y yo estaba tan saturado que no he visto otra salida que dar media vuelta y marcharme.

Me dejo caer en uno de los asientos del minibús y me recuesto en el respaldo, pero no aguanto ni un minuto. Me inclino hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza colgando entre las manos. Respiro hondo, intentando calmarme, pero lo único que consigo es volver a ver la cara de Lena... y la de él.

Sabía que Enzo era un gilipollas; eso lo tenía más que claro. En ese aspecto, hoy no he descubierto nada nuevo. Pero verlo en persona..., hostias, ha sido otro rollo. Qué asco.

Pero no es solo Enzo lo que me está llevando a estar así. Es algo más jodido: es saber que, aun imaginando lo que él es capaz de hacer, no he sabido pararlo. Ese tío juega sucio, y lo sabe hacer muy bien. No sé qué voy a hacer ahora. Solo sé que quedarme ahí, delante de los dos, me estaba matando. Me quemaba por dentro verla caer en esa mierda y saber que, en ese momento, todo lo que yo pudiera decir ya daba igual.

Cuando oigo un golpe en la puerta, me doy cuenta de que no sé cuánto rato ha pasado desde que he llegado aquí, he perdido la noción del tiempo. Me paso las manos por la cara, para intentar arrastrar el cansancio y deshacerme del nudo que tengo en el estómago, pero no sirve de mucho. El pulso se me acelera antes siquiera de dar el primer paso hacia la puerta. El pasillo, que normalmente cruzo en dos zancadas, hoy me parece interminable.

Al abrir, encuentro a Lena. Tiene los ojos muy abiertos, fijos en mí, y esa respiración corta que le agita el pecho. Y detrás de ella, cómo no..., ese cabronazo, con las manos hundidas en los bolsillos de los pantalones y esa mirada que mezcla suficiencia y desprecio, como si estar frente a mi puerta fuera un favor personal que debería agradecerle. Ni siquiera necesita abrir la boca para tocarme los cojones.

No digo nada. Me aparto para dejar la puerta abierta y me adentro en el minibús. Me acomodo en el asiento más cercano, con los codos apoyados en las rodillas y la vista clavada en el suelo. Desde fuera, llegan voces apagadas. Reconozco el timbre de Lena, rápido y contenido, y el de Enzo, grave y arrogante como siempre, aunque no distingo las palabras. No necesito oírlas para saber que

me revolverían el estómago. El silencio que sigue es breve. Después, la puerta se cierra con un golpe seco y, por primera vez en toda la noche desde que ese desgraciado ha aparecido, me permito respirar un poco más hondo. Por lo menos ese imbécil no entra con ella.

Lena avanza hacia mí despacio, como si temiera que un paso en falso pudiera romper algo más de lo que ya está roto. Se detiene frente a mí y, aunque no me atrevo a levantar del todo la mirada, percibo su nerviosismo vibrando en el aire.

—Bruno... —le tiembla la voz, como si estuviera tanteando las palabras antes de decirlas—, siento todo lo que ha pasado.

Asiento apenas, pero no respondo. No porque no quiera, sino porque ahora que la tengo delante no sé por dónde demonios empezar. Al ver que no digo nada, continúa.

—Respecto a los mensajes..., solo fue al principio del viaje. Cuando tú y yo apenas..., bueno, cuando no había pasado nada entre nosotros.

No la interrumpo, pero levanto la vista un instante para mirarla.

Me jode muchísimo que estemos así; que, en lugar de estar perdiendo la noción del tiempo besándola, contando sus pecas una por una o viéndola reírse o sonreír de esa forma que me deja fuera de combate..., estemos aquí, frente a frente, hablando de esto como dos extraños.

—Y después... —Traga saliva, apartando la mirada de la mía como si le pesara mantenerla—. Estos últimos días, él ha estado insistiendo, escribiéndome. Yo le dije que me dejara en paz, te lo prometo.

Habla rápido, como si quisiera sacarse las palabras de dentro antes de que se le atragantasen. Me consuela. Pero que se haya escrito con él no es el problema, no es lo que me está comiendo la cabeza.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunto al fin.

No es un reproche... o sí, yo qué sé. La cosa es que necesito entenderla, joder. No comprendo que haya decidido ocultarme algo así.

Sus dedos juegan con el borde de la falda que lleva puesta. Está nerviosa, y no me gusta verla así.

—Porque pensé que te ibas a enfadar.

Lo dice tan bajo que casi tengo que leerlo en sus labios. Y eso... eso me deja helado. No porque no lo esperara, que tampoco, sino porque me jode que lo piense. Me sorprende y me inquieta a partes iguales. Yo no soy así. Coño, creí que eso lo tenía claro; que, aunque nos conociéramos desde hace poco, todo lo que habíamos vivido juntos bastaba para que supiera que conmigo no debía tener miedo. Y, sin embargo, aquí estamos.

—¿Enfadar? —No puedo evitar que me tiemble un poco la voz—. Lena, no me molesta que hayas hablado con Enzo. Me molesta que hayas pensado que no podías decírmelo.

La miro y veo cómo se queda paralizada, sin saber qué responder. Y ahí, en ese silencio que pesa más que cualquier palabra, lo entiendo. La relación que ha tenido con ese tío la ha marcado tanto que ha sentido que tenía que ocultarme esto solo para no entrar en conflicto..., para no arriesgar lo poco que aún parecía seguro entre nosotros.

Me levanto del asiento, con los hombros rígidos y la mandíbula tensa. Me acerco a ella despacio. Quiero que entienda que conmigo no hay secretos que valgan, que puede confiar en mí.

—Lena..., no soy él.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ese imbécil te está jodiendo la vida.

Cada palabra lleva la rabia contenida, la frustración de ver cómo alguien como él puede manipularla y hacerla dudar de lo que tenemos.

Ella traga saliva, aparta la mirada y niega con la cabeza, esquivando mis ojos.

—Bruno..., las cosas no son como tú crees.

Alzo las cejas sin poder evitarlo. Porque es justo lo contrario: las cosas son exactamente como creo.

—Lena, no me jodas... —Respiro hondo y trato de suavizar el tono. Lo último que quiero es que piense que la estoy atacando, porque no es así. Lena no es la culpable de nada; lo es ese cabrón que la ha tenido enredada tanto tiempo—. He estado ahí.

—Enzo tenía motivos para ponerse así.

Siento cómo se me encoge el pecho.

«¿Lo está defendiendo? No puede ser verdad».

—¿Y cuáles son esos motivos? Porque yo no consigo encontrar ni uno solo que justifique que te trate como él lo hace.

—Fue un malentendido. —Evita mirarme. Busca cualquier rincón que no sean mis ojos, como si temiera ver el reflejo de una verdad que no quiere aceptar—. Enzo me dijo que, si hacía la colaboración, me olvidara de lo nuestro, de él. Pero no lo dijo en serio, solo estaba... asustado de que me fuera tanto tiempo.

—De perder el control sobre ti.

Lo suelto sin rodeos, porque lo veo clarísimo.

—Solo quiere protegerme.

—A mí no me lo parece.

Joder, me gustaría poder arrancarme los ojos y ponérselos a ella para que viera lo que veo yo y así entendiera de una maldita vez que, por más que busque excusas, Enzo es un puto parásito.

—Bruno, yo quería arreglar las cosas con él cuando se terminara este viaje —susurra, casi como si hablara consigo misma—. Esa era la idea cuando me fui.

«*Era*. Bien, joder».

—Todos podemos cambiar de opinión, ¿no?

Y no lo digo para quitarle peso; lo digo porque necesito saberlo. Necesito que me diga si de verdad cerró esa puta puerta... o si todavía sigue abierta.

—He hecho lo que me ha dado la gana, sin pensar en si eso podía hacerle daño o no —contesta con un hilo de voz, y una primera lágrima baja despacio por su mejilla. Me muero de ganas de acercarme y secársela con el dedo, de abrazarla hasta que deje de sentirse así, pero me contengo. No estoy seguro de que ella quiera que lo haga—. No me he comportado bien.

—¿Por qué? ¿Por pensar en ti?

—No es justo para él. No se merece que, después de tantos años juntos, le haga esto. —Se seca las lágrimas con el dorso de la mano—. Mierda... Todo esto es culpa mía.

—Eso es lo que él quiere que pienses —me paso una mano por el pelo, tirando un poco de él; estoy desesperado por que lo entienda de una puñetera vez—, que es culpa tuya, cuando no es así.

Siento cómo su cuerpo se queda rígido por un instante, como si esa posibilidad le resultara casi imposible.

—No es tan sencillo.

—No, claro que no lo es. —Suelto el aire despacio, casi con rabia. No sé qué hacer con todo lo que siento. Nunca me había visto en una situación así, ni de lejos. Y tampoco sé cómo debo actuar o qué debo decir. Solo sé que quiero ayudarla. Pero, mientras la miro, solo puedo pensar en todo lo que habrá aguantado... y en lo que aún tendrá que seguir soportando si no consigue escapar de él—. No

quiero ni imaginar hasta dónde es capaz de llegar ese capullo con tal de destrozarte.

—Enzo no quiere hacerme daño.

—Pues te lo está haciendo... Y a conciencia, además.

He sonado más brusco de lo que pretendía, casi como si estuviera enfadado con ella, cuando no es así. Es la desesperación la que me quiebra la voz, la impotencia de verla defendiendo a alguien que solo sabe hundirla.

—No lo conoces.

—Lena, te está manipulando.

—No hables así de él.

Me muerdo la lengua, tragándome las ganas de soltar una burrada de las mías.

Llevo desde que ha aparecido tratando de mantener la calma, pero esta puta situación me está devorando por dentro. Cada vez que Lena abre la boca para defenderlo, siento que algo se me desgarrar por dentro. Y, por más que intento controlarlo, la realidad es que esta mierda me está haciendo perder la puta cabeza.

—Pero ¿tú te estás escuchando? —escupo con la voz rota—. Estás justificando a un tío que te trata como una puta basura.

—¡Basta ya, Bruno! —me corta, con los ojos llenos de lágrimas—. Tú no eres nadie para hablar así de él, ¿me oyes? ¡Nadie!

«Nadie».

No soy nadie para ella.

No soy nadie para la chica de la que me he enamorado.

Y, aun así, mi corazón se niega a mentir, a dejar de latir por ella. Aunque cada golpe me duela como si me lo estuvieran clavando en el pecho.

Quiero gritar, llorar, arrancarme el corazón y dárselo para que entienda lo que siento. Pero no puedo.

Joder, todo se está yendo a la mismísima mierda.

—Es la realidad —consigo pronunciar evitando sus ojos, porque sé que, si me pierdo en ellos ahora, no voy a ser capaz de terminar esta conversación sin romperme aún más—. Si te molesta, no es mi problema.

Las palabras salen antes de que pueda frenarlas.

—Y luego dices que el capullo es él.

«Espera, ¿qué?».

Me quedo quieto, intentando descifrar si de verdad ha dicho lo que creo que ha dicho. Tiene que estar de puta coña.

La tristeza me atraviesa el pecho, pero enseguida se retuerce convertida en furia.

—No me compares con ese imbécil.

Lo digo con la voz llena de rabia. Porque la sola idea de que me ponga al nivel de ese maldito manipulador me revienta por dentro.

—¡Que no lo insultes!

Lena grita, alzando la voz con un ímpetu que me deja helado.

Ahí lo veo claro: no hay nada que pueda decir que la saque de donde está. La rabia que me estaba comiendo se convierte en un silencio amargo que me ahoga. Noto su mirada clavada en mí, exigiendo una respuesta, esperando que insista, que le grite lo que yo sé que ella no quiere oír. Pero ya no puedo.

Nos quedamos frente a frente, como dos desconocidos que no saben qué coño hacen compartiendo el mismo espacio. El minibús es pequeño, pero ahora parece enorme. No, peor: parece que entre los dos se haya abierto un océano imposible de cruzar.

De repente, echo de menos mi casa, mi gente, un abrazo de los míos. Echo de menos la tranquilidad de no estar atrapado en esta mierda que me supera. La furia se desvanece de golpe, arrastrando consigo lo poco que me quedaba en pie. Solo queda tristeza,

cansancio. Y una verdad que me cae encima como un condenado ladrillo.

—No puedo más —digo al fin, con la voz rota—. Mañana me voy.

Lo suelto y siento como si el mundo se partiera en dos; como si acabara de arrancarme el corazón y dejarlo tirado en el suelo entre nosotros. Lena no contesta.

Dormimos separados. Ella se tumba al fondo, en la que había terminado siendo nuestra cama, aunque en un principio fuera solo suya. Ahora vuelve a serlo. Yo me subo a la mía, la estrecha cama sobre la cabina, con el colchón duro y el techo demasiado cerca de la cara.

Cierro los párpados, pero apenas pego ojo. Y, cuando lo hago, me descubro buscándola entre las sábanas, estirando el brazo hacia un hueco vacío que ya no me pertenece. Me sorprendo respirando hondo, como si pudiera robarle al aire un poco de su olor para engañarme y creer que sigue ahí. Pero abro los ojos y la realidad me golpea: no está a mi lado.

Me quedo mirando el techo, con el corazón hecho un nudo y el cuerpo ardiendo de ganas de bajar, de acostarme a su lado, de abrazarla, aunque sea en silencio. De recordarle, aunque ella nunca lo sepa, que la quiero.

Pero no lo hago.



Lena

30 DE JULIO

He pasado la noche dando vueltas en la cama, atrapada entre el cansancio y la agitación de mis propios pensamientos. No he dejado de darle vueltas a lo de anoche, a cómo acabó todo. Me fui a «dormir» pensando que Bruno no hablaba en serio, que aquello de dejar el viaje y regresar era solo un impulso, fruto del enfado. Pero ahora, al verlo recogiendo sus cosas en silencio, me doy cuenta de que no, de que lo dijo de verdad. Aunque según el *planning* todavía quedan unos días más para terminar esta colaboración, hoy será el último. Esa certeza me oprime el pecho, porque yo no quería que esto acabara, y mucho menos de este modo.

Lo miro mientras se mueve por el minibús con cuidado, intentando no hacer ruido.

—Lo siento —murmura cuando me incorporo en la cama—, no quería despertarte.

—No pasa nada —le contesto demasiado deprisa, forzando una sonrisa que apenas me nace—. De todos modos, ya iba a levantarme.

Y hasta ahí. El silencio vuelve a caer encima de los dos, incómodo y pesado.

Anoche lo arruiné todo. Debería pedirle perdón. Debería hacerlo ahora, antes de que sea demasiado tarde. Pero no lo hago. Me limito a tragarme el nudo que me oprime la garganta mientras él sigue guardando cosas como si yo no estuviera aquí.

No pasa demasiado tiempo antes de que un sonido familiar rompa la quietud de la mañana con el rugido contenido de un motor que se aproxima. No necesito asomarme para saber de qué se trata; lo reconozco al instante. Es el Audi Q5 negro de Enzo. Lo distingo solo con oírlo, porque, desde que se lo compró, no ha dejado escapar una sola ocasión para presumir de él.

Me descubro conteniendo el aire, como si al no respirar pudiera retrasar lo inevitable. Pero no. El coche se abre paso sobre la grava y, finalmente, el motor se apaga justo al lado de nuestra cámara. Ya no hay escapatoria.

No quiero que este momento sea más violento de lo que ya es, así que, antes de que Enzo irrumpa en el minibús, me obligo a salir a su encuentro.

El aire frío de la mañana me envuelve en cuanto pongo un pie fuera. Siento la garganta irritada, una ligera desazón que no logro disimular. Qué ironía, resfriarse en pleno verano.

Enzo desciende del coche y, al verme, esboza una sonrisa. Por supuesto, lleva puesto un traje impecable. No es el mismo que llevaba ayer, aunque apenas haya diferencias entre uno y otro.

—Buenos días —saluda al llegar hasta mí—. ¿Cómo has dormido?

Se comporta como si anoche no hubiera pasado nada. Y, durante un instante, me descubro agradeciendo esa normalidad. Una parte de mí quiere aferrarse a ella con todas sus fuerzas, deseosa de creer que todo puede seguir su curso. Pero enseguida la realidad se impone con toda su crudeza, y soy consciente de que nada volverá a ser igual.

—Buenos días —respondo con la voz más áspera de lo habitual—. No muy bien, la verdad. Creo que me he resfriado.

La mirada de Enzo se posa sobre mí con un destello apenas perceptible, tan fugaz que cualquiera lo habría pasado por alto. Pero yo lo conozco lo suficiente como para saber qué está pensando. En su fuero interno, vincula mi malestar con el conjunto que me puse ayer, más atrevido de lo que él suele aprobar. Estoy segura.

Por supuesto, dudo de que mi resfriado se deba a eso. Lo más probable es que sea culpa del ventilador que he dejado encendido toda la noche. O quizá —y esta idea me duele con una punzada más profunda— porque, al no dormir con Bruno, él no ha podido cubrirme con las sábanas cuando me he destapado sin querer.

Pero Enzo no dice nada al respecto. Ninguna crítica, ningún reproche. Así que decido no darle más vueltas.

—Pasaremos por una farmacia —dice con rotundidad, sin albergar ninguna duda de que voy a irme con él.

—Enzo...

No me deja terminar.

—¿Has hecho las maletas? —Echa un vistazo a su reloj—. Tengo una reunión mañana y necesito preparar algunas cosas. Debemos salir lo antes posible.

No hay espacio para titubeos en su voz; lo que para mí es un mar de dudas, para él se condensa en una secuencia casi mecánica. La

claridad con la que lo expone contrasta con el torbellino que me agita por dentro.

Y entonces lo comprendo. No se trata solo de cerrar un viaje, sino de elegir con quién regreso. La sola idea me paraliza.

—No... —logro articular, con ese temblor que me delata—. No estoy segura de querer marcharme contigo.

Un arrepentimiento inmediato me oprime el pecho. Me descubro rogando en silencio que mi confesión no se convierta en la chispa que encienda una nueva discusión.

—¿Piensas quedarte aquí?

Niego despacio con la cabeza, pero no con la seguridad que quisiera transmitir. Enzo frunce el ceño.

—No... no voy a quedarme aquí. Bruno también piensa marcharse.

La expresión de Enzo se transforma poco a poco, con tal lentitud que me permite advertir cada matiz. Primero un leve desconcierto, luego una sombra que amenaza con desbordarse. Cuando pienso que está a punto de estallar, ocurre algo distinto.

—Entonces... —murmura, pero no completa la frase. La deja morir en el aire, cargada de preguntas que supongo que no se atreve a formular. Por un instante, lo único que se oye es la respiración contenida de ambos. Luego, su voz regresa, más baja todavía—. Vaya... Pensaba que querías arreglar lo nuestro. Supongo que no estaba en lo cierto.

Quiero responder, pero las palabras se me atascan en la garganta. Lo único que consigo hacer es humedecerme los labios.

Ni siquiera sé si quiero arreglarlo.

—Cariño, sé que me he equivocado. —Enzo acorta la distancia entre nosotros—. Necesito que me perdones... o que, simplemente, me escuches.

Su mano se eleva con cautela, como si temiera que yo pueda apartarme, y termina posándose en mi mejilla. Entonces me alcanza su perfume; ese que impregnaba mis abrigos cuando me abrazaba en invierno; ese que permanecía en mi piel cuando lloraba en silencio. Cierro los ojos porque no puedo soportar la emboscada de recuerdos que me asaltan, tanto buenos como malos. Todo está ahí, condensado en una fragancia que me resulta insoportablemente familiar.

—No sé... No sé si...

—Vente conmigo; hablaremos de camino a casa.

Mi corazón late con fuerza, como si quisiera empujarme a ceder de una vez. Y, sin embargo, mi mente se aferra con uñas y dientes a la duda. Porque regresar a su lado es un riesgo que podría costarme todo lo que he conseguido estas últimas semanas.

—Lena, no pretendo que tomes una decisión ahora. —Enzo coge mi mano con cuidado y deja que sus dedos se deslicen sobre los míos. —Solo quiero que me escuches —baja la mirada, absorto en el contacto de nuestras manos, y su pulgar comienza a trazar círculos sobre mi piel—, que me permitas explicarte lo que siento, lo que pienso.

—No sé qué hacer.

Siento que mis palabras son insuficientes, incapaces de contener la maraña de emociones que me desbordan. Es como si cada sílaba se quedara corta, reducida a un esqueleto que apenas refleja la magnitud del caos que me habita. Trago saliva, y la sequedad que me oprime la garganta me recuerda lo mucho que me cuesta enfrentarme a él.

—Lo sé, cariño. —Suelta un suspiro profundo—. No quiero que tomes ninguna decisión si no estás preparada. Por eso insisto en que me escuches. Solo eso. —Enzo levanta la vista, hasta que nuestros

ojos finalmente se encuentran—. Si hay algo que he aprendido es que forzar las cosas solo nos ha hecho daño. Yo no quiero eso contigo.

Parece sincero, aunque... he vivido esta situación en innumerables ocasiones. Ese tono conciliador, esa ternura que se cuela en sus palabras. Siempre ha tenido el poder de hacerme sentir que estábamos al borde de un nuevo comienzo. Lo cierto es que nunca ha sido así. Los problemas han reaparecido una y otra vez. Pero ¿y si esta vez fuera diferente? Un deseo culpable me atraviesa: la tentación de creerlo.

Mi silencio parece invitarlo a continuar.

—No estoy aquí para presionarte. —Sus ojos se desvían hacia el minibús—. A diferencia de otros que quizá... —Hace una pausa breve—. Bueno, en fin... Algunos parecen ansiosos por que actúes de inmediato. Yo no soy así.

—Bruno no me está presionando. Él solo...

No consigo terminar. Mis palabras se apagan antes de nacer, como si carecieran de fuerza frente a la seguridad con la que él sostiene su argumento.

—Esa decisión tan precipitada, esa urgencia de marcharse... —Mueve apenas la cabeza, como si le doliera tener que señalar lo obvio—. No sé, solo te digo lo que pienso.

La duda se abre paso en mí con la misma facilidad con la que su pulgar sigue acariciando el dorso de mi mano. A lo mejor Enzo tiene razón. Después de todo, Bruno ha decidido largarse sin pedirme siquiera que forme parte de esa elección.

—Entiéndeme, Lena. —En su mirada se adivina un destello de desesperación—. No puedo ignorar lo que siento por ti. —Mientras habla, me aprieta la mano con una fuerza mayor. Noto el calor de sus dedos enredándose en los míos, insistentes, suplicantes—. Lo

único que te pido es que me des la oportunidad de tener una conversación. Solo eso. —Sus dedos ejercen más presión sobre mi piel—. Que no dejes que otros te empujen hacia decisiones que no has tomado tú.

Cada fibra de mi cuerpo oscila entre la inclinación de acercarme y la urgencia de alejarme, y en esa tensión se revela con crudeza el caos que Enzo encarna para mí.

Pienso en lo que debería hacer. No puedo pasarme el día entero tomando una decisión. No es justo. Ni para Enzo ni para Bruno.

—Lena, no te preocupes. —La voz de Bruno llega desde el minibús—. No hay ninguna decisión que tomar —continúa, con los ojos fijos en mí—. Yo me voy solo.



Lena

Algo se quiebra en mi interior.

Mis labios se entreabren, pero no sale sonido alguno. Solo puedo mirarlo atónita. Lo último que esperaba era esto: no solo que el viaje terminara unos días antes de lo previsto, sino que él decidiera marcharse sin mí.

Bruno vuelve al interior del minibús, como si no hubiera nada más que discutir, mientras yo permanezco unos segundos anclada en el suelo, con la garganta seca y el corazón latiendo con violencia, sin saber si correr detrás de él o si dejar que la distancia hable por los dos.

—Lena, ¿a dónde vas? —me alcanza la voz de Enzo.

No respondo.

Mis pies se mueven solos, obedeciendo a un impulso que nace más allá de la razón, como si mi cuerpo supiera antes que mi mente lo que necesito hacer.

Subo los escalones con un nudo en el estómago. Apenas cruzo el umbral del vehículo, me detengo, incapaz de avanzar un paso más.

Encuentro a Bruno inclinado sobre la mesa del comedor, con la espalda ligeramente encorvada y el bolígrafo danzando sobre un pequeño trozo de papel. Lo observo, tratando de adivinar lo que pasa por su cabeza, lo que escribe en esa nota. Me aferro a la curva de sus hombros, al movimiento pausado de su mano, a la concentración que lo aísla de todo lo que ocurre alrededor.

Cuando termina, deja el bolígrafo a un lado y se endereza lentamente. Camina hacia donde estoy y siento que el suelo tiembla bajo mis pies. Sus ojos, aunque apagados, me buscan. Y yo, como una náufraga que se aferra al último pedazo de madera tras el naufragio, me precipito a encontrarme en ellos. Necesito que me digan algo, lo que sea: una verdad, una mentira, cualquier cosa que me devuelva un resquicio de aire.

—Si en algún momento me necesitas —dice, tendiéndome el trozo de papel—, este es mi número.

Mis dedos tiemblan al cogerlo. Hemos compartido veinte días de viaje y, sin embargo, nunca hemos llegado a intercambiar nuestros números.

«Nunca hizo falta», pienso.

Detesto la idea de alejarme de él. Estábamos pasándolo tan bien que por un instante llegué a creer que la vida podía ser así de simple, así de nuestra. Y ahora, mientras me quedo anclada en la entrada, lo observo en silencio y me descubro deseando detener el tiempo. Como si pudiera alargar este momento indefinidamente para no enfrentar lo inevitable.

Bruno irrumpe en mis pensamientos y me envuelve en un abrazo. Al principio me quedo paralizada, atrapada entre la sorpresa y la incredulidad, pero enseguida rodeo su cuello y me aprieto contra él.

Casi con urgencia, como si llevara horas, días, semanas esperando poder hacerlo. Su cuerpo es sólido, cálido y sorprendentemente familiar; el olor a él me embriaga y me hace sentir que pertenezco a algo más grande que el miedo que aún me atenaza. Nos estrechamos con tanta fuerza que casi duele y una oleada de emociones me atraviesa como un mar embravecido. Quiero llorar, quiero gritar que no quiero que este viaje acabe. Me aferro a él como si al estrecharlo contra mí pudiera atrapar cada recuerdo, cada sensación, cada parte de nosotros que todavía me pertenece.

—Espero que llegue el día en el que te des cuenta de todo..., que abras los ojos... —Bruno hunde los dedos en mi cabello mientras con la otra mano me sigue rodeando la cintura por detrás—. Porque te estás equivocando. —Baja el rostro hasta que su aliento me roza la sien—. Pero yo no soy la persona que te obligue a elegir.

—Ya me has hecho elegir —respondo contra su hombro, en un susurro que casi me arde en los labios.

Él niega despacio, con la frente rozando mi cabello.

—No, Lena. Eso no es verdad. —La mano con la que me rodea la cintura se mueve lentamente, rozándome con una caricia apenas perceptible—. Creo que tú sabes muy bien lo que tienes que hacer.

Mis párpados se cierran con fuerza, y noto cómo la garganta se me llena de un llanto que pugna por salir.

De pronto, siento el roce de sus labios sobre mi mejilla. Mi corazón se desboca. Cada latido retumba en mi pecho con una fuerza violenta e insistente, como si quisiera escapar y correr hacia él.

Entonces sus dedos, que hasta hace un instante se enredaban en mi cabello, se desprenden con lentitud, y el brazo que antes me ceñía por la cintura ahora se desliza por mi espalda, recorriéndola en un gesto final que me estremece, hasta que desaparece por

completo. Conforme nuestros cuerpos se separan, siento el vacío que deja su ausencia en mi piel.

Por un instante, me invade la necesidad de volver a acortar ese espacio y robarle un beso que lo cambie todo. La tentación es tan fuerte que siento cómo mis piernas llegan a temblar. Pero, antes de que pueda siquiera moverme, dice:

—Voy a dar una vuelta, y así puedes recoger tus cosas tranquila.

Ni siquiera me da tiempo a responder. Bruno atraviesa el pasillo y sale del minibús. Aprieto los labios y niego con la cabeza, como si así pudiera despejar el torbellino que llevo dentro.

Enseguida me doy cuenta de algo que no había previsto: voy a volver a casa con muchísimas más cosas de las que traje. No pensé en ello cuando comenzó el viaje. Si lo hubiera hecho, habría traído otra maleta.

He comprado mucha ropa estas últimas dos semanas. Prendas que jamás habría escogido antes, piezas que me parecían demasiado atrevidas. Trozos de tela que hablan de una Lena distinta que se ha ido descubriendo poco a poco. Sonrío con amargura al caer en la cuenta de todo lo que ha cambiado en tan poco tiempo. Pero, aunque me duela admitirlo, en estos veinte días me he sentido más yo que nunca.

Recojo en silencio, con movimientos deliberadamente lentos, retrasando el momento inevitable de la despedida. Cada camiseta doblada, cada objeto guardado, se convierten en un paso más hacia el final de algo que no quiero que termine.

Me invade una tristeza difícil de expresarse con palabras. El minibús ha acabado convirtiéndose en algo parecido a un hogar. Y ahora, mientras recojo mis cosas y guardo las últimas pertenencias en la maleta y en varias bolsas, lo contemplo con una desolación que me atenaza el pecho hasta dejarme sin aliento.

Cuando me he despertado, Bruno ya estaba terminando de guardar sus cosas. Ahora que lo he hecho yo, no queda nada. Las paredes desnudas, los asientos despejados, los pequeños rincones que ya no guardan nuestros recuerdos... Todo parece haber perdido de repente su vitalidad.

Llego hasta la puerta, pero mis pies se resisten a dar el último paso hacia fuera. Sé que, en el momento en el que cruce este umbral, ya no volveré a entrar. Acaricio el marco de la puerta con la yema de los dedos. Inevitablemente, pienso en aquella Lena que subió estos escalones por primera vez sin sospechar lo que la aguardaba aquí dentro. Si alguien me hubiera contado todo lo que iba a vivir, estoy segura de que no lo habría creído.

El corazón me da un vuelco cuando oigo unos pasos que se aproximan. Durante un segundo, lo doy por hecho: es Bruno. Pero enseguida descubro que no es él. Es Enzo.

—Lena, tenemos que marcharnos ya.

Dejo sobre la encimera de la cocina el llavero en forma de tabla de surf que Pol me prestó el primer día. Luego cojo la maleta y las bolsas que soy capaz de transportar y avanzo hacia el Audi. A mi espalda, oigo cómo Enzo termina de coger todo lo que falta, con movimientos rápidos, urgentes y casi ansiosos, como si quisiera terminar cuanto antes. Guardamos el equipaje y cerramos el maletero.

—Vamos, cariño —dice alisándose la chaqueta y acomodándose en el asiento del conductor—. Nos esperan varias horas de carretera.

Su voz tiene esa urgencia contenida que me empuja a moverme, a obedecer. Tras un instante de vacilación, ocupo el asiento del copiloto, deseando, en lo más profundo, que el final de esta historia pudiera escribirse de otro modo.

Me abrocho el cinturón de seguridad y, al levantar la vista, veo a Bruno entrando en la cabina del minibús.

Cuando nuestros ojos se encuentran, el mundo entero parece reducirse a este instante. Procuro memorizar cada detalle, cada matiz de su expresión, porque no sé si volveré a verlo.

La mirada de Bruno me alcanza con la misma intensidad que la mía parece devolverle. Por un momento fugaz, me atrevo a pensar que tal vez no soy la única que desearía cambiar el final de esta historia. Que él, de alguna forma, también querría que todo fuera distinto.

Pero, entonces, la cámara arranca y la distancia se impone con cada metro que lo aleja. Me quedo observando cómo se pierde en la carretera mientras una verdad dolorosa se clava en mi pecho: en el asiento de al lado debería estar yo.



Lena

Han pasado casi dos horas desde que dejamos atrás Mojácar y, sin embargo, la sensación que me atenaza es la de un viaje interminable. El tiempo avanza despacio, como si cada minuto se resistiera a caer y prolongara el trayecto hasta lo insoportable.

He ido cerrando los ojos a ratos, dejándome arrastrar por un sopor ligero, más parecido a la evasión que al verdadero descanso. Pero ni siquiera eso consigue que el tiempo vaya más deprisa. Barcelona todavía queda a unas cinco horas y siento que nunca llegaré.

Enzo conduce a mi lado. Mantiene la vista fija en la carretera y las manos firmes en el volante. Apenas hemos hablado desde que arrancamos. ¿No se supone que eso es lo que íbamos a hacer?

Me aclaro la garganta y rompo la quietud.

—Enzo, yo...

Él ladea la cabeza, sin apartar los ojos de la calzada.

—¿Sí?

Tardo unos segundos en encontrar el aliento. No porque dude de lo que quiero decir —lo tengo claro desde hace kilómetros—, sino porque sé que pronunciarlo será como hurgar en una herida aún abierta. Es lo último que deseo ahora, pero lo inevitable siempre termina por alcanzarnos, y seguir demorándolo sería una crueldad mayor.

—Quiero pedirte disculpas. —Mientras lo digo, mis dedos juegan con la costura de mis pantalones—. Sé que no he hecho las cosas de la mejor manera y...

—Desde luego que no.

Su interrupción es tan brusca que me corta la respiración. Giro levemente la cabeza hacia él, sorprendida, casi incrédula. Por un instante, me quedo suspendida entre las ganas de callar y la necesidad de seguir.

—Lo que intento decirte —continúo, con un hilo de voz que apenas logra sostenerse— es que has sido una persona importante en mi vida. —Me oprime el pecho la certeza de lo que sigue. Mis manos, entrelazadas en mi regazo, tiemblan casi imperceptiblemente—. Y lo último que quería era hacerte daño.

—Si no querías hacerme daño, ¿cuáles eran tus intenciones con todo esto?

—No he hecho nada con mala intención, si es lo que estás insinuando. Yo no quería hacerte daño —respondo, consciente de que es la verdad más simple y cruda que puedo darle.

Cuando empecé a dejarme llevar por lo que sentía, el recuerdo de Enzo comenzó a desvanecerse poco a poco, como un dibujo expuesto demasiado tiempo al sol. No fue un acto deliberado ni una traición premeditada. Nunca albergué la intención de herirlo.

Él suelta un resoplido cargado de desdén.

—No, claro, que te folles a otro y vayas haciendo el payaso por toda España en una furgoneta es lo que yo denomino «sueño platónico», ¿no te jode? —Sus manos se aferran al volante con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos—. Cualquiera persona con dos dedos de frente sabe que, si le pone los cuernos a su pareja, le va a hacer daño.

Respiro despacio y respondo con suavidad, con la esperanza de que entienda lo que intento decir.

—Enzo..., me dejaste.

El destello acerado en sus ojos me advierte de lo que viene antes incluso de que abra la boca.

—¿Y qué? ¿Por eso ya te puedes abrir de piernas para cualquier desconocido?

La crudeza de sus palabras me atraviesa. Sin embargo, reconozco muy bien a qué Enzo estoy escuchando: al que no perdona, al que necesita ganar la discusión, aunque sea a golpe de palabra. Pero lo que más me duele no es eso, sino lo fácil que le resulta hablarme así. Hasta ahora, había conseguido mantener una cierta compostura, incluso un barniz de cordialidad que me ha hecho pensar que podríamos hablar como dos adultos. Me equivocaba.

—Bruno no es un desconocido. —Me enderezo en el asiento y me esfuerzo por mantener la voz firme, aunque las piernas me tiemblen bajo el vaivén del coche—. Y, aunque lo fuera..., no tengo por qué darte ninguna explicación, porque tú y yo no estábamos juntos.

Lo observo de reojo y percibo cómo el gesto de Enzo se desfigura en una mueca de repulsión. Aparta el rostro apenas, como si no pudiera soportar tenerme delante.

—Fantástico... —Escupe la palabra como si le quemara en la lengua—. ¿Así pretendes solucionar esto?

Un nudo se me forma en la garganta, tenso y abrasador. No es miedo, sino la conciencia de lo que estoy a punto de decir. Porque la respuesta que me late en la boca es tan definitiva, tan irreversible, que sé que encenderá aún más su furia. Durante unos segundos, dudo. Saboreo el silencio como si todavía pudiera retractarme. Pero la verdad arde demasiado como para acallarla.

Me giro hacia él mientras el corazón me golpea el pecho con una brusquedad desmedida, y la dejo salir:

—¿Qué te hace pensar que quiero solucionarlo?

El desconcierto le atraviesa las facciones como una grieta.

—¿Cómo has dicho?

Ojalá pudiera decirlo de otro modo, encontrar una forma menos cruel de ponerlo sobre la mesa.

—Me has entendido perfectamente.

—No, no lo he hecho.

Sé que sí. Pero, si quiere que lo repita, lo haré. No para complacerlo, sino porque es la única verdad que tengo.

—Que no quiero seguir contigo, Enzo. —Las palabras emergen temblorosas, pero, aun así, no dudo de ellas.

—Y, entonces, ¿qué haces aquí? —pregunta él, con una mezcla de rabia y desconcierto que casi roza la burla.

—He venido contigo porque, después del tiempo que hemos pasado juntos, sentía que nos debíamos esta conversación.

Enzo pone los ojos en blanco con una lentitud cargada de fastidio. No hace falta más: su mutismo es una respuesta en sí misma.

—Hablemos, entonces.

De repente, Enzo hunde el pie en el acelerador con brusquedad. El coche se impulsa con un bramido que corta el aire, lanzándose hacia delante como si quisiera arrastrar consigo toda la furia contenida en su interior.

—Enzo, yo no quiero que acabemos mal. —Mis manos se aferran al borde del asiento con discreción, reprimiendo el impulso de suplicarle que aminore la marcha—. De verdad, has sido crucial para mí. —Intento respirar con lentitud, dejando que cada palabra encuentre su lugar, que cada confesión encuentre su fuerza—. Tanto que durante mucho tiempo pensé que nos casaríamos, que tendríamos hijos, que compraríamos una casa y que envejeceríamos el uno junto al otro. —Me detengo un instante y trago saliva con esfuerzo, consciente de la gravedad de lo que estoy a punto de confesar—. Pero... yo nunca he querido eso.

Esa era la vida que todos imaginaban para mí. Y, sin embargo, nunca sentí que me perteneciese.

—¿Que nunca has querido eso?

—Eso he dicho.

Una risa se le escapa de los labios, hueca, breve y amarga.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es. —Me humedezco los labios—. Yo nunca he querido eso. Ni antes ni ahora. —Desvió la mirada hacia la ventanilla—. Lo que pasa es que no era capaz de pensar en mí. Pero, ahora que por fin lo he hecho, me he dado cuenta de que ese futuro no es el mío. — Me giro de nuevo hacia él, sosteniéndole la mirada pese a la opresión que siento en el pecho—. Es el tuyo.

Puedo ver cómo cada músculo de su rostro se tensa; su mandíbula se endurece, sus labios se contraen y la vehemencia se filtra en la manera en la que sus dedos se clavan en el volante.

—¿Me estás diciendo que no quieres solucionar lo nuestro porque de pronto no compartimos los mismos planes de futuro?

—Enzo, esto es lo mejor para...

—Yo sé lo que es mejor para ti —me interrumpe tajantemente—. Y, desde luego, no es esto, Lena.

—Enzo... —Cierro los ojos un instante y, mientras él sigue hablando, me concentro en mi respiración. Inhalo y exhalo despacio. Una, dos, tres veces. Pero no consigo relajarme. Abro los ojos de nuevo y dejo escapar la súplica que se me anuda en los labios—. No hagas que esto sea más difícil de lo que ya es, por favor.

La comisura de su boca se contrae, como si un grito silenciado pugnase por abrirse paso desde lo más hondo de su pecho. Sin embargo, Enzo permanece callado. Apoya el brazo izquierdo sobre el borde de la ventanilla y se frota el mentón. Durante un instante, me invade la sensación de que la charla ha llegado a su fin, pero, entonces, Enzo rompe el silencio.

—¿Alguna vez me has querido, Lena?

—¿A qué viene eso ahora?

—Responde.

—Joder, Enzo..., claro que sí. —Mi voz se quiebra—. Te he querido por encima de mí. —Niego lentamente, dejando que mis ojos se pierdan en el horizonte que se extiende más allá del parabrisas—. De mis amistades, de mi familia, de todo cuanto me rodeaba. Por encima de lo que era mío, de lo que me pertenecía, de lo que me hacía sentir viva. Te he querido tanto... Te he querido tanto que dolía.

—Si me hubieses querido de verdad, no harías esto.

Siento cómo mi paciencia empieza a resquebrajarse. Por más que me esfuerce en explicárselo, Enzo no se molesta en intentar entenderme; ni siquiera sé si me escucha. Cuando lo miro, lo único que hallo en sus ojos es esa obstinación ciega que exige y nunca concede.

—Eso no es justo.

De repente, su puño se estrella contra el volante con un golpe seco que sacude el habitáculo. El estruendo vibra en el chasis y me

sacude los nervios antes siquiera de que mi mente alcance a procesarlo; un espasmo instintivo me recorre el cuerpo, como un latigazo invisible que me obliga a encogerme en el asiento.

—¿Y que lo mandes todo a la mierda por un perroflauta sí lo es?! —ruge, con una furia tan desbordada que las paredes del coche parecen amplificar su voz, devolviéndonos el eco como un trueno atrapado en un espacio demasiado pequeño.

Es entonces cuando me descubro conteniendo el aliento. Lo libero de golpe y, al hacerlo, siento la vergüenza inmediata de haberme hecho pequeña ante él.

—Si lo nuestro ha terminado, no ha sido por Bruno.

—Ya, seguro. —Enzo suelta una carcajada breve y seca—. Ahora resulta que yo soy el malo, ¿no, Lena? —Niega con la cabeza—. Después de todo lo que he hecho por ti..., ¿así me lo pagas? Has caído demasiado bajo y todo por un polvo de mierda —alza la voz, rota por la rabia.

Mis ojos se abren como platos, incrédulos. ¿Cómo puede ser capaz de tratarme con ese desprecio tan frío y voraz?

—¿Te das cuenta de cómo me estás hablando? —pregunto intentando contener las lágrimas que pugnan por salir.

—Es la verdad —escupe sin apartar la vista de la carretera, acelerando todavía más—; ¿te duele oírla?

Una mezcla de ira, miedo y desesperación se agita en mi interior.

—Enzo..., ¿has escuchado algo de lo que te he dicho? —La frustración se cuela en mi voz—. ¿Has intentado siquiera entenderme?

—¿Entender qué? —Gira un segundo el rostro hacia mí—. ¿Que mi novia es una puta guarra?

Siento cómo un calor abrasador me inunda el rostro. Sí, he cometido errores. Sí, podría haber hecho las cosas de otra manera.

Pero nada justifica este desprecio, esta humillación que se abalanza sobre mí con la fuerza de un animal salvaje.

—No te voy a permitir que me hables así.

Enzo permanece impasible ante mis palabras.

—Todo lo que he dejado atrás, todo lo que he sacrificado... ha sido por ti. Y ahora, ¿qué, Lena?!

Un dolor seco me oprime las entrañas.

—Tienes que estar de coña —estallo, temblando de rabia y dolor—. ¿Tú eres consciente de todas las oportunidades que he dejado pasar solo porque a ti no te gustaban? ¿De las amistades que abandoné, de los sueños que enterré... solo porque a ti te hacían sentir inseguro?

Las lágrimas brotan incontrolables, recorriéndome el rostro con una obstinación que ya no intento contener. Dejo que hablen por mí.

—¿Inseguro? —Enzo eleva la voz por encima de la mía—. ¿De qué demonios hablas, Lena? ¡Yo solo me preocupaba por ti!

Cada lágrima que cae se convierte en testigo de mi verdad.

—¡Y una mierda! —grito mientras el nudo de mi garganta intenta ahogar las palabras que escapan de mis labios—. Si te hubiese hecho caso, jamás habría aceptado esta colaboración. —Mis párpados luchan por mantenerse abiertos ante la marea de emociones que me inunda—. ¿Y sabes por qué? Porque te aterraba la idea de no poder controlarme.

Enzo me lanza una mirada de soslayo. Nunca le había hablado así, y puedo percibir cómo mi desafío prende en él una llama oscura que amenaza con arrasar todo a su paso.

—¡Y con razón, joder! ¡Mi novia se ha estado follando a un *hippie*! —Enzo vuelve a darle un puñetazo al volante—. ¿Qué clase de trabajo es ese, Lena? Porque, créeme, se me vienen algunos nombres a la cabeza.

Sus palabras me arrancan el aliento. El impulso me arrastra y, sin pensarlo demasiado, grito de vuelta:

—¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra?!

Justo entonces, suena un pitido que anuncia que el coche acaba de entrar en reserva.

—¡Joder! —Enzo chasquea la lengua, maldiciendo entre dientes—. Lena, voy a ser claro contigo —continúa mientras se cambia al carril derecho—: tu madre y yo pensamos que deberías dejar las redes sociales y buscarte un trabajo de verdad.

Las manos se me enfrían, la mandíbula se me tensa y siento que podría desplomarme sobre el asiento en cualquier instante.

—Claro... —susurro, dejando que la ironía se derrame por mis labios—. Y, dime, ¿cuál es ese trabajo «de verdad»?

—Pues...

—¿En la empresa?

—Por ejemplo.

Mientras Enzo continúa hablando, sugiriéndome que debería incorporarme al negocio familiar y no sé qué más, dejo de escucharlo. Sus palabras se desvanecen en un murmullo lejano que se desliza entre mis pensamientos.

A mi alrededor, siento cómo se alzan unas paredes invisibles. Es una jaula, y no es la primera vez que entro en ella. No hay hierro ni barrotes visibles: son decisiones equivocadas, miedos cultivados, arrepentimientos que me constriñen el pecho y me encogen el alma hasta volverla casi irreconocible.

Me observo atrapada en este espacio que yo misma he construido, y un frío profundo me recorre la columna. Cada pensamiento se retuerce en silencio con la misma pregunta muda: ¿por qué retorcido motivo he decidido entrar de nuevo aquí?

Y, en el vacío que me rodea, con la voz de Enzo diluyéndose en la distancia, reconozco con claridad que no hay otra verdad que pueda abrazar: me he putoequivocado al subirme a este coche.

—Joder..., ¿tan difícil es entender que ya tengo un trabajo que me hace feliz?

Un destello cruel cruza sus ojos.

—Claro que eso es lo que te hace feliz. Cobrar por dejar que te metan mano. Una pregunta, Lena: ¿cuántas veces ha pasado esto? Porque yo solo me he enterado de esta.

Siento cómo un calor punzante me sube a las mejillas, mezclándose con un fuego más profundo, oscuro y amargo, que se enrosca en mi pecho y me obliga a no ceder ante la presión de su mirada y su desprecio.

—Eres un imbécil.

El coche pega un frenazo seco e inesperado, y mi cuerpo se estremece contra el asiento.

—¿Perdona?

El instante dura un parpadeo, y enseguida retomamos la velocidad, pero el impacto ha dejado un rastro de adrenalina que me recorre la columna.

—¿No me has oído? ¡¡Que eres un imbécil, Enzo!! —Mi espalda se endereza contra el respaldo del asiento, buscando ocupar cada centímetro de espacio que él intenta imponer con su presencia—. Te crees con derecho a decidir cómo tiene que ser mi vida y estás completamente confundido.

—¿Yo estoy confundido? ¿Te das cuenta de toda la mierda que te ha metido ese hijo de puta en el cerebro? —Niega con la cabeza y comienza a reducir la velocidad del coche—. Menos mal que he aparecido yo para que dejes de hacer tonterías.

Enzo mantiene la mirada fija en la carretera mientras se aproxima a la gasolinera. Ajusta la marcha en función de la distancia como si cada maniobra fuera un acto de contención de su propia furia. Sus manos, que apenas se relajan sobre el volante al parar junto al surtidor, transmiten una mezcla de irritación contenida y alerta constante, un equilibrio precario entre el control y la amenaza de perderlo.

—¿Tonterías? Enzo..., yo nunca he querido hacer comparaciones porque son odiosas, pero resulta que cobro más que tú. Así que quizá deberías empezar a asumir que mi trabajo es tan legítimo y válido como el tuyo.

Su mirada se detiene en la mía con una fijeza que me atraviesa. Durante un segundo, siento la presión de esa oscuridad en sus ojos, pero enseguida aparta la vista, desviándola hacia la gasolinera. Recorre el lugar con una rapidez calculada: los coches que entran y salen, los clientes que llenan el depósito, los ojos anónimos que podrían detenerse a mirarnos. Todo lo evalúa con esa obsesión suya de controlar hasta lo invisible.

—Estás tan perdida... —musita por lo bajo, apagando el motor y desabrochándose el cinturón de seguridad—. No sabes lo que estás diciendo.

Enzo abre la puerta y sale del Audi.

De repente, lo veo todo con una claridad cruel, casi hiriente: joder, ¿por qué sigo aquí?

Pienso en cada instante que he permitido que su arrogancia, su desprecio y su necesidad de control dictaran los límites de mi propia vida. Y no encuentro ni una sola razón para seguir soportándolo. Ni por él, ni por mí, ni por lo que alguna vez creímos ser.

«¿Qué estoy haciendo en este puto coche?».

Siento cómo la rabia y la tristeza se entrelazan en mi pecho como dos fieras que se devoran entre sí, para dejar un vacío ardiente. Y dentro de ese vacío empieza a crecer algo nuevo: una certeza feroz, cruda, imposible de ignorar. Quiero salir de aquí.

Mi decisión surge con la claridad de un rayo que atraviesa la tormenta: abro la puerta y salgo, sintiendo cómo el aire me envuelve y me recuerda que todavía tengo el poder de decidir por mí misma.

—¿A dónde vas? —me alcanza su voz, aferrándose a la posibilidad de detenerme.

El sol cae de lleno sobre la gasolinera y el calor se mezcla con el olor denso del combustible. La luz del mediodía no deja rincones donde esconderse: todo es nítido, todo es visible. Y, aun así, me siento atrapada en la sombra que proyecta su presencia detrás de mí.

—¿Y a ti qué te importa? —respondo sin volver la vista, avanzando hacia el maletero.

Extiendo la mano, decidida a abrirlo. Justo entonces, siento cómo sus dedos se cierran en torno a mi brazo con una brusquedad que me arranca un jadeo.

—Que a dónde te crees que vas...

—Suéltame.

—Métete en el coche.

—Enzo..., me estás haciendo daño.

—Métete en el coche. No hemos terminado de hablar.

Intento zafarme, pero su fuerza se intensifica. Un dolor agudo me atraviesa; la presión es inesperada, brutal. Me muerdo el labio para no gritar, y solo un gemido ahogado consigue escapar, mezclado con la respiración entrecortada que no logro contener.

—Ya no hay nada más que hablar —susurro, con la voz cargada de rabia y de miedo—. He intentado hacer las cosas bien, pero eres tan

imbécil que ni aunque te masticase las palabras serías capaz de entenderlas. —Una lágrima traicionera dibuja un surco caliente en mi mejilla—. No quiero volver a verte en mi vida. Esto lo has entendido, ¿o tampoco?

—Lena, no te lo voy a repetir más. Métete en el coche ahora mismo —me ordena inclinándose lo suficiente para que nadie más pueda oírlo—. No empeores las cosas; te lo advierto.

Lo miro a los ojos y siento un nudo en la garganta; la rabia y el miedo se mezclan en un torbellino que me hace temblar por dentro.

—¿Todo bien? —irrumpe una voz desconocida. Giro la cabeza y distingo a un empleado de la gasolinera que se aproxima a nosotros—. ¿Necesita ayuda, señorita?

Enzo suelta mi brazo de inmediato y el alivio me golpea como una oleada.

—Todo bien —se apresura a responder Enzo, intentando un tono neutro que no logra mantener del todo—. No necesita ayuda, no.

Abro el maletero y comienzo a sacar el equipaje con una urgencia que amenaza con traicionarme. Mis manos se mueven demasiado rápido, de modo que los dedos se enredan en las asas, y cada gesto parece un intento desesperado de ahuyentar la presión del pecho que aún no desaparece del todo.

—Vete a la mierda —me despido de Enzo, cerrando el maletero con un portazo que retumba en la gasolinera.

Al instante me doy cuenta de que varias personas nos han estado observando.

«Joder, qué vergüenza».

—¿Quiere que le eche una mano con el equipaje?

Asiento despacio.

—Muchas gracias... —leo su nombre en la pequeña placa metálica que lleva sobre el pecho—, Arturo.

Mientras el chico me ayuda a cargar mis pertenencias y me acompaña a la cafetería del área de servicio, siento cómo mis hombros comienzan a desprenderse poco a poco del peso que acarreaban. Sin embargo, la rabia y la impotencia no desaparecen; persisten como un murmullo constante en el interior de mi pecho.

—¿Piensas quedarte aquí, en medio de la nada?! —La voz de Enzo me llega desde atrás, rasgada y desesperada.

—¡Adiós, Enzo!

Sigo caminando, dejando que la distancia crezca entre nosotros.

—¿Y qué vas a hacer?!

La tensión en su tono delata un control que empieza a resbalar entre sus dedos.

—¡Cualquier cosa que no sea meterme en ese puto coche contigo!

Entonces comienza a acercarse. Sus pasos resuenan detrás de mí, cada vez más fuertes, cada vez más cercanos. Me doy la vuelta y lo encuentro frente a mí. Sus ojos dan con los míos antes de que pueda esconderlos. No permito que halle duda ni miedo en mi mirada, y, al darse cuenta de que está en un lugar público, retrocede un paso.

—¡Te vas a arrepentir de esto!

Observo cómo Enzo abandona la gasolinera sin siquiera llenar el depósito. Y en ese instante, con la certeza de quien sabe que ha recuperado algo que nadie puede arrebatarse, susurro para mí misma:

—Lo dudo.



Bruno

El volante me quema en las manos y no es por el calor: es por las ganas de soltarlo y hacer cualquier otra cosa que no sea seguir tragándome este silencio que me taladra los oídos.

El trayecto se me está haciendo eterno.

Si Lena estuviera aquí, sería diferente. No me importaría pasarme horas conduciendo, ni perderme por caminos que no llevan a ninguna parte. Podría dar vueltas por toda la península, atravesar pueblos olvidados, montañas infinitas y carreteras secundarias y ni siquiera me daría cuenta del tiempo.

Dejo que mi *playlist* suene en aleatorio, aunque hoy le tocaba a ella poner la suya. Pero qué más da... Al menos, así engaño un poco mi cabeza. Las canciones pasan una detrás de otra y no me entero ni de los estribillos. Estoy demasiado perdido en mis propios pensamientos, demasiado atrapado en ella.

Y entonces suena «Loco», de Melendi. Cada palabra me da de lleno, como si el cabrón la hubiera compuesto pensando en mí.



Algo más de siete horas después, por fin llego al taller.

He conducido como un puto autómatas, tan metido en mi propia mierda que ni siquiera se me ha pasado por la cabeza pensar en qué coño dirá Pol al verme aparecer sin previo aviso. Joder... debería haberlo llamado.

Siento cómo me empieza a hervir la sangre en las sienes, porque si hay alguien a quien no quiero fallarle es a él. Sin embargo, ya es tarde: la cagada está hecha y no hay vuelta atrás.

Aparco el minibús y me froto la cara con las dos manos.

¿Cómo narices voy a explicarle todo lo que ha pasado? Ni siquiera me da tiempo a pensarlo: enseguida distingo a Pol saliendo del taller.

Abro la puerta de la cámara y, apenas pongo los pies en el suelo, ya lo tengo encima.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —Sus ojos me recorren de arriba abajo—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Lena?

Trago saliva, pero el nudo en la garganta no cede; se me hincha como si fuera a asfixiarme.

—Tío... —mi voz suena más rota de lo que me gustaría—, la he cagado.

—¿Qué has hecho?

Me humedezco los labios y me doy cuenta de que el inferior está partido de tanto mordérmelo. La lengua tropieza con la herida y el

escozor me recuerda lo estúpido que he sido.

—Todo lo que no debería haber hecho.

—¿Se puede saber qué es exactamente todo lo que no deberías haber hecho?

Me paso la mano por el pelo y le suelto lo esencial. No entro en detalles. Solo le explico lo que ha pasado con Lena, con Enzo y con mi brillante, y seguramente estúpida, idea de largarme solo. Lo justo para que se haga una idea del panorama.

—Joder, Bruno... —Pol se lleva las manos a la cabeza y da un par de vueltas sobre sí mismo, murmurando entre dientes—. Mira que te lo dije...

Bajo la cabeza y clavo la vista en el suelo.

—Ya...

—Era tan fácil, hostias... Tan fácil como limitarte a hacer tu puto trabajo.

—Ya... —repito, apretando los puños hasta que los nudillos me duelen—. Ya lo sé...

—Sabías que esta colaboración era importante para mí. Lo sabías de sobra, maldita sea.

Yo solo atino a asentir en silencio.

—Una sola cosa te pedí, Bruno. —La voz de Pol se rompe en un tono más alto, cargada de frustración—. ¡Una!

Se lleva de nuevo las manos a la cabeza, entrelaza los dedos en la nuca y empieza a dar vueltas delante de mí.

—Bruno, no eres consciente de la cagada que has hecho. —Deja caer los brazos a los costados—. ¿Te has parado a pensar en las consecuencias? ¿Y si esa chica ahora va y cuenta a todos sus seguidores que nuestra empresa la ha dejado tirada a unos días de terminar el viaje? —Me clava los ojos en cuanto se gira hacia mí—. ¿Qué cojones crees que va a pensar la gente de nosotros? —Hace

una pausa y su voz baja un tono; suena más grave, más amarga—. Joder, macho...

Yo trago saliva con dificultad. Siento el corazón acelerado, un sudor frío resbalándome por la espalda y la certeza asquerosa de que no tengo nada que decir o hacer para arreglarlo.

—Yo no quería... —Las palabras se me rompen en la garganta—. Mierda.

—«Yo no quería...» —repite Pol con rabia—, pero lo has hecho. Hostia, Bruno, ¿y ahora qué? Las cosas estaban funcionando bien.

—Lena no va a decir nada malo de nosotros.

Pol frunce el ceño y se cruza de brazos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

«Porque la conozco. Porque Lena no es así. Ella no va por ahí buscando joder a nadie, y mucho menos de forma premeditada. Es de esas personas que, aunque se estén hundiendo y ahogando, encuentran la manera de tenderte una mano para sacarte a flote. Y, aunque tuviera razones para mandarme a la mierda, sé que nunca jamás nos vendería. No lo haría ni por rabia, ni por orgullo, ni siquiera por venganza. Porque Lena no es así. Y yo... yo lo sé».

Me quedo colgado de esa certeza como si fuera lo único firme bajo mis pies. Por unos segundos, me olvido de todo lo demás: del taller, de Pol y hasta de mí mismo.

—Bruno, ¿me has oído? —La voz de Pol me devuelve a la realidad. Sus ojos ya no reflejan la misma dureza de antes; ahora hay algo más, una sombra de preocupación que me rompe todavía más por dentro—. ¿Estás bien?

Lo pienso un segundo y decido soltar la verdad.

—No, no lo estoy —digo con la voz más firme que consigo reunir—. Yo... yo no quería joder las cosas, Pol.

Él no dice nada.

—Si hice lo que hice fue porque... —La garganta se me cierra y tengo que obligarme a empujar las palabras hacia fuera. Nunca lo he dicho en voz alta, ni siquiera hace un momento, cuando le he soltado a Pol todo lo que ha ocurrido con Lena y con Enzo. Me he guardado esta parte, y ahora me siento como un idiota, porque ya no puedo seguir escondiéndolo—. Porque esa chica me gusta de verdad, Pol. —Noto cómo el nudo en la garganta amenaza con ahogarme.

—Bruno...

Cada paso que intento dar amenaza con derribarme de golpe. Estoy destrozado, exhausto, y, joder..., sé que no hay manera de disimularlo. No quiero que Pol me vea así, pero no puedo evitarlo. Es como si todo lo que he estado acumulando —el miedo, la rabia, la culpa, las ganas de Lena— haya decidido estallar de pronto, como un torrente que arrasa con todo.

—Ya sé lo que me vas a decir —me adelanto, interrumpiéndolo antes de que pueda seguir—: que nunca debí mezclar el trabajo con lo personal; que te prometí que iba a ser profesional. Lo sé, Pol. Maldita sea, claro que lo sé. —Me paso una mano por el pelo, tirando de él con rabia—. Pero, dime, ¿de verdad crees que me habría metido en este lío si fuera solo un polvo de una noche?

—Bruno, ahora mismo lo...

—Perdóname, Pol. Te prometí hacer las cosas bien, terminar este viaje como tocaba y...

—¡Bruno! —Esta vez es él quien me corta en seco y me pone las manos sobre los hombros—. ¿Quieres hacer el favor de escucharme un segundo?

Hago un ruido con la garganta, algo parecido a un «sí».

—Por el viaje no te preocupes. Eso es lo de menos; ¿me oyes? Lo de menos. —Su voz ahora ha adquirido un matiz cálido y firme—. No

hay nada más importante que tú, chaval. Y, si lo que necesitabas era volver a casa, has hecho bien en hacerlo.

Mi pecho sube y baja a trompicones, como si me faltara aire.

—Juntos buscaremos la manera de arreglar todo esto, ¿de acuerdo? —añade, más despacio—. Te quiero, macho —remata, con esa brusquedad tan propia de él.

Antes de que pueda reaccionar, me agarra por la nuca y me atrae hacia él para estrecharme en un abrazo. Sin pensarlo, hago lo mismo: le paso los brazos alrededor y me dejo sostener.

—Pol, te he echado de menos.

—Ya, seguro que sí.

Pol me da una palmada en la espalda y, cuando nos separamos, no puedo evitar fijarme en ese brillo de preocupación que aún late en sus ojos. Por eso dejo escapar una risa seca, áspera, quizá un poco forzada. Solo para que no se preocupe tanto, para que vea que todavía puedo mantenerme en pie, aunque esté hecho pedazos por dentro.



Lena

Después de que Arturo me haya ayudado a llevar todas mis cosas hasta una de las mesas de la cafetería, ha permanecido conmigo unos minutos. Con esa delicadeza que nace de la verdadera bondad, me ha preguntado si tenía a alguien a quien avisar. Y, antes siquiera de que haya podido darle una respuesta, ha añadido que, si lo necesitaba, podía acercarme a Murcia al terminar su jornada, ya que desde allí podría coger un tren o un taxi. No hemos hablado mucho más. Lo justo para que yo haya podido reconocer en él un corazón enorme, de esos que no necesitan alardes para hacerse notar.

Ya sola, saco el móvil y, sin pensarlo demasiado, abro el chat de Sofía. Mis dedos se deslizan sobre la pantalla.

¿Estás ocupada? Tengo que
pedirte un favor enorme.

No me da tiempo a soltar el teléfono antes de que este vibre en mi mano.

Dime, guapa. ¿Qué necesitas?

Le envío mi ubicación y tecleo rápido.

¿Podrías venir a buscarme?
Es una larga historia.

Lena, pero ¿qué haces ahí?
¿Qué ha pasado?

Parece que el viaje se ha terminado antes de
tiempo...

¿Cómo? ¿Por qué?

Enzo, básicamente.

Levanto la cabeza y dejo que mis ojos vaguen por el local. Hay más gente de la que esperaba, pese a que se trata de una cafetería de una gasolinera pequeña y modesta. Cuando he entrado, he tenido la sensación de que todas las miradas se han fijado en mí, afiladas y curiosas. Lo más probable es que solo haya sido un espejismo provocado por mi nerviosismo y que, en realidad, nadie me haya prestado atención.

Entonces, la vibración del móvil me sacude los dedos. Desvío la mirada de nuevo hacia la pantalla.

Joder... ¿Qué ha hecho ahora?

Pienso en empezar desde el principio, pero finalmente opto por ir al meollo del asunto.

Ha decidido hacer acto de presencia. Ya sabes
cómo es él...

¿Qué dices? Voy para allá.

Te adoro. Te debo una.

No digas tonterías, no me debes nada.

Los tres puntos de escritura titilan en la pantalla, se desvanecen y,
al instante, regresan.

Pero ¿estás con Enzo ahora mismo?

No, ya no. Luego te lo
explico todo mejor.

Vale. ¿Estás bien?

Un temblor nervioso se adueña de mi pierna derecha, pues mi pie
golpea el suelo con un ritmo que no logro contener.

Sí. Solo quiero llegar a casa.
Pero estoy bien.

De acuerdo, salgo ya.
No te muevas de ahí.

No tenía pensado hacerlo.
Gracias, Sofi. Eres la mejor.

Después de enviar el último mensaje, bloqueo la pantalla y dejo el
móvil sobre la mesa.



Cinco horas y dos cafés después, me encuentro en el coche de Sofía, no sin antes despedirme de Arturo y agradecerle una vez más su generosidad y atención. Durante el trayecto de regreso, le relato a mi amiga todo lo sucedido con Bruno y con Enzo. Mientras lo hago, ella permanece más callada de lo habitual. Su silencio me resulta extraño, casi inquietante, pero lo atribuyo al cansancio: ha conducido cinco horas hasta la gasolinera y ahora le tocan otras cinco de vuelta, pese a mi insistencia por tomar el relevo al volante.

Cuando llegamos al portal de mi piso, no puedo contener el impulso de salir del coche y sentir bajo mis pies la certeza de estar en casa. Sofía me ayuda con el equipaje y, al cruzar el umbral, un golpe de conciencia me sacude: he vuelto.

El aroma familiar de mi piso me envuelve y, por un instante, tengo la sensación de que julio aún no ha comenzado, que la colaboración ha sido apenas un sueño, que jamás he llegado a conocer a Bruno y que en cualquier momento Enzo puede aparecer en la puerta con un ramo de flores.

Pero sé que nada de eso es cierto porque no soy la misma persona que estuvo aquí la última vez. Y, de alguna manera, esa certeza me reconforta y me asusta al mismo tiempo. Ignoro hasta qué punto todo lo vivido transformará mi vida a partir de ahora. Pero estoy tan agotada que hoy decido no pensar en lo que vendrá después. Solo quiero darme una ducha de agua caliente y, luego, perderme bajo las sábanas de mi cama.

—Si quieres quedarte a dormir, puedo prestarte un pijama y cualquier cosa que necesites —le ofrezco mientras me inclino sobre el equipaje, intentando localizar mi neceser de baño. No resulta sencillo: cuando he hecho la maleta esta mañana, apenas tenía la cabeza en ello y he terminado metiéndolo todo sin orden ni cuidado.

—No te preocupes —responde Sofía. Giro la cabeza y la veo dirigirse hacia el sofá. Su voz suena tranquila, aunque hay en ella un matiz opaco. Tras una breve pausa, añade—: Mañana tengo médico temprano; prefiero volver y descansar en casa.

—¿Estás segura? Es lo mínimo que te puedo ofrecer después del favorazo que me has hecho.

Mientras hablo, sigo hurgando entre mis cosas. ¿Dónde demonios se ha escondido el maldito neceser? Cada vez que aparto algo, temo que se haya escabullido aún más, burlándose de mí entre calcetines arrugados y camisetas dobladas a medias. Me pregunto si, en algún rincón, el neceser se está riendo de mi desesperación. Lo más probable es que sí.

—Lena...

—Dime.

—¿Puedes venir un momento?

Me acerco a ella de inmediato, con un escalofrío recorriéndome la espalda. Hasta ahora había percibido leves indicios de cansancio, sombras sutiles en su semblante, pero esto es distinto: hay un filo de inquietud en su voz que me corta el aliento.

—¿Qué pasa? —pregunto acomodándome a su lado en el sofá. Siento un nudo en el estómago y un calor agudo que me sube por el pecho—. ¿Estás bien?

—Pues... —titubea, desviando la mirada hacia el suelo.

—Tía, me estás asustando —susurro, dejando que mi preocupación se derrame sin control, evidente en cada sílaba que

pronuncio—. Dime qué pasa.

Sofía parece concentrar toda la determinación que le queda. Se inclina hacia un lado y deja que su mano se pierda en el interior de su bolso, hurgando entre pliegues y objetos que tintinean suavemente hasta dar con lo que parece estar buscando. Lo extrae y me lo muestra: una tarjeta de visita.

Durante un instante la retiene entre los dedos y, en ese breve lapso, advierto cómo su mandíbula se endurece antes de alzar los ojos hacia mí.

Después me la tiende. La tomo con cautela y de inmediato mi mirada se abalanza sobre la superficie satinada.

En la parte superior aparece un nombre: «María Sánchez Díaz». Debajo, una dirección, un teléfono, un correo electrónico...

—Sofía, ¿qué es esto?

Me fijo en las líneas impresas y el aire se me encalla en el pecho, detenido a mitad de camino.

«Especialista en maltrato psicológico y violencia de género. Ansiedad. Depresión. Autoestima. Relaciones de pareja. Dependencia emocional. Procesos de trauma y recuperación».

—Lena..., no era solo toxicidad.



Bruno

2 DE AGOSTO

Estoy sentado en la orilla de la playa de l'Estartit, con la tabla tirada a un lado y el neopreno bajado hasta la cintura. Las olas rompen a unos metros y a veces alcanzan mis pies antes de morirse en la arena. Dejo que me mojen, que el agua fría me espabile un poco. El sol empieza a asomar detrás de las islas Medas, primero con un resplandor tímido y después con esa hostia de color naranja que lo incendia todo: el cielo, la superficie del mar... e incluso la humedad en la arena parecen arder con ese reflejo.

—Bueno, tú piensa que en unos días ya ni te acordarás de ella —
suelta Lucas.

Antes de que me dé tiempo a contestar, oigo un manotazo seco y el quejido ahogado de mi amigo. Levanto la vista justo para ver cómo Carlota lo fulmina con los ojos. Después le dice algo por lo

bajo. No alcanzo a oírlo, pero no hace falta: seguro que va en la línea de «ten un poco de tacto, idiota».

Se me escapa una sonrisa.

Necesitaba esto.

Cuando les conté lo que había pasado, Lucas y Carlota se plantaron aquí en cero coma. Mateo no pudo cuadrar horarios, pero estoy convencido de que, si hubiera podido, estaría ahora mismo aquí, sentado en la arena, quejándose de que el neopreno le aprieta, de que la arena se le mete en todas partes o algo por el estilo.

El problema es que, aunque agradezco sus intenciones, sé que Lucas no tiene razón. Lena no es de esas personas de las que uno se olvida así como así. Ni en días, ni en meses, ni en años. Ella es de esas que se cuelan en lo más cotidiano: cuando estás en la barra a punto de pedirte un café y casi se te escapa pedir dos, uno frío para ti y otro con leche caliente para ella, o cuando estás en el coche a punto de poner la *playlist* en aleatorio y la primera canción que suena es de Elvis Presley. Y ahí estás otra vez, con el estómago encogido, como si nunca se hubiera ido.

—Me habría gustado... que Lena saliera de todo eso y estuviera bien, ¿sabéis? —digo, apoyando los codos sobre las rodillas y dejando que la cabeza caiga un poco hacia delante.

—Eso no depende de ti —responde Carlota, poniendo una mano sobre mi hombro—. Nunca dependió de ti.

—Lo sé, supongo —admito y entierro los dedos en la arena mientras echo el cuerpo hacia atrás, recostándome un poco—. Pero me habría gustado poder hacer algo.

—Lo hiciste, tío —interviene Lucas, con los brazos detrás de la nuca—. Así que deja de comerte la cabeza, que hoy toca surf y cerveza fría. Eso debería ayudar, ¿no?

—Joder, Lucas —lo reprende Carlota mientras pone los ojos en blanco—. El día que te des cuenta de lo atractivo que eres cuando estás callado, no habrá tía que se te resista.

—Me da igual —responde él, inclinándose hacia ella y pasándole un brazo por los hombros—. A mí solo me interesa una... y resulta que, aunque no lo quiera admitir, le encantan todas y cada una de mis tonterías.

Entonces le planta un beso en los labios. Carlota lo aparta enseguida con un pequeño empujón en el pecho, pero no hace falta ser un genio para saber que le habría encantado seguir.

—Idiota —murmura ella, con una sonrisa que le ilumina la cara—. Eso es lo que tú te piensas.

Qué gustazo verlos así.

Siempre supe que estos dos acabarían juntos; estaba cantado. Aunque, para qué mentir, más de una vez me dio por pensar lo contrario. Tenían un rollo raro de cojones, como si se atrajeran y se repelieran al mismo tiempo. Una especie de tira y afloja que parecía no acabar nunca.

Pero al final han dado el paso. Y, joder, menos mal. Porque ahora que los veo sé que era cuestión de tiempo. Les cambia hasta la cara: los ojos se les iluminan, las sonrisas se les escapan sin querer... Se nota demasiado que están felices. Y, maldita sea, no hay nada que me haga sentir mejor que ver así a la gente a la que quiero.

—Oye, os recuerdo que sigo aquí, ¿eh? —Me incorporo de golpe, apoyando las manos en la arena y sacudiéndome un poco el neopreno. Los señalo con la barbilla, sonriendo—. Que, digo yo, igual podríais tener un poco de consideración, porque estoy de sujetavelas.

Estallamos en carcajadas.

Carlota se lleva las manos a la cara, tratando de disimular el rubor en sus mejillas. Lucas se deja caer de espaldas en la arena, con los brazos abiertos, riendo tan fuerte que parece que se le va a salir el corazón. Y yo me doblo hacia delante, apoyando las manos en las rodillas porque me cuesta hasta respirar.

—Qué quieres que te diga, tío —responde Lucas, apoyándose en un brazo para acercarse a Carlota—. Esta chica me vuelve loco. En todos los sentidos, que no es poco.

Esta vez es ella la que se inclina hacia él. Sus labios se encuentran en un beso pasional, cómplice y cargado de todo lo que habían estado reprimiendo hasta ahora. Ninguno parece dispuesto a soltar al otro y, durante unos segundos, tengo la sensación de que podrían quedarse así para siempre.

—Vale, vale, lo capto —digo, cogiendo la tabla—. Me voy al agua, tortolitos.

Ellos se ríen, aunque apenas se despegan lo justo para coger aire. Yo niego con la cabeza y echo a andar hacia el mar, dejando que las olas me acaricien y me lleven hacia dentro. El agua está fría, pero siento de puta madre con el calor que empieza a apretar a esta hora.

Me lanzo sobre la tabla y remo con fuerza. El horizonte comienza a abrirse delante de mí y, cuando veo la ola levantarse a lo lejos, sé que es la mía. Bajo la barbilla, clavo la mirada y giro la tabla en dirección a la orilla.

Sigo remando hasta que siento que la ola me atrapa desde atrás. Me pongo de pie, clavando las plantas en la tabla, y dejo que el mar decida. El rugido de la ola me llena los oídos y el viento me azota la cara.

Entonces me doy cuenta de que, incluso aquí, Lena sigue apareciendo. Cada destello del sol sobre el agua me recuerda su

risa, cada cresta que estalla en el agua parece susurrarme su nombre. Porque, de algún modo, todas las olas me hablan de ella.



Bruno

6 DE AGOSTO

Estamos en el despacho del taller, con los tápers abiertos entre planos arrugados, cables sueltos y un destornillador que juraría que lleva ahí desde hace tres proyectos.

Hoy el menú es «paella» —entre comillas, sí, y bien grandes—. La cociné ayer y tuve la cara dura de llamarla así, pero sé de sobra que cualquier valenciano me correría a gorrazos. Y con razón, pues esto es más... arroz con cosas. Pero, joder, qué cosas. Pol me lo reconoce entre bocado y bocado, y yo solo asiento, porque está cojonudo.

El resto del equipo se encuentra de vacaciones, así que ahora mismo mi tío y yo tenemos que remar a la par y sacar adelante la furgoneta de Íñigo. La idea es que el chaval pueda vivir ahí con su gato Pavarotti —sí, como el tenor. Por lo visto, el animal se ha ganado el nombre porque maúlla cada vez que quiere comer..., lo

que, según Íñigo, viene a ser todo el rato— y eso ya implica hacer malabares con el espacio.

—Lo siguiente es el sistema eléctrico —me informa Pol señalando el plano con el tenedor—. Tú, por la línea principal; yo, por los puntos de consumo, y así no nos pisamos.

Asiento, llevándome el tenedor de nuevo a la boca.

—Ojo con las secciones de los cables, Bruno —me advierte, arqueando una ceja mientras se reclina contra el respaldo de la silla—. No quiero tener que deshacer nada después.

—Entendido, jefe. —Levanto las manos, todavía con el tenedor en una de ellas—. Prometo que no voy a enchufar nada al azar..., aunque la idea me esté tentando.

Pol suelta una carcajada, negando con la cabeza mientras se limpia la comisura de la boca con el dorso de la mano.

—Perfecto. —Empuja el táper vacío hacia un lado y da una palmada seca sobre la mesa—. Vamos a dejar esta furgoneta lista sin que explote.

Me río por lo bajo y termino de rebañar lo poco que queda en el táper, arrastrando el tenedor por el fondo hasta apurar el último bocado. Mientras mastico, veo cómo aparta los planos y echa mano de la silla, listo para ponerse de pie y volver al lío. Pero, justo en ese instante, el móvil que había dejado boca arriba sobre la mesa vibra con un zumbido seco contra la madera. Pol baja la vista y, en cuanto lee lo que sea que aparece en la pantalla del teléfono, los ojos se le quedan clavados en ella.

—Bruno...

—¿Qué pasa?

—Lena ha subido un vídeo y nos ha etiquetado.

Se me corta la respiración. Mi tenedor queda suspendido en el aire y, sin decir nada, me incorporo de golpe. Rodeo la mesa con pasos

rápidos y llego hasta él. Los dos permanecemos en silencio, conteniendo la respiración, como si no hacerlo nos acercara de algún modo a lo que estamos a punto de ver. Cuando me asomo a la pantalla, Pol sube el volumen y el murmullo del vídeo llena el taller.

—Hola, amores —saluda Lena, con una sonrisa que no le llega a los ojos. Hay un brillo apagado, una tensión sutil que delata que está forzando la expresión—. Sé que he estado un poco inactiva estos últimos días y... quería disculparme.

Desenrosca el corrector y se lo aplica en las ojeras y en las aletas de la nariz. Después coge la esponja y empieza a difuminarlo, moviéndola con suavidad, casi como si danzara sobre su piel. Una coreografía que yo reconozco al instante: siempre que se maquillaba en el minibús, yo me quedaba embobado viendo cómo manejaba los pinceles con tanta paciencia y precisión que parecía imposible que algo pudiera salir mal.

—De hecho... —continúa, con un suspiro que apenas logro oír—, esto me sabe fatal porque me encanta compartir tiempo con vosotras, pero... necesito tomarme un descanso de las redes.

Su expresión se contrae ligeramente; hay una mezcla de culpa y tristeza en su gesto, como si le doliera tener que alejarse de quienes la siguen.

—No quiero que os preocupéis —añade, inclinándose un poco hacia un lado. Desaparece de la pantalla un instante y, cuando vuelve, ya tiene en la mano el rizador de pestañas y el rímel—. Estoy bien. —Abre el rizador y no puedo evitar fijarme en cómo le tiemblan los dedos—. No estoy en mi mejor momento, pero... lo estaré.

Siento un nudo en el estómago que me aprieta el pecho. Y todo porque lo único que quiero hacer es atravesar la puñetera pantalla para poder estrecharla entre mis brazos.

—Prometo volver pronto, espero que lo entendáis —dice y, aunque sus labios se esfuerzan por sonreír, sus ojos parecen apagados, cansados, tristes—. Pero, antes de irme, me gustaría hablaros de una experiencia que me ha cambiado la vida.

Pol se tensa al instante. De reojo veo cómo aprieta la mandíbula y cómo se le marcan los músculos del cuello. Tiene la mirada clavada en la pantalla, como si Lena fuera una bomba a punto de estallar y él estuviera demasiado cerca como para salir corriendo.

—Para sorpresa de nadie, cuando me propusieron la idea de viajar en una cámara por la costa de España, lo primero que pensé fue: «Definitivamente, no». —Inclina la cabeza mientras pasa el rímel por las pestañas—. Entonces, ¿por qué acabé haciéndolo? —Hace una pausa, respirando hondo antes de continuar—. Bueno, yo tampoco tengo ni idea.

Pol se pone aún más rígido. Yo, en cambio, no puedo evitar que se me escape una sonrisa. Porque, al oírla, me vienen a la cabeza los primeros días, cuando todo era nuevo, extraño, incómodo y a la vez perfecto. No sé por qué, pero tengo la sensación de que fue hace muchísimo, cuando en realidad no ha pasado ni siquiera un mes.

—El caso es que..., pese a todos mis prejuicios, ha sido el mejor viaje que he hecho en mi vida. Y todo ha sido gracias a vosotras y, por supuesto, al taller Pol Camp.

Pol suelta el aire de golpe y, sin siquiera darse cuenta, deja el móvil sobre la mesa. Yo me lanzo a cogerlo al instante, asegurándome de no perderme ni una palabra de Lena. Mientras lo tengo en las manos, percibo cómo mi tío se deshace de toda la tensión que llevaba encima. Se echa hacia atrás en la silla, cierra los ojos un segundo y deja escapar una carcajada. Luego se pasa una mano por el pelo y otra por el pecho, y yo casi puedo oír el «joder, menos mal» que no ha pronunciado en voz alta.

—¿Qué te dije? —murmuro sin despegar los ojos de la pantalla.

Pol se levanta y me planta las manos en los hombros. Me aprieta con ganas, como si quisiera transmitirme algo sin abrir la boca. Igual lo hace; no lo sé. Tengo la vaga sensación de que sí, de que su boca se mueve, pero ahora mismo no tengo oídos para nada ni nadie que no sea Lena.

Ella sigue hablando del viaje que ha hecho gracias a Pol Camp, con esa forma suya de contar las cosas que las hace sonar todavía más grandes, más mágicas. Incluso anima a sus seguidores a probarlo.

Y yo, maldita sea, sonrío tanto que hasta me duele la cara. Pero, qué cojones, me da igual. No puedo parar. Es como si cada palabra suya me estirara la boca un poco más.

—Y, si me preguntáis con qué me quedo de todo esto... —prosigue Lena, dejando caer la esponja de maquillaje sobre la mesa. Por suerte, no ha tapado esas pecas tan bonitas que me vuelven loco—, diría que con esa sensación de que, incluso en mitad de la nada, siempre hay una canción que te enciende por dentro.

Lo dice mirando a cámara y, hostia, a mí se me dispara el corazón. Porque Lena no está hablando para sus seguidoras, está hablando para mí. Y, en este instante, no puedo evitar pensar en todas las veces que cantamos «Burning Love» de Elvis Presley, desafinando y gritando como dos idiotas felices.

—No sé si volveré a vivir algo así... —susurra, bajando la mirada un momento—. Pero, si lo hago, espero que suene exactamente igual que este viaje. —Sus pestañas aletean cuando vuelve a levantarlas, y entonces se le escapa una sonrisa triste—. Porque, aunque haya terminado, hay canciones que no se acaban nunca. —Lena se lleva la mano a los labios y lanza un beso a cámara—. Nos vemos pronto; os adoro.

La pantalla se queda en silencio, pero yo sigo con el corazón desbocado, como si aún pudiera oírla respirar.

Dejo el móvil de Pol sobre la mesa y, en cuanto mis dedos lo sueltan, ya estoy rascando en el bolsillo de los pantalones para sacar el mío. Lo desbloqueo, abro Instagram y me meto en su perfil. Me quedo un segundo con el dedo flotando sobre el botón de «Seguir».

Respiro hondo, lo aprieto y..., «clic», hecho.

Pero no me basta. Entro en el chat y me quedo mirando la pantalla. Las palabras se me agolpan en la cabeza, pero ninguna parece la correcta. Escribo, borro. Vuelvo a escribir, vuelvo a borrar. Me paso así un buen rato, hasta que por fin dejo de pensar y lo suelto.

Gracias por el vídeo.
Pol está muy contento.

Trago saliva. Que alguien me quite el móvil de las manos.

Bueno, y no solo por el vídeo. También por
convertir una canción cualquiera en una de mis
favoritas. Ya no puedo escucharla sin pensar en
ti.



Lena

12 DE AGOSTO

La puerta del piso se cierra tras de mí con un sonido seco que resuena unos segundos en el rellano antes de extinguirse. Deslizo las llaves dentro del bolso y comienzo a bajar las escaleras. Cada peldaño devuelve el eco de mis pisadas en un murmullo grave que me acompaña hasta el portal. Al atravesarlo, la ciudad me envuelve sin concesiones. Agosto en Barcelona no entiende de treguas: el aire es denso, espeso, pegajoso. Avanzo despacio, midiendo cada paso entre el rumor persistente del tráfico y el susurro disperso de voces que llenan la calle desde primera hora. La ciudad respira con su cadencia particular. Todo bulle, todo arde, todo parece expandirse bajo la tiranía del calor.

Busco el móvil en el interior del bolso y, cuando lo tengo entre mis manos, la pantalla se ilumina con una cascada de notificaciones. Entre todas, una me retiene. Es un mensaje de Carlota.

Guapetona, ¿cómo estás?

Me detengo en mitad de la acera, como si el mundo a mi alrededor pudiese esperar un instante. El mensaje de Carlota me provoca un destello de alegría que se refleja en la sonrisa que se dibuja en mis labios. Tecleo con rapidez, casi con impaciencia.

Tía, dame tu número y te llamo.

La respuesta no se hace esperar. Apenas aparece en la pantalla la secuencia de dígitos, ya estoy marcando. Me coloco el móvil contra la oreja y, al mismo tiempo, retomo el paso que había interrumpido.

La voz de Carlota irrumpe al otro lado, tan clara y vivaz que arrastra consigo una ligereza capaz de contagiarlo todo.

No tardamos en enredarnos en una charla rápida y fluida, con esa facilidad que solo tienen los reencuentros en los que la confianza nunca se ha perdido.

—Tía, ¿cuánto crees que podría pedir por el número de una *influencer* como tú? —bromea, con un tono tan desenvuelto que me provoca una carcajada inmediata.

—Anda, anda... No seas exagerada, Carlota.

—De exagerada, nada, ya verás cuando se lo cuente a Lucas; no se lo va a creer...

—Conque Lucas, ¿eh? —Me río, porque lo ha dicho con una naturalidad tan aplastante que me devuelve a los momentos que pasamos todos juntos en los que se veía venir que lo que tenían, fuera lo que fuese, iba a ir a más—. ¿Cómo va eso?

—Ahora pareces Joey, de *Friends* —bromea y suelto una carcajada; esta chica es aire fresco—. Pues va; muy juntos y muy en serio.

—¿De verdad? No sabes cuantísimo me alegro. Cuéntamelo todo, tía.

Y ella lo hace. Me explica que empezaron a salir porque él se declaró y ella decidió que era el momento de dar ese paso y poner un nombre a lo que tenían. No puedo evitar notar un nudo en el pecho al oírla decir eso, ya que, quizá, es justo lo que querría que hubiese pasado entre Bruno y yo, o tal vez no, no lo sé. Actualmente sé que no habría sido mejor para mí porque el capítulo de Enzo, a pesar de todo, seguía abierto y tenía que cerrarlo antes de comenzar otra historia. Es algo que ahora tengo claro, aunque en su momento no le di tanta importancia y dejé que los sentimientos y cómo me hacía sentir Bruno pesaran más que todo lo demás.

—Bueno, basta ya de hablar de mí —suelta Carlota al otro lado de la línea—. Cuéntame tú: ¿cómo estás? —Su tono cambia de inmediato, como si se ajustara a un registro más serio, más prudente—. Porque, hasta donde yo sé, el viaje no terminó como teníais planeado.

—Puff... Pues no sé ni por dónde empezar.

—Pues hazlo por el principio, como se hace con todas las historias —me invita a hacerlo ella y su voz se vuelve más seria al oír la mía.

Así que se lo cuento todo: cómo sucedió, cómo me despedí de su amigo y cómo acabé en una gasolinera aparcando una vida en la que había estado sobreviviendo durante más tiempo del necesario. Cada palabra parece salir con menos esfuerzo del que habría esperado; no es la primera vez que cuento esta historia, ni siquiera la segunda.

A veces me sorprende a mí misma con una sensación todavía más curiosa: es como si todo aquello que relato no me hubiera pasado a mí, sino a otra persona. Las escenas se reproducen en mi mente con nitidez —los gestos, los lugares, los sonidos—, pero el dolor inmediato se mantiene a cierta distancia. Es como si mi propia vida

se convirtiera en una fábula ajena que puedo observar con cierta objetividad, sin que las emociones me atenacen por completo.

—Qué asco de tío —dice Carlota, arrastrando cada sílaba y dejando que destile puro desagrado.

—Pues sí. —Mis dedos se cierran un poco más alrededor de la correa del bolso—. Después de lo de la gasolinera, estuvo insistiendo un tiempo. Como tenía su número bloqueado, me escribió por Instagram. No le contesté, así que probó en otras redes. Por supuesto, lo bloqueé en todas y cada una de ellas. —Inhalo y exhalo despacio, dejando que el aire arrastre consigo el peso y la tensión de esas palabras—. María dice que es lo mejor.

—Qué fuerte... —resopla con rabia—. Vaya pedazo de gilipollas, te lo digo. —Capto a la perfección el desdén y una irritación contenida al otro lado de la línea—. Oye, ¿quién es María? No me suena que la hayas mencionado antes.

—Ah, claro... ¡Perdona! —respondo, cayendo en la cuenta de que todavía no le he hablado de ella—. María es la terapeuta de Sofía. —En cuanto su nombre sale por mis labios, noto cómo me invade una calidez difícil de disimular. Me descubro sonriendo, porque en el fondo me alegra poder compartirlo—. Bueno..., ahora también es la mía.

—¡Tía, no tenía ni idea de que estabas yendo a terapia!

—De hecho, en quince minutos tengo sesión.

Retiro el móvil de la oreja y, con un gesto rápido, compruebo la hora en la pantalla. El margen es más reducido de lo que había imaginado, pero la consulta está apenas a un par de calles. Aun así, acelero un poco el paso.

La voz de Carlota me llega amortiguada.

—¿Y cómo lo llevas?

Me pongo de nuevo el móvil en la oreja.

—Pues... la verdad es que María me está ayudando mucho.

—¡Joder, me alegro un montón!

—Pero todavía me queda mucho por trabajar.

—Pero lo importante es que has empezado a hacerlo; el camino puede ser largo, Lena, pero ya has dado el primer paso.

—Lo sé. Aceptar mi situación no ha sido fácil. Siento un alivio inmenso por no estar con él. Pero a veces es confuso, porque, al mismo tiempo, no es tan liberador como imaginaba, ¿sabes?

—¿Por qué lo dices?

—Porque, en ocasiones, llega a ser... agotador. Es como si tuviera que aprender de cero a confiar en lo que quiero, pienso y digo.

—Joder, qué movida.

Sí, lo es. Y me sorprende cómo esa palabra, tan sencilla y tan poco precisa, consigue abarcar a la perfección el caos que todavía me acompaña. Porque, cuando concerté la primera sesión con María, no era consciente de la magnitud del camino que se desplegaría frente a mí.

—También suelo sentir rabia.

—No me extraña.

—Pero todavía no sé cómo... canalizarla. —Dejo escapar un suspiro que se mezcla con el ruido de la calle—. María dice que al principio es normal.

—¿De verdad pretenden que no sientas rabia por ese desgraciado? —Al otro lado oigo un bufido, seguido de un murmullo entre dientes—. No sé... ¿Estás segura de que María no se sacó el título en una tómbola?

Una carcajada brota de mis labios. No puedo evitarlo: Carlota tiene esa forma tan brusca y espontánea de decir las cosas que siempre termina provocándome una risa. Y, sin embargo, sé que en parte tiene razón. Lo que yo busco no es conservar la rabia ni

dejarla crecer como una herida que supura, pero tampoco convertirla en algo indulgente. Lo que anhelo —y en ocasiones me parece un horizonte casi inalcanzable— es el vacío. La ausencia total. No quiero sentir nada por Enzo: ni afecto, ni rencor, ni siquiera esa furia que me quema cuando pienso en él. Deseo que se convierta en una figura sin peso, sin relieve, hueca e insignificante, como una sombra que se disuelve en la memoria; que desaparezca hasta de mis pensamientos. Porque, en realidad, no hay mayor libertad que esa: no tener que cargar nunca más con su nombre, ni con su voz, ni con su recuerdo.

—Estoy en buenas manos; puedes estar tranquila. —Recupero el aliento tras la carcajada, dejando que mis hombros se relajen apenas un instante—. Pero la cosa es que no es solo rabia hacia él... —Trago saliva—. También la siento hacia mí misma. —La sonrisa se ha desvanecido por completo de mi rostro—. Por haber aguantado tanto.

—Tía, pero no es culpa tuya que...

—Lo sé... —interrumpo a Carlota, pero en realidad hablo más para mí que para ella—. Sé que no es culpa mía. —Dejo que las palabras se deslicen por mi garganta, como si el simple hecho de pronunciarlas en voz alta pudiera convencerme de su verdad. Sin embargo, incluso mientras las digo, la sensación de duda se enreda en mi pecho—. Pero me cuesta no reprocharme —continúo, bajando la voz—. No temer volver a equivocarme, no desconfiar de mi capacidad para interpretar las señales a tiempo. Y a veces... a veces hasta me pregunto si algún día podré tener una relación sana. —Una voz interna me recuerda que no debo pensar en eso ahora—. Pero, vamos, eso da igual porque lo que necesito es trabajar en mí misma... Eso es lo esencial en este momento.

No obstante, pienso en Bruno y una punzada aguda me atraviesa el pecho, recordándome lo mucho que lo echo de menos, con esa persistencia cruel de lo que no se resigna a extinguirse. Porque, por más que sepa que ahora me corresponde ocuparme de mí, no consigo desprenderme del anhelo de volver a verlo.

Me muerdo el labio inferior y de repente me percató de que me he quedado callada.

Estoy convencida de que Carlota sabe en quién estoy pensando. De todos modos, si es así, no lo menciona.

—Claro, lo importante eres tú. —Carlota habla despacio, casi como si me abrazara con la voz—. No puedo imaginar lo difícil que debe de ser todo esto, pero estoy segura de que vas a estar bien, y ya solo por eso merecerá la pena. Que Roma no se construyó en un día, ¿eh?

—No, desde luego que no.

Sus ánimos me envuelven y enseguida siento un alivio profundo. Alivio por no tener que verbalizar lo que me consume, por no romper este instante diciendo algo que podría sonar torpe o inapropiado. Pero, al mismo tiempo, también me fastidia porque quería que ella lo mencionara y me dijera cómo está, aunque sé que bastaría con preguntárselo directamente a él. Suspiro, dejando que la densidad del momento se funda con el murmullo de la ciudad, y decido no profundizar más.

—Oye, ¿y tu madre...?

La boca se me seca por completo y cada palabra se vuelve áspera y pesada antes de salir. Hablar se transforma en un esfuerzo consciente, como si cada sílaba tuviera que abrirse paso a empujones, y siento cómo la tensión se acumula en mi garganta.

—Es... complicado.

—¿Y eso?

—Se lo conté todo, pero seguimos sin entendernos.

—¿En plan?

—Pues... sigue trabajando con Enzo.

Se me revuelve el estómago.

—Estás de coña, ¿no?

—Ojalá.

—Pero...

—Cree que estoy exagerando, básicamente.

No me apetece entrar en detalles, ni siquiera pensar en ello. Sé que en algún momento tendré que hacerlo, pero hoy no es el día. Por eso intento buscar cualquier puerta que nos conduzca a otra conversación, pero Carlota sigue hablando al otro lado de la línea.

—Pero ¿dices que se lo has contado todo?

—Sí, absolutamente todo.

—¿Y aun así...?

—Sí.

—Joder.

—Ya... Pero tampoco puedo quedarme solo con lo negativo. No estoy sola. Tengo a Sofi, a Clara, a María...

—Y a mí. Que quede claro: puedes contar conmigo para lo que sea. Incluso para enterrar un cadáver.

—Muchas gracias. En estos momentos, poder llamar «amiga» a alguien es un regalo.

—Pues aquí puedes hacerlo.

—Bueno..., me sabe fatal colgarte, pero tengo que entrar ya —digo cuando llego a la consulta de mi psicóloga—. A propósito, ¿por dónde andas ahora?

—Claro, ni te rayes. —De repente, se oye un chasquido seco y no puedo evitar imaginar a Carlota acercando el mechero al cigarrillo.

Su voz regresa, arrastrando el humo entre las palabras—. Estoy por Girona; si te apetece, cuadramos un día para vernos.

—Por eso te preguntaba.

—Perfecto. Pues, si quieres, lo hablamos después.

—Me parece genial.

Tras despedirme de ella, cruzo el umbral. Cierro la puerta tras de mí, dejando que el sonido del exterior quede atrapado fuera, amortiguado, y avanzo hacia la sala donde mi terapeuta me espera.



Bruno

El taller huele a una mezcla de madera, barniz y café recalentado. Hay restos de espuma aislante, cajas de tornillería volcadas y unas cuantas furgonetas abiertas en canal, esperando a que alguien les meta mano. Y ese alguien somos o Pol o yo: dos *pringaos* en pleno agosto que sudamos la gota gorda intentando hacer el trabajo de cinco mientras el resto del equipo sigue de vacaciones.

Desde que Lena subió el *reel*, no hemos parado. Y no me quejo, ¿eh? Todo lo contrario. Me hace una ilusión de la hostia. Que alguien a quien aprecio tanto hablara así del curro de mi vida..., joder, eso no tiene precio. Y, claro, la repercusión ha sido brutal: no dejan de llamarnos, de escribirnos, de aparecer con furgonetas para transformarlas en hogares sobre ruedas.

Estoy feliz. Pero también agotado. Porque si algo tiene este trabajo es que cada proyecto es distinto, y ahí está la magia. Hoy nos han entrado dos furgos casi al mismo tiempo: una de una pareja

que quiere una cama abatible con cajones secretos y una de un chaval que sueña con una cocina como la de Karlos Arguiñano. Todo mola, por supuesto..., hasta que te das cuenta de que las piezas no se montan solas y que Pol y yo, por mucho que corramos, no damos abasto.

Pero, aun así, nos sentimos afortunados como pocos. El negocio va viento en popa y cada proyecto que sale de aquí le da un vuelco a la vida de alguien. Y, en parte, todo esto ha sido gracias a Lena y a ese bendito vídeo que nos ha puesto en el mapa de golpe.

—¡Bruno! —grita Pol desde alguna parte del taller—. ¡Haz algo con tu teléfono, que me está volviendo loco!

Suelto sobre el banco de trabajo el destornillador, que rebota contra un taco de madera, y camino hasta el despacho mientras me limpio las manos en un trapo mugriento que ha visto mejores días.

A medida que me acerco, oigo el zumbido del móvil, constante, insistente. Llego al escritorio, lo cojo y la pantalla me da la bienvenida con un desfile interminable de notificaciones. Todas de Carlota.

«¿Habrás pasado algo?», pienso.

Justo cuando voy a desbloquearlo, el cacharro tiembla en mis manos. Videollamada entrante. Acepto y me encuentro a mi amiga al otro lado. No parece preocupada. De hecho, está sentada en la terraza de una cafetería.

—Podemos discutir si soy buena amiga —se quita las gafas de sol, dejando al descubierto una mirada que brilla con picardía— o reconocer de una vez que me he ganado el puesto de la celestina del verano.

—¿Qué has hecho? —pregunto, preparado para cualquier cosa. Con Carlota uno nunca sabe.

—¿Quieres la versión corta o la larga?

En mi cabeza echo las cuentas. Si me quedase hablando con Carlota un rato... Qué va, imposible. Si algo he aprendido estos últimos días es que las furgonetas no se montan con telequinesis, y, como me quede aquí un minuto más del necesario, ya puedo irme olvidando de acabar algo hoy.

—Carlota, te quiero un huevo —digo mientras doy vueltas por el despacho—, pero ahora mismo tengo a Pol echando humo por las orejas con todo el curro que nos queda. Si quieres luego...

—La versión corta, entonces —me interrumpe de inmediato. Apoya los codos sobre la mesa y entrelaza las manos bajo la barbilla—. He hablado con Lena.

Me caigo en la silla del despacho.

—¿Cómo está?

—Mejor..., teniendo en cuenta que ya no está con el gilipollas de su ex.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

Me reclino hacia atrás, apoyando la cabeza en el respaldo. Mis ojos siguen fijos en la pantalla, clavados en Carlota, buscando confirmar lo que acabo de oír. Porque he oído bien, ¿no? ¿Lena ha dejado a ese idiota? Un choque de pensamientos me atraviesa la cabeza: un «no creo» que se estrella contra un «ojalá que sí».

—¿De verdad lo han dejado?

Carlota sonrío. Primero con los labios, después con los ojos, como si disfrutara viendo cómo me retuerzo de emoción.

—Técnicamente, no..., porque nunca volvieron.

Me froto la nuca, incrédulo.

—Pero... —empiezo a decir, aunque ni siquiera sé qué viene después de ese «pero» porque todo lo que había dado por hecho se

desmorona en un instante. Estaba convencido de que Lena seguía con él.

Antes de que pueda abrir la boca para añadir algo más, aparece un camarero en la pantalla.

—¿Qué le pongo, señorita? —le pregunta a Carlota.

—Un matcha, por favor —le responde ella. El chico asiente, apuntando la orden—. Gracias.

Mientras tanto, yo aprovecho para inclinarme sobre la mesa, llevando las manos al archivador de la esquina, apartando carpetas hasta dar con la azul. La saco y la abro frente a mí.

—¿Desde cuándo te gusta el matcha? —le pregunto a Carlota en cuanto el camarero se aleja, sin despegar los ojos de la carpeta mientras comienzo a pasar las páginas.

—Todavía no me gusta —me contesta, encogiéndose de hombros. Frunzo el ceño.

—¿Y qué sentido tiene...?

—Es tendencia, Bruno. Tienes que probarlo.

Me detengo un instante, levantando la vista de la carpeta. Niego con la cabeza, dejando escapar una carcajada.

—No me convences.

—Allá tú.

—Bueno... —Me aclaro la garganta, intentando volver al punto que de verdad me interesa—. Entonces, ¿Lena está bien?

Carlota asiente, dándole una calada al cigarrillo que acaba de encender. El humo se dibuja en su lado de la pantalla.

—Está yendo a terapia.

Mis cejas se alzan.

Eso es... es una muy buena noticia.

Una sensación cálida me sube por el pecho, ligera y sorprendentemente agradable, algo que podría ser... orgullo, quizá.

O algo parecido. Suena raro, pero es exactamente lo que siento.

—De puta madre.

—Pues sí.

De repente, un pensamiento se me cruza por la cabeza y siento la urgencia de soltarlo antes de volverme loco. Si no lo hago, no voy a dejar de darle vueltas hasta que lo sepa, retorciéndome de curiosidad.

—¿Y... te ha preguntado por mí?

—No.

—Ah.

—Pero ganas no le han faltado; hazme caso.

Ojalá sea cierto. Porque, sí, me habría encantado que Lena preguntara por mí. Pero no ha sido así, y a pesar de ello... aquí estoy, con la carpeta azul entre las manos.

Paso hoja tras hoja hasta que lo encuentro: el contrato de la colaboración de Lena. Se me corta la respiración cuando veo lo que busco: su número de teléfono, entre cláusulas y más cláusulas.

Lo sé.

Son documentos privados.

Joder..., esto está mal.

Podría cerrar la carpeta y escribirle por Instagram.

Podría.

Pero, esta vez, el corazón gana a la razón.

Siento un cosquilleo en las manos mientras repaso el número, memorizándolo casi sin darme cuenta.

—Carlota, hablamos después.

—De nada, ¿eh?

—Luego os invito a unas cervezas.

—¿A las ocho?

—Siete mejor, que mañana también madrugo.

—Me caías mejor cuando no eras tan responsable.

Justo en ese momento, le traen el matcha. El camarero lo deja delante de ella con un gesto amable y se marcha. Carlota, siempre tan dispuesta a probar lo último que esté de moda, agarra la taza y le da un sorbo. En cuanto el líquido le roza la lengua, arruga la nariz, tuerce la boca y yo no puedo reprimir una carcajada que retumba en el despacho.

—Disfruta el matcha.

—Eso intento.

Nos despedimos todavía riéndonos y la videollamada se corta. Entonces, lo hago. Agrego el número de Lena y escribo, esta vez sin dudar.

No sé si tienes mi número guardado y desde ya te pido disculpas por haber conseguido el tuyo sin permiso, pero... Carlota me ha dicho que estás yendo a terapia. Solo quería que supieras que estoy orgulloso de ti. No en plan paternal, tú ya me entiendes.

Segundos. Solo pasan un par de ellos cuando se ilumina la pantalla.

¡Qué sorpresa! Gracias por tus palabras.

Lo de ir de padre siempre se te ha dado bien. No trates de ocultarlo...

Una carcajada se escapa de mis labios y no dudo en responder. Cómo la echaba de menos, joder.



Lena

27 DE AGOSTO

La tarde avanza despacio, como si quisiera prolongarse un poco más antes de ceder el paso a la noche. Estoy con Sofía, Clara, Olivia y Alicia en una terraza pequeña y acogedora, una de esas que parecen escondidas a propósito entre calles estrechas y balcones con geranios, y que siempre tienen las mesas vestidas con manteles de lino claro y flores frescas en jarroncitos de cristal. Hay cierto bullicio a nuestro alrededor —conversaciones cruzadas, carcajadas lejanas, el sonido de las tazas chocando, el rumor constante de la gente que viene y va—, pero todo ello se convierte en un murmullo agradable.

—Creo que es una señal del universo —declara Olivia, dejando la taza de café vacía sobre la mesa.

—Tía, no digas eso —replica Alicia con dulzura. Se inclina hacia ella y le acaricia la espalda—. Ya verás como a la próxima apruebas.

Hacía mucho que no veía a estas dos amigas. Demasiado, en realidad.

Cuando empecé con Enzo, mi vida social se redujo hasta casi desaparecer. Fue un proceso tan sutil que ni siquiera fui capaz de ver todo lo que estaba perdiendo.

Una invitación que rechacé, una excusa que inventé, una llamada que nunca devolví. Hasta que al final me encontré viviendo en un círculo estrecho en el que solo cabía él.

Ahora que ya no está, me he ido reconciliando con todo aquello que había dejado abandonado. Y Olivia y Alicia han sido una de esas piezas que necesitaba recuperar. Cuando les conté lo que había pasado, me escucharon con atención y me abrazaron con fuerza. Desde entonces, nos vemos con frecuencia, tratando de recuperar todos los cafés que no nos tomamos juntas en su día.

—Necesito ahogar las penas. —Olivia recorre la mesa con la mirada, deteniéndose un instante en cada una de nosotras—. ¿Quién se apunta a otra ronda?

—Lo tuyo con la cafeína empieza a ser preocupante —interviene Clara, que alarga la mano hacia la jarra de agua y llena un vaso—. A partir de ahora, agua.

Olivia pone los ojos en blanco. Sin embargo, obedece y termina cogiendo el vaso que le tiende Clara.

A diferencia de mí, Clara nunca perdió el contacto con ellas. La culpa me visita cada vez que lo recuerdo, porque, cuando mi amiga me proponía quedar con ellas, yo siempre encontraba una razón para no ir.

—Pero ¿cuántas veces te has presentado al examen? —pregunta Sofía, apoyando los codos sobre la mesa.

Todavía se me hace raro verla con las chicas. Hasta ahora, mi mánager solo conocía a Clara. Pero resulta evidente que también ha

conseguido conectar con ellas.

—No quieras saberlo —responde Olivia, todavía con el vaso de agua en la mano—. Pero me estoy dejando el sueldo en el puñetero carnet de conducir.

—La próxima vez te pondremos una velita —añado yo, dejando escapar una carcajada.

—Ni un millón de velas conseguirán que apruebe —replica ella, frunciendo los labios en una mueca de desesperación divertida.

—¡Con esa actitud desde luego que no! —Alicia gesticula con las manos en un intento de enfatizar sus palabras—. Tía, tienes que ser más positiva.

Justo en ese instante, mi móvil vibra sobre la mesa. Lo cojo y, en cuanto veo de quién es la notificación, noto cómo se me acelera el corazón. Abro el chat y me encuentro con una imagen del mar a esta hora, con los últimos rayos del sol reflejándose sobre las olas. Es tan mágico que por un momento dejo de escuchar las voces a mi alrededor y me imagino allí, caminando por la orilla y sintiendo la brisa y la sal sobre la piel... con él.

—¿Deberíamos preocuparnos? —interviene Clara, y me descubro de nuevo aquí, entre ellas.

—¿Por...? —pregunto, confundida.

Percibo un atisbo de inquietud en sus ojos, un reflejo que se repite en los de todas las demás. Y entonces lo entiendo: después de lo que pasó con Enzo, es completamente natural que se preocupen por mí.

—Es Bruno —admito mientras siento que la sonrisa que intento contener se me escapa por las comisuras de los labios.

Al oír mis palabras, el rostro de mis amigas se transforma de inmediato. Sofía arquea las cejas, Clara abre la boca, Olivia parpadea varias veces y Alicia deja escapar un suspiro apenas

audible. Y, de pronto, la mesa estalla en un murmullo de voces que se solapan unas con otras.

—¿Por qué no nos lo habías contado?

—No me lo puedo creer.

—Tía, ¡qué fuerte!

—Pero ¿cuánto tiempo llevas hablando con él?

Ya les había hablado de Bruno antes, claro. De cómo nos conocimos, de cómo nos enamoramos. De lo fácil que fue dejarse llevar, de lo viva que me hizo sentir. Pero lo que aún no les había contado es que llevamos dos semanas hablando. A ver, no nos escribimos todo el tiempo..., pero sí lo suficiente como para que lo eche de menos cuando no lo hacemos.

—Oye, ¿y no has pensado en ir a buscarlo? —pregunta Olivia, inclinándose un poco hacia mí cuando termino de hablar.

—Por supuesto que lo he pensado. Muchas veces. —Asiento despacio y dejo que mis dedos jugueteen con el asa de la taza vacía—. Pero ya sabéis que ahora mismo la terapia es mi prioridad.

—¿Y no es compatible? —interviene Sofía, que está sentada a mi lado. Sus dedos rozan el borde del cuenco del centro antes de atrapar un cacahuete y llevárselo a la boca, sin apartar la vista de mí.

—No —respondo demasiado rápido—. No lo sé.

—¿Entonces? —insiste Olivia.

—Chicas, no puedo. —Me recuesto en la silla y me paso una mano por el cabello—. Y, aunque pudiera, me da cosa.

—¿En plan...? —pregunta Sofi, ladeando la cabeza.

—Me siento culpable —contesto, casi sin pensarlo.

Las cuatro me miran con la misma expresión de desconcierto.

Inhalo despacio.

—¿Tengo que recordaros cómo acabó el viaje?

Exhalo.

—Lena, lo hiciste lo mejor que pudiste. —Clara alarga su mano y aprieta la mía.

—No sé.

Y, mientras lo digo, me descubro imaginando finales distintos, como si la vida se doblara en pliegues infinitos y yo caminara por todos ellos a la vez. Me pregunto cómo habrían sido las cosas si hubiera actuado de otra manera, si hubiera tomado decisiones diferentes, si hubiera dicho lo que sentía. Cada pensamiento me devuelve un suspiro de «¿y si...?». ¿Y si hubiera actuado con más valor? ¿Y si hubiera actuado con más prudencia? Palabras que podría haber dicho, silencios que podría haber roto.

—A ver, esperad un momento... —dice Alicia, levantando una mano en el aire. De inmediato, todas enmudecen—. Nos estamos yendo por las ramas, chicas. En realidad, esto es mucho más sencillo —continúa, mirándonos una a una antes de detenerse en mí—. Tía, ¿a ti te apetece volver a ver a ese muchacho?

—Pues... sí —admito.

Alicia entrelaza los dedos sobre la mesa, inquisitiva.

—¿Y qué te impide hacerlo?

Busco una razón, intentando convencerme de algo que ni yo misma creo, pero no la encuentro. Repaso mentalmente cada posible obstáculo y ninguno parece sostenerse del todo. Ni siquiera la terapia. Al fin y al cabo, no tendría por qué ser incompatible. ¿Por qué una cosa tiene que excluir la otra? No lo sé. Supongo que todo es cuestión de hablarlo con María, de entender por qué me asusta tanto algo que en el fondo deseo.

Y, de pronto, lo entiendo. No es la terapia, ni el tiempo, ni el qué dirán. Es algo más devastador: el miedo.

Llevo semanas trabajando en mí, aprendiendo a escucharme y a entenderme. Pero, a pesar de ello, cada noche —en algún punto entre el sueño y la vigilia—, mi mente vuelve a él.

Me prometí vivir sin miedo o, al menos, vivir a pesar de este. No dejar que sea quien decida por mí y dicte si estoy lista o no. Y, sin embargo, aquí estoy. Dejando que tenga la última palabra.

Así que lo hago. Desbloqueo el móvil y tecleo rápido:

Tía, ¿te puedo pedir un favor?

Me quedo mirando el mensaje unos segundos. Algo dentro de mí me grita que lo borre, me susurra que lo piense mejor.

Aprieto el botón de enviar.

Esta vez, el miedo ha llegado tarde.

Carlota responde casi al instante:

Obviooooo.



Bruno

31 DE AGOSTO

Hay tanta gente en la playa que, si tiraras una piedra al agua, rebotaría en tres cabezas antes de tocar el mar. El sol pega con mala leche, el reguetón vibra en los altavoces y el aire huele al último día de agosto.

La escuela de surf local ha organizado una competición y, como era de esperar, ni mis colegas ni yo nos la íbamos a perder. Es abierta, así que hay de todo: principiantes, veteranos y hasta un par de valientes que han confesado no haber tocado una tabla en su vida. Pero aquí nadie viene a ganar. Esto va de pasarlo bien, hacer el ridículo y recaudar unos cuantos euros para proteger la fauna marina.

Las tablas reposan en la orilla mientras Carlota, Lucas y Mateo se enzarzan en una apuesta absurda sobre quién será el primero en

besar la arena. Porque, aunque el lema del día sea «disfrutar» y no «ganar», ellos no entienden el concepto. Yo, ante la duda, he votado por Mateo. Tiene potencial.

—Al final no nos vamos a sacar la foto; ya lo estoy viendo venir — se queja Carlota, con las manos en las caderas y el ceño fruncido.

Lucas, Mateo y yo nos reímos. Desde que pagamos los diez euros de la inscripción y nos dieron la camiseta del evento —una azul claro, con una tabla de surf y una tortuga dibujada dentro—, Carlota no ha parado de repetir que tenemos que hacernos una foto todos juntos.

—Venga, va —digo, revolviéndome el pelo—. Vamos a hacérsola antes de que esto empiece. ¿Alguien tiene el móvil aquí?

Tres cabezas se mueven en sincronía de lado a lado.

—Joooooder... —resoplo, sonriendo—. Tranquilos, no os peleéis por ofreceros; iya voy yo! —Levanto las manos, fingiendo rendición.

Camino por la arena caliente, esquivando toallas, mochilas y alguna tabla mal apoyada, hasta llegar a las taquillas que ha montado la escuela de surf. Son unas estructuras de madera con candados de colores. No inspiran mucha confianza, pero no seré yo quien se preocupe por ello.

Abro la taquilla para pillar el móvil y, en cuanto miro dentro, casi me caigo de espaldas. Entre la ropa, la toalla y el botellín de agua, hay una piedra azulada que no recuerdo haber metido. La cojo, la giro y la miro desde todos los ángulos. Frunzo el ceño. No es mía. De hecho..., joder, se parece muchísimo a la que Lena eligió aquel día en el mercadillo.

Sostengo la piedra entre los dedos, dándole vueltas y tratando de entender cómo ha llegado hasta aquí. Entonces recuerdo lo que nos dijo el tío que nos vendió las piedras: que las aguamarinas se suelen regalar a la persona amada.

«Hostia... No puede ser».

—Bruno... —me llega la voz de Carlota, entrecortada por la respiración, desde atrás. Me giro y percibo un rubor en sus mejillas y un destello de preocupación en sus ojos que no se puede disimular—. Tenemos un problema.

—¿Qué ha pasado? —pregunto mientras dejo la piedra en la taquilla y la cierro, sin despegar la vista de Carlota.

—Lucas se ha torcido un tobillo. —Frunce los labios—. No puede surfear con nosotros.

—Es coña, ¿no? —Muevo la cabeza de lado a lado y me paso la mano por el pelo—. Si estaba bien hasta hace un momento.

—¿De verdad te sorprende? Es Lucas.

Lo pienso un segundo y..., no, la verdad es que, viniendo de él, no me sorprende en absoluto.

—Joder...

Por más que esto sea una competición informal, sin Lucas estamos cojos. Los equipos son de cuatro y no hay manera de meterse en el agua con una persona menos.

—Tenemos que buscar a alguien que lo sustituya —digo, echando un vistazo al reloj. En nada empieza la primera manga—. Si no, estamos fuera de juego.

—Yo me encargo.

Antes de que pueda decir algo, Carlota sale a todo correr, zigzagueando entre la gente y levantando arena con cada zancada, hasta desaparecer entre la multitud.

Compruebo que la taquilla esté cerrada, tirando del candado con fuerza. Bien, no se abre. En cuanto a lo de la piedra... Bueno, seguro que es la mía y se me ha colado en algún bolsillo. Después de todo, la de Lena y la mía eran casi iguales. Tampoco hay mucho misterio.

Niego con la cabeza y echo a andar hacia los chicos. Cuando estoy llegando, los veo de pie. Lucas apoya todo el peso en las dos piernas, riéndose de algo que acaba de decir Mateo. Está... demasiado relajado, demasiado entero para alguien que se supone que acaba de lesionarse. Bajo la mirada a sus tobillos y... no parecen dolerle una mierda.

Sigo acercándome, sin entender muy bien qué está pasando. Cruzo la mirada con la de Mateo, que enseguida se pone nervioso y le mete un codazo a Lucas.

—¡Tío! ¿Qué haces? —suelta este tan alto que llega hasta donde yo estoy.

Mateo le dice algo al oído y, en cuanto me ve, Lucas se tira al suelo y se lleva las manos al tobillo derecho.

—¡Ay..., ay...! —se queja tan sentido que casi me convence.

«¿Qué coño está pasando aquí?».

Suelto una carcajada por lo bajo y niego despacio. Ay, Hollywood..., lo que te estás perdiendo.

—¿Cómo llevamos ese tobillo? —pregunto cuando llego hasta ellos, cruzándome de brazos.

Lucas levanta la cabeza desde el suelo, con una mueca de dolor y el pelo lleno de arena.

—No pinta bien, tío... —contesta, revolviéndose un poco más—. He pisado mal y..., no sé, me duele al apoyar.

A Mateo le tiembla la comisura de los labios, a punto de reírse. Se cubre la boca con la mano, fingiendo toser.

Qué cabrones.

—¡Ya tenemos sustituta de Lucas! —grita Carlota, casi sin aliento.

—Joder, qué rápido... —digo mientras me doy la vuelta—. De todas formas, Lucas está...

Me detengo en seco cuando la veo al lado de Carlota. Durante un segundo no sé ni respirar; todo lo demás se diluye y solo existe ella y la fuerza que me empuja a acercarme y a perderme en su boca. Tengo que luchar con todas mis fuerzas para no lanzarme en este mismo instante.

—¿Vas a competir? —Es lo único que consigo decir.

—¿Y por qué no?

Lena da un par de pasos hacia mí y no puedo evitar recorrer su figura un segundo más de lo que cualquier hombre decente debería. El neopreno de la escuela se ciñe a su cuerpo como si estuviera hecho para ella, marcando todas y cada una de sus curvas, y la camiseta del evento hace que todo parezca más real, más tentador. Siento cómo un calor me sube por el torso, se enreda en el pecho y baja directo hasta mi entrepierna, amenazando con hacerme perder el control en cualquier momento.

—Pensaba que no te gustaba surfear —suelto mientras mi cabeza y mis ojos conspiran en direcciones opuestas.

—Nunca dije eso —responde Lena, con una sonrisa que me hace dudar de si voy a ser capaz de decir algo coherente sin parecer un idiota.

Ahora que Lena está más cerca, me pierdo en las pecas que salpican su rostro, en las ondas doradas que caen hasta su cintura y... y en esos ojos que llevan semanas persiguiéndome en sueños.

—Bueno... —carraspea Lucas, asegurándose de que toda nuestra atención esté puesta en él—. Yo voy a ver si consigo un hueco en el jurado. —Señala hacia el escenario mientras empieza a alejarse, ignorando por completo el tobillo «lesionado» que minutos antes le dolía tanto—. Por lo menos, así tendréis alguna oportunidad de ganar.

—Sí... —añade Carlota al instante, enganchando a Mateo del brazo—. Nosotros vamos a... —alarga la palabra, pensando— prepararnos.

Se escabullen entre risas y yo me giro hacia Lena, que está jugando con sus manos.

—Perdóname —dice ella, bajando la mirada—. Sé que no he hecho las cosas bien y...

—No hay nada que perdonar, Lena.

—Quizá para ti no, pero para mí sí —sentencia mirándome a los ojos, y distingo en los suyos el brillo húmedo de unas lágrimas que se resiste a soltar—. Cuando apareció Enzo, mi mundo se puso del revés y el miedo me nubló la cabeza. Porque, aunque creía que lo correcto era seguir con él, yo ya no quería estar a su lado. En realidad, nunca hubo dudas, Bruno.

Trago saliva porque se me está haciendo un nudo en la garganta difícil de digerir. No era consciente de cuánto necesitaba escuchar esas palabras hasta que ella las ha pronunciado.

—Quería irme contigo, pero, como no sabía lo que éramos, me agobié un poco al pensar que yo sentía algo que quizá tú...

—¿Yo? Nena, estoy loco por ti desde que te vi por primera vez.

—No seas exagerado...

—No lo soy.

—El caso es que, gracias a ti, me di cuenta de que todo eso que creía bueno... en realidad no lo era. Sacaste a la luz a una Lena que llevaba demasiado tiempo escondida, una que quería ver mundo y hacerlo de tu mano. Por eso te doy las gracias. —Hace una pausa y me da la mano—. Después de empezar a ir a terapia, he entendido muchas cosas. Entre ellas, que cuando inicié ese viaje contigo no tenía claro lo que quería. Pero ahora sí. Sé lo que quiero..., pero todavía más lo que no quiero.

—¿Y qué es lo que quieres, Lena?

—A ti.

Lena acorta la distancia que nos separa y posa sus labios sobre los míos. Me pilla completamente desprevenido, pero, en cuanto mis sentidos la reconocen, todo dentro de mí estalla. Le devuelvo el beso con una urgencia que me asusta, sintiendo cómo el corazón me revienta el pecho. Lena suspira contra mis labios, y yo la rodeo por la cintura, tirando de ella hasta que nuestros cuerpos encajan. El mar ruge de fondo, pero lo único que oigo es su respiración entrecortada y la mía intentando seguirle el ritmo. Sus manos suben hasta mi cuello y sus dedos se enredan en mi nuca. Justo cuando voy a pedirle que no deje de besarme nunca más, a decirle que me ha devuelto el aire que no sabía que me faltaba, sus labios se alejan de los míos y siento que me ahogo.

—Gracias por venir, por volver —susurro contra sus labios.

Lena alza la cabeza. Una sonrisa tímida ilumina su rostro y un rubor suave tiñe sus mejillas, haciéndola aún más irresistible.

—¿Te lo esperabas? —pregunta Lena, ladeando la cabeza y mordiendo el labio inferior.

—Hay que decir que no has buscado a los mejores actores. —Sonrío al recordar a Lucas retorciéndose en la arena y a Mateo luchando por no estallar en carcajadas—. Pero no..., no me lo esperaba. —Llevo la mano a su rostro y deslizo un mechón detrás de su oreja. Echaba de menos hacer esto—. ¿Por qué has dejado la piedra en mi taquilla?

—Ya lo sabes.

—Pero quiero escucharlo.

Sus ojos bajan hasta mi boca, lenta y deliberadamente. Esbozo una sonrisa y ella me devuelve la suya antes de volver a subir la vista y clavarla en la mía.

—Porque pensé en ti cuando la sostuve por primera vez. —Cada palabra que pronuncia hace que mi corazón lata más rápido—. Porque te quiero, Bruno.

Mis labios la devoran con ansia y ganas. Lena abre la boca y deja que mi lengua se deslice y se enrede con la suya, jugando como olas que se persiguen una y otra vez en la orilla.

—Te quiero —susurro sin parar de besarla, dejando que mis palabras se mezclen con la sal de su piel y el sabor de sus labios, húmedos y jugosos. Mis manos se hunden en su espalda, tirando de ella hacia mí, y siento cómo su cuerpo se arquea contra el mío, tan desesperadamente vivo como el océano, salvaje, indomable, capaz de arrasarlo todo a su paso. Sus labios se curvan en una sonrisa y yo no puedo evitar repetirlo—: Te quiero, princesita.

Epílogo



Lena

UN AÑO DESPUÉS

Empujo la puerta con la cadera, haciendo malabares para que no se me caiga nada. Las llaves tintinean en la cerradura mientras entro de lado, arrastrando un par de asas que se me escapan entre los dedos. Dejo que la puerta se abra del todo y la maleta golpea el umbral antes de ceder y rodar dentro. El equipaje cae a mis pies con un golpe amortiguado, en un rincón del recibidor. La tensión en mis hombros se desvanece de inmediato y un suspiro de alivio abandona mis labios. Cierro los ojos para saborear la quietud del regreso, inhalando con profundidad para impregnarme del aroma que siempre he asociado a mi hogar: familiar y reconfortante, pero teñido por ese leve matiz a cerrado, inevitable después de tanto tiempo fuera. Después de tres meses, ¿qué otra cosa podría esperar?

Un impulso repentino me empuja por detrás y doy un brinco. Giro sobre mis talones y descubro la punta de una tabla de surf que invade la puerta.

—¡Joder, Bruno! —exclamo, llevándome una mano al pecho y apartándome a un lado—. ¡Qué susto me has dado!

Él levanta la mirada del suelo y una sonrisa culpable le cruza la cara. Atraviesa el umbral con las tablas bajo los brazos, una a cada lado.

—¡Perdón, princesita! No te había visto —dice, apoyando las dos tablas contra la pared. Luego se vuelve, me sostiene el mentón con delicadeza y me besa despacio—. Quédate aquí —murmura contra mis labios—. Yo me encargo de lo que falta.

—Si insistes...

Bruno sale y sus pasos se pierden poco a poco, fundiéndose con el rumor del exterior.

Camino hacia el salón, descalzándome mientras avanzo; las sandalias quedan abandonadas junto al pasillo, una aquí, otra allá. La madera fría se extiende bajo mis pies como una caricia conocida y reconfortante, dándome la bienvenida a casa. Cuando llego al ventanal, paso los dedos por los cerrojos y los libero uno a uno antes de empujar las hojas hacia fuera. El aire irrumpe de inmediato, fresco e impaciente, y recorre la estancia levantando el velo invisible del polvo acumulado y meciendo las cortinas.

—Mucho mejor.

Comienzo a vaciar las maletas y a separar la ropa sucia; si no lo hago ahora, esto se quedará aquí el resto de la semana. Siempre nos pasa lo mismo: cada vez que hacemos una escapada, regresamos agotados y dejamos las maletas junto a la puerta con la firme intención de deshacerlas «en un rato». Pero el rato tarda mucho en llegar, y al final acaban ahí, abandonadas y ocupando

gran parte de la entrada, convertidas casi en parte del mobiliario. Aunque, siendo justos, ¿a quién no le da pereza deshacerlas? Es, sin duda, la parte menos romántica de viajar.

Pero esta vez es distinto. Porque no se trata de una escapada de un fin de semana, sino de tres meses viviendo frente al mar. Eso significa... más maletas, más ropa y una entrada que pide auxilio para no quedar sepultada bajo el equipaje.

Bruno y yo decidimos celebrar nuestro primer aniversario por todo lo alto. Pol nos prestó una de sus furgonetas —a cambio de unos cuantos vídeos, que grabé encantada— y partimos hacia las islas Canarias con la intención de recorrerlas todas. Aunque, en realidad, no necesitábamos una excusa tan solemne: cualquier pretexto es bueno cuando se trata de huir juntos en una cámara.

El plan inicial era ambicioso, pero Tenerife —nuestro primer destino— nos arrebató el corazón nada más llegar. Bastó un único amanecer para saber que no íbamos a marcharnos tan pronto. Lo que iba a ser unos pocos días se transformó en tres meses. Después de todo, ¿qué sentido tiene ceñirse a un itinerario?

—Listo, ya está todo —anuncia Bruno cuando llega con las últimas bolsas. Cierra la puerta con el talón y las deja en el suelo, junto al resto del equipaje—. Deja eso; ya lo haremos mañana.

Me detengo y alzo la mirada hacia él. Una ceja se arquea lentamente, acompañada de esa expresión que él conoce demasiado bien: la de quien no piensa dejar que el caos reine en el recibidor ni un minuto más.

Bruno se agacha hasta quedar frente a mí y su mano me roza la mejilla antes de apartar un mechón de cabello que se ha escapado del recogido, acomodándolo detrás de mi oreja con suavidad.

—¿O es que no te apetece darte una ducha con tu chico y pedir algo para comer? —murmura, con la sonrisa de quien ya sabe la

respuesta.

Por ahora vivimos juntos en mi piso de Barcelona, aunque sabemos que no será por mucho tiempo. Ambos sentimos un impulso irrefrenable de volver al mar, de que la arena y el rumor constante de las olas se cuelen en nuestra vida cotidiana. Por eso, ahorramos, planeamos y soñamos, sabiendo que cada esfuerzo nos acerca un poco más a ese futuro que nos pertenece.

—Eso es chantaje.

Bruno se incorpora y me tiende la mano.

—¿Pizza o poke?

Sonrí y la tomo sin dudarlo, disfrutando del roce de su piel mientras me levanto.

—Pizza, pero llamas tú.

Me abro camino hacia el baño, saltando de un hueco libre a otro, sorteando maletas y bolsas, como si el suelo fuese un tablero de juego. Bruno no tarda en seguirme, moviéndose con la misma gracia que yo.

—¡Cómo me ha costado convencerte! —dice, y su tono exagerado me hace reír de inmediato.

—He cambiado de opinión —bromeo. Giro sobre mis talones y me topo de frente con Bruno—. Voy a deshacer las maletas.

—¡Tarde! —exclama, enseñándome la pantalla agrietada de su móvil—. ¡Ya estoy llamando!

Niego con la cabeza, riendo entre dientes, mientras empujo la puerta del baño. Pulso el interruptor y la claridad se derrama sobre los azulejos.

Bruno sigue trabajando para Pol, aunque ahora lo hace desde Barcelona. El negocio ha crecido como crecen las cosas hechas con amor y constancia: con raíces firmes y ramas nuevas que apuntan lejos. Pol ya ha abierto un segundo taller aquí y planea un tercero,

aunque todavía no ha aprendido a delegar. Podría echar menos horas, disfrutar del fruto de todo su esfuerzo, pero lo cierto es que le apasiona tanto lo que hace que uno se pregunta si, en su caso, realmente puede llamarse «trabajo». Amar lo que uno hace tiene ese inconveniente: nunca se sabe dónde termina el trabajo y empieza el placer.

Pero yo lo entiendo mejor que nadie. Después de tomarme un descanso de redes, volví con más ganas que nunca. Recordé por qué empecé, y eso me confirmó que, sin duda, es lo que quiero seguir haciendo. Pero lo que de verdad me tiene ilusionada es el proyecto que por fin empieza a cobrar vida: mi propia marca de cosméticos. Por ahora no es más que un conjunto de ideas dispersas, bocetos garabateados y nombres tachados. Tengo claro que girará en torno al mar: su calma, su fuerza, su manera de transformarlo todo sin perder su esencia. Y, por supuesto, será una marca vegana. Me emociona pensar en ello. Es un sueño que llevo años acariciando, y ahora, por fin, empieza a hacerse tangible, casi real. Joder, ¡qué fuerte!

—Una margarita y una cuatro quesos —pide Bruno, dirigiéndose a la chica del otro lado del teléfono, sentado sobre la tapa del váter mientras yo me desmaquillo frente al espejo—. ¡Ah, espera! —Se incorpora de golpe y coloca el móvil en altavoz—. ¿Qué os queda de postre?

Escuchamos con atención la lista de postres que nos recita la chica mientras nuestras miradas se encuentran y se cruzan en el reflejo del espejo. Cuando finalmente ella termina, Bruno se inclina hasta que su aliento roza mi oído.

—Te pido la de pistacho, ¿no?

Le hago un gesto con el dedo, indicándole que no, y Bruno me mira con el ceño fruncido, claramente extrañado. Me apresuro a

aclarar:

—Cojo un poco de la tuya.

Bruno vuelve al teléfono.

—Sí, perdona... Dos porciones de tarta, una de queso y otra de pistacho.

—¡Yo no quiero! —protesto, susurrando.

—¡Mentira! —me acusa entre risas—. Siempre te comes mis postres.

Una carcajada silenciosa nos sacude a ambos; tratamos de contenerla tapándonos la boca, pero nos tiemblan los hombros mientras la chica nos indica el importe y la hora de llegada del pedido.

—Perfecto, muchas gracias —dice Bruno al teléfono, intentando sonar formal—. ¡Adiós!

—¡Que aproveche, cielo! —se despide la chica.

—¡Igualmente! —responde Bruno, torpemente—. Es decir..., bueno, sí... ¡Adiós!

Cuelga y deja el móvil sobre el lavabo. Se vuelve hacia mí, soltando un bufido divertido.

—Joder, otra vez —murmura.

Nos miramos y las risas brotan casi sin poder contenerlas, ahora tan altas que no me sorprendería que algún vecino nos estuviera oyendo.

Un destello cruza la mirada de Bruno y, con un gesto lento y deliberado, me baja un tirante del top por el hombro. El roce de su mano sobre mi piel me eriza la espalda, haciendo que mi corazón se acelere al instante.

—Bueno..., tenemos cuarenta minutos.

—Poco me parece.

—Pues empecemos ya, nena.

Los labios de Bruno encuentran los míos y el mundo se reduce a este momento. Nos dejamos llevar por los besos, lentos y profundos, y cada caricia se deshace de la ropa que nos estorba. No sé cómo terminamos bajo el agua caliente, pero ahora cada gesto se acompasa con su caída, cada roce se intensifica.

Y, mientras me abandono al placer, pienso que con Bruno todo es más sencillo. Amar así, con verdad y sin artimañas, es un lujo que hasta hace poco ni siquiera sabía que podía permitirme. No hay estrategias, no hay miedos que impidan respirar; hay entrega, hay complicidad, hay risas que se cruzan sin palabras y silencios que no necesitan explicación. Amar así no es un acto heroico, es simplemente lo que debería ser el amor: fluido, genuino, cotidiano y, a la vez, extraordinario. Sencillo.

No supe lo que significaba amar de verdad hasta que Bruno apareció en mi vida. Porque, antes de él, pensaba que el amor tenía que doler, que las marcas en la piel o en el alma eran un tributo inevitable por entregarse a alguien.

Qué equivocada estaba.

Intento no culparme por ello, aunque el perdón propio es el más difícil de conceder, porque no supe reconocer las señales, no supe pedir ayuda. Confundí miedo con pasión, control con cuidado, dolor con entrega.

Y me costó verlo, reconocerlo y comprender todo lo que había estado viviendo durante tanto tiempo. Por supuesto, sigo yendo a terapia. Aunque ha pasado un año, continúo redescubriendo quién soy sin él, sin Enzo. Antes lo medía todo según lo que él pensaba o decía, y ahora soy yo quien traza mis decisiones, aunque a veces flaqueo y busque la confirmación que solía esperar de él. Lo cierto es que hay días buenos y otros más complicados, pero lo importante es que ya no me dejo arrastrar por los más oscuros: ahora tengo

herramientas. María me acompaña con paciencia y sabiduría. Juntas trabajamos en fortalecer mi autoestima, sobre todo. Ella me guía en el aprendizaje de una nueva manera de relacionarme: más libre, más honesta, sin el miedo constante a ser «demasiado» o «insuficiente». También en creer, de verdad, que el amor que Bruno me ofrece es merecido, y que puedo recibirlo sin reservas. Estoy orgullosa de lo que he logrado, de lo que aún espero alcanzar, y profundamente agradecida a María y a quienes permanecieron y permanecen a mi lado, sosteniéndome con su presencia y su cariño.

No puedo decir lo mismo de otras personas, y se me parte el alma cada vez que lo pienso. Sabía que mis padres no me lo pondrían fácil al contárselo todo, pues siempre habían creído que Enzo era el hombre perfecto para mí. Aun así, quise confiar en que me escucharían y me apoyarían. Pero no fue así. He perdido el contacto con ellos, y eso me duele en lo más profundo de mi ser. Porque, aunque me hayan decepcionado, siguen siendo mis padres: los querré siempre y, aunque la distancia sea ahora nuestra aliada, espero que algún día podamos entendernos. Por ahora, sin embargo, las cosas son así. Lo más prudente es mantenerme alejada mientras sigan permitiendo la cercanía de alguien tan nocivo como Enzo. De él sé poco. Continúa trabajando con ellos, y creo que está conociendo a alguien. Si es cierto, deseo que no repita lo que hizo conmigo..., aunque pienso que las personas como él rara vez dejan de causar daño.

La realidad es más cruda de lo que quisiera admitir. Porque no fui una superviviente...; simplemente, fui una más. Una entre tantas que han pasado por lo mismo. Y, sí, fue una mierda. Una mierda que creí que acabaría conmigo.

Pero, a pesar de todo, aquí estoy. Con secuelas que todavía dejo cicatrizar, con inseguridades que aún trabajo y con miedos que no se

desvanecen de inmediato, pero con un deseo voraz de vivir. Porque he descubierto que cada día me enamoro un poco más del mundo. Porque la vida merece ser vivida así: ardiendo en amor, en pasión, en locura y en ternura. Porque solo a través del error se acierta, y porque incluso en los parajes más sombríos siempre existe un camino de regreso. Porque aquellos que temen el mar son los mismos que nunca se han dejado mecer por sus olas, que no han sentido la libertad de abandonarse, aunque sea por un instante, a su vaivén, y yo quiero todo eso: rendirme, caerme, levantarme, volver a lanzarme, una y otra vez, sin miedo al oleaje.

Y, cuando miro a Bruno y descubro el mar reflejado en su mirada, comprendo que no todos los días se encuentra a alguien que decide entregarte lo mejor de sí mismo.

Por eso ardo y deseo arder aún más.

Agradecimientos

Como nada importante se hace sin testigos, aquí van.

Gracias a mi familia, especialmente a mi madre, a mi padre y a mi hermano. Por acompañarme y sostenerme. Por aquellas noches en las que me contabais historias inventadas sobre dos niños llamados Simón y Popita. Relatos que no existían antes de ser contados, que nacían en ese mismo instante y se prolongaban hasta que, inevitablemente, yo cerraba los ojos y el sueño me vencía. Esperaba la llegada de la noche con impaciencia, sabiendo que traería consigo una historia nueva. Gracias por enseñarme, desde tan pequeña, lo emocionante que puede ser crear un mundo, unos personajes, una aventura. Porque una historia puede nacer de la nada y quedarse para siempre. Quizá esta novela empezó entonces, mucho antes de que yo supiera leer o escribir. Mamá, papá, Pablo: sin vosotros esto no habría sido posible. Nunca me cansaré de daros las gracias.

Gracias a Eneko, por convertirse involuntariamente en parte del proceso creativo y soportar durante meses que solo hablara de una cosa: mi primera novela. Gracias por escucharme diseccionar la primera idea, la segunda, la tercera y todas las infinitas versiones posibles en las que un personaje decía esto en lugar de aquello... o aquello en lugar de esto. Gracias por escuchar, opinar, asentir y, sobre todo, no salir corriendo. Este libro lleva tu paciencia impresa en cada página.

Gracias a Ana por ser mi primera lectora, por enamorarte de mis personajes casi al mismo tiempo que yo y por disfrutar la historia

que yo necesitaba contar. Tenerte al otro lado de las páginas fue un regalo enorme.

Gracias a Esther y a Valentina por confiar en mí y darme la oportunidad de cumplir un sueño. Escribir una novela era algo que quería hacer desde hace mucho tiempo, pero vivir este proceso con vosotras lo ha hecho infinitamente mejor. Me llevo mucho más que una novela publicada. Gracias, de verdad.

Gracias a Íñigo, por un millón de cosas que no caben en un párrafo, pero sobre todo por enseñarme otras formas de habitar el mundo y todo lo que sé de la *vanlife* (aunque odies ese término).

Y gracias a los lectores que han viajado por la costa de España con Lena y Bruno; que han sentido el sol en la piel y el rumor del mar entre estas páginas; que han decidido acompañarlos y hacer suya cada curva del camino. Saber que esta historia ha viajado más allá de mí, que ha llegado a otras manos, otros ojos y otros corazones, me hace una ilusión difícil de explicar y fácil de sentir. No puedo estar más agradecida. Este libro nació de una certeza, pero ha crecido gracias a quienes lo habéis hecho vuestro. Ojalá sea el primero de muchos. Y ojalá, cuando cierres estas páginas, algo de esta historia se quede contigo.

Banda sonora

- «Limón y sal», © 2006. Sony BMG Music Entertainment (México), S. A. de C. V., interpretada por Julieta Venegas.
- «Here Comes the Sun», © 2019. De esta recopilación, Calderstone Productions Limited (una división de Universal Music Group) / Apple Corps. Limited, interpretada por The Beatles.
- «Curiosa la cara de tu padre», © 2009. Ockam Records, bajo licencia exclusiva de Warner Music Spain, S. L., interpretada por Melendi.
- «Have a Nice Day», © 2011. The Island Def Jam Music Group, interpretada por Bon Jovi.
- «That's So True», © 2024. Gracie Abrams, bajo licencia exclusiva de Interscope Records, interpretada por Gracie Abrams.
- «Bajo el mar», © 2002. De esta recopilación, Walt Disney Records, interpretada por Vincente Borland y coro de *La Sirenita*.
- Jaws 50 (Original Motion Picture Score)* (álbum), © 2025. Back Lot Music, una división de Universal Studios Music LLLP, música compuesta y producida por [John Williams](#).
- «Burning Love», © 2007. Sony Music Entertainment, interpretada por Elvis Presley.
- «Accidentally in Love», © 2004. De esta recopilación, DreamWorks Records, interpretada por Counting Crows.
- «Tu jardín con enanitos», © 2012. Warner Music Spain, S. L., interpretada por Melendi.
- «Las Divinas», © 2025. Artes Group Records, interpretada por Brenda Asnicar en la serie *Patito feo*.
- «Por la raja de tu falda», © 2016. De esta edición, Sony Music Entertainment España, S. L., interpretada por Estopa.

«El ritmo del garaje», © 2018. Warner Music Spain, S. L., interpretada por Loquillo.

«Loco», © 2017. Warner Music Spain, S. L., interpretada por Melendi.

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Cómo no escapar de una vida perfecta

Laura Chinaa

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Laura Chinaa, 2026

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de la cubierta: © Wete Studio

© Ilustraciones del interior: Eneko Borrero

© Editorial Planeta, S. A., 2026

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-08-32200-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

 Portada colorida en tonos turquesa con ilustraciones veraniegas: furgoneta, gafas, flores, conchas, café, helados y sol. El título es «Cómo no escapar de una vida perfecta» de Laura Chinaa.